

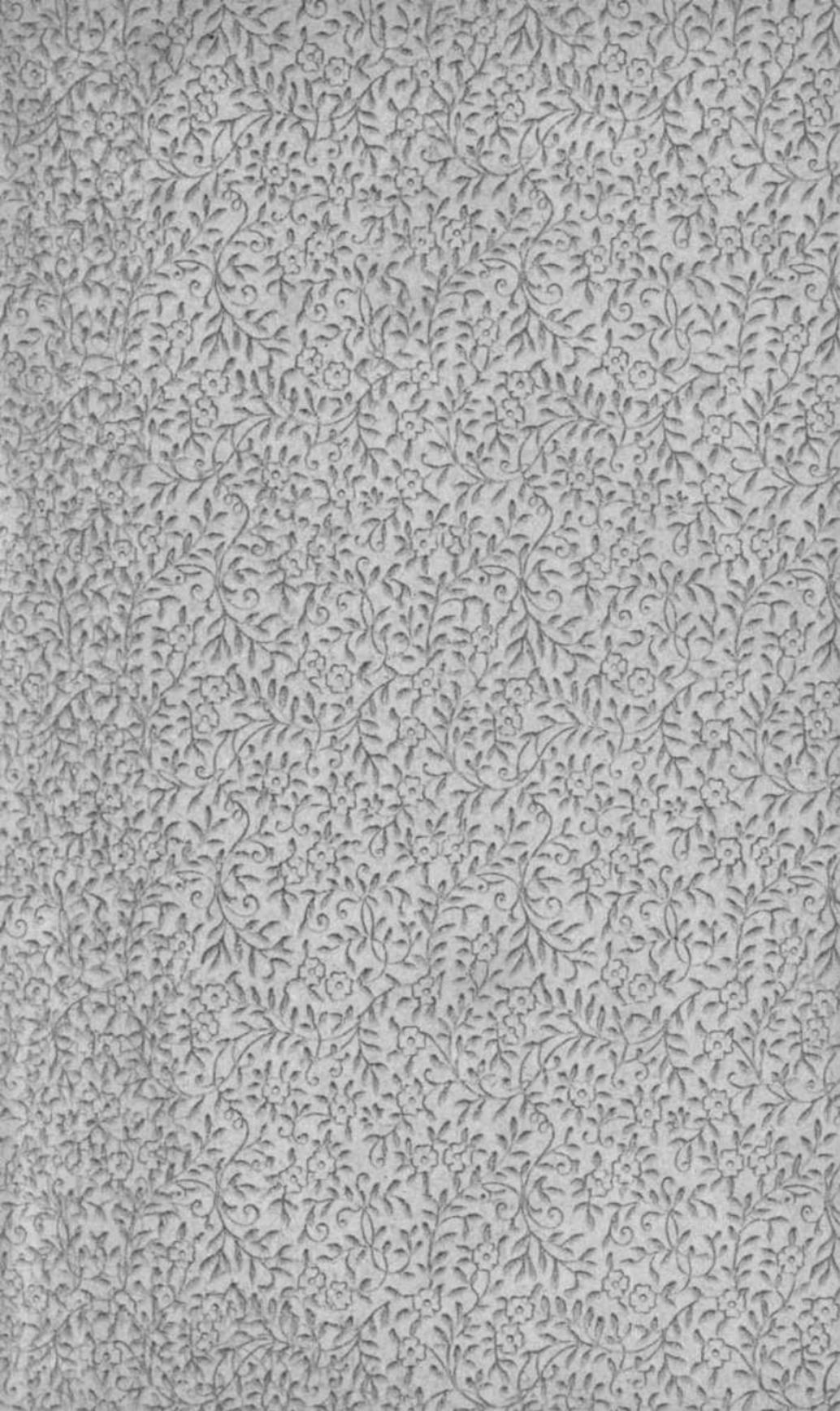
P. Felipe Martin, O.P.



VIDA
de
Sta. Teresa de Jesús
escrita por ella misma







VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS



Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

Merced extraordinaria que Santa Teresa de Jesús recibió en la Iglesia de PP. Dominicos de Santo Tomás de Ávila el día de Nuestra Señora de la Asunción, año 1561, (Reproducción del cuadro que existe en la Capilla del SANTÍSIMO CRISTO DE LA AGONIA, en donde recibió esta merced)

VIDA
DE
SANTA TERESA DE JESÚS

PATRONA DE LA CIUDAD DE ÁVILA

ESCRITA POR ELLA MISMA

POR MANDATO DE SU CONFESOR

EL P. FR. PEDRO IBÁÑEZ, DOMINICO,

CON SUMARIOS, NOTAS É INDICE DE MATERIAS

POR

EL P. FR. FELIPE MARTÍN,

MAESTRO DE ESTUDIANTES Y LECTOR DE SAGRADA TEOLOGÍA

DE LA MISMA ORDEN



CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

MADRID
IMPRENTA CATÓLICA.--PIZARRO, 14

1914

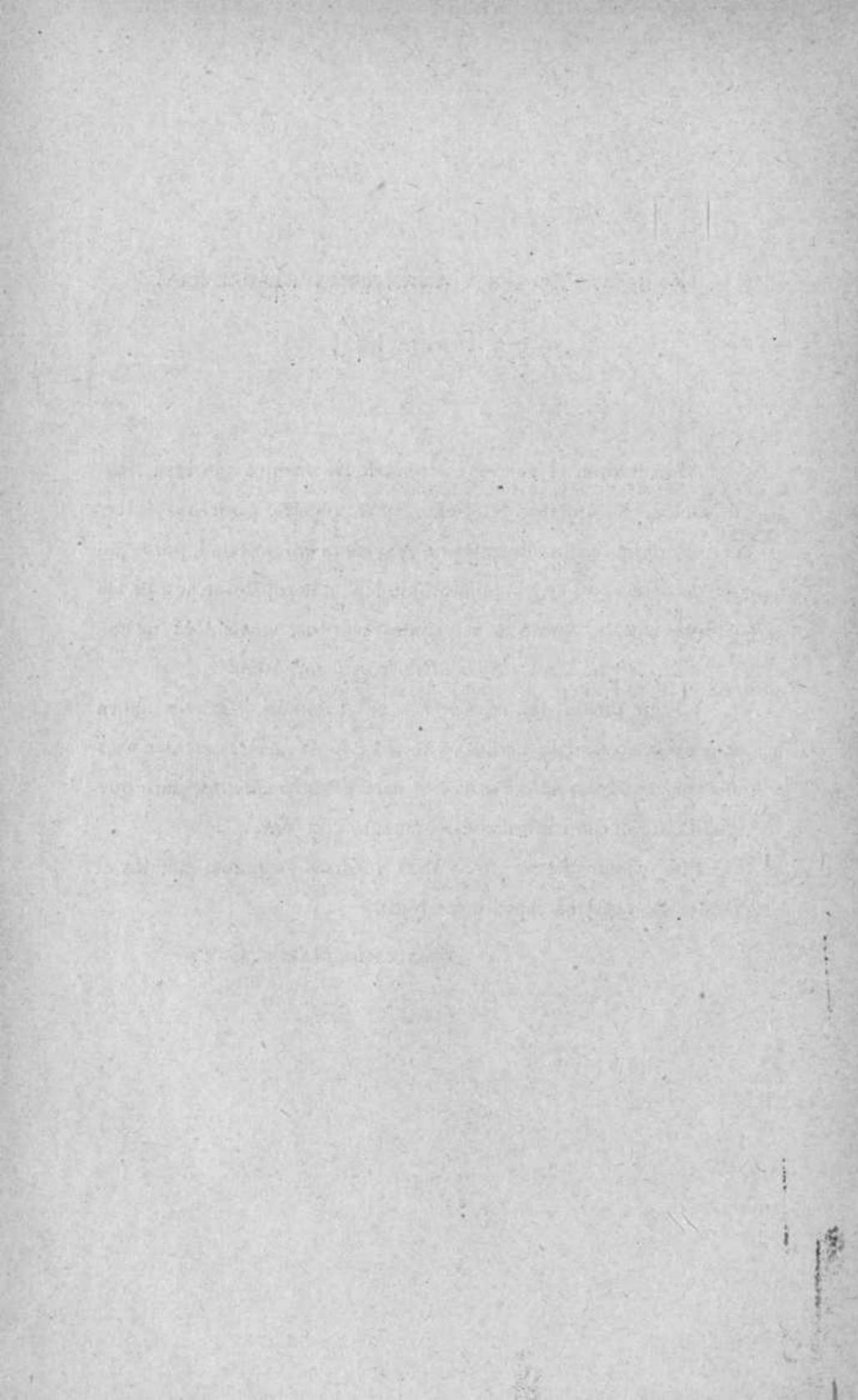
EXCELSA VIRGEN Y AMANTÍSIMA MADRE MÍA,
SANTA TERESA DE JESÚS.

Al acercarse el *Tercer Centenario* de vuestra gloriosa Beatificación, ha querido el Señor, por vuestra poderosa intercesión, darme salud, después de gravísima enfermedad, para que pueda ofreceros, en tan memorable fecha, la reproducción de las **primicias** de vuestros celestiales escritos, y que Vos misma intitulásteis "*El Libro de las Misericordias de Dios*".

Ya que fuísteis tan agradecida en el tiempo, y lo sois ahora más en la eternidad, pedid á vuestro Esposo Jesús, derrame esas sus misericordias infinitas sobre este vuestro devoto, para que pueda algún día cantarlas eternamente con Vos.

Pide vuestra bendición, y besa vuestras virginales plantas el menor de vuestros espirituales hijos.

FRAY FELIPE MARTÍN, O. P.



CENSURA OFICIAL

DEL MAESTRO FR. DOMINGO BAÑES (1)

Visto é, y con mucha atención, este libro en que Teresa de Jesús, monja carmelita y fundadora de las Descalzas Carmelitas, da relación llana de todo lo que por su alma pasa, á fin de ser enseñada y guiada por sus confesores, y en todo él no é hallado cossa que, á mi juicio, sea mala doctrina. Antes tiene muchas de gran edificación y aviso para personas que tratan de oración. Porque su mucha experiencia desta Religiosa, y su discreción y humildad en aber siempre buscado luz y letras en sus confesores, la hacen acertar á decir cosas de oración, que á veces los muy letrados no aciertan assí por la falta de experiencia. Sola una cossa ay en este libro en que poder reparar, y con razón, hasta examinarla muy bien, y es que tiene muchas revelaciones y visiones, las cuales siempre

(1) Para conocer el valor de esta aprobación que el señor La Fuente llama **notabilísima**, es preciso tener muy presente la época en que el Padre Bañes la dió. La extendió y rubricó de su mano el 1575, cuando no sólo estaba en litigio la santidad de Teresa de Jesús, y revelaciones de su Reforma, sino que aún públicamente era perseguida de los mismos príncipes de la tierra, y lo que es más, el Nuncio de Su Santidad en España decía de la Virgen Avileña "que era una fémína inquieta, andariega y desobediente á la autoridad legítima". Por eso el Sr. La Fuente da mucha más importancia á este documento del Padre Bañes que al Prólogo de Fray Luis de León á las Obras de Santa Teresa; pues el célebre Agustino escribió su aprobación en 1537, es decir, muerta ya Santa Teresa, cuando ya se habían desvanecido todos los temores y sospechas, y cuando la incorrupción de su cuerpo virginal con otras mil maravillas, acreditaban la virtud y santidad de tan esclarecida Virgen.

Además el informe del Dominico Padre Domingo Bañes era un informe oficial que presentó al Santo Tribunal de la Inquisición, que le había comisionado el que censurase esa obra, que conocemos con el nombre de **Vida de Santa Teresa de Jesús**.

son mucho de temer, especialmente en mujeres, que son más fáciles en creer que son de Dios, y en poner en ellas la santidad, como quiera que no consista en ellas. Antes se an de tener por trabajos peligrosos para los que pretenden perfección, porque acostumbra Sathanás transformarse en Angel de luz, y engañar las almas curiosas y poco humildes, como en nuestros tiempos se a visto; mas no por esso, emos de hazer regla general de que todas las revelaciones y visiones son del demonio. Porque á ser assí, no dixera San Pablo, que Sathanás se transfigurara en Angel de luz, si el Angel de luz no nos alumbrase algunas veces. Santos an tenido revelaciones y Santas, no solamente de los tiempos antiguos, mas aun en los modernos, como fué Santo Domingo, San Francisco, San Vicente Ferrer, Santa Catalina de Sena, Santa Gertrude, y otros muchos que se podían contar, y como siempre la Iglesia de Dios es y á de ser santa hasta el fin, no sólo porque professa santidad, sino que ay en ella justos y perfetos en santidad, no es razón que á carga cerrada condenemos y atropellemos las visiones y revelaciones, pues suelen estar acompañadas de mucha virtud y cristiandad. Antes conviene seguir el dicho del Apóstol en el capítulo V de la 1.^a á los Thesalonicenses: Spiritum nolite extinguere. Prophetias nolite spernere. Omnia probate; quod bonum est, tenete. Ab omni specie mala abstinete vos. Sobre el cual lugar, quien leyere á Santo Thomás, entenderá con cuánta diligencia se deben examinar los que en la Iglesia de Dios descubren algún don particular, que puede ser para utilidad ó daño de los próximos, y cuanta atención se aya de tener de parte de los examinadores, para no extinguir el fervor del espíritu de Dios en los buenos, y para que otros no se acobarden en los ejercicios de la vida cristiana perfeta. Esta mujer, á lo que muestra su revelación, aunque ella se engañase en algo, á lo menos no es engañadora, porque habla tan llanamente bueno y malo, y con tanta gana de acertar, que

no dexa dudar de su buena intención; y quanto más razón ay de que semejantes espíritus sean examinados, por aver visto en nuestros tiempos gente burladora, so color de virtud, tanto más conviene amparar á los que con el color parece tienen la verdad de la virtud. Porque es cosa extraña lo que se huelga la gente floxa y mundana de ver desautorizados á los que llevan especie de virtud. Quexábase Dios antiguamente por el propheta Ezequiel, capítulo XIII, de los falsos prophetas, que á los justos apretaban, y á los pecadores lisonjeaban, y díceles: Maerere fecistis cor justí mendaciter, quem ego non contrístavi: et confortastis manus impii... En alguna manera se puede esto decir contra los que espantan las almas, que van por el camino de oración y perfección, diciendo que son caminos peligrosos y singularidades, y que muchos an caydo en errores yendo por este camino, y que lo más seguro es un camino llano y común y carretero. De semejantes palabras, claro está, se entristezzen los que quieren seguir los consejos y perfección con oración continua, quanto les fuere posible, y con muchos ayunos y vigiliás y disciplinas; y por otra parte los floxos, los viciosos, se animan y pierden el temor de Dios, porque tienen por más seguro camino, y este es el engaño, que llaman camino llano y seguro la falta del conocimiento y consideración de los despeñaderos y peligros por do caminamos todos en este mundo. Como quiera que no aya otra seguridad sino, conociendo nuestros cotidianos enemigos, invocar humildemente la misericordia de Dios, si no queremos ser cautivos de ellos. Quanto más, que ay almas á quien Dios aprieta de manera, para que entren en el camino de perfección, que en cessando del fervor, no pueden tener medio, sino luego dan en otro extremo de pecados: y estas tales tienen extrema necesidad de velar y orar muy continuo; y en fin, á nadie dexó de hacer mal la tibieza. Meta cada uno la mano en su seno, y hallará ser esto verdad. Creo cierto, que si algún tiempo sufre Dios á los tibios,

que es por las oraciones de los fervorosos, que de continuo claman: et ne nos inducas in tentationem. E dicho esto, no para que luego canonizemos á los que nos parecen por camino de contemplación; que este es otro extremo del mundo y solapada persecución de la virtud, santificar luego á los que tienen especie de ella. Porque á ellos les dan motivo de vanagloria, y á la virtud no hacen mucha honra, antes la ponen en lugar peligroso; porque cuando los que fueron tan alabados cayeron, más detrimento padece el honor de la virtud, que si nunca fueran tan estimados; y así tengo por tentación del demonio estos encarecimientos de la santidad de los que viven en este mundo. Que tengamos buena opinión de los siervos de Dios, muy justo es; mas siempre los miremos como gente que está en peligro, por buenos que sean, y que el ser buenos no nos es manifiesto tanto, que nos podamos seguir aun de presente.

Considerando yo ser así verdad lo que tengo dicho, siempre e procedido con recato, en la examinación desta relación de la oración y vida desta religiosa, y ninguno a sido más incrédulo que yo en lo que toca á sus visiones y revelaciones, aunque no en lo que toca á la virtud y buenos deseos suyos, porque desto tengo grande experiencia de su verdad, de su obediencia, penitencia, paciencia y charidad con los que la persiguen, y otras virtudes, que quien quiera que la tratare, verá en ella; y esto es lo que se puede preciar como más cierta señal del verdadero amor de Dios, que las visiones y revelaciones; y tampoco menosprecio sus revelaciones y visiones y arrobamientos, antes sospecho, que podrían ser de Dios, como en otros Santos lo fueron, mas en este caso siempre es más seguro quedar con miedo y recato; porque en abiendo seguridad, tiene lugar el diablo de hacer sus tiros, y lo que antes era quizá de Dios, se trocará, y será del demonio.

Resuélvome en que este libro no está para que se comunique á quien quiera, sino á hombres doctos y de expe-

riencia y discreción cristiana. El está muy á propósito del fin para que se escribió, que fué dar noticia esta religiosa de su alma á los que la an de guiar para no ser engañada. De una cossa estoy yo bien cierto, quanto humanamente puede ser, que ella no es engañadora; y assí merece su claridad que todos la favorezcan en sus buenos propósitos y buenas obras. Porque de treze años á esta parte, a hecho hasta una docena, creo, son los monasterios de monjas Descalzas Carmelitas, con tanto rigor y perfección como los que más, de que darán buen testimonio los que los an visitado, como es el Provincial Dominico, Maestro en Sagrada Theología, Fr. Pedro Fernández, y el Maestro Fray Hernando de Castillo y otros muchos. Esto es lo que por aora me parece acerca de la censura de este libro, sugutando mi parecer al de la Santa Madre Iglesia y sus ministros. Fecha en el Colegio de San Gregorio de Valladolid en siete días de Julio de 1575.

FRAY DOMINGO BAÑES



CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Emiliano González Rovina.

MI MUY QUERIDO SEÑOR Y AMIGO: Acepto gustoso la invitación de usted y le agradezco la inmerecida honra que con ella me hace. Intenta usted "la publicación de la VIDA DE SANTA TERESA DE JESUS, escrita por ella misma, con objeto de popularizarla entre los avileses", y desea que "escriba cuatro cuartillas por vía de prólogo á esa *Edición de Propaganda*" (*). Repito que acepto la invitación, y, ante todo, he de consignar que aplaudo su pensamiento con todo mi corazón; porque preveo los grandes frutos que han de seguirse, si su proyecto se realiza y es acogido, como espero, con el entusiasmo que se merece, por los que tienen la dicha de ser paisanos y compatriotas de la Mística Doctora, de la incomparable Teresa de Jesús.

Los frutos que han de seguirse, á mi juicio, serán dos principalísimamente, á cual de más transcendencia.

Primeramente se han de aumentar así la honra, el amor, la devoción y el afecto á esta Seráfica Virgen; porque, popularizada la lectura de su vida, se conocerá algo de lo mucho, muchísimo que encierra en sí la que llamamos Teresa de Jesús. No se conoce *más que á bulto y por lo que hemos oído*; no se sabe lo que vale *esta perla*

(*) La del Sr. Rovina, hecha en Avila los años 1908 y 1909. Esta edición, que actualmente ofrecemos, con ocasión del tercer Centenario de su beatificación, á los devotos de Santa Teresa, excede á muchas, sino á todas las anteriores, por haber sido confrontada palabra por palabra con el texto autografiado de la misma Santa, al efecto de corregir y rectificar las numerosas erratas, y aun añadiduras, puestas en aquéllas por mano extraña.

oriental, para repetir las gráficas frases usadas á otro propósito por nuestra Excelsa Escritora.

Tienen también aplicación aquí y se verifican al pie de la letra las expresiones profundamente filosóficas, con que la Santa empieza una de sus Exclamaciones. (*Exclamación XIV.*) Hablando con el Señor le dice así: “¡Oh Señor y verdadero Dios mío! Quien no os conoce no os ama. ¡Oh qué gran verdad es esta!”

Gran verdad por cierto, ¡quien no conoce no ama! ¡Oh si conociésemos á Teresa de Jesús!, entonces sí que la amaríamos y amándola la honraríamos, como la honró el tan celebrado escritor, conocido con el nombre de Filósofo Rancio (1), quien, después de leer las Obras de Teresa de Jesús, exclamó: “De la España salió esa mujer que no tiene igual entre las mujeres de todos los países y siglos (excluyo siempre á la Inmaculada Madre de mi Dios); hablo de Santa Teresa, de la española Teresa de Jesús y Ahumada, que ha llenado de su nombre y admiración al mundo sabio” (2). Este es el primer fruto que infaliblemente ha de seguirse, si se populariza la lectura de la Vida de Teresa de Jesús entre sus compatriotas.

No ha de ser menor el provecho grande que cause en las almas la doctrina contenida en sus escritos llenos, como lo afirma la Iglesia, de sabiduría celestial. (*Multa coelestis sapientiae documenta conscripsit.*) Escritos que inmortalizarán para siempre el nombre de Teresa de Jesús y de su Patria.

Es una verdad reconocida y confesada por todos, que no hay lazo ni invención con que el demonio lleve más almas á los infiernos, que el de las malas lecturas. La misma Santa Escritora nos refiere con inimitable ingenuidad en los primeros capítulos de su VIDA los estragos,

(1) Padre Alvarado, Religioso Dominicó.

(2) “*Cartas Críticas*”, tomo IV, carta 42, página 193.

que causaron en su alma angelical, los libros de Caballerías que se usaban en su tiempo, así como también el inmenso provecho que sacó, ya en su niñez, ya en edad más crecida, de la lectura de libros santos." Los libros buenos de romance (nos dice en el capítulo I de su VIDA) á que era aficionado su católico padre, y que tenía para que leyesen sus hijos, la hicieron salir, siendo muy niña, á tierra de moros para que la *descabezasen por Cristo*, y los libros de caballerías, (escribe en el capítulo II) á que era aficionada su madre, la enfriaron aquellos santos deseos, "comenzando á traer galas con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa".

Escarmentada con este pequeño yerro, no leyó ya jamás sino libros buenos, "que no quise más usar otros, dice, porque ya entendía el daño que me habían hecho..." "Dióme la vida, escribe en otro lugar, haber quedado ya *amiga... amiguísima* de leer buenos libros." Pero donde nos describe más al vivo el triunfo completo que consiguió de sí misma, por medio de estas lecturas, es en el capítulo IX, en que habla de esta manera: "En este tiempo—dice—, me dieron las *Confesiones de San Agustín*, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto... Como comencé á leerlas, paréceme me vía yo allí... Cuando llegué á su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, *no parece sino que el Señor me la dió á mí*, según sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me derretía en lágrimas... *Paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma* de la Divina Majestad y que debió oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas."

Ahora bien: las mismas causas producen siempre los mismos efectos, y, por lo tanto, la lectura frecuente de la VIDA DE TERESA DE JESUS causará seguramente en sus

compatriotas los provechos grandes que con el ejercicio santo de lecturas saludables á ella la sobrevinieron. Dígalo, entre millares que pudiera citar, el ilustrísimo señor D. Pedro Castro, quien siendo Prebendado en esta Apostólica Iglesia de Avila, y después dignísimo Obispo de Lugo y de Segovia, leyó este libro de la VIDA DE TERESA DE JESUS, que pudiéramos llamar muy bien sus *Confesiones*, aunque ella lo tituló el libro de las *Misericordias de Dios*; y después de leído no pudo menos de testificar bajo juramento (3) “que me ganó de tal modo que puedo afirmar y afirmo que ningunos libros de devoción he leído, que más me hayan enternecido, y pocos tanto”. No es extraño que, al saber esto la Santa, le escribiese estas significativas palabras (4). “¡Qué cosa es la misericordia de Dios! Que mis maldades han hecho bien á V. M., y con razón, pues me ve fuera del infierno, que ha mucho que tengo merecido; y así intitulé ese libro DE LAS MISERICORDIAS DE DIOS.”

Voy á concluir esta mi desaliñada carta con unas palabras que pudiéramos llamar sentencias del ilustrísimo y venerable Sr. Palafox, en las cuales compendia, confirma y canoniza cuanto hasta aquí llevo dicho. Escribe así este tan ilustre Prelado (5): “Ninguno lee los Escritos de la Santa, que no busque luego á Dios; y ninguno busca por sus escritos á Dios, que no quede devoto y enamorado de la Santa. No he visto hombre devoto de Santa Teresa, que no sea espiritual. No he visto hombre espiritual, que si lee sus obras, no sea devotísimo de Santa Teresa”. Y un poco antes había ya dicho: “Muchos Santos ha habido en la Iglesia que como sus maestros universales la han enseñado; muchos que con sapienti-

(3) “Obras de Santa Teresa”, por el Sr. La Fuente. Edición de 1681, tomo VI, página 181.

(4) Carta 351. Edición de La Fuente, 1881.

(5) Prólogo á las Cartas de Santa Teresa, tomo I.

simos tratados la han alumbrado; muchos que con eficacísimos escritos la han defendido, pero que en ellos, y con ellos hayan tan dulcemente persuadido, arrebatado y cautivado, ni con mayor suavidad, y actividad vencido las almas, y convencido, no se hallarán fácilmente". No en vano la Iglesia se ha expresado de este modo: *Multa coelestis sapientiae documenta conscripsit, quibus fidelium mentes ad supernae patriae MAXIME EXCITANTUR.*

Animo, pues, Sr. Rovina; créame, que su propósito es de suma transcendencia. Si se realiza, si se consigue que no haya familia ni casa en esta ciudad y su provincia, donde no se halle un ejemplar de la VIDA de tan singular y celeberrima Virgen, entonces no conoceremos ya á *bulto* lo que es y lo que vale Teresa de Jesús; conoceremos que, después de la Madre de Dios, es la Mujer más grande que han producido los siglos, y esta ciudad de los Caballeros volverá á ser lo que fué en tiempos antiguos y se renovarán aquellos días en que Avila era un modelo de santidad y virtud, como sin duda lo era cuando Santa Teresa escribía á su hermano D. Lorenzo el año 1570 y le decía estas tan graves palabras (6): "Olvidóseme de escribir en estotras cartas el buen aparejo que hay en Avila, para criar bien esos niños. Tienen los de la Compañía un colegio, adonde los enseñan gramática, y los confiesan de ocho á ocho días, y hacen tan virtuosos que es para alabar á nuestro Señor. También leen (los Dominicos) Filosofía y Teología en Santo Tomás, que no hay que salir de allí para virtud y estudios; y en todo el pueblo hay tanta cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes; mucha oración y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección."

Bastará para comprobar la exactitud de estas frases de Teresa á su hermano D. Lorenzo, recordar los nombres

(6) Carta 18. Edición del Sr. La Fuente, 1881.

de aquel *Caballero Santo* de quien ella misma hace mención tantas veces en sus escritos, es decir, de Francisco Salcedo y su mujer doña Mencía; los nombres de don Diego de Megía y de D. Juan Velázquez Dávila; de la íntima amiga de Teresa de Jesús, la viuda doña Guiomar de Ulloa; de doña Catalina Dávila, doña Aldonza Muñoz, doña Leonor Salcedo y Ana de Santo Domingo, y, sobre todo, de la siempre venerable, de la célebre María Díaz que alcanzó licencia del Obispo de esta diócesis para vivir continuamente delante de Jesús Sacramentado.

Tengo sobre la mesa la historia manuscrita de esta insigne ciudad según se conserva en el archivo de este Colegio de Santo Tomás, y entre *los centenares* de almas verdaderamente santas, que vivían en los días de Teresa de Jesús, he escogido sólo algunas, sólo los que acabo de citar. No quiero, sin embargo, omitir los nombres de sacerdotes, también santos, que eran *espejo de virtud en el lugar*, repitiendo la frase de Teresa de Jesús; los nombres de Francisco de Guzmán, de Antonio Honecala y Gaspar Daza, canónigos los dos primeros, y el tercero beneficiado de esta Iglesia Catedral y defensor de Teresa y de su santa Reforma; sin olvidar al compañero fiel de la misma Teresa de Jesús en sus peregrinaciones, esto es, al venerable Julián de Avila, sacerdote ejemplarísimo é hijo ilustre de esta histórica ciudad. Y si añadimos ahora los nombres de personas religiosas, como la venerable María Vela, del convento de Santa Ana; Sor María de Briceño, del convento de Nuestra Señora de Gracia; los venerables padres Baltasar Alvarez, Jesuíta, y padre Pedro Ibáñez, Dominicó, y, sobre todo y más que todo, los nombres de San Pedro de Alcántara y de San Juan de la Cruz, no podremos menos de confesar que es gran verdad lo que Santa Teresa de Jesús dejó escrito en su carta ya citada, y que Dios estuvo en cierta manera pródigo con esta ciu-

dad, que de antiguo y con justicia lleva el nombre de *Ciudad de los Caballeros*, y á la cual se dice que Santa Teresa, en cierta ocasión y con no menor justicia, la dió el nombre de la *Ciudad de los Santos*.

Creo, si no me engaño, haber satisfecho sus deseos en la medida de mis fuerzas, y con motivo tan grato para mí, que siempre he profesado una tierna devoción á Santa Teresa de Jesús, y por cuya intercesión confío he de conseguir mi eterna salvación, tengo el honor de ofrecerme de usted afectísimo seguro servidor, amigo y capellán, q. b. s. m.,

FR. FELIPE MARTIN, DOMINICO (7)

Colegio de Santo Tomás, de Avila, 24 de Noviembre, fiesta de San Juan de la Cruz, de 1907.

(7) Agotada la primera edición que se hizo en Avila, en la Tipografía católica de D. Emiliano G. Rovira, en 1908, y para la que escribimos esta Carta-prólogo y la siguiente Introducción, ofrecemos al público la presente notablemente mejorada, con más abundancia de notas importantes, ya doctrinales, ya históricas, y, sobre todo, con un sumario al frente de cada capítulo, que, sin duda, ha de servir mucho para la más clara inteligencia de su contenido.

Se añade además al fin de esta edición un copioso Índice de materias, para facilitar al lector el hallar un punto determinado de la *Vida de la Santa*, cuyo texto necesite consultar.



INTRODUCCIÓN

SANTA TERESA DE JESÚS Y LOS DOMINICOS

I

“Entre los escritos de Santa Teresa de Jesús la obra más importante y la primera en el orden cronológico es el LIBRO DE SU VIDA. Este, como la mayor parte de los escritos que nos dejó Santa Teresa, fué efecto de un acto de obediencia.

“El fin que la Santa tuvo al escribir su Vida, fué dar á conocer á sus confesores las gracias con que Dios la favorecía y el grado de oración en que se hallaba. En todo el curso de esta obra habla dirigiéndose á religiosos de Santo Domingo, á los Padres Pedro Ibáñez, Domingo Báñez y García de Toledo; y gran número de pasajes revelan claramente la intimidad toda sobrenatural que unía á la Santa con estos tres hombres eminentes, en los cuales hallaba, además de la ciencia teológica, de que tan ávida fué siempre, la experiencia personal en lo que se refería á la mística más elevada.”

Las palabras que preceden, con las cuales empezaron el prólogo á la VIDA DE SANTA TERESA, sus hijas las Carmelitas Descalzas de la Encarnación, de París, quienes están al presente traduciendo las obras todas de su Santa

Madre, nos manifiestan la historia de este preciosísimo libro. El es, en efecto, el primero y principal libro de Santa Teresa, no sólo por su volumen y en el orden cronológico, sino más bien, porque en él nos dejó escrito cuanto después nos enseñó en sus obras posteriores, si se exceptúa, como es claro, la parte histórica de sus fundaciones. Con grande ingenuidad y no menos humildad lo reconoce y confiesa la misma Santa Escritora, cuando en el prólogo á las *Moradas* nos dice: "Bien creo he de saber decir poco más de lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir; antes temo que han de ser casi todas las mismas; porque así como los pájaros que enseñan á hablar, no saben más de lo que les muestran ú oyen y esto repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra" (1). Sabemos, en verdad, que los libros de las *Moradas*, *Camino de perfección* y *Fundaciones*, los escribió para que sustituyesen, y su lectura aprovechase á sus hijas, ya que no podían aprovecharse del LIBRO DE LA VIDA, por hallarse éste en el Tribunal de la Inquisición. Sólo hay una diferencia, y es que en el LIBRO DE LA VIDA habló en primera persona con singular llaneza y admirable candidez; mientras que en sus libros posteriores lo hizo en tercera persona y de un modo magistral como Doctora consumada en la ciencia de los Santos.

El Sr. La Fuente hace el examen de este libro por las siguientes palabras (2): "El LIBRO DE LA VIDA es esencialmente histórico; pero desde el cap. X hasta el XXX intercala en él la Santa un tratado de oración tan com-

(1) Confirma lo dicho el Padre Ribera cuando en el libro IV, capítulo VI, después de analizar el "Libro de la Vida" y su doctrina, continúa diciendo: "Esta misma doctrina tiene el "Libro de las Moradas", más por orden y con más resolución de experiencia por haberse escrito quince años después; pero particularmente lo más alto de ella, que es lo que está en las tres "Moradas" posteriores, es todo lo que en sí vió y experimentó, sino que en la "Vida" habla más claramente de sí, acá más encubiertamente".

(2) Prólogo al tomo II, edición 1881.

pleto que pudiera imprimirse en libro aparte. Ella misma conoce en su claro talento, que ha cortado el hilo de la narración, pues comienza el capítulo XXIX diciendo: "Mucho he salido del propósito..."

Escribió este libro por obediencia á sus confesores, como lo significa expresamente cuando nos dice (3): "A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis *confesores me mandan*." ¿Quiénes fueron éstos? Oigamos de nuevo al Sr. La Fuente (4): "Corría el año de 1561 cuando el Padre Fray Pedro Ibáñez, Dominicó, Confesor de Santa Teresa, sujeto sabio y virtuoso, le mandó escribir su Vida. Principiólá en Avila y la acabó de escribir en Toledo (5), en casa de doña Luisa de la Cerda, señora de Malagón y hermana del Duque de Medinaceli, hacia Junio de 1562." El mismo historiador, pasados veinte años, ó sea en 1881, editaba de nuevo las obras de la Mística Doctora, y escribía: "El LIBRO DE LA VIDA interior y fundación de San José se lo mandó escribir un confesor, fraile Dominicó, y continuar otro confesor, también Dominicó..." Y un poco más adelante: "Al año siguiente (1563) le hizo Fray García de Toledo, también fraile Dominicó, y confesor de Santa Teresa, continuar aquel libro, añadiendo la fundación de su primer convento de San José en Avila." Y concluye: "Debemos, pues, el LIBRO DE LA VIDA y fundación de San José, de Avila, á Santo Domingo."

Lo mismo testifica el autor de la Reforma del Carmen, añadiendo, al hablar (6) del Padre Fray Pedro Ibáñez: "El *motivo que significó* á la Santa el Padre Presentado,

(3) Prólogo de la Santa.

(4) La Fuente. Prólogo. Edición 1861.

(5) Se entiende hasta el capítulo XXXII, pues los restantes los escribió en su Monasterio de San José, de Avila.

(6) Crónica de la Reforma; lib. V, cap. XXXVI.

fué, para examinar más despacio, y conferir los sucesos de su vida y caminos de su espíritu con personas graves de su Orden. *El que tuvo* el siervo de Dios, como sabio y prudente, fué para que tantas maravillas, tan raros prodigios de la benignidad divina con las almas puras, tan altas noticias del trato místico, no quedasen en olvido, ni con menos certidumbre de la que podía dar la misma Santa humilde, ilustrada, y sumamente ajustada á la verdad, y tan enseñada de Dios, que nadie como ella podía decirlo tan bien ni con palabras tan propias de la materia. Y así á este Venerable Padre debe la Religión y la Iglesia todo el tesoro que hoy goza. Y cuando considero lo que cada uno hizo ayudando y sirviendo á la Santa, y favoreciendo á su Religión, no sé que nadie pueda ganar la palma á este Venerable Padre (7).”

(7) Después de tan graves y expresivos testimonios, y otros muchos que pudieran aducirse, no tienen verdaderamente explicación las palabras del Jesuíta Padre Pons, quien en la Introducción á la “Vida de Santa Teresa”, por el Padre Ribera, que acaba de publicar, escribe así: “¿Quién la impuso á Santa Teresa este precepto (de escribir la Vida)? ¿Cuándo empezó á escribirla? Lo ignoramos.” No lo ignoramos, reverendo Padre en Cristo; sino que sabemos ciertamente que el que la impuso este precepto ó mandato fué el Padre Fray Pedro Ibáñez, Dominicó, Lector de Sagrada Teología en el Convento de Santo Tomás de Avila, como consta de los precedentes testimonios.

El mismo Padre Pons, en la misma introducción, un poco más adelante, después de citar las palabras del Dominicó Padre Fray Domingo Báñez, en que asegura que el “Libro de la Vida” le escribió Santa Teresa “con licencia de sus confesores, que antes habia tenido, como fué un Presentado Dominicó, llamado Reverendo Padre Ibáñez”, añade el Padre Pons, “ahora bien, los confesores que antes tuvo fueron los Padres Prádanos, Alvarez y Salazar, de la Compañía, el Padre Ibáñez, Dominicó.” Como se ve, el Padre Domingo Báñez, en este testimonio que dió en Salamanca en 1591, para la canonización de la Santa, no sólo dice que Santa Teresa escribió el “Libro de la Vida” con licencia de sus confesores, sino que señala y nombra entre los confesores que habia tenido al “Presentado Dominicó, llamado Reverendo Padre Ibáñez”.

Desde luego puede afirmarse que cualquiera que lea al Jesuíta Padre Pons en su introducción, y no esté en antecedentes, sacará en consecuencia que lo más probable es que el que mandó escribir á Santa Teresa el “Libro de su Vida” fué un Padre Jesuíta. Porque sí, por una parte, según el Padre Pons, “se ignora quién la impuso este precepto”; y, según el mismo Padre, sólo sabemos que Santa Teresa lo escribió con la licencia de los confesores que antes habia tenido, y los confesores que antes habia tenido fueron los Padres Prádanos, Alvarez y Salazar, de la Compañía, y el Padre Pedro Ibáñez, Dominicó, re-

Más tarde fué delatado este libro al Tribunal de la Inquisición por la Princesa de Eboli, Doña Ana de Mendoza, para vengarse así de la Virgen Avilesa, que no quiso condescender con los caprichos de tan altanera dama. Grande fué la aflicción de Santa Teresa por ese *desmán*, como ella misma le llama, pues ponía en gran peligro todo el plan y obra de su Reforma, y así escribiendo al Padre

sulta, según esto, que de cuatro probabilidades sobre quién pudiera ser el confesor que impuso á Santa Teresa el precepto de escribir su Vida, las tres son en favor de los Padres Jesuitas y sólo una en favor de los Dominicos. Así se embrollan las cosas más claras y patentes de la Historia.

Lo más extraño de todo en el Padre Pons es que después de haber escrito lo que acabamos de ver en la introducción, al llegar al capítulo XIII del libro I, se expresa así en las notas de la página 156: "No hay que confundir (dice) á este Padre (Padre Ibáñez) con Fray Domingo Báñez, de la misma Sagrada Religión, como lo hace el Padre Antonio Tourón, O. P., en su obra "Histoire des hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique", tomo IV, libro XXXII". Tuvo el Padre Ibáñez la feliz idea de ordenar á Santa Teresa que escribiera la historia de su Vida. Principiála en Avila en 1561 y la acabó de escribir en Toledo, en casa de Doña Luisa de la Cerda hacia Junio de 1562." Y más adelante, en otra nota, pág. 390, viene á repetir lo mismo al escribir: "Empezó la Santa á escribir el "Libro de la Vida" en 1561 por orden del Padre Fray Pedro Ibáñez, Dominicó, y la terminó en 1562, estando en Toledo. En esta ciudad, por mandato del Padre García de Toledo, también Dominicó, añadió al libro la fundación de San José de Avila. Véase la introducción." ¿Quién no ve en estas afirmaciones la más patente contradicción? Repite dos veces en las notas que la Santa empezó á escribir su Vida en 1561 por orden del Padre Pedro Ibáñez, después que ha afirmado en la introducción "que ignoramos quién la impuso el precepto de escribir y la fecha en que empezó." Nos parece excesivo el aplomo con que el Padre Pons trata de envolver en el misterio de la duda un punto indiscutible, estudiado por él con tanta ligereza que es muy difícil salvarle de haber incurrido en contradicción palmaria.

También encierran no pequeña inexactitud las últimas palabras de la referida nota, página 390, cuando dice: "En esta ciudad (Toledo), por mandato del Padre García de Toledo, también Dominicó, añadió al libro la fundación de San José de Avila." Mucho se equivoca el Padre Pons al afirmar que Santa Teresa añadió en Toledo al "Libro de la Vida" la fundación de San José de Avila. Esta fundación es cierto que la escribió por mandato del Dominicó Padre García de Toledo; pero no la escribió en Toledo, sino en Avila. Santa Teresa estuvo en Toledo los primeros seis meses de 1562, ó sea hasta últimos de Junio, que llegó á Avila, haciéndose la fundación de San José el 24 de Agosto de este mismo año, y como es claro, no pudo escribirla en esos seis meses, pues aún no se había hecho la fundación, y no volvió á la imperial ciudad hasta el año de 1568. Para esta fecha hacía ya tiempo que la Santa había terminado el "Libro de la Vida"; pues según todos los biógrafos, al salir á la fundación de Medina en el 1567, había ya escrito además el "Camino de perfección", que, según todos, es posterior al "Libro de la Vida". En 1562 si es-

Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, le decía estas sentidas palabras (8): "Hame sido grande tormento y cruz, y me cuesta muchas lágrimas."

Hizo el Tribunal su oficio con toda diligencia y recogió pronto el libro. Entregó éste á sus calificadores, y por disposición divina "señaló entre los demás—dice *La Reforma Carmelitana*—al Padre Maestro Fray Domingo Báñez y al Padre Maestro Fray Hernando del Castillo, Predicador del Rey, *para que nunca faltaran frailes Dominicos al amparo de la Santa... hallándose á su lado aun cuando todos sus amigos la desampararon* (9).

Como era de esperar, los hijos de Santo Domingo, calificadores del Santo Oficio, aprobaron el escrito, ó sea el LIBRO DE LA VIDA, según consta con respecto al Padre Hernando del Castillo, de la declaración hecha en Zaragoza por la Venerable Isabel de Santo Domingo, Carmelita Descalza, y con respecto al Padre Domingo Báñez, de todos es conocida la solemne aprobación que en 7 de Julio de 1575 dió en Valladolid, hallándose allí de Regente del Colegio de San Gregorio, la cual aprobación, escrita de su puño y letra, ha estado y estará siempre unida al original de la Vida en el Relicario ó Camarín de El Escorial.

Hablando el Sr. La Fuente de este tan importante documento, dice así (10): "Esta aprobación era notabilísima por la época y circunstancias en que se dió. Véase Santa Teresa en medio de otra persecución tan grave ó más que la sufrida en Avila. Luchaba allí (en Avila)

cribió la Santa en Toledo parte de la Vida, ó sea los últimos capítulos, hasta el XXXII, por mandato del Dominico Padre Ibáñez, pero del XXXII en adelante, donde refiere la fundación de San José, la escribió en Avila por mandato del Dominico Padre García de Toledo durante los cinco años que permaneció en su primer convento, antes de salir á la segunda fundación, ó sea la de Medina, en 1567.

(8) La Fuente, relación séptima, núm. 20.

(9) Libro V, capítulo XXXVI.

(10) Escritos de Santa Teresa. Tomo I, páginas 129 y 130. Edición de 1861.

contra el Ayuntamiento y los vecinos de su Patria, contra los frailes de su pueblo y las monjas de su propio convento. Mas ahora se veía perseguida por los Carmelitas Calzados y por la Princesa de Eboli, que había convertido en ira y despecho su altanera protección, y casi por la Inquisición de Castilla la Nueva, á la cual habían sido denunciados la Escritora y el libro. El Padre Báñez fué por segunda vez su apoyo en medio de tan gran apuro. Su censura debió influir mucho á favor de la pobre monja, que por entonces se hallaba en Sevilla." Se queja después, y con razón, el mismo autor de que esta aprobación no se haya impreso siempre con las obras de Santa Teresa. "Se ve, pues—dice—que esta censura es la más importante de todas, y aún más que la del mismo Fray Luis de León, pues que éste principia diciendo que no conoció á la Madre Teresa de Jesús, al paso que Báñez, no solamente la trató personalmente, sino que la defendió cuando todos parecían conjurados contra ella, y la juzgó con gran criterio, imparcialidad y rectitud. Además, la censura del Padre Báñez tenía un carácter oficial, pues la dió de orden de la Inquisición de Toledo, y va en tal concepto, aun hoy día, unida al libro mismo original. ¿Por qué, pues, no imprimirla, como se imprimían otras muchas menos importantes?... Y tratándose de un sujeto tan insigne, aludido en el escrito por la misma Santa, que anotó el libro mismo original y pudo poner al margen notas comprobantes, diciendo á manera del latino—*cujus pars ego magna fui*—¿cómo se pudo omitir este interesante documento?...

Por mi parte, sin rebajar el mérito personal de los demás aprobantes, cuyos testimonios quedan ya consignados en los artículos preliminares de este tomo, doy el primer lugar á este documento por el mérito y el interés histórico, y aun lo prefiero al mismo de Fray Luis de

León, con quien coincide en varios pensamientos. Sería curioso el compararlos. Se ve en ambos escritos el carácter de cada uno de los escritores y catedráticos salmantinos; la suavidad poética del almirante Agustino y la sencillez y naturalidad francota del teólogo Dominicano” (11).

De todo lo hasta aquí expuesto, aunque de una manera sucinta, porque las circunstancias de este trabajo no permiten otra cosa, se deduce claramente la mucha parte que los Dominicos tuvieron en este escrito celestial de la Mística Doctora; *que á ellos deben la Religión y la Iglesia* (y se pudiera añadir la literatura española, repitiendo la frase del autor de la Reforma) *el poder gozar hoy de tan inmenso tesoro*; que ellos fueron quienes la defendieron ante el Tribunal de la Santa Inquisición *para que—* como escribe el mismo autor—*nunca faltasen frailes Dominicos al amparo de la Santa*; y que el célebre Padre Báñez, con su censura oficial, *fué por segunda vez un apoyo en medio de tan gran apuro, influyendo eficazmente á favor de la pobre monja*, como hemos visto afirma el historiador La Fuente.

El mismo Maestro Báñez fué quien la mandó escribir el *Camino de perfección*, y el Dominicano Padre García de Toledo *el fundamento de que Santa Teresa escribiese el precioso libro de sus fundaciones*, en expresión del respetable autor de la *Crónica de la Reforma* (12). En cuanto al *Castillo interior* ó las *Moradas*, si bien le escribió por mandato del Padre Gracián, primer Provincial de la Reforma, pero Santa Teresa suplicó á éste que el Dominicano Padre Yanguas le censurase y corrigiese en presencia de la misma Santa en el locutorio de San José, como realmen-

(11) En esta modesta edición de la “Vida de Santa Teresa” se cumplen los justos deseos del Sr. Lafuente, y aparece en ella, como debía aparecer en todas, la notabilísima censura del célebre Dominicano Padre Maestro Báñez.

(12) Libro V, capítulo XXXVI.

te lo hizo; todo lo cual prueba lo mucho que á los hijos de Santo Domingo se debe con respecto á los libros y doctrina de esta Mística Doctora.

Los Dominicos fueron también quienes con sus letras la sacaron de mil engaños, dudas y peligros en que se hallaba, debido á la dirección de confesores ignorantes, é, como ella misma les llama, *medio letrados y espantadizos*. Por eso escribe en el capítulo V: "Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que un Padre Dominicó, gran letrado, me desengañó en cosas." Hablando del confesor de su padre, ó sea del Padre Barrón, escribe así en el capítulo VII: "Decía su confesor, que era Dominicó muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo, porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia..."

"Este Padre Dominicó, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él y tomó hacer bien á mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince á quince días, y poco á poco comenzándole á tratar, tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé."

Jamás se olvidó Santa Teresa de este insigne bienhechor, que haciéndola volver al camino de la oración, la apartó del camino del infierno; y así escribe en el capítulo XIX: "Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo, gran letrado, que él me despertó de este sueño." No sólo este Venerable Padre la dió luz, la sacó de este engaño y la despertó de este sueño, sino que hubo otros muchos Dominicos que la sacaron de muchas perplejidades y dudas. "Los que no tenían letras— escribe en el capítulo XVIII—me decían que (Dios) es-

taba sólo por gracia; yo no lo podía creer, porque como digo, parecíame estar presente, y ansí andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Patriarca Santo Domingo me quitó desta duda, que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto." "Dábame (el temor de que supiesen las mercedes que Dios la hacía) algunas veces—vuelve á decir en el capítulo XXXI—y duróme hartos días y parecía era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentación (un fraile Dominico, gran letrado, me lo declaró bien)." En carta escrita al Padre Gracián, le decía: "Ya escribí mucho ha... Que un gran letrado Dominico contándole yo..." etc., etc. (13)

Omitiendo otros muchísimos pasajes en que la Santa repite lo mismo, sólo citaré las palabras contenidas en el capítulo VII de sus Fundaciones, donde, hablando en tercera persona, escribe de esta manera: "Yo sé de una persona que la trajeron harto apretada los confesores por cosas semejantes, y harto tenía cuando veía su imagen en alguna visión que santiguarse y dar higas, porque se lo mandaban así. Después, tratando con un gran letrado Dominico, Maestro Fray Domingo Báñez, le dijo que era mal hecho, que ninguna persona hiciese esto, etc., etc."

Así se entiende que la Santa Madre desease y aconsejase á sus monjas, comunicasen éstas con religiosos de la Orden de Santo Domingo, como lo testifica solemnemente el reverendísimo Padre Gil González, de la Compañía de Jesús, por estas graves palabras, que se encuentran en las informaciones que para la canonización de la Santa se hicieron en Madrid (14):

"También sé que encargaba mucho la Santa á sus monjas, y en sus libros lo dice, que procurasen tratar con

(13) La Fuente. Tomo V, carta 186.

(14) La Fuente. Tomo VI. Edición de 1881.

gente docta y de muchas letras, y por esta razón las aficionaba á la Religión de Santo Domingo, por la seguridad de la doctrina que profesaba esta Religión."

Y si los Dominicos fueron los instrumentos de que se valió la Providencia divina para vencer la grande modestia de esta incomparable mujer, que se tenía por la *más ruin entre todos los nacidos*, y que *perdiere de hilar* por dedicarse á escribir; si tan eficaz fué, como acabamos de ver, la influencia de los Dominicos en la santidad de Teresa, ya sacándola de mil peligros, ignorancias, perplejidades y dudas, ya principalmente haciéndola volver al ejercicio de la oración, que había, por desgracia, abandonado, aún fué más decisiva su intervención en la obra de la Reforma (15). Léanse los capítulos XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV y XXXVI de su Vida, y se verá el papel que los Dominicos desempeñaron en la fundación del primer monasterio de la Reforma, en esta ciudad de Avila, y cómo Santa Teresa y su fiel amiga Doña Guiomar de Ulloa acuden al bendito Padre Fray Pedro Ibáñez, "*porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer: y así decían que sólo era por*

(15) No estará de más advertir que aun cuando se pueda afirmar que la gran Teresa de Jesús pertenece, en cierto modo, á los Dominicos, por lo mucho que influyeron en sus escritos y doctrina, así como en su santidad y en la Obra de la Reforma, no intentamos con esto excluir ni negar á las otras Ordenes religiosas su intervención é influencia con respecto á esta Virgen celeberrima bajo esos mismos aspectos. Es evidente que tanto los Padres de la Compañía de Jesús, como los Hijos de San Francisco, la Orden Agustiniana y los mismos Carmelitas Calzados influyeron no poco en su santidad y la ayudaron muchas veces para llevar á cabo las hazañas que esta incomparable mujer ejecutó con asombro y admiración de cuantos estudian su Vida, su Reforma y sus escritos celestiales. Los nombres de los Jesuitas San Francisco de Borja y Baltasar Alvarez; San Pedro de Alcántara, ilustre hijo del Patriarca de Asís; Doña María de Briceño, venerable religiosa de la Orden Agustiniana, y el gran Vicario general de la Descalcez y Provincial á la vez del Carmen Calzado, Fray Angel de Salazar, irán siempre unidos en la historia al nombre de Teresa de Jesús, sin contar á otros muchos miembros de estos Institutos religiosos, en especial de la Compañía de Jesús, que la prestaron su apoyo en ocasiones diversas, para realizar sus heroicas empresas.

nuestras cabezas...; cómo acudieron á este santo varón con harto deseo nos ayudase, porque era el mayor letrado que entonces había en el lugar y pocos más en su Orden... El nos respondió nos diésemos prisa á concluir, y dijo la manera y traza que se había de tener, que quien la contradijese, fuese á él, que él respondería, y así siempre nos ayudó.

El santo varón Dominico no dejaba de tener por tan cierto como yo que se había de hacer, y como yo no quería entender en ello por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera (Doña Guiomar) y escribían á Roma y daban trazas... Y tratélo con este Padre mío Dominico (que como digo era tan letrado que podía bien asegurar con lo que él me dijese). El me aseguró mucho, y á mi parecer con provecho, etc.

Pues aplacada ya algo la ciudad, dióse tan buena maña el Padre Presentado, Dominico, que nos ayudaba y procuró por algunas vías que nos diese licencia el Provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo, que parecía casi imposible darla tan en breve", etc., etcétera.

No fué sólo el Venerable Padre Pedro Ibáñez quien prestó á la Santa valiosísimo apoyo en la grande empresa de la Reforma. Apenas edificado el primer monasterio, surgió furiosa la tempestad, y Dios le deparó un defensor en la persona del Padre Dominico Báñez. De este insigne Dominico dice la Santa en el capítulo XXXVI: "Desde á dos ó tres días juntáronse algunos de los regidores y corregidor y del Cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir, que venía conocido daño á la República, y que había de quitar el Santísimo Sacramento y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante."

"Hicieron juntar todas las Ordenes para que digan

su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban; en fin, concluyeron que luego se deshiciese. *Sólo un Presentado de la Orden de Santo Domingo (aunque contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre) dijo que no era cosa que así se había de deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que este era caso del Obispo ó cosas desta arte, que hizo mucho provecho; porque según la furia, fué dicha no lo poner luego por obra.*”

La protección que prestaron los Dominicos en su primera fundación y cuna de la Reforma, la halló siempre Santa Teresa en las demás fundaciones, y así en las de Medina y Malagón intervino el Padre Báñez: en las de Valladolid y Toledo, los Padres Báñez, Barrón y Castillo; en las de Descalzos y Descalzas, de Pastrana, la ayudaron sobre manera contra los caprichos de la Princesa Eboli, los Padres Pedro Fernández, Domingo Báñez y Hernando del Castillo; en las de Salamanca, Alba, Segovia y Veas, los citados Padres Fernández y Báñez; en Sevilla, el Dominicó Padre Aguilar, del cual decía la Santa “*que era muy buen amigo*”, y el Dominicó Padre Baltasar, y más tarde el Padre Pedro Fernández; en Soria, el Venerable Padre Fray Diego Alderete, de cuya santidad hace Santa Teresa el más acabado panegírico, y, por fin, en su fundación postrera, ó sea en la ciudad de Burgos, el Prior del convento de Dominicos, de San Pablo, en aquella insigne ciudad; el Padre Juan de Arcediano y el Padre Maestro Marta.

II

Toda esta protección y ayuda que los Dominicos, como devotos y amigos particulares de la Santa, la prestaron, no es más que una cifra, si se compara con la influencia suprema que ejercieron como Visitadores Apostólicos nombrados por el Pontífice Dominico, el inmortal San Pío V. Los muy reverendos Padres Fray Pedro Fernández y Fray Francisco Vargas, revestidos de una autoridad plenísima sobre la Orden Carmelitana, tanto de Calzados como Descalzos, gobernaron, el primero la provincia de Castilla, y el segundo la de Andalucía, apoyando la Descalceza siempre, en todas partes y en todas las ocasiones y en negocios de suma importancia y haciendo frente á todos los atropellos que los Calzados intentaban contra la Santa reformadora. Por eso Santa Teresa, escribiendo á D. Teutonio, Arzobispo de Braganza, que quería fuese á fundar en Portugal, le decía así: "Allá, no habiendo nada de esto, sujetos á los del Paño, presto irá la perfección por el suelo, como por acá comenzaban á hacernos gran daño, *si no vinieran los Comisarios ó Visitadores Apostólicos.*" No es extraño que el autor de la Reforma, hablando de este asunto, se exprese así (16): "Uno de los sucesos de más importancia y digno de mucha atención, es el de los Visitadores que Pío V dió, de su Orden de Predicadores, á la del Carmen. Porque fueron los que mucho favorecieron y honraron nuestra Descalceza, que con el favor de su Orden había comenzado y por cuyo parecer y mandato ella comenzó á dilatarse."

(16) Libro II, capítulo XXXVIII.

“Cumplió Santo Domingo la palabra que en la Cueva de Segovia dió á la Santa Madre Teresa de Jesús de favorecer su Reforma—añade otro respetable autor Carmelita Descalzo—no sólo con los confesores Dominicos que la Santa tuvo, sino también con los Visitadores Apostólicos que parece fueron enviados de Dios para este fin, pues sin ellos no parecía posible tan pronta propagación, ni menos que los Observantes los permitieran: y en fin, *se ve que en las contradicciones suscitadas poco después de esto, siempre tuvo la Santa á los Dominicos de su parte.*”

En efecto; ¿qué hubiera sucedido cuando el Nuncio, Monseñor Felipe Sega, para quien Santa Teresa era una *Femina inquieta, andariega y contumaz*, intentó, recién llegado de Roma, acabar con la Descalcez? ¿Qué hubiera sucedido, si el Rey Felipe II no le hubiera señalado por asesores ó acompañados, como la Santa les llama á los Dominicos Fray Hernando del Castillo y el Padre Fray Pedro Fernández? ¿Y quién ganó al Rey á favor de la Reforma, sino su confesor, el Dominico Padre Fray Diego de Chaves, modelo de confesores de Reyes? Oigamos sobre estos puntos á la misma Santa Teresa. Escribiendo desde San José á D. Roque de Huerta, y hablando del Padre Chaves, Prior por dos veces en Santo Tomás, de Avila, director que había sido de la misma Santa en esta ciudad, y á la sazón confesor del Rey Felipe II, hombre recto y gran protector de la Reforma, como le llama La Fuente, dice así (17): “Aquí va una carta para el Padre Maestro Chaves. En ella le digo que vuestra merced le dirá en el estado en que están los negocios. Procure coyuntura para hablarle y dárselas, y dígale vuestra merced cuáles nos paran estos benditos (los Calzados). Creo será de algún

(17) La Fuente. Edición 1861; carta 215, página 198.

efecto esa carta, porque le suplico mucho hable á el Rey, y le diga algunos de los daños que nos han venido á nosotras cuando les estábamos sugetas." Y en carta al mismo Roque de Huerta, escribía sobre los acompañados (18): "Pague Nuestro Señor á vuesa merced las buenas nuevas que me escribe. *Sepa, que después que esos dos señores y Padres míos Dominicos están por acompañados, todo el cuidado se me ha quitado de nuestros negocios.*" Pero en especial escribe así del Padre Pedro Fernández, en el cap. XXVIII de sus Fundaciones: "Sea Dios alabado, que favorece la verdad. Y así sucedió en esto, que como nuestro católico Rey Don Felipe supo lo que pasaba, y estaba informado de la vida y religión de los Descalzos, tomó la mano á favorecernos de manera que no quiso juzgase sólo el Nuncio nuestra causa, sino dióle cuatro acompañados, personas graves, y las tres religiosos, para que se mirase bien nuestra justicia. *Era el uno de ellos el Padre Maestro Fray Pedro Fernández, persona de muy santa vida y grandes letras y entendimiento.* Había sido Comisario Apostólico y Visitador de los del Paño de la provincia de Castilla, á quien los Descalzos estuvimos también sujetos, y sabía bien la verdad de cómo vivían los unos y los otros, que no deseábamos todos otra cosa, sino que esto se entendiese. *Y así en viendo yo que el Rey le había nombrado, di el negocio por acabado, como por la misericordia de Dios lo está.*"

Otro de los asuntos, y quizás el de mayor transcendencia para la naciente Reforma, fué el Capítulo Provincial de separación, por la cual toda su vida había suspirado la santa Reformadora. Con este Capítulo, celebrado un año antes del feliz tránsito de nuestra Santa, ó sea en 1581, empezó á tener la Descalcez vida propia; en él se arregló

(18) Padre Antonio de San José. Tomo III, carta 52.

definitivamente el Código legislativo y se le dió para siempre la sanción y autoridad necesarias; en él fué elegido por primer Provincial el amigo más íntimo que tuvo en su vida Santa Teresa, ó sea el célebre Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

Pues bien; el presidente, el alma de este importante Capítulo, fué el Dominico Fray Juan de las Cuevas, Prior del convento de Talavera, quien con suma prudencia consiguió fuese elegido Provincial el candidato que la Santa Madre quería.

Oigamos otra vez á Santa Teresa, que en el capítulo XXIX de sus fundaciones, escribe de esta manera: "Estando en Palencia, fué Dios servido se hiciese el apartamiento de los Descalzos y Calzados, haciendo provincia por sí, que era todo lo que deseábamos para nuestra paz y sosiego. Trájose (por petición de nuestro católico Rey Don Felipe) de Roma un Breve muy copioso para esto, y Su Majestad nos favoreció mucho en extremo, como lo había comenzado. Hízose capítulo en Alcalá por mandato de un reverendo Padre, llamado Fray Juan de las Cuevas, que era entonces Prior en Talavera: es de la Orden de Santo Domingo, que vino nombrado de Roma, y señalado por Su Majestad, persona muy santa y cuerda, como era menester para cosa semejante. Allí les hizo la costa el Rey, y por su mandato los favoreció toda la Universidad. Hízose en el Colegio de Descalzos, que hay allí nuestro, de San Cirilo, con mucha paz y concordia. Eligieron por Provincial al Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Porque esto escribirán estos Padres en otra parte cómo pasó, no había para qué tratar yo de ello. Hélo dicho porque estando en esta fundación acabó Nuestro Señor cosa tan importante á la honra y gloria de su gloriosa Madre, pues es de su Orden, como Señora y Patrona que es nuestra; y me dió á mí uno de los grandes

gozos y contentos, que podía recibir en esta vida, que más había de XXV años, que los trabajos y persecuciones y aflicciones, que había pasado, sería largo de contar; y sólo Nuestro Señor lo puede entender." Hasta aquí Santa Teresa.

Desempeñó el Padre Cuevas esta delicada comisión tan á satisfacción del Rey, que éste, en recompensa, le nombró al poco tiempo Obispo de Avila, cuya diócesis gobernó santamente por espacio de dos años.

III

Después de las ligeras indicaciones que preceden, acerca del proceder de los hijos de Santo Domingo en pró de Santa Teresa y de su inmortal Reforma, no estará de más indicar algo de lo mucho que pudiera decirse, si la índole de este trabajo lo permitiera, acerca de la confianza y afecto grande que ella profesó siempre á los Dominicos y á su Orden. Ya se ha visto en páginas anteriores la plenísima confianza que tuvo en sus *Padres Dominicos* en las grandes persecuciones del Nuncio Monseñor Segá, y cómo al saber que el Padre Pedro Fernández era uno de los acompañados, se la quitó todo el cuidado y congoja, dando por concluído el negocio.

Sabemos también, y así consta por el testimonio de sus más autorizados biógrafos, que con agudeza singular y propia suya, se llamaba la *Dominica in Passione*, dando con esto á entender el afecto y agradecimiento grande que á esta Orden profesaba (19). Así tenía que ser, porque el agradecimiento fué su cualidad característica, de tal modo, que, como consta de la Bula de Canonización, la gratitud fué, entre todas las virtudes, en la que más resplandeció, y, como ella escribe de sí misma, era de condición tan *agradecida, que por una sardina la sobornaban*.

Tres—dice Santo Tomás—son los oficios de esta virtud de la gratitud, tan olvidada, por desgracia, en el mundo:

(19) "Todo cuanto los Hijos de Santo Domingo hacían en pró de Santa Teresa lo atribuía ésta, y con razón, al Santo Patriarca, y en agradecimiento á tantos favores como recibía, en todas sus fundaciones levantaba un altar á Santo Domingo, diciendo á sus Hijas: "Hagamos altar al amigo." (Maestro Arriaga. "Vida de Santo Tomás". Libro I, capítulo XIII.)

reconocer el beneficio, alabar al bienhechor y retribuirle. Todos los cumplió plenísimamente con respecto á los hijos de Santo Domingo esta admirable mujer, como se desprende de cuanto hasta aquí ella nos ha dicho sobre los *Letrados Dominicos*. Sólo añadiré algunos de los muchos pasajes que pudiera citar para este objeto.

Escribiendo la fundación de Burgos, dice así en el capítulo XXXI: "Dijo la misa mayor con mucha solemnidad de ministriles el Padre Prior de San Pablo, que es de los Dominicos, á quien siempre esta Orden ha debido mucho." Cuando la Santa supo la enfermedad grave del Padre Pedro Fernández, escribía á María de San José, Priora de su convento de Sevilla (20): "Vuestra Reverencia haga encomienden á Dios al Padre Pedro Fernández, que está muy al cabo, *mire que se lo debemos mucho y ahora nos hace gran falta.*"

En otra carta á la misma Priora, la dice así, hablando del Padre García de Toledo (21): "En gran manera me holgué, que estaba ahí el mi buen Padre Fray García. Dios le pague tan buenas nuevas, que aunque me lo habían dicho, no lo acababa de creer, según lo deseaba. Muéstremele mucha gracia, que hagan cuenta que es fundador de esta Orden, según lo que ha ayudado, y ansí para él no se sufre velo, para todos los demás sí, en especial y general, y con los Descalzos los primeros." En otra carta decía á la misma Priora: "Espantarse ía si supiese lo que le debo." Pero donde manifestó un cariño sin igual y con una especie de enamoramiento santo, fué cuando, escribiendo al Padre Báñez, le decía: "La gracia del Espíritu Santo sea con vuesa merced y con mi alma. No hay que espantarse de cosa que se haga por amor de Dios, pues puede tanto el de Fray Domingo, que lo que le parece

(20) La Fuente. Edición 1881, carta 303.

(21) Tomo II, carta 99.

bien, me parece, y lo que quiere, quiero; y no sé en qué va á parar este encantamiento” (22).

Léanse con detención, entre otros, los capítulos XVI, XVII, XX, XXII y XXVII de la VIDA, y en ellos se verá cómo anima al Padre Ibáñez á que, abandonando del todo las criaturas, viva una vida sobrenatural y divina, aquella en que ella estaba abismada, y lo que es más importante, y lo testimonia en esos mismos capítulos, cómo el bendito Padre practicó estos santos avisos que de su penitente recibía, llegando en muy breve tiempo á la cumbre de la contemplación más elevada, y á la vez cómo bebía, para usar sus mismas frases, cómo bebía, no sólo de la segunda y tercera, sino de la cuarta agua; símil de que usa esta incomparable escritora para explicar los cuatro grados de la oración sobrenatural. “Quizás—le dice en el capítulo XX, ó sea al hablar de la cuarta agua y de los arrobamientos que acompañan á este grado de oración,—“quizás yo no sé lo que digo: vuesa merced lo entenderá, si atino en algo, *pues el Señor le ha ya dado experiencia dello.*” Y en verdad que le había dado experiencia, pues como la misma escribe en el capítulo XXXVIII, “*luego que acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato sin poderlo excusar*”.

Léanse también los capítulos XXXIV, XXXVIII y XL, y allí veremos las grandes visiones de muchos Padres de la Orden de Santo Domingo y de la misma Orden que tuvo la Seráfica Virgen. Hablando en el capítulo XXXIV de uno santificado por la oración de Teresa, dice así: “Espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien á algunos de su Orden por él, y á ella misma”. Habla luego de otros dos religiosos Dominicos favorecidos extraordinariamente de Dios, y más adelante, ó sea en el capítu-

lo XXXVIII, dice así: "Otra vez vi la misma paloma sobre la cabeza de un Padre de la Orden de Santo Domingo". Y en el número siguiente: "Otra vez vi estar á Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al Presentado de esta misma Orden", (ó sea al Padre Ibáñez), y todo esto, y mucho más que pudiera referirse, fué debido á la oración de Teresa, que, como agradecida, recompensaba los servicios que esta Orden le había prestado. "Señor—decía en cierta ocasión, haciendo oración por un Padre Dominico—Señor, no me habéis de negar esta merced; mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo".

Como conclusión de la presente introducción, consignaré lo que el ilustrísimo Sr. Yepes escribió á Fray Luis de León en el tiempo en que el célebre Agustino preparaba la primera edición de las Obras de Santa Teresa, y que sirven sobremanera para confirmar cuanto se ha dicho hasta aquí. Dice, pues, así tan interesante relación: "Del LIBRO DE SU VIDA (de Santa Teresa) habrá Vuestra Paternidad entendido la amistad grande que tuvo con la Orden de nuestro Padre Santo Domingo, y la ayuda que tuvo en los principales Padres de esta Orden, y de los beneficios que de ellos ha recibido: es justo que sepa el origen de esta amistad que fué del cielo.

"Yendo esta Santa Madre á fundar otro Monasterio á Segovia, entró por el de Santa Cruz (insigne casa de Santo Domingo en aquella ciudad) á visitar la capilla que el mismo Santo Padre edificó y donde moró, y tuvo mucha oración é hizo mucha penitencia, como el día de hoy hay muchas señales de ello en las paredes. Entrando en la capilla, luego al umbral de la puerta se postró, y estuvo como media hora postrada; los que la acompañaban, que eran muchas y graves personas, estaban esperando en qué había de parar tan larga oración.

"El Padre Fray Diego de Yanguas, Lector de Teolo-

gía de San Gregorio, de Valladolid, que era su confesor, y tenía particularísima amistad con ella, y uno de los que la acompañaban, como más familiar, le preguntó: "Madre, ¿qué habéis habido, que así nos habéis hecho aquí esperar tanto á todos?" Ella respondió: "Aparecióme Nuestro Padre Santo Domingo, y estuvo hablando conmigo, y dióme su palabra y mano de ayudarme en todas mis fundaciones (23). Y así la ha cumplido el Santo Padre, que todas las cosas graves que han sucedido á su Orden, les han venido por mano de los religiosos de esta Orden insigne.

"Los primeros maestros que esta Santa tuvo en sus principios fueron de estos Padres que moraban en Avila y en Toledo: ellos la enseñaron, alumbraron, animaron y ayudaron para las cosas grandes que acometió. El Padre Fray Bartolomé de Medina, luz de las Escuelas de Salamanca, aunque al principio que oía hablar de ella, murmuraba de sus cosas, después que la conversó, la amó mucho, y la favoreció y estimó..."

Nombra luego á otros muchos Padres que ayudaron á la santa fundadora en los asuntos difíciles de la Reforma, entre ellos á los Padres Domingo Báñez, Pedro Fernández, Diego de Yanguas y Fray Juan de las Cuevas,

(23) Las historias de la Orden de Predicadores añaden algunas circunstancias que conviene hacer constar, y son entre otras, cuando el Santo Patriarca se la apareció y la dijo: "Grande gozo ha sido para mí que hayas visitado esta capilla, y tú no has perdido nada. Encomendóme Santa Teresa su Reforma y Descalcez, y consolóla el Santo dándole palabra de ayudarla y favorecerla en la empresa." A la vez, cuando el Santo Fundador dió la mano á Santa Teresa, la dijo: "Tened, Hermana, mucho cuidado de mi Orden, que yo le tengo y tendré de la vuestra". Por último, hay en la Cueva una Imagen muy piadosa del Santo Patriarca, delante de la cual se postró en oración Santa Teresa, y aseguró después á los Religiosos que la dicha imagen es retrato muy parecido y natural del Santo Patriarca. Hizose hora de comer, y en la misma Cueva la sirvieron nuestros frailes una religiosa y templada comida de pescado. Comió y despidióse con ternura de aquel Santuario, diciendo había tenido en él tanto consuelo de espíritu, que no quisiera salir jamás de esta devota Cueva." (López, Pinelo y el Maestro Seraffín.)

y luego continúa así: "Diré aquí una cosa notable, que supe del Padre Fray Nicolás de Jesús María, Provincial que ahora es de la Orden de los Descalzos, hombre muy grave, letrado y santo, y contarla he, porque le tengo por tan modesto y recatado en estas cosas, que no las dirá por ser tan en su favor, y no es justo que se callen. Cuando se trataba en Madrid con tantas fuerzas, como está dicho, de deshacer esta sagrada Religión, estaban algunos frailes Descalzos en su defensa, entre los cuales era uno el sobre-dicho Fray Nicolás, de nación genovés.

"Mandó el Nuncio de Su Santidad que todos los Descalzos se fuesen de la corte, y no quedase sino el reverendo Padre Fray Nicolás, pareciéndole que así se acabarían más presto los negocios, porque le tenían por hombre de poca maña, y que se avendrían mejor con él: es así, que aunque tiene una apariencia de hombre muy llano y fácil, es muy prudente y de mucha industria, y tal, que todos juntos no valían tanto como él solo, y como le tenían en otra opinión, descuidábanse con él, y él no perdía punto.

"Verdad que no bastaran fuerzas humanas, si Dios no guiara los negocios por su divina disposición. Andando, pues, en estos pleitos, con poca esperanza de la victoria, el Padre Fray Nicolás, que posaba en el Carmen, iba y venía á Nuestra Señora de Atocha (convento de Dominicos), á negociar con el Padre Fray Pedro Fernández, su Visitador Apostólico, que era uno de los que más favor les daba, porque conocía á los frailes y monjas.

"Saliendo una vez de la villa para ir á hablarle, topó al salir de la calle de San Jerónimo un perro grande, blanco, y con unas manchas negras, como le suelen pintar á los pies de Santo Domingo, y fuese delante de él como seis ó siete pasos, y de rato en rato volvía la cabeza atrás, como mirando si le seguía, como que le prometía favor, hasta que le puso á la puerta del Padre Visitador,

y aunque entonces lo echó de ver, no dijo nada. Salió otra vez para ir á lo mismo, y echó por otra calle, porque no le espiasen y entendiesen dónde iba, y al salir de la calle, topó el mismo perro que le llevó de la manera que el primero (24).

"El Padre Fray Nicolás preguntó al Padre Fray Pedro Fernández, si tenía él algún perro como aquel, y contóle lo que pasaba: y él se rió y dijo que no sabía de tal perro: duró esto de esta manera hasta que los negocios se acabaron en favor de la Orden, queriendo el Padre Santo Domingo dar á entender en esto, que él era guarda de aquel Padre y defensa de su Orden, y que por medio suyo se guiaban los negocios, cumpliendo la palabra que había dado en Segovia á la Santa Madre.

"Finalmente, tiene esta Orden gran obligación al Santo Padre (Domingo): pues los *principios, medios y fines de toda su prosperidad, les vino por medio suyo y por las personas de su Orden.*"

Colegio de Santo Tomás, de Avila, 30 de Abril, fiesta de Santa Catalina de Sena, del año 1909.

Fray Felipe Martín, Dominico.

(24) El suceso misterioso de que habla el Sr. Yepes, tuvo lugar cuando los asistentes ó acompañados deliberaban con el Nuncio Segá sobre los negocios de la Descalcez, ó sea, desde Abril hasta Julio de 1579. El Padre Pedro Fernández era el alma de estas sesiones; porque como había sido Visitador Apostólico, conocía la santidad con que vivían los Descalzos y Descalzas, y por eso, como hemos visto, Santa Teresa dió por concluido el negocio, cuando supo que este venerable Padre era uno de los acompañados.

Nombres de los principales Padres Dominicos, confesores de Santa Teresa de Jesús, á la vez que sus protectores en la obra de la Reforma (25) :

Padre Vicente Barrón, Consultor del Santo Oficio.

Padre Pedro Ibáñez, Lector de Teología, en Avila.

Padre Domingo Báñez, Catedrático de Prima, en Salamanca.

Padre Diego Chaves, Confesor del Rey Felipe II.

Padre Bartolomé Medina, Catedrático de Prima, en Salamanca.

Padre Felipe Meneses, Regente de San Gregorio.

Padre Juan Salinas, Provincial de España.

Padre Presentado Lunar, Prior de Santo Tomás, de Avila.

Padre Diego Yanguas, Maestro en Teología.

Padre Juan Cuevas, Provincial de España.

Padre Juan Gutiérrez, Predicador de Su Majestad.

Padre Hernando del Castillo, Predicador de Su Majestad.

Padre García de Toledo, Comisario General.

Padre Pedro Fernández, Provincial de España.

(25) Por si alguno de los lectores desea saber dónde consta que estos treinta Padres de la Orden de Santo Domingo fueron Confesores de la Santa Madre, bueno será manifestar que á los nueve primeros ella misma los nombra en una relación á uno de sus confesores; los siguientes, hasta el Padre Pedro Romero inclusive, constan del proceso de canonización que se hizo en Avila en 1610, fuera de que algunos de éstos, como el Padre García de Toledo, Cuevas y algunos otros, con frecuencia lo testifica la misma en sus escritos; de los siete siguientes, nos consta por diversas cartas de la Santa y comentaradores de éstas, y últimamente del Padre Diego Suárez lo afirma el Padre Gracián en uno de sus opúsculos, que puede verse en La Fuente, edición de 1881, tomo VI, página 394.

Padre Mancio, Catedrático de Prima, en Salamanca.

Padre Melchor Cano, sobrino del célebre Melchor Cano.

Padre Baltasar, en Sevilla.

Padre Luis Barrientos, Predicador de Su Majestad.

Padre Juan de Arcediano, Prior de Dominicos, Burgos.

Padre Peredo, Predicador Conventual, en Avila, y Prior después en Talavera.

Padre Diego Alvarez, Arzobispo de Trani, Italia.

Padre Juan Calleja, Maestro de Novicios, Segovia.

Padre Pedro Romero, Lector de Teología en el convento de Santo Tomás, de Avila.

Padre Bartolomé de Aguilar, Conventual, en Sevilla.

Padre Maestro Marta, en Burgos.

Padre Maestro Orellana, en Valladolid.

Padre Maestro Vallejo, en Soria.

Padre Maestro Osma, en Valladolid.

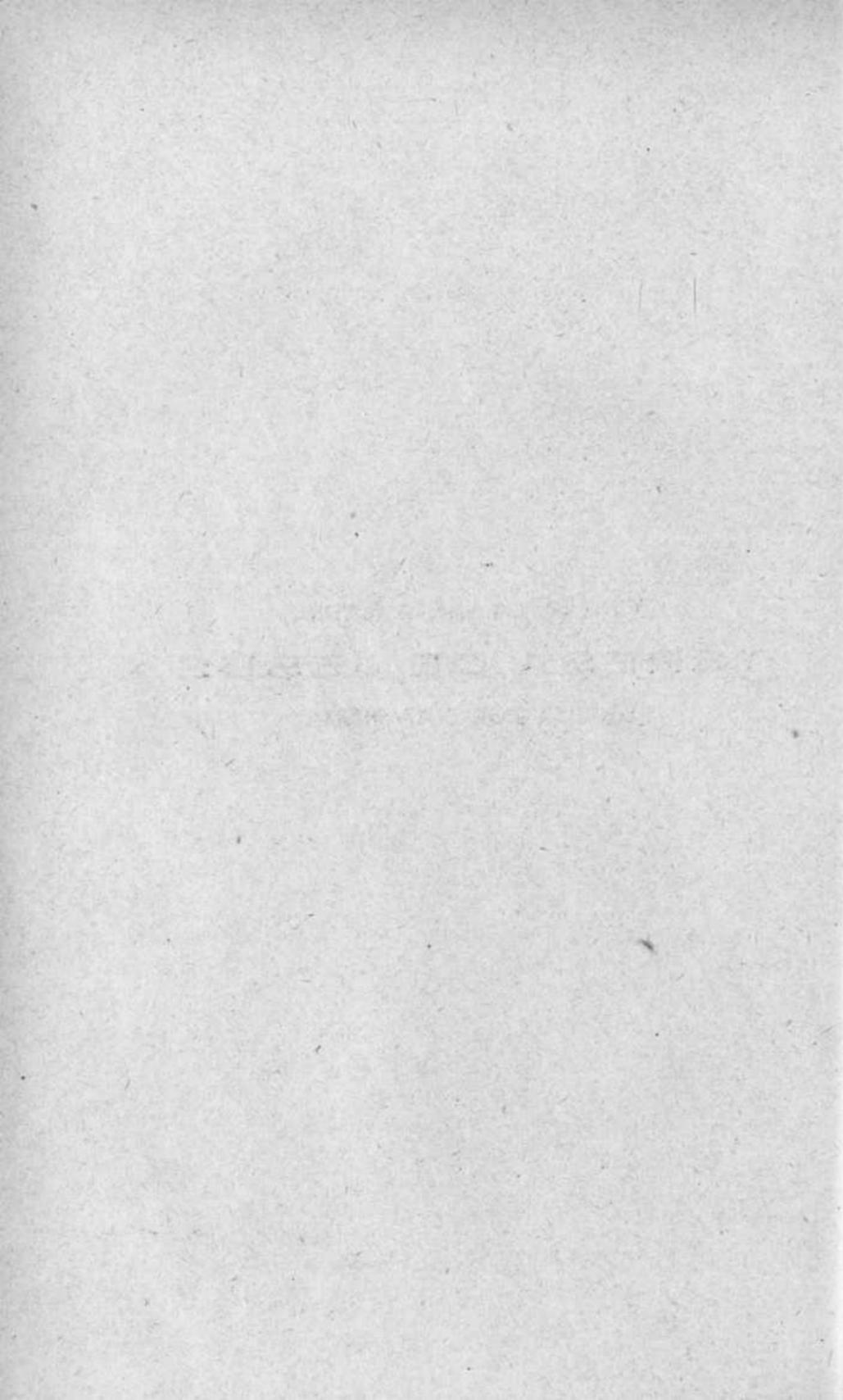
Padre Diego Alderete, en Soria.

Padre Diego Suárez, Rector de San Gregorio, en Valladolid.

VIDA DE LA SANTA MADRE

TERESA DE JESÚS

ESCRITA POR ELLA MISMA





LA VIDA
DE LA SANTA MADRE
TERESA DE JESÚS

Y

ALGUNAS DE LAS MERCEDES QUE DIOS LE HIZO,
ESCRITAS POR ELLA MISMA
POR MANDADO DE SU CONFESOR,
Á QUIEN LO ENVÍA Y DIRIGE,
Y DICE ANSÍ:

Jhs.

Quisiera yo que, como me han mandado (1), y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruín vida. Dírame gran consuelo; mas no han querido, antes atádome mucho en este caso; y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruín que no he hallado santo, de los que se tornaron á Dios, con quién me consolar. Porque considero que después que el Señor los llamaba, no le tornaban á ofender: yo no sólo

(1) Los confesores que la mandaron escribir su "Vida" fueron los Dominicos Padres Fray Pedro Ibáñez y Fray García de Toledo, según se consigna en la introducción.

tornaba á ser peor, sino que parece traía estudio á resistir las mercedes que Su Majestad me hacía, como quien se vía obligar á servir más, y entendía de sí, no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación, que mis confesores me mandan (y aún el Señor, sé yo, lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido), y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor ayuden á mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, á quien siempre alaben todas las cosas. Amén.



CAPÍTULO PRIMERO

En que trata cómo comenzó el Señor á despertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

Sumario: 1. Virtudes de sus padres y hermanos.—2. Lectura de las vidas de los Santos y deseos del martirio. Ensayos de la vida religiosa.—3. Muere su madre y suplica á la Virgen sea Madre para ella.



GL tener padres virtuosos y temerosos de Dios(1) me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros y así tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad (á mi parecer) de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los po-

(1) Fueron los padres de Santa Teresa D. Alonso Sánchez de Cepeda y Doña Beatriz de Ahumada. D. Alonso estuvo casado en primeras nupcias con Doña Catalina del Peso, y tuvo de ella tres hijos, que fueron: Pedro, Juan y María. Con Doña Beatriz tuvo á Fernando, Rodrigo, Santa Teresa, Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo, Agustín y Juana. Santa Teresa nació un miércoles, á las cinco de la mañana del 28 de Marzo de 1515, y fué bautizada el 4 de Abril en la parroquia de San Juan. En este mismo día, por una providencial coincidencia, se dijo la primera Misa en la Encarnación, convento que más tarde había de santificar con su presencia y por el largo espacio de treinta y un años esta inclita Virgen, y hacer de él uno de los santuarios más venerandos del orbe católico.

bres, y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos: decía, que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad: jamás nadie lo vió jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso della; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron á sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fuí yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razón; porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad; juntábamnos entrambos á leer vidas de Santos, que era el que yo más quería (2), aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí. Como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban,

(2) Este hermano á quien más quería era Rodrigo, de más edad que la Santa, y que murió en el Paraguay, en 1538. Con su hermano Rodrigo sano Santa Teresa siendo de siete años para Africa, habiéndose antes encomendado á la Virgen de la Caridad, cuya imagen se hallaba entonces junto al río Adaja, en la ermita de San Lázaro, y hoy se encuentra en la Catedral. D. Francisco de Cepeda encontró á sus sobrinos en el sitio donde hoy vemos el humilladero, ó sea, los Cuatro Postes, y les volvió á casa de sus padres. Rodrigo se excusaba al reprenderle su madre diciendo: **que su hermana le había invitado.** Con este mismo hermano hacía la Santa las ermitas en la huerta de su casa. Aún se conserva una pequeña parte de esta huerta, en que la Santa se dedicaba á tan piadosos ejercicios.

parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y pareceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir (en lo que leíamos) que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, cómo podíamos hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada, para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monesterios, como que eramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imagen de Nuestra Señora (3) y supliquéla fuese mi

(3) La imagen de que habla fué la de Nuestra Señora de la Caridad. El día de la Santa, 15 de Octubre, se coloca esta

madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocida-mente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á Ella, y en fin, me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡O! Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega á vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho; ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada adonde tan contino habíades de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó á Vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres, tampoco puedo, porque no vía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando desta edad que comencé á entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas), cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

imagen en el presbiterio, al lado del Evangelio, y la de la Santa al lado opuesto. Acabada la Misa solemne, se llevan en procesión las dos imágenes al Templo de la Santa. Por la tarde se hace una despedida muy tierna, y en procesión vuelve la imagen de la Virgen á su capilla de la Catedral.

CAPÍTULO II

Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

Sumario: 1. La lectura de libros de caballerías entibia su fervor. Comienza á traer galas. Conversaciones frívolas.—2. Estragos que causaron en su alma las compañías no buenas.—3. La libra Dios del peligro.—4. Entra pensionista en las Agustinas.



PARECEME que comenzó á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías (1), y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolvíamonos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar á sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que

(1) Los libros de caballerías eran especie de novelas, aunque no tan perjudiciales como las que, por desgracia, hoy día se estilan.

“Como su natural ingenio era tan excelente, de tal modo se asimiló el lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo compusieron un libro de caballerías con sus aficiones y aventuras; y salió tal, que había harto que decir de él.” (Padre Ribera, libro I, capítulo V.)

se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó á enfriar los deseos y fué causa que comenzase á faltar en lo demás; y parecía-me no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían á mí no eran ningún pecado, muchos años; ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera á Dios que lo fuera destos también, porque ahora veo el peligro que es tratar, en la edad que se han de comenzar á criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué, mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal.

2. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor. Así me acaeció á mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía

mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo, me aficioné á tratar: con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él, que á esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecía á mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente tenía extremo; los medios que eran menester para guardarla no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación, que de

natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguna señal, y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía á muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara, más el interés las cegaba, como á mí la afición. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación; más puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese: aunque no pudo ser tan secreto que no hubiera harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monesterio (2) que había en este lugar, adonde se cria-

(2) El monasterio adonde á la edad de dieciséis años la llevó de educanda su padre, fué el de Nuestra Señora de Gracia ó Agustinas, de esta ciudad. Todos los años, el 13 de Julio celebran estas venerables Religiosas una solemne y devota fiesta en conmemoración de la dicha que tuvo este antiquísimo convento de albergar en su seno á la inocente Virgen Teresa de Jesús, por espacio de año y medio ó cerca de dos años.

ban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo á quien todo lo ve. ¡Oh, Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra Vos! Tengo por cierto que se excusarían grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros á Vos.

4. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad; traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosigar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumbrar en

el bien de mi primera edad, y ví la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Parece-me andaba su Majestad mirando y remirando por donde me podía tornar á sí. Bendito seáis Vos, Señor, que tanto me habéis sufrido. Amén. Una cosa tenía que parece me podía ser alguna disculpa, sino tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por vía de casamiento (3) me parecía podía acabar en bien, é informada de con quien me confesaba (4) y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja (5) con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.

(3) Es evidente que el trato y relaciones eran con personas de otro sexo.

(4) El confesor de quien dice se informaba, era el Dominico Padre Vicente Barrón, confesor del padre de Santa Teresa, y de ella misma en su juventud.

(5) La Monja ó Religiosa cuya dirección, conversación y trato tanto provecho causaron en la joven Teresa, fué la célebre Doña María de Briceño y Contreras, venerable Religiosa Agustina, é hija también de una de las familias más ilustres de esta ciudad de los Caballeros. Mucho debe la Iglesia y el mundo entero á esta venerable Religiosa Agustina, por haber sido el instrumento de que Dios se valió para cambiar las disposiciones de su educanda y volverla á su fervor primitivo. En esto consiste la verdadera educación. Murió esta Religiosa en 1592, á los noventa y cuatro años de edad. Lástima que no se conozca más la influencia suprema que esta hija del Gran Agustín tuvo en el porvenir glorioso de Santa Teresa.

CAPÍTULO III

En que trata cómo fué parte la buena compañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del engaño que había traído.

Sumario: 1. Influencia suprema de María de Briceño. La inclina al estado religioso, del que antes era enemiguísima.—2. Sale por enferma del Convento de Agustinas. Visita á su hermana María. Provecho de las buenas lecturas.—3. Se decide á abrazar el estado religioso.



UES comenzando á gustar de la buena y santa conversación desta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, á mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzóme á contar cómo ella había venido á ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos* (1). Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por El. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que había hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima; y si vía alguna tener lágrimas cuando rezaba, ú otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón

(1) "Multi sunt vocati, pauci vero electi". (Math., XX, 16.)

en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monesterio harto mijorada: comencé á rezar muchas oraciones vocales y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le había de servir; más todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme. A cabo deste tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados; y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer, mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga (2) en otro monesterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme á serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mijor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y, á su querer, no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun en esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un

(2) La amiga, era Doña Juana Suárez, Religiosa profesa en el convento de la Encarnación, de Avila, quien consiguió su salvación eterna por las oraciones de la Santa.

hermano de mi padre (3), muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mí me hiciese pesar, tanto que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, váleme Dios, por qué términos me andaba su Majestad dispuniendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó á que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas, como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y á temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, ví era el mejor y más seguro estado, y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome á mí mesma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después

(3) El pueblo donde residía su hermana María, casada con D. Martín Barrientos, era Castellanos de la Cañada. Su tío era D. Pedro Sánchez de Cepeda, que vivía en Hortigosa. varón verdaderamente santo. Profesó siendo ya de edad en el convento de Jerónimos de esta ciudad, donde murió en opinión de santidad.

me iría derecha al cielo, que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo; porque no era mucho yo pasase algunos por El; que El me ayudaría á llevarlos, debía pensar (que esto postrero no me acuerdo): pasé hartas tentaciones estos días. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las Epístolas de San Hierónimo, que me animaban de suerte, que me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como á tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás de ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él, fué, que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía á mí y á mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.

CAPÍTULO IV

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse á sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que Su Majestad la comenzó á dar (1).

Sumario: 1. Entra en las Carmelitas de la Encarnación. Sentimiento al salir de casa de su padre. Toma el hábito.— 2. Profesión. Su humildad la hace ponderar sus faltas. Cae enferma y la lleva su padre á Becedas en busca de la salud. Se detiene antes en Castellanos, después de visitar á su tío en Hortigosa, y libro que éste la da.—3. Se da á la oración y mercedes que Dios la hace. Empieza á aficionarse á la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Cuánto ayuda la lectura á los que no pueden discurrir en la meditación.—4. Se defiende con el libro de las distracciones y vuelve á ponderar sus infidelidades, alabando la misericordia de Dios.



EN estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mío á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monesterio adonde estaba aquella mi

(1) Salió de en casa de su padre para la Encarnación, y tomó el hábito el 2 de Noviembre. En la Encarnación se conmemora el aniversario de la toma de hábito de Santa Teresa todos los años. Fiesta tierna por las ceremonias que se practican; en ella suele la Santa conceder grandes favores ó propinas, como las llaman las Religiosas. El que esto escribe podía muy bien confirmar la verdad de esta afirmación citando algunos casos que ha visto.

Acerca del año en que tomó el hábito Santa Teresa, no convienen los biógrafos de la Santa. Comúnmente se cree fué el 1535, cuando la Santa contaba veinte años y medio. El hermano que la acompañó fué Antonio. De él escribe así el Padre Ribera: "Ella (Santa Teresa) se quedó en la Encarnación, y él (Antonio) se fué de allí al Monasterio de Santo To-

amiga, que era la que yo tenía mucha afición; puesto que en esta postrera determinación ya yo estaba, de suerte que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ó mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya al remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía dél. Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastáran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma, en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por donde venía. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayúdo al principio á determinarme á hacer lo que, siendo sólo por Dios, hasta en comenzarlo quiere, para que más merezca-

más, de la Orden del glorioso Santo Domingo, á pedir el hábito. No le recibieron allí entonces hasta saber la voluntad de su padre, con quien aquellos Padres tenían amistad."

Si entró ó no después en la Orden de Santo Domingo ó de San Jerónimo, no consta con certeza. Según un manuscrito antiguo del convento de Santo Tomás, tomó en él el hábito y murió de novicio. Posteriores averiguaciones parecen indicar que se fué á América y murió allí.

mos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace después; aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vías, que sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho, en muchas cosas, harto graves; y así jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que, cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo. Sea bendito por siempre. Amén.

2. Bastara ¡oh sumo Bien y descanso mío! las mercedes que me habíades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza á estado tan seguro, y á casa adonde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrármese el corazón, y no era mucho sentimiento, para lo que después os ofendí. Paréceme ahora que tenía razón de no querer tan gran dinidad, pues tan mal había de usar de ella: más vos, Señor mío, quisistes ser, casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido; aunque entonces no era esa mi intención: más veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién vos sois, Esposo mío, y quién soy yo; que es verdad cierto, que muchas veces me tiempla el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¡En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que

tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzastes á hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo: pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto á quien le vía, y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme á un lugar (2) adonde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron harían la mía. Fué conmigo esta amiga, que he dicho que tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja, no se prometía clausura (3). Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de Abril, porque estaba cerca, y no an-

(2) Becedas, de la provincia de Avila, era el pueblo donde residía la curandera. Pasó la Santa de nuevo por Hortigosa, y también se detuvo en Castellanos de la Cañada. Estuvo con ella su amiga Juana Suárez.

(3) Es decir, que podían salir con alguna causa racional.

dar yendo y viniendo. Cuando iba me dió aquel tío mío (que tengo dicho, que estaba en el camino) un libro, llámase *Tercer Abecedario*, que trata de enseñar oración de recogimiento, y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otro, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y así holguéme mucho con él, y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas: y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad, y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara á salir de las ocasiones que tuve para ofender á Dios.

3. Comenzóme su Majestad á hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender á Dios, como el libro me decía), más por esto pasaba yo, parecíame casi imposible tanta guarda: tenía de no hacer pecado mortal, y pluguiera Dios la tuviera siempre: de los veniales hacía poco caso y esto fué lo que me destruyó. Comenzó el Señor á regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba á unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión; que no se si era Ave María; más quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía al mundo debajo de los pies, y así me acuerdo que había lástima á los que le seguían, aunque fuese en co-

sas lícitas. Procuraba lo más que podía traer á Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mi presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí como lo procuraba, traer la humildad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto á la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposición les conviene más pureza de conciencia, que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurriendo en lo que es el mundo, y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y lo poco que le sirve, y lo que le dá á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor y conviéndole ocuparse mucho en lición, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña aprieta en que sin lición (que ayuda mucho para recoger á quien desta manera procede, le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener) digo, que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño á la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible,

me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo, y en estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos estos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar á tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera á pelear. Con este remedio, que era como una compañía ó escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; más era siempre cuando me faltaba libro, que era luego disbaratada el alma; y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba á recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leía poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor me hacía. Parecíame á mí en este principio que digo, que teniendo yo libros, y como tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro ó persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir dellas, si entrara, con brevedad; y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente á pecar. Más fué tan sutil, y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy muchos los días que serví á Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dió. Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno (4): por ruines é imperfetas que fuesen mis

(4) Es muy notable esta afirmación, y debe animarnos á tener grandes deseos, ya que por nuestra miseria quedemos muy cortos en las obras.

obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas (5); hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar á lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío, para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amén.

(5) La expresión "**Dora las culpas**" es una de las más galanas de Santa Teresa. Se pinta en ella toda la riqueza de nuestra lengua. No es posible expresar esa idea genuinamente por otras palabras, ni capaz de traducirse á otro idioma.

CAPÍTULO V

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar.

Sumario: 1. Cuenta algo que la ocurrió el año del noviciado. Paciencia heroica de una religiosa. Desea padecer enfermedades.—2. Llega á Becedas, donde se convierte por su medio un sacerdote que vivía con gran escándalo. Daño que la causaron confesores medio letrados.—3. Vuelve de Becedas en tan mal estado á Avila, que la deshaucian los médicos. Su gran paciencia.—4. La da un paroxismo ó desmayo y pasa cuatro días sin sentido. Se lamenta de su católico padre. Concluye ponderando sus pecados.



BLVIDÉ de decir cómo en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, más culpábanme sin tener culpa hartas veces; yo lo llevaba con harta pena é imperfección; aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me vían procurar soledad, y me vían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada á todas las cosas de Religión, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía, todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la inorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fun-

ñado el monesterio en mucha perfección; yo, como ruin, íbame á lo que vía falto y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía: murió presto dello. Yo vía á todas temer aquel mal; á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios que dándomela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. Y espántome, porque aún no tenía, á mi parecer, amor de Dios, como después que comencé á tener oración me parecía á mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes de dos años estaba tal que, aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar (1) que digo que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo mi padre y hermana, y aquella monja mi amiga, que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio á descomponer mi alma, aunque Dios sacó de ello harto bien. Estaba una persona de la Ilesia que residía en aquel lugar adonde me fuí á curar, de harto buena calidad y entendimiento; tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía

(1) En Castellanos, de donde se trasladó á Becedas.

de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara, y buen letrado nunca me engañó. Estotros tampoco me debían querer engañar, sino no sabían más; yo pensaba que sí, y que no era obligada á más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían y de más libertad que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo que no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas para que yo me guardara dellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen y me engañasen á mí; yo engañé á otras hartas con decirles lo mesmo que á mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diecisiete años, hasta que un Padre Dominicó (2), gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agraviándome tan malos principios, como después diré. Pues comenzándome á confesar con este que digo, él se aficionó en extremo á mí, porque entonces tenía poco que confesar para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la

(2) El Padre Dominicó de que habla, es el Padre Fray Vicente Barrón. Los diecisiete años deben contarse desde el año 1539 al 1556, en que emprendió una vida angelical y divina. El Dominicó Padre Barrón la confesó el 1546, cuando murió su padre, y entonces la hizo volver á la oración; pero como la Santa continuó con sus entretenimientos y visitas en la Encarnación, por espacio de diez años más, por eso afirma que duró esa ceguedad por espacio de diecisiete años.

Quando la Santa dice "pues comenzándome á confesar con este que digo", no se entiende con el Padre Dominicó, como algunos han creído al leer la "Vida de la Santa", sino que aquí la Santa se refiere al sacerdote del pueblo de Becedas, como muy bien lo hizo constar al margen en el original de la Santa el Padre Maestro Fray Domingo Báñez.

afeción deste mala, más de demasiada afeción venía á no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaría á hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mesmo, y así era mucha la conversación. Más mis tratos entoncez, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas dél; y como era tan niña, hacíale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó á declararme su perdición; y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afeción y trato con una mujer del mesmo lugar, y con esto ¡¡decía misa!! Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley á quien me quería. ¡Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios! Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra El, no quebrantar esta amistad. ¡Oh, ceguedad del mundo! Fuérades Vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra Vos no lo fuera un punto; más ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber é informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, más diré esto que yo ví, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y que crean, pues pierden la vergüenza á Dios (que ellas más que los hombres son

obligadas á tener honestidad) que ninguna cosa dellas pueden confiar; y que á trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afición que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; más si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor: mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso quererme mucho; porque por hacerme placer, me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado este, comenzó como quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años (3), y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino á comenzar á aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le ví, murió. Ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; más también hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas tuyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba á tenerme amor ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos

(3) La descripción que acaba de hacer es inimitable y propia sólo de esta Santa Escritora.

de mujeres que ven inclinadas á virtud; y aun para lo que acá pretenden deben de ganar con ellos más por aquí, según después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación (4). Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

3. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexión; á los dos meses, á poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fuí á curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecían con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida), de gran hastío, calentura muy continua, y tan gastada (porque casi un mes me habían dado una purga cada día), estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los niervos, con dolores tan inoportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener: una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre, adonde tornaron á verme médicos: todos me desahucieron, que decían, sobre todo este mal, decían estaba ética. Desto se me daba á mí poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de niervos son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto, si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se vía claro venir de El. Mucho me aprovechó para

(4) Se confirma con esto lo que el Dr. San Ligorio enseña acerca de la devoción á la Santísima Virgen en el Misterio de su Concepción.

tenerla, haber leído la historia de Job en los *Morales de San Gregorio* (5), que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado á tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con El. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas: "*Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?*" (6). Esto parece me ponía esfuerzo.

4. Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde Abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Dí priesa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado (7), que aunque sea de tan católico padre y tan avisado, que lo era harto, que no fué inorancia, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parajismo (8) que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos; en esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora ú momento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar, clamores y oraciones á Dios,

(5) En San José, ó sea en el convento de las Madres, se conserva aún el tomo segundo de los *Morales* que la Santa leía, anotado al margen por ella misma en muchos pasajes.

(6) "Si bona suscepimus de manu Dei ¿mala quare non suscipiamus?" (Job., II, 10.)

(7) Cuántos casos, desgraciadamente, se repiten por este estilo en los tiempos que atravesamos, sin caer en la cuenta que "es amor de carne demasiado".

(8) Durante el paroxismo, la Santa tuvo grandes visiones, que se cumplieron como ella profetizó, aunque por humildad decía que eran desvaríos de su cabeza. Pero el Padre Ribera escribe así: "Yo también, predicando el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, Catedrático de Prima de Teología de Salamanca, en una de las fiestas de los Padres Descalzos Carmelitas, año de 1587, le oí decir que la había confesado muchos años, y que en estos días que estuvo como muerta, la mostró el Señor el infierno, y que esto lo sabía por ella misma".

muchas. Bendito sea El que quiso oirlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monesterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí; luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, más á mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido á Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traía de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables, con que quedé, el sentido poco, aunque la confesión entera, á mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido á Dios; que esta merced me hizo su Majestad, entre otras, que nunca, después que comencé á comulgar, dejé cosa por confesar que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; más sin duda me parece que lo iba harto mi salvación, si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra y por otra ser yo tan ruin, y por muchas. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo cómo parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, oh ánima mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo no añido muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoeados van. Por amor de Dios le pido, de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la manificencia de Dios, y lo que sufre á un alma. Sea bendito para siempre; plegue á su Majestad que antes me consuma que le deje yo más de querer.

CAPÍTULO VI

Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad, con tan grandes trabajos; y cómo tomó por mediano y abogado al glorioso San José, y lo mucho que le aprovechó.

Sumario: 1. Descripción que hace de cómo quedó su cuerpo después del paroxismo. Hace que la lleven de casa de su padre á la Encarnación.—2. Virtudes que practica, sobre todo en no hablar mal de nadie. No evita, sin embargo, las ocasiones en que está siempre en peligro.—3. Pide á Dios la salud por intercesión de San José. Panegírico acabado que hace del poder de este Santo. Consigue la salud por su intercesión.—4. Se lamenta del mal uso que hizo de ella y de no corresponder á las mercedes de Dios.



BUÉDE destes cuatro días de parajismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecia estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar á mí, no había cómo, porque todo estaba tan lastimado, que no lo po-

día sufrir. En una sábana, una de un cabo y otro, me meneaban; esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía, que si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia, y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continos dolores, aunque á los recios frios de cuartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía incompportables; el hastío muy grande. Dí luego tan gran priesa de irme al monesterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; más el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía ya; digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mijorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios con gran alegría, porque todo se me hacía no nada, comparado con los dolores y tormentos del principio; estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar por estar á solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy á menudo: trataba mucho de Dios, de manera que edificaba á todas y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque á no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

2.ª Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oración, que me había hecho, que ésta me hacía entender que cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo ví nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron á sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era escusar toda

murmuración; porque traía muy delante cómo no había de querer, ni decir de otra persona lo que no quería dijese de mí: tomaba esto en harto extremo para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente, que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase; más lo continuo era esto; y así á las que estaban conmigo y me trataban persuadía tanto á esto, que se quedaron en costumbre. Vínose á entender que adonde yo estaba tenían siguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad y deudo, y enseñaba; aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta á Dios del mal ejemplo que les daba: plega á su Majestad me perdone, que de muchos males fuí causa, aunque no con tan dañada intención, como después sucedía la obra. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios; que si yo hallara con quien, más contento, y recreación me daba, que toda la pulicia, ú grosería (por mejor decir) de la conversación del mundo; comulgar y confesar muy más amenudo y desearlo; amiguísima de leer buenos libros; un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido á Dios, que muchas veces me acuerdo, que no osaba tener oración, porque temía la grandísima pena, que había de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fué creciendo después en tanto extremo, que no sé yo á qué compare este tormento. Y no era poco ni mucho por temor, jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración y lo mucho que le debía, y vía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas, que por la culpa lloraba, cuando vía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me vía para no tornar á caer en puniéndome en la ocasión: parecíanme lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque vía la gran merced que

me hacía el Señor en dárme las, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y á mi parecer hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raiz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco: que á decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación á no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediará, porque en ninguna vía sufriera andar en pecado mortal solo un día, si yo lo entendiera. Todas estas señales de temer á Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto á pecados mortales. ¡Oh, válame Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño! Pues como me ví tan tullida, y en tan poca edad, y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; más todavía pensaba que serviría mucho más á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

3. Comencé á hacer devociones de Misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y á ellas les hacía devoción (después se ha dado á entender no convenían, que eran supresticiosas); y tomé por abogado, y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho á él; ví claro, que así desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdidas de alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo lo sabía pedir. No me acuerdo

hasta hora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo, como de alma (1); que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar), así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, expiriendo esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento; más esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones, y con muchas faltas: para el mal, y curiosidad, y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos deste glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las

(1) Santa Teresa ha sido siempre la gran panegirista de la devoción al Patriarca San José y la que más ha contribuído con su ejemplo, con sus escritos y con su autoridad y prestigio á propagar el culto de tan esclarecido Santo en estos últimos tiempos.

Todos los conventos de su Reforma los dedicaba á este excelso Patriarca; si se exceptúan algunos que fundó con renta, y entonces la dedicación se hacía según la voluntad de los que ofrecían la renta, como sucedió en Alba y en algún otro punto. Cuando Pío IX le declaró Patrón de la Iglesia Universal, se hizo constar en las pinturas y diplomas que la Mística Doctora Santa Teresa de Jesús había sido quien más influyó en esta declaración.

almas que á él se encomiendan. Paréeme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí y á otras personas; más por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca descreción. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios, y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal desta merced.

4. ¡Quién dijera que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios, después de haber comenzado su Majestad á darme virtudes, que ellas mismas me despertaban á servirle; después de haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada; después de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva! ¡Qué es esto, Señor mío, en tan peligrosa vida hemos de vivir! que

escribiendo esto estoy y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podría decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfección: Que no vivo yo ya, sino que Vos, criador mío, vivís en mí (2), según ha algunos años, que á lo que puedo entender, me tenéis de vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas á vuestra Majestad sin entenderlo: y también me parece que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor que con gran determinación me deje de poner á ella, y en algunas me habéis Vos ayudado para que salga con ellas, y no quiero mundo, ni cosa dél, ni me parece me da contento cosa que no salga de Vos, y lo demás me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho, más bien véis vos, mi Señor, que á lo que puedo entender, no miento, y estoy temiendo, y con mucha razón, si me habéis de tornar á dejar; porque ya sé á lo que llega mi fortaleza y poca virtud, en no me la estando Vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plega á vuestra Majestad, que aun ahora no esté dejada de Vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame á mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo á Vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo á Vos, no me dejastes Vos á mí tan del todo que no me tornase á levantar, con darme Vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender, cómo muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.

(1) "Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus". (Galat., II, 20.)

CAPÍTULO VII

Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, y cuán perdida vida comenzó á tener; dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monesterios de monjas.

Sumario: 1. Empieza una vida floja y disipada. Deja la oración. No obstante, las Religiosas tienen buen concepto de su virtud.—2. Peligros que hay para las almas en Conventos poco recogidos. Aviso á los padres de familia.—3. Se la representa Jesucristo en visión imaginaria y la reprende su modo de proceder.—4. Recibe otro aviso del Cielo.—5. La reprende una Religiosa, su parienta.—6. Procura que su padre tenga oración mental. La manifiesta que ella la ha dejado por enfermedades que padece.—7. Lo cree así su buen padre. No hace falta la salud para tener oración. Enseña á otras personas á tener meditación.—8. Ultima enfermedad y muerte de su padre.—9. Vuelve al camino de la oración. Lo que sufre un alma que quiere vivir con Dios y con el mundo.—10. Porfia entre Dios y su alma.—11. Con regalos castigaba Dios sus infidelidades, y lo mucho que con esto padecía.—12. Conveniencia de la comunicación con personas espirituales y experimentadas.—13. Cuánto ayuda esa comunicación y compañía para defenderse de los peligros del mundo.



DUES así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme á llegar á

Dios; y ayudóme á esto, que como crecieron los pecados (1), comencóme á faltar el gusto y regalo en las cosas

(1) Como la Santa, tanto en este capítulo VII como en otros muchos, pondera con tanto encarecimiento sus pecados, pudiera alguno juzgar que manchó su alma angelical con algún pecado mortal. Se equivocaría el que así pensase; porque es cierto que conservó la inocencia bautismal hasta la muerte. En materia de castidad, que es donde más pudiera temerse, no tuvo la menor falta; pues, **cosas deshonestas, naturalmente las aborrecía**; así que el Dominico Padre Yanguas la llamaba **Tesoro de Virginitad**. En comprobación de ello, citaré la declaración de Ana de la Encarnación, quien testificó así: "Resplandeció tanto en esta virtud, que llegando una religiosa á comunicarle una tentación de deshonestidad, la respondió que ya la encomendaba á Dios, y que aquello lo tratase con el Padre Fray Diego de Yanguas, su confesor, que ella no entendía lo que le decía", con lo cual se manifiesta la ignorancia que tenía de ello.

Lo mismo consta de las informaciones hechas para la canonización de la Santa en esta ciudad de Avila. En el proceso que tengo á la vista, dice así Doña Mencia Roberto, Religiosa del Monasterio de la Encarnación y Priora que fué del mismo: "Al artículo 60 dijo:... que si alguna Religiosa se acogía á ella diciendo tener algunas tentaciones de la carne, la dicha Santa, inocentísima, decía que no podía aconsejar nada en aquello porque jamás, por la gran misericordia de Dios, había sido tentada de estos semejantes movimientos".

Añadiré solamente otro testimonio más, entre los innumerables que pudiera citar, tanto de Religiosas de la Encarnación como de San José, y sea éste el de Sor Petronila Bautista, hija espiritual de la Santa en su convento de San José: "Al artículo 60 dijo:... que sabe, vió y conoció que la Santa Madre Teresa de Jesús fué acabadísima ó perfecta en el don de la castidad, de tal manera, que la Santa Madre, tratando de las virtudes, la dijo á esta declarante la señalada merced que Dios Nuestro Señor la había hecho en este particular, porque no sabía lo que era tentación, ni en toda su vida lo había experimentado".

Concluyentes son estos testimonios; pero no sé por qué hemos de andar por arroyuelos, pudiendo beber en la misma fuente; este es el testimonio de la misma Santa, quien, en carta á su hermano D. Lorenzo de Cepeda, dice así:

"Desas tribulaciones, después ningún caso haga; que aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad desas pasiones..."

No tuvo, pues, la Santa, jamás **desas tribulaciones, desas pasiones**. ¿Cuáles? Aunque se deduce con claridad del contexto, oigámoslo expresamente de labios de la Santa: "En lo **desos movimientos sensuales**, para probarlo todo se lo dije"; estas últimas palabras se hallan en la carta siguiente de la Santa al mismo D. Lorenzo de Cepeda.

Dedúcese, por lo tanto, de los testimonios citados que la Santa Madre ni tuvo tentaciones en materia de castidad, ni cometió la más leve falta contra esta virtud angélica; lo cual se ha de tener muy presente para interpretar en el verdadero sentido muchas de las expresiones en que tanto pondera sus pecados; porque éstos no consistieron más que en el peligro que pudo haber en sostener ciertas aficiones, comunicación ó trato con personas de otro sexo, no sólo siendo seglar, sino aun viviendo ya profesas en la Encarnación. Y analizando aún más tan interesante punto, es preciso concluir que ni faltó tampoco en esa comunicación, pues no conoció el peligro; lo cual no es de extrañar, puesto que se lo aprobaban ó tolera-

de virtud. Vía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba

ban sus confesores, hasta que el Dominico Padre Barrón la sacó de esa ceguera, como ella misma escribe. Por eso no falta razón á un biógrafo, al afirmar que el citado Padre Barrón fué el primero que dirigió bien á Teresa de Jesús. Las expresiones, pues, en las cuales tanto pondera la Santa sus pecados, nacieron de su humildad, y si hubo alguna ligera falta, ésta no fué contra la castidad. Este mismo parecer y juicio es el del autor de la Reforma del Carmen, cuando al tratar este punto escribe así:

"A la verdad, aunque la amistad de una doncella con un mancebo, y trato asimismo de conversaciones escusadas, parece peligro próximo, en ella no lo era, ya por el natural aborrecimiento que siempre tuvo á cosas deshonestas, ya por el temor grande de perder su honra." ("Crónica Carmelitana", libro I, capítulo VI, número 7.º) Por estos mismos motivos, no comprendió nunca ella que en esos tratos hubiese ese peligro, ni sospechó que pudiera haberle en las personas que con ella trataban, sobre todo si se tiene en cuenta, como escribe el ilustrísimo Sr. Yepes, "que esa misma ignorancia que ella tenía, nació de la falta de ciencia en sus confesores (Yepes, libro I, capítulo VIII), que no la ponían escrúpulo alguno en esos tratos".

Si se quiere, pues, encontrar el móvil principal de toda esta conducta de la Santa, hay que buscarle en su condición sumamente amorosa y agradecida: no podía dejar de querer á quien la quería, ni dejar de manifestar ese amor á quien se le manifestaba. Por eso en la Bula de Canonización se dice que aunque resplandecieron en ella todas las virtudes, que sobresalió en la virtud de la gratitud. Ella misma conocía esa su condición, y así escribe en una de sus cartas: "Blen veo que no es perfección en mí esta condición que tengo de ser agradecida, debe ser natural, que con una sardina que me den, me sobornan". Por otra parte, como no tenía ni sabía qué era intención mala en esa materia, no podía ni siquiera sospecharla en las personas que trataba.

Por lo dicho se ve claramente la injustificable ligereza, la insignie mala fe con que el mediocre novelista y dramaturgo francés, Cátulo Mendes, pretendió mancillar la angélica castidad de nuestra heroína, acusándola de hipócritas é impuros amores. El escándalo, aun cuando no tenga más fundamento que la infame calumnia, es el supremo recurso á que acuden los villanos, ávidos del aura popular, que no podrían conquistar de otro modo. Todavía no se ha borrado de nuestra memoria la profunda indignación que en toda España causaron las blasfemias del judío, ingerto ateo; todavía parece que resuenan en nuestros oídos las enérgicas protestas que, á impulsos del sentimiento herido en la más delicada de sus fibras, brotaron de todos los corazones, que tienen como el mayor timbre de gloria el haber nacido en la patria que meció la cuna de Santa Teresa de Jesús; todo esto es de ayer, está vivo en nuestra memoria, y ya el Señor, celoso de la gloria de sus Santos, ha vuelto por la mancillada honra de su fiel esposa, ejecutando horrible castigo en la persona del infeliz blasfemo.

He aquí la concisión con que el telégrafo transmitió tan horripilante y ejemplar castigo:

"París, Febrero, 8-1909.—Cátulo Mendes cenó, como acostumbraba todos los domingos, en casa de los Barones de Oppenheim, notando éstos que se hallaba preocupado, triste y distraído. Al terminar la cena salió, tomando en la estación de San Lázaro el tren para regresar á su domicilio (Villa Saint Germain); parecía somnoliento y fatigado.

La oscuridad de la noche hizo, sin duda, que Cátulo Mendes se apease del Metropolitano, creyendo que se encontraba

esto á mí, por faltaros yo á Vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mijor andar como los muchos; pues en ser ruín era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental, y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba á la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias: y así no es de culpar á la casa adonde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristiandad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria á Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda) que en viniéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás; por ventura si Dios primitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, también cayera; más su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito: antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruín, venía de que como me vían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á soledad á rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima.

cerca de su domicilio, dándose tan terrible golpe contra la pared del túnel, que rebotó, yendo á parar bajo las ruedas.

El cadáver fué descubierto dentro del túnel con la cabeza completamente destrozada y el cuerpo despedazado. Un tren que pasó poco después le cortó el brazo."

Cabeza que había ideado el inmundo drama, La Virgen de Avila, lengua que lo había pronunciado y brazo que lo había escrito, así habían de acabar: ¡sirva de ejemplo!

Con esto me daban tanta, y más libertad, que á las muy antiguas, y tenían gran siguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, ó paredes, ó de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monesterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame á mí (que con advertencia y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruín, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

2. Por esto me parece á mí me hizo harto daño no estar en monesterio encerrado; porque la libertad, que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí que soy ruín hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios, el Señor con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado deste peligro: y ansí me parece lo es grandísimo, monesterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedios para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras, y con mucha perfección al Señor, que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé, y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, que plega á Dios no tengan, por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si

los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus hijas adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca á su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monesterios semejantes, sino son muy bien inclinadas, y plega á Dios aproveche, ú se las tengan en su casa; porque si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no sólo dañan á sí, sino á todas: y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan: y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van á servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni remediar; que la mocedad, y sensualidad y demonio las convidan, y inclina á seguir algunas cosas que son del mismo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno, á manera de decir. Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender, que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal! grandísimo mal de religiosos (no digo ahora más mujeres que hombres) adonde no se guarda religión; adonde en un monesterio hay dos caminos de virtud y religión, y falta de religión, y todos casi se andan por igual; antes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados camínase más el más imperfeto, y como hay más de él, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras á seguir del todo su llamamiento, á los mismos de su casa, que á todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los moneste-

rios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia; pues los que habían de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los Santos pasados dejaron en las religiones. Plega á la Divina Majestad ponga remedio en ello, como ve que es menester. Amén.

3. Pues comenzando yo á tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como vía que se usaban, que había de venir á mi alma el daño y distraimiento, que después entendí eran semejantes tratos, parecióme que cosa tan general como es este visitar en muchos monesterios, que no me haría á mí más mal que á las otras, que yo vía eran buenas: y no miraba que eran muy mijores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no lo sería tanto; que alguno dudo yo le deje de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme á entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme, y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor (2), dándome á entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de ventiseis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada, y turbada, y no quería ver más á con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, sino era con los ojos del cuerpo; y el demonio, que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas desta suerte; puesto que siempre me

(2) Aún se conserva en el Convento de la Encarnación el locutorio en que tuvieron lugar estas visiones y sucesos misteriosos con una antigua pintura, que representa muy al vivo lo que la Santa tan candorosamente nos refiere en los números 3 y 4.

quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; más como no era á mi gusto, yo me hacía á mí mesma desmentir; y yo, como no lo osé tratar con nadie, y tornó después á haber gran importunación, asigürándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné á la misma conversación, y aun en otros tiempos á otras, porque fué muchos años los que tomaba esta recreación pestilencial, que no me parecía á mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque á veces claro vía no era bueno; más ninguna me hizo el distraimiento que esta que digo, porque la tuve mucha afición.

4. Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros (y otras personas que estaban allí también lo vieron), una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar; de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido, y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó á mí!

5. Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios y de mucha religión: ésta también me avisaba algunas veces; y no sólo no la creía, más desgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto para que se entienda mi maldad, y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan grande ingratitud: y también porque si el Señor ordenare y fuere servido, en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega á su Majestad se desengañe

alguna por mí, de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguera que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar; y por el mal ejemplo que las dí (como he dicho) fuí causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal.

6. Estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiese valerme á mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar á los otros; tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque á mí me sucedió bien. Como quería tanto á mi padre, deseábale con el bien, que ya me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración; y así por rodeos, como pude, comencé á procurar con él la tuviese. Díle libros para este propósito: como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse también en él este ejercicio, que en cinco ú seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces á verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya después que yo andaba tan distraída, y sin tener oración, como vía pensaba, que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más, sin tener oración, pareciéndome más humildad; y ésta, como después diré, fué la mayor tentación que tuve, que por ella me iba á acabar de perder; que con la oración un día ofendía á Dios, y tornaba otros á recogerme y á apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacía-seme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios como solía, y díjele: que ya yo no tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grave, siem-

pre hasta ahora las he tenido, y tengo bien grandes; aunque de poco acá, no con tanta reciedumbre, más no se quitan de muchas maneras.

7. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de mediodía me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde: después acá que frecuente más á menudo las comuniones, es á la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas ú otras cosas; porque si lo deajo, es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomaba muy contino, es muy de tarde en tarde; perlesía recia, y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha. Destos males se me da ya tan poco, que muchas veces, me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó que era esta la causa, como él no decía mentira, y ya, conforme á lo que yo trataba con él, no la había yo de decir. Díjele, porque mejor lo creyese (que bien vía yo que para esto no había disculpa), que harto hacía en poder servir el coro. Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino sólo amar y costumbre; que el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que, aunque con ocasiones, y aun enfermedad, algunos ratos impida, para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto, y en la misma enfermedad y ocasiones, es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello y acordarse por quien lo pasa, y conformarse con ello, y mil cosas que se ofrecen: aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oración.

Con un poquito de cuidado, grandes bienes se hallan

en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oración; y así los había yo hallado cuando tenía buena conciencia. Más él, con la opinión que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó; antes me hubo lástima: más como él estaba ya en tan subido estado, no estaba después tanto conmigo, sino, como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido: como yo le gastaba en otras vanidades, dábame poco. No fué sólo á él, sino á otras algunas personas las que procuré tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades, como las vía amigas de rezar, las decía como ternían meditación, y les aprovechaba, y dábales libros; porque este deseo de que otras sirviesen á Dios, desde que comencé oración, como he dicho, le tenía. Parecíame á mí que, ya que yo no servía al Señor, como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad á entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí y procuraba ganar á otros.

8. En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fuéle yo á curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y (con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo porque en un ser me le hacía), tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando vía acabar su vida, porque le quería mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la

gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema-Unión, el encargarnos le encomendásemos á Dios, y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo: y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince días antes le dió el Señor á entender no había de vivir; porque antes destos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mijoría y decirlo los médicos, ningún caso hacía dello, sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que, pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la Cruz á cuestras, que pensase su Majestad le quería dar á sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mesmo, espiró. Quedó como un ángel; y ansí me parecía á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino es para culpar más mi ruin vida, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre, la había yo de mijorar. Decía su confesor, que era Dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba y loaba su limpieza de conciencia.

9. Este Padre Dominico (3), que era muy bueno, y

(3) Este Dominico, gran letrado, fué el Padre Vicente Barrón, Lector de Teología en este Convento de Santo Tomás.

temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él y tomó á hacer bien á mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince á quince días, y poco á poco, comenzándole á tratar, tratéle de mi oración. Díjome que

Este fué observantísimo de su profesión. "El religioso, decía él, debe ser inolvidablemente fiel á sus reglas, aun cuando estuviera solo en el mundo." En atención á este gran celo por la observancia regular, la religión le confió por dos veces el cargo de Prior de este convento de Santo Tomás; fué después consultor del Santo Oficio en Toledo, y allí ayudó á Santa Teresa en su fundación, como se dirá en otra parte. La Santa, que en su primera juventud se había confesado con él, como ya lo hemos dicho, á la muerte de su católico padre, á quien el Padre Barrón asistió en sus últimos momentos, volvió á confesarse con el mismo. Había la Santa abandonado la oración, y dejándose llevar de su natural amoroso y sumamente agradecido, sostenía, en su convento de la Encarnación, pláticas y amistades **no nada buenas**. El venerable Padre Fray Vicente Barrón comprendió todo el peligro en que se hallaba Teresa, y es de admirar su consumada prudencia, "pues aunque la desengañó é hizo que volviese á la oración y comulgase de quince á quince días, no la obligó, dice el Ilmo. Sr. Yepes, á dejar las amistades y ocasiones, á pesar de ser tan docto". Y yo pregunto: ¿por qué obró de esta manera? Por dos razones: la primera, porque como hombre de letras, comprendió que la oración la había de sacar á puerto de salvación, á pesar de todos los tropiezos y caídas; y la segunda y más principal, porque en su gran prudencia conoció no estaba la Santa fuerte para romper de repente con aquellas ocasiones. Eran estos momentos muy críticos y solemnes en la vida de Santa Teresa; por eso se contentó con decirle, como acabamos de oír al Ilmo. Sr. Yepes, y conviene repetir: "Que procurase buenamente dar de mano á las ocasiones, y cuando esto no pudiese, no por eso dejase el estudio de la oración". Santa Teresa comprendió con su agudeza de ingenio la conducta prudentísima que observó con ella en aquella ocasión, en aquella especie de crisis, este venerable Padre Dominicó, y la consignó en las siguientes palabras: "Y tomó hacer bien á mi alma con **cuidado**", esto es, con suavidad y prudencia.

En confirmación de la inmensa transcendencia que tuvo en el porvenir de la Santa el cuidado con que la trató este venerable Padre, será conveniente recordar aquí lo que ocurrió á la misma Santa con el sacerdote Daza, gran siervo de Dios, de esta ciudad de Avila, con quien tuvo que dejar de tratar, porque quiso hacerla Santa de repente, ó, mejor dicho, como ella misma escribe: "Porque yo vía que mi alma había menester más **cuidado**". ("Vida", cap. XXIII, núm. 3.) Este **cuidado**, pues, según la hermosa frase de la Santa, inmortalizará el nombre del P. Barrón y hará que pase á las generaciones venideras unido siempre á Teresa de Jesús, porque, como muy bien dice el autor de la obra titulada "La Mujer Grande": "El fué el primer confesor que dirigió bien á la Santa", y con razón hace esta afirmación este gravísimo autor, pues él fué quien evitó los extremos, ya de los confesores medio letrados, que todo lo pasaban y todo lo canonizaban, ya del clérigo gran siervo de Dios, á quien le faltó la prudencia y el **cuidado**; influyendo de este modo eficazmente en la santidad de la gran Teresa de Jesús.

no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra yo seguía á el mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó á sufrir, que no dejase lo uno, ú lo otro; bien sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las tuyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.

10. ¡Oh, váleme Dios! Si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo á meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo á hacer obras para descubrir la que era, y el Señor en cubrir los males, y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho; porque, aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como vían otras cosas que les parecían buenas, no lo creían; y era que había ya visto el Sabidor de todas las cosas, que era menester así, para que en las que después he hablado de su servicio, me diesen algún crédito, y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

11. ¡Oh, Señor de mi alma! ¡Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hiciste! ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podía ser, como quien bien entendía, lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien, que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto, me deshacía y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero vía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos: más verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento, ú amor de Dios, y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar á caer: aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato, digo, estaban firmes. Gran mal es un alma sola entre tantos peligros: pareceme á mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara á no tornar á caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

12. Por eso aconsejaría yo á los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mesmo; es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos á otros con sus oraciones, cuanto más que hay muchas más ganancias. Y

no sé yo por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos), se ha de permitir que quien comenzare de veras á amar á Dios y á servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración. Porque si es de verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito; y creo que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechará á sí, y á los que le oyeren, y saldrá más enseñado, aun sin entender, como enseñanza á sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, también la terná en oír Misa con devoción, si le ven, y en hacer otras cosas que, so pena de no ser cristiano, las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud (como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal), que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado de este ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se ascondan tanto de que se entienda, que de veras quieren procurar amar y contentar á Dios, como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala y se publican las ofensas, que en este caso se hacen á Dios.

13. No sé si digo desatinos; si lo son, vuesa merced los rompa, y si no lo son, le suplico ayude á mi simpleza con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros, los que le sirven, para ir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo, y para estos hay pocos ojos: y si uno comienza á darse á Dios, hay tantos que mormuren, que es

menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y sino veránse en mucho aprieto. Paréceme, que por esto debían usar algunos Santos irse á los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer, que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaría decir si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos, más creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto á quien tiene experiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo y levantando iba á dar de ojos en el infierno; porque para caer había muchos amigos que me ayudasen, para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto, como no me estaba siempre caída; alabo siempre la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano; sea bendito por siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO VIII

Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oración para no perder el alma, y cuán ecelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade á que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la torren á dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien (1).

Sumario: 1. En medio de sus enfermedades no deja la oración. Pinta la guerra interior que padecía.—2. El que persevera en la oración, por tentaciones y faltas que tenga, Dios le saca á puerto de salvación.—3. Repite esto mismo y dice que la oración es tratar amistad con Dios, estando á solas con El.—4. Exhorta á todos, buenos y malos, la tengan.—5. Para quitar el espanto, cuenta sus flaquezas en la oración. Sirve ésta para sobrellevar los trabajos de esta vida, y es la puerta por donde Dios la hizo tan grandes mercedes.—6. Bateria que la da el demonio. Cautividad de su alma. La poca ayuda en algunos confesores. Afición grandísima á los sermones.



No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto querría me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan perti-

(1) En todo este preciosísimo capítulo hace el panegírico más grande que quizá se haya hecho jamás, sobre el valor y eficacia de la oración mental. Pinta vivísimamente y de una manera inimitable la cautividad en que vivía su alma durante aquellos diez años que transcurrieron desde que volvió á la oración por consejo del Dominico Padre Barrón, el año 1546 en que murió su padre, hasta el 1556 ó 1557, en que rompió con las amistades y comenzó á vivir una vida del todo sobrenatural. Y aunque en el número 1 señala un periodo de veinte

naz y engrata con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté á Dios, por no estar arrimada á esta fuerte columna de la oración. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y

años en que pasó ese mar tempestuoso, se expresa así refiriéndose á todo el tiempo que anduvo cayendo y levantándose sin que esto obste á que el tiempo señalado, ó sea desde el 1546 al 1557, fuese mucho mayor, y cual lo pinta en el presente capítulo, al hablar de la cautividad de su alma y de las duras luchas que tenía que sostener consigo misma: "Como todo el mal— escribe el autor de "La Mujer Grande"—de Teresa había venido de no haber tenido confesores doctos y prudentes que la dirigieran, por este buen confesor de su padre se comenzó á reparar de las quiebras que á ella la parecen muy graves y á nosotros muy leves".

Por manera que el venerable Padre Fray Vicente Barrón, Dominicó, fué quien hizo á Santa Teresa volver á la oración, es decir, el que la hizo salir del más terrible engaño que el demonio la pudo hacer debajo de parecer humildad, como ella mismo nos dice; él fué quien la hizo vencer la más terrible tentación, "pues por ella me iba á acabar de perder, que con la oración un día ofendía á Dios y tornaba otro á recogerme y á quitarme más de la ocasión"; él fué quien hizo á Santa Teresa estarse arrimada á la fuerte columna de la oración, con la cual se remediaron todos sus males y la sacó á puerto de salvación, como la misma Santa confiesa ingenuamente en las siguientes palabras: "Gran bien es y grande misericordia la que hace Dios á un alma que la dispone para tener oración, y como si ella perseverara, por pecados y por tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor á puerto de salvación, como me ha sacado á mí, y se ve claro que por aquí se remediaron todos mis males".

Se ve, pues, la influencia grande que tuvo el venerable Padre Fray Vicente Barrón en la conversión y santidad de Santa Teresa. Porque por la oración no sólo se remediaron sus males y no fué á parar á los infiernos, como ella expresamente asegura, sino que la oración fué la puerta por donde hizo Dios á esta Seráfica Virgen todas las grandes mercedes que tan célebre la han hecho en toda la Iglesia. "Sólo digo—continúa la Santa—, que para estas grandes mercedes que me ha hecho á mí el Señor, es la puerta de la oración"; y esto mismo repite después en las "Moradas", ó mejor dicho, lo está repitiendo siempre en sus celestiales obras, porque, como muy gráficamente escribe el Historiador general de la Reforma: "Salíó la Santa Madre de las cuchilladas tan gran Maestra, que justamente es reputada por Doctora de la oración y de la Teología Mística". ("Crónica Carmelitana", libro I, capítulo XVII, número 5.)

Por eso nunca se ponderará bastante la alta penetración del venerable Padre Dominicó Fray Vicente Barrón, en comprender lo que vale la oración y su eficacia, y por eso persuadióla volviése á ella, que para remediar las faltas é imperfecciones y sacar de los infiernos á los que por su pecados están en él metidos, es remedio eficazísimo la oración.

los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía á Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las afecciones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé como un mes la pude sufrir, cuanti más tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración: digo ánimo, porque no sé yo para que cosa de cuantas hay en él, es menester mayor, que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, páreceme á mí es de otra manera los que tratan de oración, porque están viendo que los mira; que los demás podrá ser estén algunos días, que aun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba mucho á la oración, y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir á ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Más acuérdaseme poco destes días buenos, y así debían ser pocos y muchos los ruines: ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, si no era estar muy mala ú muy ocupada. Cuando estaba mala, estaba mejor con Dios: procuraba que las personas que trataban conmigo lo estuviesen; y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en El. Así que si no fué el año que tengo dicho, en veintiocho que ha que comencé oración, más de los deciocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha

sido pequeña; más con estar, á lo que pienso, en servicio de Dios y conocimiento de la vanidad, que es el mundo, todo ha sido suave, como diré después.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios, y mi ingratitud; lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios á un alma que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y cómo, si en ella persevera, por pecados y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto, la saca el Señor á puerto de salvación, como (á lo que ahora parece) me ha sacado á mí: plega á su Majestad no me torne yo á perder. El bien que tiene quien se ejercita en oración, hay muchos santos, y buenos que lo han escrito (digo oración mental); ¡gloria sea á Dios por ello!; y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse á remediar, y sin ella será muy más dificultoso; y no le tienta el demonio por la manera que á mí, á dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepintiéndonos de veras y determinándose á no le ofender, se torna á la amistad que estaba, y hacer las mercedes que antes hacía, y á las veces mucho más, si el arrepentimiento lo merece; y quien no la ha comenzado por amor del Señor, le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque cuando no fuere adelante, y se esfuerzase á ser perfeto, que merezca los gustos y regalos que á estos da Dios, á poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie

le tomó por amigo (que no se lo pague); que no es otra cosa oración mental, á mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amáis, porque para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podéis acabar con vos amarle tanto, porque no es de vuestra condición; más viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos (2).

4. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo desta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrís Vos á quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le váis regalando y sufriendo, y esperáis á que se haga á vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya! Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar á Vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición (se deben llegar), para que nos hagáis buenos: con que os sufran estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo, como yo hacía. Por esta fuerza, que se hacen á querer estar en tan buena compañía (miráis que en esto á los

(2) El raciocinio que aquí desarrolla la Santa es el siguiente: La oración es amistad, porque es estar á solas con Dios, como hacen los amigos. La amistad pide semejanza, ó más bien igualdad, como asegura Aristóteles, y de ahí la bondad de Dios en admitirnos á su amistad, siendo nuestra condición tan viciosa, sensual é ingrata. Bien pudiéramos exclamar aquí: ¡Oh mujer, qué peregrino es tu ingenio!

principios no pueden más, ni después algunas veces), forzáis vos, Señor, á los demonios para que no los acometan, y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y dáiselas á ellos para vencer. Si, que no matáis á naide, vida de todas las vidas, de los que se fían de Vos, y de los que os quieren por amigo: sinó sustentáis la vida del cuerpo con más salud y dáisla al alma.

5. No entiendo esto que temen los que temen comenzar oración mental, ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no pienso en lo que he ofendido á Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oración, y ha sido cuanto anduve en estos peligros. y aquí era mi pensar cuando podía, y muy muchas veces (algunos años) tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el relox, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana que recogerme á tener oración. Y es cierto que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, ú mi ruin costumbre, que no fuese á la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces que tenía deseo de rezar. Pues si á cosa tan ruin, como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro, que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona, por mala que sea, podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años después de haber reci-

bido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar, pues á mí tanto me sufrió, sólo porque deseaba y procuraba algún lugar y tiempo para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía, ú me la hacía el mismo Señor? Pues si á los que no le sirven, sino que le ofenden, les está tan bien la oración, y les es tan necesaria, y no puede naide hallar con verdad daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven á Dios y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar á Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. ¡Cierto los he lástima, que á su costa sirven á Dios! Porque á los que tratan la oración, el mismo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo, da gusto para que con él se pasen los trabajos. Porque destos gustos, que el Señor da á los que perseveran en la oración, se tratará mucho, no digo aquí nada: sólo digo que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho á mí, es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar á regalarle con un alma y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola y limpia, y con gana de recibirlo. Si le ponemos muchos tropiezos, y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir á nosotros? Y ¡queremos nos haga Dios grandes mercedes!

6. Para que vean su misericordia, y el gran bien que fué para mí no haber dejado la oración y lición, diré aquí (pues va tanto en entender) la batería que da el demonio á un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla á Sí, y se guarden de los peligros, que yo no me guardé. Y sobre todo por amor de nuestro Señor, y por el grande amor con que anda granjeando tornarlos á Sí, pido yo se guarden

de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten, y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la catividad en que estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo que lo estaba y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo que lo que los confesores no me agraviaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yendo yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, más no me quitaba del todo de la ocasión. Como me vían con buenos deseos y ocupación de oración, parecíales hacía mucho; más entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima á ellos, de manera que si vía alguno predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba, sin procurarlo yo, que no sé quién me le ponía; casi nunca me parecía tan mal sermón, que no le oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios, ú oír de El, casi nunca me cansaba; esto después que comencé oración. Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo que no era la que había de ser con mucha parte. Suplicaba al Señor me ayudase, más debía faltar, á lo que ahora me parece, de no poner en toda la confianza en su Majestad y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio, hacía diligencias; más no debía en-

tender que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía sino que pèleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado á Sí y yo dejádole.

CAPÍTULO IX

Trata por qué términos comenzó el Señor á despertar su alma y darla luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle (1).

Sumario: 1. Impresión que la causa la vista de una imagen del Ecce-Homo.—2. Devoción á Santa María Magdalena.—3. Devoción al paso de la Oración del Huerto.—4. Para almas que no pueden discurrir, les es mucha ayuda leer algo. En la consideración de las criaturas hallaba memoria del Criador.—5. Dificultad que sentía en representarse á Cristo como ella deseaba. Apología de las imágenes.—6. Devoción á San Agustín y lee sus confesiones.—7. Provecho grande que saca de su lectura.—8. Se da más á la oración y evita las ocasiones. No buscaba gustos y regalos en la oración.



DUES ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído

(1) En este capítulo es donde la Santa refiere su conversión, en el sentido que esta palabra se puede, de algún modo, aplicar á Santa Teresa, en cuanto cambió su vida imperfecta por otra vida más perfecta y celestial en el camino de la perfección. Aquí empezó la vida nueva de que nos habla en el capítulo XXIII, es decir, que ya no vivió ella, sino que Dios vivió en ella hasta su muerte. La vista de Jesucristo llagado y la lectura de las Confesiones de San Agustín acabaron con las tibiezas de Teresa. Aquí recogió el fruto de la perseverancia en la oración, y se cumplió una vez más "que por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras, la oración saca las almas á puerto de salvación". Aquí es donde se admira la intuición que tuvo el célebre Dominico Padre Vicente Barrón. Por eso Santa Teresa nunca se olvidó de este paso tan crítico de su vida, ni se olvidó de su insigne bienhechor, y así escribe en el capítulo XIX: "Creo tiene mucho delante de Dios un fralle de Santo Domingo (Padre Vicente Barrón), gran letra-

allí á guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Madalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame á sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame á aquesta gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

3. Más esta postrera vez, desta imagen que digo, me parece aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, á mi parecer, de las partes á donde le vía más solo. Parecíame á mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había

do, que él me despertó deste sueño: él me hizo (como creo he dicho) comulgar de quince á quince días, y del mal no tanto comencé á tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor; mas como no había perdido el camino, aunque poco á poco, cayendo y levantando, iba por él; y el que no deja de andar é ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración".

de admitir á mí. Destas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido: si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; más acuérdome que jamás osaba determinarme á hacerlo, como se me presentaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con El, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba á Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones; y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé á tener oración, sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando á lo que decía del tormento que me daban los pensamientos, esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada ú perdida, digo perdida la consideración. En aprovechando, aprovecha mucho, porque es en amar. Más para llegar aquí es muy á su costa, salvo á personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas á oración de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame á mí también ver campo, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador (digo, que me despertaban y recogían, y servían de libro), y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

5. Tenía tan poca habilidad para con el entendimien-

to representar cosas, que si no era lo que vía no me aprovechaba nada de mi imaginación, como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones adonde se recogen. Yo solo podía pensar en Cristo como hombre; más es así que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y vía imágenes, sino como quien está ciego ú ascuras, que aunque habla con una persona, y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, más no la ve. De esta manera me acaecía á mí cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. ¡Desventurados de los que por su culpa pierden este bien!, bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las *Confesiones de San Agustín*, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada á San Agustín, porque el monesterio adonde estuve seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador, que en los Santos, que después de serlo el Señor tornó á Sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que, como los había el Señor perdonado, podía hacer á mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos sola una vez los había el Señor llamado, y no tornaban á caer, y á mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; más considerando en el amor que me tenía tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces.

7. ¡Oh, váleme Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me vía para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las *Confesiones*,

paréceme me vía yo allí; comencé á encomendarme mucho á este glorioso Santo. Cuando llegué á su conversión, y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran afeción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento; sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal: paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la Divina Majestad, y que debía oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzóme á crecer la afición de estar más tiempo con El, y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía á amar á su Majestad; que bien entendía yo, á mi parecer, le amaba, más no entendía en que está el amar de veras á Dios, como lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba tornar á regalar. No parece si no que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo, que yo le quisiese recibir, que era ya en estos postreros años darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás á ello me atreví; sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los vía tan grandes, aun desear regalos, ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme á su presencia, que vía, yo si tanto El no lo procurara, no viniera. Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la mesma

fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me había atrevido á pedir. Bien sabía yo era lícito pedirla, más parecíame á mí, que lo es á los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender á Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame, que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo me valieron; porque como digo, en especial después de estas dos veces de tan gran compunción dellas, y fatiga de mi corazón, comencé más á darme á oración, y á tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino que como digo, fuéme ayudando Dios á desviarme. Como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sino á los que están en más limpieza de conciencia.

CAPÍTULO X

Comienza á declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide á quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere; pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que la hace el Señor (1).

Sumario: 1. Primera merced. Un sentimiento de la presencia de Dios, no adquirido, sino sobrenatural. Ama entonces la voluntad sin discurrir el entendimiento.—2. La dispuso para recibir esa merced con consideraciones sobre nuestras miserias y pasión del Señor. Su alma se enternecía y regalaba en ellas.—3. Como los bienaventurados cada uno está contento con lo que goza, así su alma estaba satisfecha con esa ternura y lágrimas y se daba por bien pagada.—4. Explica largamente que la humildad verdadera consiste en reconocer los dones que Dios nos da y agradecerse los. El no reconocerlo es humildad falsa y acobarda los ánimos.—5. Da licencia á sus confesores para que publiquen, si quieren, todos sus pecados, pero que guarden secreto de las mercedes que va á contar.—6. Obscuridad en estas cosas de oración sobrenatural si no hay experiencia. Promete decir también algunos impedimentos para ir adelante en el camino de la oración por la mucha experiencia que tiene.



ENIA yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucho brevedad pasaba), comienzo de lo que ahora diré. Acaecíame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho,

(1) En el capítulo X empieza á declarar las grandes mercedes que el Señor la hacía, y en el XI y siguientes explica magistralmente los cuatro grados de oración sobrenatural, valiéndose de una muy linda comparación. Corta aquí el hilo

y aun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, ú yo toda engolfada en El. Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teoloxía: suspende el alma de suerte que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está cási perdida, el entendimiento no discurre, á mí parecer, más no se pierde; más como digo, no obra (2), sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda, que de aquello que su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

de la narración é historia y escribe un tratado completo de oración. Mas, aun cuando dice el Sr. La Fuente, esos capítulos pudieran formar un libro aparte, y cortan el hilo de la narración, tienen un carácter histórico, y no es posible sacarlos de su quicio, pues en medio de su doctrina de Teología mística, tienen mucho de biográficos. Al describir la Santa esos caminos, por donde van subiendo las almas puras, desde la oración vocal y mental á la contemplación y sus grados superiores, habla por experiencia, va diciendo cómo subió ella y refiere candorosamente lo que le sucedía en cada uno de ellos. De ahí el interés palpitante que inspiran: es la mística en acción; ¡y con qué candor, con qué gracia, con qué animación! Un escritor, que no ha corrido ese camino, habla de oídas y con frialdad, quizá con temor, porque en materia tan delicada es fácil tropezar. Pero Santa Teresa, á quien había hecho experimentar eso mismo que escribía, á quien Dios había ido elevando desde lo más bajo á lo más alto, desde la visión terrorífica del nicho que tenía preparado en el infierno, hasta las regiones más altas del empireo, quizá como á San Pablo, y como Dios hablaba á Moisés y los antiguos Patriarcas, y cuya presencia sentía de un modo indudable, aun cuando no le veía, ni imaginaria ni intelectualmente, dice con gran seguridad y aplomo lo que sabe, lo que ha visto, lo que ha sentido, cual viajero que describe los campos y montes, villas y ciudades que ha recorrido, á diferencia del frío narrador que sólo conoce la geografía por los libros y los mapas, ó por narración de otros. Así que el tratado de oración contenido en esos capítulos de la "Vida", aunque intercalado y separable en un concepto, es inseparable en otro, pues si llegara la "Vida" á publicarse sin él, quedaría mutilada é incompleta. "Esa rama desgajada del árbol, viviría por sí; pero el árbol quedaría manco, enseñaría siempre su mutilación, se vería la cortadura y la falta de la rama en aquel paraje".

(2) Dice que no obra el entendimiento, porque como ha dicho, no discurre de unas cosas en otras, ni saca consideraciones, porque le tiene ocupado entonces la grandeza del bien que se le pone delante; pero, en realidad, de verdad sí obra, pues pone los ojos en lo que se le presenta, y conoce que no lo puede entender como es; pues dice: **No obra**, esto es, no discurre, sino está como espantado de lo mucho que entiende; esto es, de la grandeza del objeto que ve: no porque entienda mucho del, sino porque ve que es tanto él en sí que no le puede enteramente entender.

2. Primero había tenido muy contino una ternura, que en parte algo della me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual; todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza, y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su Pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida; en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama; otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algún amor, regálase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace, para no podernos resistir. Parece nos paga su Majestad aquel cuidadito con un don tan grande, como es el consuelo que da á un alma, ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razón de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

3. Paréceme bien esta comparación, que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oración, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor, conforme á lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar á gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios le hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razón, que una lágrima destas, que, como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa), no me parece á mí, que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana

mucho con ellas; ¿y qué más ganancia que tener algún testimonio que contentamos á Dios? Ansí que, quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

4. No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien, como ello es, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo á su Majestad; porque si no conocemos que recibimos, no nos despertamos á amar: y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad. Lo demás es acobardar el ánimo á parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor á dárselos, comienza él á atemorizarse con miedo de vanagloria.

Creemos, que quien nos da los bienes, nos dará gracia, para que, en comenzando el demonio á tentarle en este caso, lo entienda, y fortaleza para resistir; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo á El, y no á los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más á una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues si es lícito, y tan meritorio, que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte, y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven, ¿por qué no será lícito, que entienda yo, y vea, y considere muchas veces, que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor, que no querría sino hablar en El? He aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida á amar, que es todo el bien de

la oración fundada sobre humildad. Pues, ¿qué será, cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio de mundo, y aun de sí mismos? Está claro, que se han de tener por más deudores y más obligados á servir, y entender que no teníamos nada desto, y á conocer la largueza del Señor, que á un alma tan pobre y ruin, y de ningún merecimiento, como la mía, que bastaba la primer joya destas, y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear. Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos; porque con esa condición las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará á tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas á quien luzga, y aproveche con ellas á sí y á los otros. Pues, ¿cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico? Es imposible conforme á nuestra naturaleza, á mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones, es adonde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos dél y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tienen alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos á lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser, que yo, como soy tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe para hacer obras muy

perfetos, que yo, como miserable, todo lo he habido menester.

5. Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan, y si no fuere bien, romperálo á quien lo envió, que sabrá mejor entender lo que va mal, que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruín vida y pecados lo publiquen, desde ahora doy licencia, y á todos mis confesores (que así lo es á quien esto vá); y si quisieren luego en mi vida, porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien; y cierto, cierto con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si á alguien lo mostraren, digan quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda, por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que si lo fuere, será suya y no mía, por ser yo sin letras ni buena vida, ni ser informada de letrado ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y cási hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones; así que aunque el Señor me diera más habilidad y memoria, que aun con esta me pudiera aprovechar de lo que he oído ú leído, es poquísima la que tengo); así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo será de mí, y vuesa merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro, ningún provecho tiene decir mi nombre; en vida está claro que no se ha de decir de lo bueno, en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien,

y no le dar ningún crédito, por ser dicho de persona tan baja y tan ruín. Y por pensar vuesa merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con libertad; de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás basta ser mujer para caérseme las alas, cuanti más mujer y ruín. Y ansí lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaración de las mercedes que me hace Dios en la oración, si fuere conforme á las verdades de nuestra santa Fe católica; y si no, vuesa merced lo queme luego, que yo á esto me sujeto; y diré lo que pasa por mí, para que, cuando sea conforme á esto, podrá hacer á vuesa merced algún provecho; y si no, desengañará mi alma, para que no gane el demonio, adonde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como después diré) que siempre he procurado buscar quien me dé luz.

6. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien oscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que á mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y después tratádolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete años que ha que tengo oración, me ha dado el Señor, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, que á otros en cuarenta y siete, y en treinta y siete, que con penitencia y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo, y sírvase de mí, por quien su Majestad es, que bien sabe mi Señor, que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido un poqui-

to, de ver, que en un muladar tan sucio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega á su Majestad que por mi culpa no las torne yo á arrancar, y se torne á ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor le pida vuesa merced, pues sabe la que soy con más claridad, que aquí me lo ha dejado decir.

CAPÍTULO XI

Dice en qué está la falta de no amar á Dios con perfección en breve tiempo; comienza á declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración; va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oración.

Sumario: 1. Son siervos del amor los que se determinan á darse á la oración. La causa porque Dios no se comunica del todo y pronto, es porque nosotros nos damos á Dios á medias. Se ve esto en muchas almas religiosas.—2. Repite esto mismo y del grande ánimo que es necesario para emprender el camino de la oración.—3. Al principio hay más trabajo, aunque todos han de ir por el camino de la cruz. Compara el alma á un huerto, donde con la oración se han de regar las plantas buenas, que son las virtudes.—4. Cuatro modos de regarlas, ó sea cuatro grados de oración.—5. El primer grado es el de la meditación.—6. Exhorta encarecidamente á que no se abandone la oración por sequedades que haya.—7. Todo va ordenado para nuestro mayor bien.—8. Importa muchísimo emprender el camino de la oración, abrazándose con los desconuelos y sequedades.—9. Las distracciones y sequedades penden muchas veces de indisposición corporal y vueltas de los humores. Haya discreción y seguir el consejo del confesor.



DUES hablando ahora de los que comienzan á ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos á seguir por este camino de oración, al que tanto nos amó), es una dinidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh, Señor de mi alma y Bien mío! ¡Por qué no quisistes, que en determinándose

un alma á amarnos, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir á tener este amor perfeto? Mal he dicho; había de decir y quejarme, porque no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es en no gozar luego de tan gran dinidad, pues en llegando á tener con perfección este verdadero amor de Dios, tray consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo á Dios, que, como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; más si hiciésemos lo que podemos, en no nos asir á cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos, como algunos Santos lo hicieron; mas parécenos que lo damos todo; y es que ofrecemos á Dios la renta ú los frutos, y quedámonos con la raíz y posesión. Determinámonos á ser pobres, y es de gran merecimiento; más muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo superfluo, y á granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado, y, por ventura peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece también que dejamos la honra en ser relixiosos, ú en haber ya comenzado á tener vida espiritual y á seguir perfección, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado á Dios, y nos queremos tornar á alzar con ella, y tomársela, como dicen, de las manos, después de haberle de nuestra voluntad, al parecer, hecho Señor: así son todas las otras cosas.

2. ¡Donosa manera de buscar amor de Dios! Y luego le queremos á manos llenas (á manera de decir) te-

neros nuestras afeciones, ya que no procuramos efetuar nuestros deseos, y no acabarlos de levantar de la tierra; y muchas consolaciones espirituales, con esto no viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Ansí que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro. Plega al Señor que gota á gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace á quien da gracia y ánimo para determinarse á procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si persevera, no se niega Dios á nadie; poco á poco va habilitando el ánimo para que salga con esta vitoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante á los principios para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma, sino muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios á llegar á la cumbre de la perfición, creo jamás va solo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí; como á buen capitán (1) le da Dios quien vaya en su compañía. Póneles tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios.

3. Pues hablando de los principios de los que ya van determinados á seguir este bien y á salir con esta empresa (que de lo demás que comencé á decir de mística teología, que creo se llama así, diré más adelante), en estos principios está todo el mayor trabajo;

(1) Al expresarse así la Santa, habla por experiencia propia; pues como nos dice en otro lugar, fueron muchísimas las almas que en todas partes se reformaron y emprendieron una vida de perfección, sobre todo en Avila, con sus enseñanzas y ejemplos. A ninguno, por lo tanto, le cuadra mejor que á Santa Teresa el título de "MATER SPIRITUALIUM". Efectivamente, ese es el título que á la estatua de la Santa, que se halla, entre los Santos Fundadores, sobre la pila del agua bendita de la Iglesia de San Pedro del Vaticano en Roma, le ha apropiado la Iglesia, y por lo mismo, á ninguno le cuadra mejor el nombre de "buen capitán", como á ella, por haber llevado, y continuar llevando, tantas almas al cielo.

porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oración lo más es gozar, puesto que primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder; y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparación, aunque yo las quisiera escusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; más este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte á que venga bien la comparación; servirá de dar recreación á vuesa merced (2) de ver tanta torpeza. Parece-me ahora á mí, que he leído ú oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé adónde, ni á qué propósito; más para el mío ahora conténtame.

Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oración un alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios, hemos de procurar como buenos hortolanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengán á echar flores, que den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor nuestro, y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes.

4. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar para que entendamos lo que hemos de hacer, y el

(2) Al Padre Fray Pedro Ibáñez.

trabajo que nos ha de costar, si es mayor que la ganancia, ú hasta que tanto tiempo se ha de tener. Paréceme á mí que se puede regar de cuatro maneras: ú con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ú con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas veces), es á menos trabajo que estotro, y sácase más agua; ú de un río ú arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan á menudo y es á menos trabajo mucho del hortolano; ú con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que á mí me hace al caso, y ha parecido, que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor, por su bondad, ha puesto algunas veces mi alma. Plega á su bondad atine á decirlo, de manera que aproveche á una de las personas que esto me mandaron escribir (3), que la ha traído el Señor en cuatro meses, harto más adelante que yo estaba en decisiete años: hase dispuesto mejor, y ansí sin trabajo suyo riega este vergel con todas estas cuatro aguas; aunque la postrera aún no se le da sino á gotas, más va de suerte, que presto se engolfará en ella, con ayuda del Señor: y gustaré se ría, si le pareciere desatino, la manera del declarar.

5. De los que comienzan á tener oración, podemos decir son los que sacan el agua del pozo; que es muy á su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á an-

(3) Alude aquí á uno de los tres Padres Dominicos, Fray Pedro Ibáñez, Fray García de Toledo y Fray Domingo Báñez, siendo lo más probable que se refiera al primero.

dar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oír, y á ponerlo por obra las horas de la oración, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada; aunque esto, primeros y postreros, todos lo han de hacer muchas veces; hay más y menos de pensar en esto, como después diré. Al principio aun da pena, que no acaban de entender que se arrepienten de los pecados; y si hacen, pues se determinan á servir á Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndese con el favor de Dios, que sin éste, ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar á sacar agua del pozo; y aun plega á Dios lo quiera tener, más al menos no queda por nosotros, que ya vamos á sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores; y es Dios tan bueno, que, cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro), quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortolanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes: llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devoción.

6. ¿Pues qué hará aquí el que ve que en muchos días no hay sino sequedad, y desgusto y desabor, y tan mala gana para venir á sacar el agua, que si no se le acordase que hace placer y servicio al Señor de la huerta, y mirase á no perder todo lo servido, y aun lo que espera ganar del gran trabajo, que es echar muchas veces el caldero en el pozo y sacarle sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le acaecerá, aun para esto, no se le alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento: que este obrar con el entendimiento, entendido va que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí

el hortolano? Alegrarse y consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran Emperador: y pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse á sí, sino á El, alábele mucho, que hace dél confianza, pues ve, que sin pagarle nada, tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó; y ayúdele á llevar la Cruz, y piense, que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oración (4); y así se determine, aunque para toda la vida le dure esta sequedad, no dejar á Cristo caer con la Cruz; tiempo verná, que se lo pague por junto: no haya miedo que se pierda el trabajo, á buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos; mire que también los representaba el demonio á San Hierónimo en el desierto; su precio se tienen estos trabajos, que, como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba deste bendito pozo, pensaba me hacía Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece es menester más ánimo que para otros muchos trabajos del mundo; más he visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida, porque es así cierto, que una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de Sí, después acá me parece quedan pagadas todas las congojas, que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras á la postre estos tormentos, y otras muchas tentaciones, que se ofrecen, para probar á sus amadores, y saber si podrán beber el Cáliz, y ayudarle á llevar la Cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros: y para bien nuestro creo nos quiere su Majes-

(4) En este número y en los siguientes del capítulo se contienen documentos celestiales para perseverar en la oración y no dejarla por sequedades, tentaciones y pensamientos malos con que el demonio molesta frecuentemente á los que practican este ejercicio santo de la oración mental ó meditación.

tad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dinidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé; porque no nos acaezca lo que á Lucifer.

7. ¿Qué hacéis vos, Señor mío, que no sea para mayor bien del alma, que entendéis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder, para siguiros por donde fuéredes, hasta muerte de Cruz, y que está determinada ayudáros la á llevar, y á no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinación... ¡no, no hay que temer, gente espiritual; no hay por qué se affigir! puesto ya en tan alto grado, como es querer tratar á solas con Dios, y dejar los pasatiempos del mundo, lo más está hecho. Alabad por ello á su Majestad, y fiad en su bondad, que nunca faltó á sus amigos: atapad os los ojos de pensar, ¡por qué da aquél de tan pocos días devoción, y á mí no en tantos años? Creamos, es todo para más bien nuestro; guíe su Majestad por donde quisiere; ya no somos nuestros, sino suyos; harta merced nos hace en querer que queramos cabar en su huerto, y estamos cabe el Señor dél, que cierto está con nosotros: si El quiere que crezcan estas plantas y flores, á unos con dar agua, que saquen deste pozo, á otros sin ella, ¡qué se me da á mí? Haced vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo, no se pierdan las virtudes, si alguna me habéis ya dado, por sola vuestra bondad; padecer quiero, Señor, pues Vos padecistes. Cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plega á vuestra Majestad, que cosa de tanto precio, como vuestro amor, se dé á gente que os sirve sólo por gustos.

8. Háse de notar mucho, y dígolo porque lo sé por experiencia, que el alma que en este camino de oración mental comienza á caminar con determinación, y puede

acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mucho, porque falten estos gustos y ternura, ú la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino; y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternuras que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. Recibir, más me parece á mí eso que no dar nosotros nada. Para mujercitas como yo, flaca y con poca fortaleza, me parece á mí conviene (como Dios ahora lo hace) llevarme con regalos; porque pueda sufrir algunos trabajos, que ha querido su Majestad tenga; más para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, que me hace desgusto oírlos. No digo yo que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá su Majestad que conviene; más que cuando no la tuvieren, que no se fatiguen; y que entiendan que no es menester, pues su Majestad no la da, y anden señores de sí mismos. Crean que es falta; yo lo he probado y visto. Crean que es imperfección y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

9. Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho comenzar con esta libertad y determinación, sino por otros; que habrá muchos, que lo ha que comenzaron, y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la Cruz desde el principio, que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada. En dejando de obrar el entendimiento no lo pueden sufrir; y por ventura entonces engorda la voluntad y toma fuerza, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar, que no mira el Señor en estas cosas,

que, aunque á nosotros nos parecen faltas, no lo son; ya sabe su Majestad nuestra miseria y bajo natural, mejor que nosotros mismos; y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en El y amarle. Esta determinación es la que quiere: estotro affigimiento, que nos damos, no sirve de más de inquietar el alma, y si había de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia dello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado, y tratado después á personas espirituales) que viene de indisposición corporal, que somos tan miserables, que participa esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo: y las mudanzas de los tiempos, y las vueltas de los humores muchas veces hacen, que, sin culpa suya, no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras más la quieren forzar en estos tiempos, es peor, y dura más el mal; sino que haya discreción para ver cuando es desto, y no la ahoguen á la pobre. Entiendan son enfermos: múdese la hora de la oración, y hartas veces será algunos días. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma, que ama á Dios, ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped, como este cuerpo. Dije con discreción, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien, ni siempre dejar la oración cuando hay gran destraimiento y turbación en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma á lo que no puede: otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de lición, aunque á veces aun no estará para esto: sirva entonces al cuerpo por amor de Dios, porque otras veces muchas sirva él á el alma; y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, ú irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da á entender

lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios. Suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad, para su mayor aprovechamiento. Ansí que torno á avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada, que importa mucho, que de sequedades, ni de inquietud, y destraimiento en los pensamientos, naide se apriete ni aflija. Si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado, comience á no se espantar de la Cruz, y verá como se la ayuda también á llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que saca de todo; porque ya se ve, que sí el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados, para que cuando la haya, sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

CAPÍTULO XII

Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor lo haga subir el espíritu á cosas sobrenaturales y extraordinarias.

Sumario: 1. En este primer grado podemos hacer mucho pensando en la Pasión, y gloria que nos espera, sin pretender subir á cosas más altas. De representarse á Cristo como hombre se saca mucho provecho.—2. El querer sentir gustos sobrenaturales es falta de humildad. Cuánto aprovechan los letrados si son humildes.—3. El querer subir, que tanto reprueba la Santa, es suspender el entendimiento, ó sea, no meditar, sino estar esperando aquel gusto sobrenatural ó presencia de que habló al principio del capítulo X. Esto lo da Dios cuando quiere, y es falta de humildad el procurarlo nosotros.—4. La da Dios luz para entender y saber decir lo que obraba en ella.—5. Concluye repitiendo que no conviene querer subir el espíritu, en especial á mujeres.



Lo que he pretendido dar á entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es decir, hasta lo que podemos nosotros adquirir, y como en esta primera devoción podemos nosotros ayudarnos algo; porque en pensar, y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos á compasión, y es sabrosa esta pena y las lágrimas que proceden de aquí; y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor

nos tuvo y su resurrección, muévenos á gozo, que ni es del todo espiritual, ni sensual, sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. Desta manera son todas las cosas que causan devoción adquirida con el entendimiento en parte, aunque no podía merecer ni ganar, si no la da Dios. Estále muy bien á un alma, que no la ha subido de aquí, no procurar subir ella: y nótese esto mucho, porque no le aprovechará más de perder. Puede en este estado hacer muchos atos para determinarse á hacer mucho por Dios, y despertar el amor: otros para ayudar á crecer las virtudes, conforme á lo que dice un libro llamado *Arte de servir á Dios*, que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento. Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse á enamorarse mucho de su sagrada Humanidad (1), y traerle siempre consigo, y hablar con El, pedirle para sus necesidades, y quejarse de sus trabajos, alegrarse con El en sus contentos, y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme á sus deseos y necesidad. Es ecelente manera de aprovechar, y muy en breve; y quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovechar mucho della, y de veras cobrar amor á este Señor, á quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devoción, como tengo dicho, sino agradecer al Señor, que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer á Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio sigurísimo para ir aprovechando en el primero y llegar en

(1) Aunque los maestros de la vida espiritual proponen diversos medios de andar en la presencia de Dios, no hay duda que á esta mística Doctora le agradaba sobremanera el practicarle, trayendo con suavidad en la imaginación y memoria á Jesucristo humanado. En el "**Camino de Perfección**" consagra varios capítulos á enseñar y recomendar este modo, que aquí no hace más que indicar.

breve al sigundo grado de oración, y para los postreros andar seguros de los peligros que el demonio puede poner.

2. Pues esto es lo que podemos: quien quisiere pasar de aquí y levantar el espíritu á sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno y lo otro, á mi parecer; porque es sobrenatural, y perdido el entendimiento, quédase el alma desierta y con mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados á Dios, más adelante ha de ir esta virtud; y si no va todo perdido: y parece algún género de soberbia querer nosotros subir á más, pues Dios hace demasiado, según somos, en allegarnos cerca de Sí. No se ha de entender que digo esto por el subir con el pensamiento á pensar cosas altas del cielo ú de Dios, y las grandezas que allá hay, y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad, como he dicho, y me hallaba tan ruín, que aun para pensar cosas de la tierra, me hacía Dios merced de que entendiese esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanti más para las del cielo), otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un gran tesoro para este ejercicio, á mi parecer, si son con humildad. De unos días acá lo he visto por algunos letrados, que ha poco que comenzaron y han aprovechado muy mucho (2); y esto me hace tener grandes ansias porque muchos fuesen espirituales, como adelante diré.

3. Pues lo que digo, no se suban sin que Dios los suba, es lenguaje de espíritu; entenderme ha quien tu-

(2) Pudieran citarse aquí los nombres, no sólo de algunos, sino de muchísimos sujetos, hombres todos de letras, que, mediante las instrucciones que para la oración recibían de esta Maestra de espíritu, se elevaron á la más alta perfección. Las historias, tanto de la Compañía de Jesús como de la Orden de Santo Domingo, á cada paso nos hablan de la transformación que Dios hizo en muchos de sus miembros que tuvieron la dicha de comunicar con esta Seráfica Virgen, y en quienes ella experimentó de cuánto provecho son las letras humildes para adelantar en la oración.

viere alguna experiencia, que yo no lo sé decir, si por aquí no se entiende. En la mística teología, que comencé á decir, pierde de obrar el entendimiento, porque le suspende Dios (3), como después declararé más, si supiere, y El me diere para ello su favor. Presumir ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga, ni se deje de obrar con él, porque nos quedaremos bobos y fríos, y ni haremos lo uno ni lo otro; que cuando el Señor le suspende y hace parar, dále de que se espante y se ocupe, y que sin discurrir entienda más en un Credo, que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar las potencias del alma, y pensar hacerlas estar quedas, es desatino: y torno á decir que, aunque no se entiende, es de no gran humildad, aunque no con culpa, con pena sí, que será trabajo perdido, y queda el alma con un desgustillo, como quien va á saltar y lo asen por detrás, que ya parece ha empleado su fuerza y hállase sin efetuar lo que con ella quería hacer; y en la poca ganancia que queda, verá quien lo quisiere mirar este poquillo de falta de humildad que he dicho; porque eso tiene ecelente esta virtud, que no hay obra, á quien ella acompañe, que deje el alma desgustada.

(3) El suspender Dios el pensamiento ó entendimiento de que habla aquí la Santa Madre, y lo llama mística Teología, es presentarle delante un bulto de cosas sobrenaturales y divinas é infundir en él gran copia de luz para que las vea con una vista simple y sin discurso, ni consideración, ni trabajo. Y esto con tanta fuerza, que no puede atender á otra cosa, ni divertirse. Y no para el negocio en solo ver y admirar, sino pasa la luz á la voluntad, y tórnase fuego en ella que la enciende en amor. De manera, que quien esto padece, por el tiempo que lo padece, tiene el entendimiento enclavado en lo que ve, y espantado dello, y la voluntad ardiente en amor dello mismo, y la memoria del todo ociosa; porque el alma ocupada con el gozo presente no admite otra memoria. Pues deste elevamiento ó suspensión, dice, que es sobrenatural, quiere decir, que nuestra alma en elló más propiamente padece que hace. Y dice que nadie presuma elevarse desta manera antes que le eleven: lo uno, porque excede toda nuestra industria, y así será en balde: lo otro, porque será falta de humildad. Y avisa desto la Santa Madre con grande causa, porque hay libros de oración que aconsejan á los que oran, que suspendan el pensamiento totalmente; y que no figuren en la imaginación cosa ninguna, ni aun resuelen, de que sucede quedarse fríos é indevotos.

Paréceme lo he dado á entender, y por ventura será solo para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con experiencia, que por poca que sea luego lo entenderán.

4. Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada dellas; y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo á entender, que no me ha costado esto poco trabajo: cuando su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme á entender lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir, y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba, ú quería el Señor, como su Majestad fué siempre mi maestro (sea por todo bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad), que no tuviese á nadie que agradecer; y sin querer, ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades) dármelo Dios en un punto á entender con toda claridad, y para saberlo decir, de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto ha poco, y ansí lo que el Señor no me ha enseñado, no lo procuro, sino es lo que toca á mi conciencia.

5. Torno otra vez á avisar, que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no le subiere; que cosa es, se entiende luego: en especial para mujeres es más malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión, aunque tengo por cierto, no consiente el Señor dañe á quien con humildad se procura llegar á El, antes sacará más provecho y ganancia por donde el demonio le pensare hacer perder. Por ser este camino de los primeros más usado, y importar mucho los avisos que he dado, me he alargado tanto, y habránlos escrito en otras partes muy mejor, yo lo con-

fieso, y que con harta confusión y vergüenza lo he escrito, aunque no tanta como había de tener. Sea el Señor bendito por todo, que á una como yo quiere y consiente hable en cosas suyas, tales y tan subidas.

CAPÍTULO XIII

Prosigue en este primer estado, y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso.

Sumario: 1. Avisa cuánto importa andar con alegría y santa libertad. Ha de tenerse mucho ánimo, porque Dios es muy amigo de ánimas ardorosas.—2. Se animaba con las palabras de San Pablo y San Agustín y el ejemplo de San Pedro.—3. No es soberbia querer imitar á los Santos. Hay en ellos cosas que se deben admirar y otras que se pueden imitar.—4. Con el favor de Dios se consigue gran desprecio del mundo. La mortificación y la confianza en Dios ayudan al recogimiento en la oración. Querer el concierto de alma y cuerpo es caminar á paso de gallina. Es buen proceder para los casados, mas no para personas religiosas. Nunca por ese camino se llega á la libertad de espíritu.—5. Son muy contados los confesores que no tengan discreción demasiada.—6. Señala otras cosas en que podemos imitar á los Santos. Reprende el demasiado cuidado en la salud.—7. Otra tentación es desear que todos sean espirituales. Desearlo es bueno. Procurarlo podría traer inconvenientes.—8. Otra tentación es la pena por los pecados de otros. La pena es buena, pero muchas veces inquieta y hace nos olvidemos de nosotros mismos.—9. No gastar todo el tiempo en discurrir. Aprovecha más representarse con la imaginación á Cristo y exponerle las necesidades.—10. Repite esto mismo y dice que no todos aprovechan más en la Pasión, aunque no debe dejarse esa meditación muchas veces.—11. Necesidad de maestro experimentado.—12. Cualidades del confesor y cuánto importa sean letrados.—13. Repite esto mismo y hace una apología de ellos.—14. Repite que no se gaste todo el tiempo en discurrir, sino más bien en mirar á Cristo y pedirle mercedes.



MÁME parecido decir algunas tentaciones que he visto que se tienen á los principios (y algunas he tenido yo), y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese á los principios andar con alegría y libertad; que hay al-

gunas personas, que parece se les ha de ir la devoción, si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar ni poco ni mucho de ponerse en ocasión donde suele ofender á Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy enteros en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas á su natural se puedan descuidar. Que siempre, mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; más hay muchas cosas adonde se sufre (como he dicho) tomar recreación, aun para tornar á la oración más fuertes. En todo es menester discreción. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco á poco, aunque no sea luego, podremos llegar á lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran á desearlo, y poco á poco ponerlo por obra, no subieran á tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayau con humildad, y ninguna confianza de sí: y no he visto ninguna destas que quede baja en este camino, ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino, animarse á grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega á mucho, aunque como avecita, que tiene pelo malo, cansa y queda.

2. Otro tiempo traía yo delante muchas veces lo que dice San Pablo, que todo se puede en Dios (1): en mi bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice San Agustín: *Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres* (2). Pensaba muchas ve-

(1) "Omnia possum in eo, qui me confortat". (Phillip., IV, 13.)

(2) "Da quod juves, et juve quod vis". (Confes., libro X, capítulo XXXIX.)

ces que no había perdido nada San Pedro en arrojarle en la mar aunque después temió (3). Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primero estado es menester irse más deteniendo, y atados á la discreción y parecer de maestro; más han de mirar que sea tal, que no los enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á sólo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

3. Más es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar á los Santos y desear ser mártires. Luego nos dice ú hace entender, que las cosas de los Santos son para admirar, más no para hacerlas los que somos pecadores. Esto también lo digo yo, más hemos de mirar cuál es de espantar y cuál de imitar; porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose á un desierto, adonde ni pudiese dormir, ni tuviese que comer, ú cosas semejantes (4).

4. Más pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, á tener un gran desprecio de mundo, un

(3) (Math., XIV, 30.)

(4) En el número 3 y siguientes se ocupa la Santa en descubrir algunas tentaciones muy sutiles del demonio, hasta el número 11. En los restantes del capítulo recomienda que los directores de las almas y consejeros sean letrados. No hay quizá cosa que más veces repita esta mística Doctora en todas sus obras como el que los confesores sean hombres de letras, y **cuantas más, mejor**. Ninguno les ha honrado tanto como Santa Teresa, y á su vez los letrados sienten más que ninguno una simpatía santa hacia esta prudentísima y sapientísima Virgen. En el "**Camino de Perfección**" trata extensamente este punto tan importante, y toca esto mismo á cada paso en sus "**Moradas**" y "**Fundaciones**", pasando de ciento los pasajes de sus obras en que repite esta idea, sin contar otros muchísimos que se hallan en sus "**Cartas**".

no estimar honra, un no estar atado á la hacienda; que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra, en quiriéndonos descuidar un poco del cuerpo, y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan á la oración. Desto me pesa á mí, que tengamos tan poca confianza de Dios, y tanto amor propio, que nos inquiete ese cuidado. Y es ansí, que donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo, como á otros cosas grandes y de mucho tomo, y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme ahora á mí esta manera de caminar, un querer concertar cuerpo y alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios; y ansí será ello si se anda en justicia, y vamos asidos á virtud; más es paso de gallina (5): nunca con él se llegará á libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme á su llamamiento; más para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado; y siempre me estuviera ansí, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

5. Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes, mas procuraba esto que he dicho, tener oración, más vivir á mi placer. Creo, si hubiera quien me sacara á volar, más me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra; más hay por nuestros pecados tan pocos, tan contados, que no tengan discreción demasiada en este caso, que creo es harta causa, para que los que comienzan no vayan más presto á gran perfección; porque el Señor nunca falta ni queda por El: nosotros somos los faltos y miserables.

(5) Expresión sumamente gráfica, y casi imposible de ser traducida á otra lengua.

6. También se pueden imitar los Santos en procurar soledad y silencio, y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho á hacerlos inhábiles cuando ve un poco de temor. No quiere él más para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo que mejor vista ni salud podamos desear que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: "poco va en que me muera: sí, ¡el descanso! ¡No he ya menester descanso, sino cruz!" Así otras cosas. Vi claro que en muy muchas, aunque yo de hecho soy hartó enferma, que era tentación del demonio ú flojedad mía; que después que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha más salud. Así que va mucho á los principios de comenzar oración, á no amilanar los pensamientos; y créanme esto, porque lo tengo por experiencia: y para que escarmienten en mí, aun podría aprovechar decir estas mis faltas.

7. Otra tentación es luego muy ordinaria, que es desear que todos sean muy espirituales, como comienzan á gustar del sosiego y ganacia que es. El desearlo no es malo; el procurarlo podría ser no bueno, si no hay mucha discreción y disimulación en hacerse de manera que no parezca enseñan; porque quien hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes para que no dé tentación á los otros. Acaecióme á mí, y por eso lo entiendo, cuando (como he dicho) procuraba que otras tuviesen oración; que, como

por una parte me vían hablar grandes cosas del gran bien que era tener oración, y por otra parte me vían con gran pobreza de virtudes, tenerla yo, traíalas tentadas y desatinadas; y con harta razón, que después me lo han venido á decir, porque no sabían cómo se podía compadecer lo uno con lo otro: y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacía yo algunas veces, cuando les parecía algo bien de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas, para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que, por poco que sea, cuando es en una Comunidad, debe ganar mucho; cuanti más, que lo que yo hacía malo era muy mucho; y así en muchos años, solas tres se aprovecharon de lo que les decía; y después que el Señor me había dado más fuerzas en la virtud, se aprovecharon en dos ú tres años muchas, como después diré. Y sin esto, hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo más que hemos de procurar al principio, es sólo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella; y esto es lo que le conviene mucho.

8. Da otra tentación (y todas van con un celo de virtud que es menester entenderse y andar con cuidado) de pena de los pecados y faltas que ven en los otros. Pone el demonio, que es sólo la pena de querer que no ofendan á Dios, y pesarle por su honra, y luego querrían remediarlo; inquieta esto tanto, que impide la oración; y el mayor daño es pensar que es virtud y perfección y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos (si los hubiese en costumbre de una Congregación, ú daños de la Iglesia) destas herejías (6), adonde vemos

(6) "Destas herejías" alude á la herejía luterana, que tantos estragos causaba en las almas en los tiempos de Santa Teresa.

perder tantas almas; que esta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, descuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo y contentar á Dios. Esto conviene muy mucho, porque ¡si hubiese de decir los yerros que he visto suceder, fiando en la buena intención!... Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defetos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que, aunque luego no se haga con perfección, se viene á ganar una gran virtud, que es tener á todos por mijores que nosotros, y comiézase á ganar por aquí, con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias) y suplicarle nos dé esta virtud, que con que las hagamos, no falta á nadie. Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa y muchos concetos, que de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar, sino que tengan paciencia, hasta que él Señor les dé en qué se ocupen, y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraza su entendimiento que los ayuda.

9. Pues tornando á los que discurren, digo que no se les vaya todo el tiempo en esto; porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber día de domingo, ni rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y sin cansancio de entendimiento se estén hablando y regalando con El, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades, y la razón que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo, y lo otro otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Estos son muy gustosos y

provechosos; si el gusto se usa á comer dellos, trayn consigo gran sustentamiento para dar vida al alma, y muchas ganancias.

10. Quiérome declarar más, porque estas cosas de oración todas son dificultosas, y si no se halla maestro, muy malas de entender: y esto hace que, aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno de quien me mandó escribir estas cosas de oración, sólo tocarlas, mi torpeza no da lugar á decir y dar á entender en pocas palabras, cosa que tanto importa declararla bien. Que como yo pasé tanto, he lástima á los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuán diferentemente se entiende de lo que después de experimentado se ve. Pues tornando á lo que decía, ponémos á pensar un paso de la Pasión, digamos el de cuando estaba el Señor á la Coluna: anda el entendimiento buscando las causas que allí dan á entender los dolores grandes y pena que su Majestad tenía en aquella soledad, y otras muchas cosas que, si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; ú que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar, y de mediar y acabar todos, y muy ecelente y seguro camino, hasta que el Señor les lleve á otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la de la Sagrada Pasión. Que, así como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se affigen en pensar en el infierno; otras en la muerte: algunas, si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representan: y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la

Pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien.

11. Ha menester aviso el que comienza para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado; que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla, ni dejarla á sí mesma entender; porque como sabe que es gran mérito estar sujeta á maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas (7) y afligidas por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo, y estorbaban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, á que no la dejaba salir del propio conocimiento, y tenía la ya el Señor en oración de quietud, y ansí pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante que no haya menester muchas veces tornar á ser niño y á mamar (y esto jamás se olvide, quizá lo diré más veces, porque importa mucho), porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y en esto de los pecados y conocimiento propio, es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar: más hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida, y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí?, sino irnos á otras cosas que el Señor pone delante, y no es

(7) Causa admiración el gran conocimiento que tenía de la lengua, y la delicadeza y gusto para aplicar las palabras y expresar las ideas.

razón las dejemos; que su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer.

12. Ansí que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia: si con esto tiene letras, es grandísimo negocio; más si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados puede procurar para comunicarse con ellos cuando tuviere necesidad. Digo que á los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración: y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan á los que poco sabemos, y nos dan luz; y llegados á verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones á bobas nos libre Dios. Quiero declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta, de no me saber dar á entender (como he dicho) sino á costa de muchas palabras. Comienza una monja á tener oración: si un simple la gobierna, y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca á él que á su superior, y sin malicia suya, sino pensando acierta: porque si no es de religión, parecerle ha, es ansí: y si es mujer casada, dirála que es mejor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente á su marido: ansí que no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme á verdad, por faltarle á él la luz, no la da á los otros aunque quiere. Y aunque para esto parece no son menester letras, mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si puede, y mientras más mejor: y los que van por camino de oración tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. Y no se engañen con decir que letrados sin oración no son para quien la tiene: yo he tratado har-

tos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fuí amiga dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen á el espíritu, ni le inoran; porque en la Sagrada Eseritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí, que persona de oración que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

13. He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Ya dije es menester espiritual maestro; mas si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu me aprovechará, y Dios le dará á entender lo que ha de enseñar, y aun le hará espiritual para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecídomé á mí con más de dos. Digo, que para rendirse un alma del todo de estar sujeta á sólo un maestro, que yerra mucho en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto á su Perlado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz, sin que él de su voluntad sujete su entendimiento á quien no le tenga bueno. Al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar alabe á Dios, que puede escoger á quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad; antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el Señor se le dará, como vaya fundado todo en humildad y con deseo de acertar. Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras le habíamos siempre de dar infinitas gracias; porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad, que los inorantes inoramos. Espántanme muchas veces letra-

dos (religiosos en especial), con el trabajo que han ganado, lo que sin ninguno, más de preguntarlo, me aprovecha á mí: ¡y que haya personas que no quieran aprovecharse desto! ¡No plega á Dios! Véolos sujetos á los trabajos de la Religión, que son grandes, con penitencias y mal comer, sujetos á la obediencia, que algunas veces me es gran confusión, cierto; con esto mal dormir, todo trabajo, todo cruz; paréceme sería gran mal, que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda. Y podrá ser que pensemos algunos que estamos libres de estos trabajos, y nos lo dan guisado, como dicen, y viviendo á nuestro placer; que por tener un poco de más oración, nos hemos de aventajar á tantos trabajos. ¡Bendito seáis vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicistes; mas aláboos muy mucho, porque despertáis á tantos que nos despierten! Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz. ¡Qué seríamos sin ellos, entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Ilesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los buenos. Plega al Señor los tenga de su mano y los ayude, para que nos ayuden. Amén.

14. Mucho he salido de propósito (8) de lo que comencé á decir; más todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando á lo que decía, de pensar á Cristo á la Coluna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; más que no se canse siempre en andar á buscar

(8) Aquí se ve la viveza de su imaginación. Se olvidó que en los números 10 y 11 trataba de enseñar cómo hemos de conducirnos en la meditación de este paso de la Pasión, y al terminar el capítulo cae en la cuenta de ello. Esto es frecuentísimo en sus escritos, y no anduvo descaminado el que dijo que era grande la semejanza en esa parte entre la Doctora Mística y el Apóstol de las Gentes. Ya apunta algo el meritísimo Fray Luis de León en el prólogo á los escritos de la Santa.

esto, sino que se esté allí con El, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y hable y pida, y se humille y regale con El, y acuerde que no merecía estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar oración, hallará grande provecho, y hace muchos provechos, esta manera de oración; al menos hallóle mi alma. No sé si acierto á decirlo. Vuesa merced lo verá; plega al Señor acierte á contentarle siempre. Amén.

CAPÍTULO XIV

Comienza á declarar el sigundo grado de oración, que es ya dar el Señor al alma á sentir gustos más particulares.

Decláralo para dar á entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar.

Sumario: 1. Sacar el agua con torno lo aplica á la oración de quietud. Es ya sobrenatural. La gracia es más abundante. Este segundo grado consiste en que la voluntad queda cautiva y sólo se ocupa en amar á Dios.—2. Hay veces que las otras potencias ayudan, más frecuentemente estorban, y no debe hacer caso de ellas. Símil de las palomas.—3. Crecen las virtudes más que en la oración pasada. Pierde la codicia de los bienes de este mundo. Es grande la satisfacción. En aquel momento, **todo es sí, el no viene después.**—4. Entiende que Dios la entiende, y ve en sí por vista de ojos un auxilio particular.—5. Pide favor para decir los efectos, pero los ha dicho ya en los números 3 y 4, y se entretiene en avisar que el demonio alguna vez se trasfigura en Angel de luz, en manifestar sus muchas ocupaciones y que para explicar esta oración bien, es la mejor ocasión cuando el alma se halla en esa misma oración.—6. Se regalaba en considerar su alma un huerto y al Señor que se paseaba en él. Parece se secan algunas veces las flores de las virtudes, y entonces es el escardar.—7. Acaba con un fervorosísimo agradecimiento á las misericordias de Dios.



QUES ya queda dicho con el trabajo que se riega este verjel, y cuán á fuerza de brazos, sacando el agua del pozo; digamos ahora el sigundo modo de sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó para que con artificio de con un torno y arcaduces, sacase el hortolano más agua y á menos trabajo, y pudiese descansar sin estar contino trabajando. Pues este modo aplicado á la oración que llaman de quietud, es lo

que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza á recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello por diligencias que haga. Verdad es que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno, y trabajar con el entendimiento, y henchídose los arcaduces; más aquí está el agua más alto, y así se trabaja muy menos que en sacarla del pozo: digo que está más cerca el agua, porque la gracia da más claramente á conocer á el alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto, más no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa, de manera que, sin saber cómo, se cativa, sólo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cativo de quien ama. ¡Oh Jesús y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor!, porque éste tiene al nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto á otra cosa sino á Vos.

2. Las otras dos potencias ayudan á la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto. Más entonces no haga caso de ellas, sino estése en su gozo y quietud; porque, si las quiere recoger, ella y ellas se perderán; que son entonces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajarlas ellas, y van á buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y así van y vienen, á ver si les da la voluntad, de lo que goza. Si el Señor quiere, échales cebo, detiéndose, y si no, tórnanle á buscar; y deben pensar que hacen á la voluntad provecho, y á las veces en querer la memoria ú imaginación representarla lo que goza, la dañará. Pues tenga aviso de haberse con ellas, como diré. Pues todo esto que pasa aquí es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa

la oración, aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso á paso, y saca muy mucha más agua, que no sacaba del pozo: las lágrimas, que Dios aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

3. Este agua de grandes bienes y mercedes, que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación que en la oración pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo las hace más crecer, y también llegar más cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad á comunicarse á esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiénzase luego, en llegando aquí, á perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias; porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites que basten á dar un cierra ojo y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos adonde está este contento, porque nunca falta un sí, no: aquí todo es sí en aquel tiempo; el no viene después, por ver que se acabó, y que no lo puede tornar á cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos á penitencias y oraciones, y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma que está su Majestad tan cerca della, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella mesma con El, y no á voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entiende.

4. Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es así; más quiere este Empera-

dor y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar á obrar en el alma en la gran satisfacción interior y exterior que le da, y en la diferencia que (como he dicho), hay deste deleite y contento á los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo de ella esta satisfacción, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer, ni qué querer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo á entender; porque para hartas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar á entender, qué es auxilio general ú particular (1), que hay muchos que lo inoran; y como este particular, quiere el Señor aquí, que casi le vea el alma por vista de ojos, como dicen, y también para muchas cosas, que irán erradas; más como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada; porque así de letras como

(1) El auxilio general y particular de que la Santa nos habla en este número, pudiera muy bien, y sin violencia, traducirse por la gracia suficiente y eficaz de Santo Tomás, porque es sabida la conformidad de doctrina entre Santo Tomás y la mística Doctora. El autor del "Año Teresiano", en el día 7 de Marzo, entresaca 48 proposiciones de las Obras de Santo Tomás, sobre la gracia, la justificación y el mérito, haciendo ver cuán semejante, por no decir idéntica, es la resolución de estas dos incomparables lumbreras de la Iglesia sobre los puntos más profundos y recónditos de la Teología cristiana. Ni es de extrañar esta concordancia y armonía; pues si bien la Santa no estudió el texto de la "Suma de Santo Tomás", comunicó su espíritu con los Padres Manco, Medina, Chaves, Ibáñez y Báñez, y otros muchos que eran los textos vivos de Santo Tomás.

Con profundo conocimiento sobre esto, Su Santidad Pío X, en su admirable Carta al Rvmo. Padre General, y á toda la Orden de Carmelitas Descalzos, con motivo del tercer Centenario de la beatificación de Santa Teresa, después de ponderar los dones de naturaleza, con los que al Señor plugo adornarla, prosigue: "Pero mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma. Muchos y muy preclaros varones honraron el siglo y la nación de Teresa con el esplendor de su santidad y de su doctrina, por lo cual, no sin razón, fueron llamados la edad de oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España. Así Santa Teresa, en relación constante con gran número de aquellos santos personajes, reunió en sí las grandes virtudes y los ricos dones de aquellos hombres insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado."

de espíritu, sé que lo puedo estar, yendo á poder de quien va, que entenderán y quitarán lo que fuere mal. Pues querría dar á entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza á hacer estas mercedes, la misma alma no las entiende, ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo á mí, es gran trabajo, si no hay quien la entienda; y ésla gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado destes; porque he yo pasado mucho y perdido harto tiempo, por no saber qué hacer: y he gran lástima á almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco: y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho, terná harto que hacer en entenderse.

5. Querría mucho el Señor me favoreciese para poner los efectos que obran en el alma estas cosas, que ya comienzan á ser sobrenaturales, para que se entienda por los efectos cuándo es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme á lo que acá se puede entender, aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que, aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en ángel de luz: y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto es menester llegar muy en la cumbre de la oración. Ayúdame poco el poco tiempo que tengo, y así ha menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la Comunidad, y con otras hartas ocupaciones (como estoy en casa, que ahora se comienza (2), como después se verá), y así es muy sin

(2) Al decir la Santa en este número "como estoy en casa que ahora se comienza", se da bien á entender que esto lo escribió hallándose en el Convento de San José, y es prueba que la segunda vez que escribió la "Vida" por mandato del Dominico Fray García de Toledo, no sólo distribuyó en capítulos todo lo que hasta allí había escrito por obediencia al

tener asiento lo que escribo, sino á pocos á pocos, y esto quisiérale, porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mijor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor; más si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarabía, á manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oración. Y así me parece es grandísima ventaja, cuando lo escribo, estar en ello, porque veo claro no so yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después cómo lo acerté á decir: esto me acaece muchas veces.

6. Ahora tornemos á nuestra huerta ú vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles á empreñarse para florecer, y dar después fruto, y las flores y los claveles lo mesmo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor haya yo ahora comenzado á servir á su Majestad, digo, principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida) me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban, á lo que parecía, á querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mijores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto; todo parece está seco, y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortolano, que todo el que ha tenido en sustentarle y

Dominico Padre Pedro Ibáñez, sino que añadió otras muchas cosas, además de la fundación de su primer Monasterio, que empieza en el capítulo XXXII. Por este motivo juzgo que las últimas palabras de este capítulo: "Y creo no le hará á vuesa merced, etc.", las decía Santa Teresa al Dominico Padre García de Toledo.

regarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar, y quitar de raíz las hierbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios; y tener en poco nuestra nada, y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo á crecer las flores.

7. ¡Oh Señor mío y Bien mío! ¡Que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma, que queráis vos, Señor, estar así con nosotros, y estáis en el Sacramento, que con toda la verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con Vos, que Vos os holgáis con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres! (3) ¡Oh Señor mío! ¡Qué es esto? Siempre que oyo esta palabra me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¡Es posible, Señor, que haya alma que llegue á que Vos le hagáis mercedes semejantes y regalos, y á entender que Vos os holgáis con ella, que os torne á ofender después de tantos favores, y tan grandes muestras del amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? ¡Sí hay por cierto, y no una vez, sino muchas, que soy yo! Y plega vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad, y tenido tan excesiva ingratitud; porque aun ya della algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar! Suplícoos yo, Dios mio, sea así, y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan

(3) "Deliciae meae esse cum filiis hóminum". (Prov., VIII, núm. 31.)

los que las ven, y á mí me sacan de mí muchas veces, para poderos mejor alabar á Vos, que estando en mí sin Vos no podría, Señor mío, nada, sino tornar á ser cortadas estas flores deste huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase á servir de muladar, como antes. No lo primitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, y tantas veces de nuevo la habéis tornado á rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón. Vuesa merced me perdone que salgo de propósito, y como hablo á mi propósito no se espante, que es como toma á el alma lo que se escribe, que á las veces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios, como se le representa escribiendo lo mucho que le debe. Y creo, no le hará á vuesa merced mal gusto, porque entramos (4), me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo á Dios, porque me ha perdonado más, como vuesa merced sabe.

(4) Por entrambos.

CAPÍTULO XV

Prosigue en la misma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan á tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan.

Sumario: 1. Es grande la satisfacción, y el alma no quisiera bullirse, pero no depende de ella. No pierde la voluntad la quietud, aunque las otras potencias se desbaraten y desvaríen.—2. Muchas almas llegan aquí y pocas pasan adelante. No se acobarden aunque caigan. La verdadera caída es dejar la oración.—3. Es una centellita que Dios enciende, y sino la matan, echa grandes llamas.—4. No conviene amontonar razones y pecados, sino con suavidad dar gracias á Dios.—5. Avisa de esto principalmente á los letrados.—6. Les repite esto mismo, y que aquí no hay que argüir, ni trastornar la retórica, sino humildad.—7. Señales para conocer si ese contento es procurado por nosotros ó causado por el demonio.—8. Traer delante lo poco que dura todo y su vanidad y nonada, porque el alma no crece como el cuerpo, y hay veces que nos son necesarias esas consideraciones.—9. Señales bien marcadas de que es espíritu de Dios.—10. Aún dirá más adelante otras señales que la han enseñado letrados.



AHORA tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento del alma, es cosa que se siente mucho en la satisfacción y paz que en ella se pone, con grandísimo contento y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parecele, como no ha llegado á más, que no le queda que desear, y que de buena gana diría con San Pedro que fuese allí su morada (1). No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos le parece

(1) (Matth., XVII, 4.)

se le ha de ir aquel bien; ni resolgar algunas veces no querría. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer á sí aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud, no faltan las potencias del alma; más está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se disbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego, antes ella poco á poco torna á recoger el entendimiento y memoria: porque, aunque ella aún no está de todo punto engolfada, está tan bien ocupada sin saber cómo, que, por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando, para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Plega á su Majestad me dé gracia para que yo dé esto á entender bien, porque hay muchas almas que llegan á este estado, y pocas las que pasan adelante, y no sé quién tiene la culpa: á buen siguro que no falta Dios, que ya que su Majestad hace merced que llegue á este punto, no creo cesára de hacer muchas más, si no fuese por nuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dinidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, sino queda por su culpa, y desventurada será si torna atrás. Yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas, á mi parecer; ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y ansí ruego yo, por amor del Señor, á las almas á quien su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen á este estado, que se conozcan y tengan en mucho, con una hu-

milde y santa presunción para no tornar á las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad, y ruin y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor (que tienen razón de tenerle) que si no tornau á la oración, han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender á Dios y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho dellos quien ha comenzado á recibir estas mercedes: más somos miserables. Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse; y crea, crea que si desta se aparta, que lleva, á mi parecer, peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque como he dicho, juzgo por mí.

3. Es, pues, esta oración una centellica que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud, y recogimiento, y centellica, si es espíritu de Dios, y no gusto dado del demonio, ú procurado por nosotros, aunque á quien tiene experiencia, es imposible no entender luego, que no es cosa que se puede adquirir, si no que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba, más quédase muy en frío bien en breve, porque, por mucho que quiera comenzar á hacer arder el fuego para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeña que es, hace mucho ruido; y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza á encender el gran fuego que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal ú prenda, que

da Dios á esta alma, de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas; es gran don, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque, como digo, conozco muchas almas que llegan aquí; y que pasen de aquí, como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar, que miren no ascondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios, para sustentar los flacos; y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leyes que aun la buena amistad del mundo pide; y si no, como he dicho, teman, y hayan miedo no se hagan á sí mal, y plega á Dios sea á sí solos.

4. Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad y sin ruido; llamo ruido, andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones para dar gracias de este beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias á mí me cansan á ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y cordura, entienda que no se negocia bien con Dios á fuerza de brazos; y que éstos son unos leños grandes puestos sin descreción para ahogar esta centella, y conózcalo, y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? U palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza ú trabaja por recogerle

(que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad y sosiego, y el entendimiento, muy desbaratado) y vale más que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad), sino estése ella gozando de aquella merced, y recogida como sábia abeja; porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas á otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel.

5. Ansí que perderá mucho el alma, si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza á ordenar pláticas y buscar razones en tantito, si son bien dichas, pensará hace algo. La razón que aquí ha de haber, es entender claro, que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad; y ver que estamos tan cerca, y pedir á su Majestad mercedes, y rogarle por la Ilesia, y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas de Purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya. Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que de la misma razón se representarán, de verse tan mijorada para avivar este amor, y haga algunos atos amorosos, de que hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, á que busque grandes cosas. Más hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas, si las ponemos nosotros), y más le ayudan á encender, que no mucha leña junta de razones muy dotas, á nuestro parecer, que en un Credo lo ahogarán. Esto es bueno para los letrados (2) que me lo

(2) Es muy de notar el documento que al terminar este número da la Santa á los letrados, para que se puedan ayudar de las luces celestiales que Dios concede en este segundo grado de oración, que ya es sobrenatural, y al cual **habían llegado por la bondad de Dios los que se lo mandan escribir, si bien, como avisa en el número siguiente, allí no hay que argüir, pero sí aprovecharse de esas ráfagas de luz sobrenatural para la predicación.**

mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras antes y después, aquí en estos ratos de oración, poca necesidad hay dellas, á mi parecer, si no es para intibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces, de verse cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra. Y es así que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender cási (3) cosa que rece en latín, en especial del Salterio; no sólo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos si hubiesen de predicar ú enseñar, que entonces bien es ayudarse de aquel bien, para ayudar á los pobres de poco saber, como yo, que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios: así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso; quédense las letras á un cabo; tiempo verná que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir á su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la sabiduría infinita, créanme, que vale más un poco de estudio de humildad, y un ato della, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como á la verdad lo es delante de su presencia), pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos.

6. También se mueve el entendimiento á dar gracias

(3) Al decir la Santa que casi no entendía el latín, oculta con palabras humildes que lo entendía mucho, como lo demuestran los textos que frecuentemente y con tanta maestría y oportunidad cita en sus Obras.

muy compuestas; más la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez, ú pudieren; porque si la quietud es grande, puédesse mal hablar, si no es con mucha pena. Siéntese, á mi parecer, cuando es espíritu de Dios ú procurado de nosotros, con comienzo de devoción que da Dios, y queremos, como he dicho, pasar nosotros á esta quietud de la voluntad, que no hace efeto ninguno: acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada, paréceme lo entenderá; porque deja inquietud y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios; no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad.

7. Puede hacer aquí poco daño, ú ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad, que allí siente, á Dios, y pone en El sus pensamientos y deseos, como queda avisado: no puede ganar nada el demonio, antes primitirá Dios, que con el mesmo deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque éste ayudará á que el alma, como piense que es Dios, venga muchas veces á la oración con codicia de El; ú si es alma humilde y no curiosa, ni interesal de deleites (aunque sean espirituales), sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Más cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oración y gustos procurar salir humilde) no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida. por esto, y por otras mu-

chas cosas (4), avisé yo en el primer modo de oración, en la primera agua, que es gran negocio comenzar las almas oración, comenzándose á desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas á solo ayudar á llevar la Cruz á Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir á su Rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar.

8. Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que después tanto se ve claro, que antes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer á la memoria lo poco que dura todo, y como no es todo nada, y en lo no nada que se ha de estimar el descanso; parece que esto es cosa muy baja, y así es verdad, que los que están adelante en más perfección, tenían por afrenta y entre sí se correrían, si pensasen, que porque se han de acabar los bienes de este mundo los dejan, sino que, aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios; y mientras más perfectos fueren, más, y mientras más duraren, más. Aquí en estos está ya crecido el amor, y él es el que obra; más á los que comienzan ésles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, aun á los muy encumbrados en oración, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que su Majestad los deja. Que, como ya he dicho, y no querría esto se olvidase, en esta vida en que vivimos, no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí, y de verdad crece: mas un niño, después que crece y echa gran cuerpo y ya le tiene de hombre, no torna á descrecer y á tener pequeño

(4) No hay documento que más recomiende la Santa para perseverar en la oración, que este, á saber: que no vayamos á buscar consuelo en ella.

cuerpo; acá quiere el Señor que sí, á lo que yo he visto por mí, que no lo sé por más; debe ser por humillarnos para nuestro gran bien, y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer y fiar menos de sí. Vienen veces, que es menester para librarse de ofender á Dios, estos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar y pasarían mil muertes: que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, se han menester aprovechar de las primeras armas de la oración, y tornen á pensar que todo se acaba, y que hay cielo y infierno, y otras cosas desta suerte. Pues tornando á lo que decía, gran fundamento es para librarse de los ardides y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar camino de cruz desde el principio, y no los desear, pues el mismo Señor mostró este camino de perfección, diciendo: "*Toma tu cruz, y sígueme*" (5). El es nuestro dechado; no hay que temer, quien por sólo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí, entenderán que no es demonio; que aunque tornen á caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y estas que ahora diré.

9. Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión; porque el mismo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz, que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios, para

(5) (Matth., XVI, 24.)

que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, más. Pone un gran deseo de ir adelante en la oración, y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder; á todo se ofrece. Una siguridad con humildad y temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónese en fiel temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interese suyo, y desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien. En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término, que no las falta cási nada para brotar; y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por entonces se podrá determinar á que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna á ver con quiebras y imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay que les aprovecha más creer cierto que es Dios, que todos los temores que le puedan poner; porque si de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar á Dios la memoria de la merced que la hizo, que todos los castigos del infierno, que le representen; al menos á la mía, aunque tan ruín, esto le acaecía.

10. Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo, mas (como á quien le cuestan muchos trabajos sacarlos en limpio) no las digo ahora aquí. Creo con el favor de Dios, en esto atinaré algo; porque (dejado la experiencia, en que he mucho entendido), sólo de algunos letrados muy letrados, y personas muy santas, á quien es razón se dé crédito; y no anden las almas tan fatigadas, cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he andado.

CAPÍTULO XVI

Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí.

Sumario: 1. Este tercer grado es lo que llama sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. Causa en el alma una celestial locura. La dió Dios después de comulgar esta oración, y gracia para poderla explicar. No es unión del todo de las potencias con Dios, pero es mayor que en el segundo grado.—2. Describe cómo se halla el alma y las potencias; busca comparaciones en el Evangelio y en David.—3. Dice mil desatinos santos, y hace, con no ser poeta, coplas muy sentidas. Se queja á Dios del tormento que la es verse en este destierro.—4. Exhorta á su confesor se disponga para que el Señor le haga esta merced. Hay muy pocos que no tengan seso demasiado.—5. Conciertó que propone y por qué los predicadores hacen poco fruto con sus sermones.



VENGAMOS ahora á hablar de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río, ú de fuente, que se riega muy á menos trabajo, aunque algo da el caminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortolano, de manera, que casi El es el hortolano y él que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua

á la garganta á esta alma, de la gracia, que no puede ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir; no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo á todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es así que há que me dió el Señor en abundancia esta oración, creo cinco y aun seis años, muchas veces, y que ni yo la entendía, ni la supiera decir; y así tenía por mí, llegada aquí, decir muy poco ú no nada. Bien entendía que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada, muy claro; mas yo confieso que no podía determinar y entender cómo era esta diferencia. Creo, que por la humildad que vuesa merced ha tenido, en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dió el Señor hoy, acabando de comulgar, esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté, y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada, y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque en hecho de verdad, están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado hé en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que así me ha regalado.

2. Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta: á lo menos el entendimiento no vale aquí nada: querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan á dar olor. Aquí querría el alma que todos la viesen, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayudasen á ello, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como la que dice el Evangelio, que querría llamar, ú llamaba á sus vecinas (1). Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía y cantaba con la arpa, en alabanzas de Dios. Deste glorioso Rey só yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

3. ¡Oh, váleme Dios! ¡Cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre á contentar á quien la tiene así. Yo sé persona (2), que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba della á su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo, que con esta pena siente. ¡Que se le porná entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlos por su Señor? Ve claro, que no hacían casi nada

(1) (Luc., XV, 6 y 9.)
(2) Era la misma Santa.

los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza. ¡Mas qué sentirá de tornar á tener seso para vivir en el mundo, y de haber de tornar á los cuidados y cumplimientos dél? Pues no me parece he encarecido cosa, que no quede baja en este modo de gozo, que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seáis por siempre, Señor; alaben os todas las cosas por siempre. Quered ahora, Rey mío, suplicóoslo yo, que pues cuando esto escribo, no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia (que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced), que ú estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ú primitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ú me sacad dél. No pueda ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin Vos le vienen, que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le déis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata: el dormir la congoja: ve que se la pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor, y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, sino fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda, que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta el fin del mundo, morirse; no tiene en nada su descanso, á trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe que desee, más bien entiende, que no desea otra cosa sino á Vos...

4. ¡Oh hijo mío! (3) (*Que es tan humilde, que así se quiere nombrar*) á quien va esto dirigido y me lo manda escribir, sean sólo para vos algunas cosas de las que viere vuesa merced salgo de términos; porque no hay razón que baste á no me sacar della cuando me saca el Señor de mí: ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgúe; parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos deste mal que estoy yo ahora. Suplico á vuesa merced seamos todos locos, por amor de Quien por nosotros se lo llamaron; pues dice vuesa merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado, para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced, Padre mío, pues es mi confesor, y á quien he fiado mi alma; desengañeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

5. Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo (4), que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos á otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más á Dios: que no hay quien tan bien se conozca á sí, como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje: hasta los predicadores van ordenando sus

(3) Santa Teresa escribió: ¡Oh hijo mío! Así es como resalta la humildad del Padre Ibáñez, quien, á pesar de ser su confesor, deseaba le llamase hijo. Las palabras puestas entre paréntesis, están en el original tachadas, al parecer de mano de la misma Santa.

(4) Los cinco eran Santa Teresa, los tres Padres Dominicos Ibáñez, Báñez y García de Toledo. Quizá fuera el otro, ó sea el quinto, el Maestro Daza ó Francisco de Salcedo.

sermones para no descontentar (5). Buena intención tendrán, y la obra lo será, mas ansí se enmiendan pocos. ¿Mas cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y ansí calienta poco esta llama; no digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe de ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra; que no se les daba más, á trueco de decir una verdad, y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo: que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser. ¡Oh gran libertad! Tener por cativerio haber de vivir y tratar conforme á las leyes del mundo, que como esta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse, y tornar á su tierra. Y pues este es el verdadero camino; no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro; hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme que he estado muy atrevida.

(5) Al margen del original que se conserva, como ya se ha dicho, en el Escorial, añadió el Padre Domingo Báñez: "Legant praedicatores." "Tengan presente los predicadores este documento de Santa Teresa."

CAPITULO XVII

Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oración, acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginación y memoria.

Sumario: 1. Conviene en esta oración arrojarse en las manos de Dios. Se espanta el entendimiento de ver que en una llegada de esta agua queda más rica el alma que con discurso de veinte años ha podido acaudalar.—2. Crecen y fortalecen mucho las virtudes.—3. Otra segunda unión, en que, unida la voluntad, el entendimiento y memoria, quedan libres de modo que es María y Marta á la vez. Lo explica con comparaciones.—4. Otra tercera unión de la voluntad y entendimiento.—5. En esta tercera dan mucha guerra la memoria é imaginación. Delicada comparación con que explica esta guerra.—6. El único remedio es no hacer caso.—7. El gozo y deleite que se sienten en este grado de oración llega á participarle el cuerpo.

 RAZONABLEMENTE está dicho deste modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, ú por mejor decir, hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortolano, y quiere que ella huelgue: sólo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza, y se ha de ofrecer á todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir deste cuerpo: y ¡qué venturosa muerte sería!

Aquí me parece viene bien (como á vuesa merced se

dijo) dejarse del todo en los brazos de Dios: si quiere llevarle al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su Bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, también; haga su Majestad como de cosa propia, ya no es suya el alma de sí misma; dada está del todo al Señor, descuídese del todo. Digo, que en tan alta oración como esta (que cuando la da Dios al alma, puede hacer todo esto, y mucho más, que estos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento: sólo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortolano, y no quiere que tome él trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar á oler las flores. Que en una llegada destas, por poco que dure, como es tal el hortolano, en fin Criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortolano celestial en un punto, y crece la fruta, y mádúrala de manera que se puede sustentar de su huerto, quiérendolo el Señor. Mas no le da licencia que reparta la fruta (1), hasta que él esté tan fuerte con lo que ha comido della, que no se le vaya en gastaduras, y no dándole nada de provecho, ni pagándosela á quien la diere, sino que los mantenga, y dé de comer á su costa, y quedarse ha él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos, sabránlo aplicar, mejor que yo lo sabré decir, y cánsome.

2. En fin es, que las virtudes quedan ahora más fuertes, que en la oración de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza á obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere

(1) Alude Santa Teresa á las almas que, habiendo llegado á este grado de oración, se olvidan de sí mismos, por aprovechar á otros. No deben hacerlo, porque aún no están fuertes en la virtud.

el Señor que se abran, para que ella vea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que no las podía ella, ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortolano se las dió. Aquí es muy mayor la humildad, y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro que poco ni mucho hizo, sino consentir que la hiciese el Señor mercedes y abrazarlas la voluntad.

3. Paréceme este modo de oración unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere su Majestad dar licencia á las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas, y muy muchas veces, estando unida la voluntad (para que vea vuesa merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere; al menos á mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí), entiéndese que está la voluntad atada y gozando: y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser Marta; así que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y entender en obras de caridad y negocios que convengan á su estado, y leer; aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno, ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en tiniendo tiempo de soledad, ú desocupación de negocios, venga el alma á muy sosegada quietud.

Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera que no á todo manjar arros-traría; más no tan harta que, si los ve buenos, deje de comer de buena gana: ansí no le satisface, ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más, de estar con El; esto es lo que quiere.

4. Hay otra manera de unión, que aún no es entera unión, más es más que la que acabo de decir; y no tanto, como la que se ha dicho de esta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito y entender lo que es, porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es, y qué gracia; y otra es saber decir-la y dar á entender cómo es: y, aunque no parece es menester más de la primera, para no andar el alma confusa y medrosa, y ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; que por cada una es razón alabe mucho al Señor, quien la tiene, y quien no, porque la dió su Majestad á alguno de los que viven, para que nos aprovechase á nosotros. Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial á mí, que me hace Dios esta merced desta suerte hay muchas) que coge Dios la voluntad, y aun el entendimiento, á mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando y ve tanto, que no sabe hacia donde mirar; uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

5. La memoria queda libre, y junto con la imaginación debe ser, y ella como se ve sola, es para alabar á

Dios la guerra que da, y como procura desasosegarlo todo; á mí cansada me tiene y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse así? Aquí veo el mal que nos causó el pecado, pues así nos sujetó á no hacer lo que queremos, de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece á veces (y hoy ha sido la una, y así lo tengo bien en la memoria) que veo deshacerse mi alma, por verse junta adonde está la mayor parte, y ser imposible, sino que la da tal guerra la memoria y imaginación, que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen, aún para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un ser; como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho, á lo que le representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas: así anda de un cabo á otro. En extremo me parece le viene al propio esta comparación; porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna á los que la ven. Para esto no sé qué remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios á entender; que de buena gana le tomaría para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Representase aquí nuestra miseria, y muy claro, el gran poder de Dios; pues esta que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras, que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

6. El postrer remedio que he hallado, á cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud, que no se haga caso della más que de un loco, sino dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede qui-

tar; y en fin, aquí por esclava queda. Hémosla de sufrir con paciencia, como hizo Jacob á Lía; porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Rachel. Digo que queda esclava, porque en fin, no puede, por mucho que haga, traer á sí las otras potencias; antes ellas, sin ningún trabajo, la hacen venir á sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada; con deseo de estar con las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural, casi estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

7. En todas estas maneras, que desta postrera agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa dél el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados, en que se ve el alma, á mi parecer, lo más que acá se puede dar á entender. Trátelo vuesa merced con persona espiritual, que haya llegado aquí y tenga letras: si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y téngalo en mucho á su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es; mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo. Como le haya dado su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos, por todo. Amén.

CAPÍTULO XVIII

En que trata del cuarto grado de oración; comienza á declarar "por ecelente manera" (1) la gran dinidad en que el Señor pone al alma que está en este estado: es para animar mucho á los que tratan oración, para que se esfuerquen á llegar á tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. "Léase con advertencia, porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar" (2).

Sumario: 1. Diferencia de esta oración de las otras. En la pasada y más en las dos anteriores, aún trabaja el hortelano, ó sean las potencias del alma, y tienen libertad para manifestar algo de lo que sienten y entienden. En ésta se goza sin entender lo que goza. Están las potencias y sentidos ocupados en este gozo sin poder para manifestarle. Distinción entre el alma y el espíritu á manera que la llama se distingue del fuego.—2. Suplica á Dios no la haga una merced tan grande siendo ella tan ruin.—3. Diferencia entre la unión y el vuelo de espíritu á manera que un fuego grande se diferencia de uno pequeño.—4. La aclara Dios el entendimiento después de comulgar para explicar esta oración.



GL Señor me enseñe palabras como se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor, aun más que para la pasada; porque en ella aun siente el alma no está muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo está al mundo. Mas,

(1) Está en el original tachado.

(2) También esto está borrado en el original.

como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exterior para dar á entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oración y modos della, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortolano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien, adonde junto se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder (*entender*) (3) en otra cosa interior, ni exteriormente. Antes dábaseles licencia para que, como digo, hagan algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y puédese dar á entender muy menos, porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es unión de todas las potencias, que, aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede, ya no es unión. El cómo es esta que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar á entender: en la mística teulojia se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé entender qué es *mente*, ni qué diferencia tenga del *alma* ú *espíritu* (4) tampoco; todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí mesma, á manera de un fuego que está ardiendo, y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por

(3) La palabra *entender* no está en el original, pero la dejamos como en otras ediciones, para mayor claridad.

(4) La distinción que aquí ha puesto Santa Teresa entre el alma y el espíritu, la analiza Santo Tomás en diversos pasajes de sus obras, entre otros en la 3.^a p. quast. 6.^a, art. 2.^o.

eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuestras mercedes lo entenderán, que yo no lo sé más decir, con sus letras.

2. Lo que yo pretendo declarar es, que siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es, dos cosas divisas hacerse una. ¡Oh, Señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis para siempre, alaben os, Dios mío, todas las cosas, que ansí nos amastes de manera, que con verdad podamos hablar desta comunicación, que aun en este destierro tenéis con las almas; y aún con las que son buenas es gran largueza y mananimidad: en fin, vuestra, Señor mío, que dáis como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán maníficas son vuestras obras! Espanta á quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¡Pues que hagáis á almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas! Cierro á mí me acaba el entendimiento; y, cuando llego á pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disbarates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, ú me las comienza Dios á hacer (que estando en ellas, ya he dicho, que no hay poder hacer nada), decir: Señor, mirá lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces, que lo torno á derramar. No pongáis tesoro semejante, adonde aún no está, como ha de estar perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dáis la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della á tan co-

barde alcayde, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruín, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo, que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy), no puede dar con ellas á ganar á nadie. En fin, mujer, y no buena, sino ruín. Parece que no sólo se asconden los talentos, sino que se entierran, en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes á un alma, sino para que aproveche á muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad y corazón os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis Vos á quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Vía después mi necesidad y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no había fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

3. También pretendo decir las gracias y efetos que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, ú si es parte para llegar á tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu, ú juntamiento con el amor celestial: que, á mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta mesma unión.

A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y á mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento del desasir de las criaturas, mas mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, ú lo parezca; mas un fuego pe-

queño también es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno á lo otro. En un fuego pequeño primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; más si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su ser, al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado á arrobamientos lo entenderá bien; si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser: porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar á entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

4. Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad, que después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto) que me ha en ello de ayudar. No diré cosa que no la haya experimentado mucho: y es así, que cuando comencé esta postrer agua á escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, más que hablar en griego; que así es ello dificultoso; con esto lo dejé y fuí á comulgar. Bendito sea el Señor, que así favorece á los inorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras puniéndome delante cómo lo había de decir, que (como hizo en la oración pasada) su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo que fuere bueno, es suya la doctrina; lo malo está claro, es del piélago de los males, que soy yo; y así digo, que, si hubiere personas, que hayan llegado á las cosas de oración, que el Señor ha hecho merced á esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles des caminadas, que ayudará el Señor á su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

5. Ahora, hablando desta agua que viene del cielo,

para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortolano; y á no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores y frutas, ya se ve qué deleite tuviera; mas, mientras vivimos, es imposible: siempre ha de haber cuidado de cuando faltare la una agua, procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortolano. Verdad es que á los principios casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor á tomar esta avecita, y ponerla en el nido, para que descansase: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad, y con todas sus fuerzas buscar á Dios, y contentarle, quiérela dar el premio, aun en esta vida ¡y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

6. Estando así el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera que, si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, más, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, más no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar á su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior

que se siente es grande, y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos á mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mijoría. Mas ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

7. Verdad es, que á los principios pasa en tan breve tiempo (al menos á mí así me acaecía) que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender, cuando pasa con brevedad; más bien se entiende en la obra de mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho; yo nunca, á mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente: mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela (5), más las otras dos potencias presto tornan á importunar: como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar muy más ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginación

(5) Expresión la más cabal y propia. Quiere decir que la voluntad está unida con Dios sin interrupción, mientras en las demás potencias hay sus intervalos.

en nada (que á mi entender también se pierde del todo), digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo.

8. Ahora vengamos á lo interior de lo que el alma aquí siente. Dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanti más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Dijome el Señor estas palabras: "*Deshácese, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino Yo: como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo*". Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiera habido dél: si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le queman las alas; ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama: el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto.

Acaecióme á mí una inorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible: dejar de

creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba sólo por gracia, yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Patriarca Santo Domingo (6) me quitó desta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender que siempre este agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

(6) El Padre Domingo Báñez.

CAPÍTULO XIX

Prosigue en la misma materia, comienza á declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuade mucho á que no tornen atrás, aunque después de esta merced tornen á caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vendrán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos y pecadores.

Sumario: 1. Declara los efectos que causa esta oración.—2. Comienza á repartir la fruta, es decir, á aprovechar á los prójimos. Se acusa y lamenta de no haber correspondido á esta gracia y se mueve á escribir estas mercedes para animar á que nadie deje la oración.—3. Congoja de un alma que después de esta merced cae en algún pecado. La vienen juicios sobre la distribución que hace Dios de estas mercedes y confiesa su indignidad.—4. Se comienzan á entender las gracias que Dios la hace y á la vez la murmuración contra ella.—5. Está muy firme en la fe, pero la vienen juicios de por qué no se hacen esas mercedes á otros.—6. Pinta patéticamente el peligro de perderse por dejar la oración. Su agradecimiento al Padre Domingo.—7. Encarga se eviten las ocasiones, y que esta es doctrina enseñada por Dios. Engaños del demonio en este punto.—8. Repite encarecidamente no se deje la oración.



QUEDA el alma desta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada dellas sin sentirlo, ni saber cuando, ni como las lloró; más dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace mas crecer: parece esto algarabía, y pasa ansí. Acaeci-

dome ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño, ú si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena distilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece, la echaba de sí aquella nube del cielo), vía que no había sido sueño; esto era á los principios, que pasaba con brevedad.

Queda el ánima animosa, que, si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heróicas, la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella ecesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla, ni para tenerla. Vése claro indinísima (porque en pieza á donde entra mucho sol, no hay telaraña escondida), ve su miseria: va tan fuera de vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo cási consentimiento, sino que parece, que aunque no quiso, la cerraron la puerta á todos los sentidos, para que más pudiese gozar del Señor: quédase sola con El, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve, ni oye; sino fuese á fuerza de brazos, poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve que merece el infierno, y que le castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que así hacéis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado ¡oh regalo de los ángeles! que así queréis levantar un gusano tan vil.

2. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya (con entender claro que no es suya la fruta) comenzar á repartir della, y no le hace falta á sí. Comienza á dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar á Dios no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á los prójimos, cási sin entenderlo, ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta que es codiciosa: querríanle ayudar á comer. Si esta tierra está muy cabada con trabajos, y persecuciones, y mormuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto) y si está mullida, con ir muy desasida de propio interese, el agua se embebe tanto, que cási nunca se seca; más si es tierra, que aun se está en la tierra, y con tantas espinas, como yo al principio estaba, y aun no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tórnase la tierra á secar; y si el hortolano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna á querer llover, dad por perdida la huerta, que ansí me acaeció á mí algunas veces; que, cierto yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer: escríbolo para consuelo de almas flacas, como la mía, que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios: aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, cayan, no desmayen, si no se quieren perder del todo: que *lágrimas todo lo ganan* (1); un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy, á obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruín vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido

(1) En el original está subrayada esta frase.

esta; que, cierto yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado á tener oración, con decir: si torno á ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio della. Yo lo creo si se deja la oración y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que la sacará á puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruín, que, como ya he dicho, la dejé año y medio, al menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera más, ni fué, que meterme yo mesma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh, válame Dios, que ceguedad tan grande! ¡Y que bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas que la hace dar, la ayudan, por la bondad de Dios, á dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.

3. ¡Oh Jesús mío! ¡qué es ver un alma que ha llegado aquí caída en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis á dar la mano y la levantai; cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas: aquí el no osar alzar los ojos: aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe; aquí se hace devota de la Reina del cielo para que os aplaque: aquí invoca los Santos que cayeron, después de haberlos Vos llamado, para que le ayuden: aquí es el parecer que todo le viene ancho lo que le dáis, porque ve no merece la tierra que pisa: el acudir á los Sacramentos: la fe viva, que aquí le queda de ver la virtud que Dios en ellos puso: el alabaros porque dejaste tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no las

sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántase desto; ¡y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, á traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón, cuando esto escribo, porque soy ruín. Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males, y procurando deshacer las mercedes que Vos me habéis hecho. Ponedlas vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé á alguno tentación en echar juicios (como me la ha dado á mí) pensando; ¡por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre os han servido y trabajado, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no las hacéis las mercedes que á mí? Bien vía yo, Bien mío, que les guardáis Vos el premio para dárselo junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratáis como á gente esforzada y no interesal. Mas con todo sabéis vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos, disculpando á las personas que me mormuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníades por vuestra bondad para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar: que en haciendo esto comenzastes, Señor, á abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa, sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzastes á no solo darlos, sino á querer entendiesen me les dábades.

4. Esto entendido, comenzó á tenerse buena opinión de la que todos aún no tenían bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la mormuración

y persecución de golpe, y á mi parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos á Vos mirásedes la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte aún á cumplir toda mi Regla, ni á las muy buenas y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré, si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno, y poner costumbres, que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran solo monjas, sino otras personas: descubríanme verdades, porque lo primitiades Vos.

5. Una vez rezando las Horas (como yo algunas tenía esta tentación) llegué al verso que dice: "*Justus es, Domine, y tus juicios* (2): comencé á pensar cuán gran verdad era; que en esto no tenía el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera que yo dudase tenéis vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la Fe; antes me parecía, mientras más sin camino natural iban, más firme la tenía, y me daba devoción grande: en ser todo poderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hiciérades Vos; y en esto, como digo, jamás tenía duda. Pues pensando cómo con justicia primitiades á muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes, que me hacíades á mí, siendo la que era; respondístesme, Señor: "*Sírveme tú á Mí, y no te metas en eso.*" Fué la primera palabra que entendí hablarme Vos, y así me espantó mucho; porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas; no lo digo aquí, que es sa-

(2) "*Justus est Domine, et rectum judicium tuum*". (Ps., CXVIII, v. 137.) Santa Teresa pone en el original la mitad en latín y la otra mitad en castellano, como está en el texto.

lir de propósito; y creo hartó he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho: no puede ser menos, sino que há vuesa merced de sufrir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir.

6. Plega al Señor que siempre sean esos mis desatinos, y que no primita ya su Majestad tenga yo poder para ser contra El un punto, antes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces, que ha perdonado tanta ingratitud. A San Pedro una vez que lo fué, á mí muchas; que con razón me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¡Adónde pensaba, Señor mío, hallar remedio sino en Vos? ¡Qué disbarate huir de la luz para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada á la coluna y báculo que me ha de sustentar para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso (3) como esta invención, que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¡cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes, había de llegarme á la oración? Que me bastaba rezar lo que debía, como todas; más que aún, pues, esto no hacía bien, ¡cómo quería hacer más? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto, más ponerlo por obra fué el grandísimo mal. Bendito seáis vos, Señor, que apsi me remediastes. Principio de la tentación que hacía á Ju-

(3) Con las frases "HUMILDAD TAN SOBERBIA" y "PELIGRO TAN PELIGROSO", y otras parecidas, que á cada paso se encuentran en los escritos de nuestra Santa, da tal energía á su discurso, que acaso no haya escritor que la iguale.

das me parece ésta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto: mas él viniera de poco en poco á dar conmigo adonde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oración. Sepan que el tiempo que estuve sin ella, era mucho más perdida mi vida: mírese qué buen remedio me daba el demonio, y qué donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas, ¿cómo había de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, vía los contentos de acá ser asco: cómo pudo pasar me espanto: era con esperanza, que nunca yo pensaba (á lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto más de veinte y un años), dejaba de estar determinada de tornar á la oración, mas esperaba á estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno: pues teniendo oración y lición, que era ver verdades, y el ruín camino que llevaba, y importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruín, que no me podía valer; apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas, y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme á caer), ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo (4), gran letrado, que él me despertó deste sueño; él me hizo (como creo he dicho) comulgar de quince á quince días, y del mal no tanto; comencé á tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor: más como no había perdido el

(4) Este fraile de Santo Domingo que la despertó del sueño, haciéndola volver á la oración, fué el Padre Vicente Barrón, confesor del padre de Santa Teresa, y de la misma Santa Teresa en su juventud, ó sea antes de ser religiosa. De él habla la Santa en el capítulo VII, cuando refiere la muerte de su católico padre, á quien asistió en sus últimos momentos este venerable Padre. A este mismo Padre se refiere cuando en el capítulo V habla del **gran letrado Dominico que la desengañó en cosas.**

camino, aunque poco á poco, cayendo y levantando iba por él; y el que no deja de andar y ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quien El es.

7. Queda de aquí entendido (y nótese mucho, por amor del Señor) que, aunque un alma llegue á hacerla Dios tan grandes mercedes en la oración, que no se fie de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera.

Mírese mucho, que va mucho, que el engaño que aquí puede hacer el demonio después, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor, de la misma merced, en lo que puede; y á personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como adelante diré) para ponerse en las ocasiones y peligros, por grandes deseos y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina esta, y no mía, sino enseñada de Dios; y así querría que personas inorantes, como yo, la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí para salir á combatir porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aun no tiene fuerzas para pelear contra ellos, y traerlos debajo de los pies, como hacen los que están en el estado que diré después. Este es el engaño con que coge el demonio, que, como se ve un alma tan llegada á Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, deste amor nace confianza y seguridad de no caer de lo que goza. Parecele que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa, que aun para la vida es tan deleitosa y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia como es el deleite; y con esta confianza quítale el demonio la poca que ha de tener de sí; y como digo, pónese en los

peligros, y comienza con buen celo á dar de la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discreción, porque no mira que aún tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, más aun no está para volar; porque las virtudes aún no están fuertes, ni tiene experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

8. Estó fué lo que á mí me destruyó; y para esto y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales. Bien creo que alma que llega á Dios á este estado, si muy del todo no deja á su Majestad, que no la dejará de favorecer, ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor no la engañen en que deje la oración, como hacía á mí con humildad falsa, como ya lo he dicho, y muchas veces lo querría decir; fie de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros, conociéndonos, queremos tornar á su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan á perdonarnos más presto, como á gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, amén; y alábenle todas las cosas.

CAPÍTULO XX

En que trata de la diferencia que hay de unión á arrobamiento: declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma que el Señor por su bondad llega á El; dice los efectos que hace.

Sumario: 1. Diferencia de la unión al arrobamiento ó éxtasis. Hace éste á aquélla grandes ventajas.—2. Se vale de una comparación muy propia para dar á entender lo que es el arrobamiento.—3. La unión siempre puede resistirse ó impedirse, no el arrobamiento. Causa éste al principio gran temor. Cuenta algunos que ella tuvo.—4. Repite que muchas veces es imposible resistir.—5. Hay veces que resistiendo con humildad, no sucede.—6. Cuenta los efectos que causa, entre ellos, un desasimiento de las cosas, no sólo de parte del alma, sino aún del cuerpo y una pena grande. Aunque parece está Dios lejísimo, se comunica para que vea la razón de fatigarse por estar ausente de él.—7. Es una pena delgada y penetrativa: David.—8. Prosigue declarándola y dice que parecen unos tránsitos de la muerte.—9. Cuando escribía se hallaba con esa pena. Cómo deja el cuerpo. Deseos de morir.—10. Sigue describiendo esa pena, que pone en peligro de muerte.—11. Con ser pena tan grande, deseaba no salir de ella, porque aunque es pena, es muy sabrosa y de gran valor.—12. Con esta pena se purifica el alma.—13. Vuelve á el arrobamiento y dice cómo deja al cuerpo y lo que pasa en lo subido del arrobamiento.—14. Puede durar muchas horas, aunque en lo subido es muy poco tiempo. Hay sus intervalos, causados por el bullicio de las otras potencias. La voluntad está siempre engolfada en Dios.—15. Declara aún más este punto, porque había personas en Avila cuando

escribía, que recibían esta merced del Señor.—16. Declara las grandes riquezas y fortaleza con que queda el alma después de los arrobamientos, si son verdaderos.—17. Continúa declarando esas riquezas.—18. Se avergüenza de los engaños en que antes vivía, acerca de la honra y dineros.—19. La da contra los dineros.—20. La da contra los deleites y explica con una comparación la luz grande que queda en el alma para conocer no sólo las faltas grandes, sino un polvito que haya.



QUERRIA saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de unión á arrobamiento, ú elevamiento ú vuelo que llaman de espíritu, ú arrebatamiento, que todo es uno. Digo, que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasi (1). Es grande la ventaja que hace á la unión: los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones; porque la unión parece principio, y medio, y fin, y lo es en lo interior; mas así como estotros fines son en mas alto grado, hacen los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo más, que, cierto si su Majestad no me hubiera dado á entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

2. Consideremos ahora que esta agua postrera, que hemos dicho, es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer que se está con nosotros

(1) Dice que el arrobamiento hace ventaja á la unión: que es decir que el alma goza de Dios más en el arrobamiento, y que se apodera della Dios más que en la unión. Y vese ser así, porque en el arrobamiento se pierde el uso de las potencias exteriores é interiores. Y en decir que la unión es principio, medio y fin, quiere decir que la pura unión casi siempre es por una misma manera; mas en el arrobamiento, hay grados, en que unos son como principio, y otros como medio, y otros como fin. Y por esta causa tiene diferentes nombres, que unos significan lo menos dél y otros lo más alto y perfecto, como se declara en otras partes.

esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma (digamos ahora, á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra) y levántala toda della (helo oído así esto, de que cogen las nubes los vapores, ú el sol (2), y sube la nube al cielo, y llévala consigo, y comiéndala á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado). No sé si la comparación cuadra; mas en hecho de verdad ello pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido, faltar dél el calor natural: váse enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

3. Aquí no hay ningún remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistirse puede casi siempre: acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que véis y sentís levantarse esta nube ú esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas.

Y digo que se entiende y véis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer á los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, y ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada.

(2) Esta cláusula entre paréntesis, está al margen, pero es letra de la Santa.

Algunas podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé á las monjas (porque es ahora después que tengo oficio de Priora) no lo dijeren. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) (3) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido: verdad es que ha poco.

4. Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

5. Otras veces es servido de contentarse con que vea-

(3) Este arrobamiento tuvo lugar en San José de Avila, el día 19 de Marzo de 1565, donde la Santa estaba de Priora; y, según nos consta de las informaciones del proceso de Valladolid, cada vez que oía Misa, comulgaba, escuchaba sermón, y se ponía en oración, casi siempre se quedaba arrobada.

mos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos que si del todo se consintiese. A los que esto hace son grandes: lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y cómo no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo como el alma, ni somos señores dello, sino que mal que nos pese, vemos que hay superior, y que estas mercedes son dadas de El, y que de nosotros no podemos en nada, nada; y imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso, que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido, al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzna los cabellos, y queda un gran temor de ofender á tan gran Dios. Este envuelto en grandísimo amor, que se cobra de nuevo, á quien vemos le tiene tan grande á un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma á sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho. También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir como es: paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de sólo espíritu; porque ya que estén cuanto al espíritu, con todo desasimiento de las cosas, aquí parece quiere el Señor que el mismo cuerpo lo ponga por obra: y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida. Después da una pena, que ni la podemos traer á nosotros, ni venida se puede quitar.

6. Yo quisiera hartó dar á entender esta gran pena, y creo nó podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar,

que estas cosas son ahora muy á la postre, después de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solía tener oración, adonde el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más y lo más ordinario es esta pena, que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir; porque aunque adelante diré destos grandes ímpetus que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tiene más que ver, á mi parecer, que una cosa muy corporal á una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo: entrambos parece participan della, y no es con el extremo de desamparo que en esta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces á deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto á fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que, por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible á hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimos Dios, á veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y ansí no se sabe decir, ni creo lo creará, ni entenderá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

7. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que, aunque el alma se estaba puesta en

aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir (y por ventura lo dijo el Real Profeta, estando en la misma soledad, sino que como á Santo se la daría el Señor á sentir en más ecesiva manera): "*Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*" (4). Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece que está el alma, no en sí, sino en el tejado ú techo de sí mesma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

8. Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando á sí mesma: "*¿Dónde está tu Dios?*" (5). Y es de mirar que el romance destes versos, yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver que me los había traído el Señor á la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo (6). No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; más parece que está así el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo (que es, como he dicho, una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear) es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera que, á mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que tray consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo á qué lo

(4) (Salmo CI, 8.)

(5) "Ubi est Deus tuus?" (Ps., XLI, 4.)

(6) "Mihí mundus crucifixus est et ego mundo". (Gal., VI, 14.)

comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar á el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino á su Dios; más no ama cosa particular de El, sino todo junto lo quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni, á mi parecer, mucho tiempo de lo que está así, no obran las potencias: como en la unión y arrobamiento el gozo, así aquí la pena las suspende.

9. ¡Oh Jesús! ¡Quién pudiera dar á entender bien á vuesa merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma! Lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas, llegada á estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este padecer. Aunque es tan ecesivo, que el sujeto le puede mal llevar, y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan á mí de las hermanas, que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y así me queda dolor hasta otro día en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que á mi parecer bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces; ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno; todo se me olvida con aquella ansia de ver á Dios: y aquel desierto y soledad le parece mijor que toda la compañía del mundo. Si algo le podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este

tormento, y ver, que aunque se queje dél, nadie le parece le ha de creer.

10. También la atormenta, que esta pena es tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía, sino con quien se puede quejar. Es como uno que tiene la soga á la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo: así me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza: que, como nos pone la pena en peligro de muerte, que esto sí cierto hace (yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades, y ocasiones, como he dicho, y creo podría decir, es éste tan grande como todos) así el deseo que el cuerpo y alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse, y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, ú de lo superior del alma, que no querría salir desta pena.

11. No sé yo si atino á lo que digo, ú si lo sé decir, mas á todo mi parecer pasa así. Mire vuesa merced qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que había, que era la oración y soledad (porque allí me consolaba el Señor), es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos que solía tener. Páreceme más seguro, porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor á mi parecer; porque no participa con el cuerpo, sino pena; y el alma es la que padece, y goza sola del gozo y contento que da este padecer. No sé yo como puede ser esto; más así pasa, que á mi parecer, no trocaría esta merced que el Señor me hace (que viene de su mano, y como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que después diré: no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que es después de todo lo que

va escrito en este libro y en lo que ahora me tiene el Señor; digo, que estos ímpetus es después de las mercedes que aquí van, que me ha hecho el Señor (7).

12. Estando yo á los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante su Majestad asigura) me dijo que no temiese, y que tuviese en más esta merced que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra y purifica, como el oro en el crisol, para poder mijor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en purgatorio. Bien entendía yo era gran merced, mas quedé con mucha más siguridad, y mi confesor me dice que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me hacía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor, que tan bueno es. Amén (8). Parece que he salido de propósito, por que comencé á decir de arrobamientos, y esto que he dicho aún es más que arrobamiento, y ansí deja los efetos que he dicho.

13. Ahora tornemos á arrobamiento, de lo que en ellos es más ordinario. Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba; y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo; pues cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas

(7) Esta cláusula está al margen, pero es letra de la Santa.

(8) En estos éxtasis dolorosos fué la Santa Madre sorprendida varias veces por sus hijas del Convento de San José. Fué tan grande el temor que concibieron éstas de que la Santa muriera en alguno de ellos, que avisaron al confesor de la Santa, que era el Padre Domingo Báñez, suplicándole le prohibiera estar sola ó retirada, como acostumbraba, cuando le sobrevinieran estos éxtasis.

me ha acaecido á mí perderle del todo, pocas y poco rato: más lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto á lo exterior, no deja de entender y oír como cosa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido dél: digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer; mas (como dije en la oración de unión pasada) este trasformamiento del alma del todo en Dios dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

14. Diráme vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que, como dije en la oración pasada, gozáse con yntrébalos: muchas veces se engolfa el alma, ú la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y tiniéndola así un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme es este bullicio de estotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla de estos relojes de sol, que nunca para; mas cuando el Sol de Justicia quiere, hácelas detener. Esto digo que es poco rato, mas como fué grande el ímpetu y levantamiento de espíritu, y aunque estas tornen á bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace como señora del todo aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras la quieran estorbar, de los enemigos los menos, no la estorben también los sentidos; y así hace que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos; y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.

15. Aquí, es mucho menos lo que puede hacer de sí, para que cuando se tornaren las potencias á juntar no haya tanto que hacer. Por eso, á quien el Señor diere esto, no se desconsuele cuando se vea así, atado el cuerpo muchas horas, y á veces el entendimiento y memoria divertidos. Verdad es que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios, ú en querer comprender ú entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido y soñado, y aun no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora, aún en este lugar, personas á quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá que han de estar como muertas en arrobamiento, en especial si no son letrados; y lastíma lo que se padece con los confesores que no lo entienden, como yo diré después. Quizá yo no sé lo que digo; vuesa merced lo entenderá, si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado experiencia dello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo (9). Así, que aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear; todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano, el que estaba bien enfermo y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece á lo que quiere el alma. Después que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un día, ú dos, y aun tres, tan absortas las potencias, ú como embobecida, que no parece anda en sí.

16. Aquí es la pena de haber de tornar á vivir;

(9) Alude al Padre Dominico Fray Pedro Ibáñez.

aquí le nacieron las alas para bien volar, ya se le ha caído el pelo malo: aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa, sino que este alcayde desta fortaleza se sube, ú le suben á la torre más alta, á levantar la bandera por Dios. Mira á los de abajo, como quien está en salvo; ya no teme los peligros, antes los desea, como á quien por cierta manera se le dá allí seguridad de la vitoria. Vése aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar y lo no nada que es. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer ni tener otra voluntad sino hacer la del Señor; y ansí lo suplica á el Señor; dale las llaves de su voluntad. Héle aquí al hortolano hecho alcayde; no quiere hacer cosa; sino la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, ni de nada, ni de un pero desta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad, que de aquí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme á su gloria y á su voluntad. Y en hecho de verdad pasa ansí todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efetos y aprovechamiento que queda dicho: y si no son estos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes temería no sean los rabiamentos, que dice San Vicente (10). Esto entiendo yo y he visto por experiencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora, y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, más entiende claro el grandísimo provecho que cada rato destes tray. No hay quien lo crea, sino ha pasado por ello; y ansí no creen á la pobre alma, como lo han visto ruín, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego da en no se contentar con servir en poco

(10) Alude la Santa á las palabras de San Vicente Ferrer, que llamaba rabiamentos á los pretendidos arrobamientos ó éxtasis de ciertos herejes ó personas ilusas. (Tract. vit. spirit. cap. XII, et XIV.)

al Señor, sino en lo más que ella puede. Piensan es tentación y disbarate. Si entendiesen no nace della, sino del Señor, á quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarían. Tengo para mí, que un alma que allega á este estado, *que ya ella no habla, ni hace cosa por sí, sino* (11) que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano Rey. ¡Oh, váleme Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso, y cómo se entiende tenía razón, y la ternán todos de pedir *alas de paloma* (12). Entiéndese claro, es vuelo el que dá el espíritu para levantarse de todo lo criado, y de sí mismo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

17. ¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lástima da de los que están en ella, en especial si es gente de oración, y á quien Dios ya regala! Querría dar voces para dar á entender qué engañados están; y aun así lo hace algunas veces, y llúvenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénela por poco humilde, y que quiere enseñar á de quien había de aprender, en especial si es mujer. Aquí es el condenar, y con razón; porque no saben el ímpetu que la mueve, que á veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar á los que quiere bien, y desea ver 'sultos desta cárcel desta vida, que no es menos, ni le parece menos, en la que ella ha estado.

18. Fatígase del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra: ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera

(11) Esta cláusula está tachada en el original.

(12) "Et Dixi: quis dabit mihi pennas sicut columba, et volabo et requiescam?" (Ps., LIV, 7.)

honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada, lo que se acaba y no contenta á Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia dellos, aunque en esto nunca creo, y es así verdad, confesé culpa; harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; más ve que este bien se gana con dejarlo todo.

19. Qué es esto que se compra con estos dineros que deseamos? ¡Es cosa de precio? ¡Es cosa durable? ¡O para qué los queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfigos! ¡Con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

20. Ve de los deleites tan gran ceguedad, y cómo con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no sólo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea, porque el sol está muy claro; y así, por mucho que trabaje un alma en perficionarse, si de veras la coge este Sol toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro, y si da en él, vese que está todo lleno de motas. Al pie de la letra es esta comparación; antes de estar el alma en este éxtasi, parecele que tray cuidado de no ofender á Dios, y que conforme á sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este Sol de Justicia, que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar á cerrar. Porque aún no es tan hijo

Esta águila caudalosa, que pueda mirar este Sol de hito en hito; más por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdate del verso que dice: “*¿Quién será justo delante de Ti?*” (13) Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad; como se mira á sí, el barro la atapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse así ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y así no se pega nada á las manos, todo el bien que tiene va guiado á Dios; si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí, y aunque quiera no puede inorarlo: porque lo ve por vista de ojos, que, mal que le pese, se los hace cerrar á las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades.

(13) “*Quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens*”. (Ps., CXLII, 2.)

CAPÍTULO XXI

Prosigue y acaba este postrer grado de oración; dice lo que siente el alma, que está en él, de tornar á vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños dél: tiene buena doctrina.

Sumario: 1. En este grado el alma se entrega sin reserva á Dios y sin las dobleces que se usan en el mundo. ¡Cuán provechoso sería á los Reyes! Estos están muy obligados, pues les honra el Señor con señales en el cielo cuando mueren.—2. Fortaleza grande con que queda el alma para servir á Dios.—3. Pena que padece el alma después de los arroba-mientos al tener que tratar con el mundo y cumplir con el cuerpo.—4. En estos efectos hay más y menos. Crecen con el tiempo. El señorío y desprecio del mundo es muy grande. No se hacen estas mercedes siempre porque uno tenga más méritos.—5. El proceder del mundo le parece juego de niños. Ríese de que personas graves hagan caso de puntos de honra. ¡Cuánto más aprovecharían á las almas si pospusie-sen esos puntos!—6. Entiende que estas mercedes no las ha ganado ella, sino que son dadas por Dios. En este estado ya se puede poner entre gente distraída, porque saldrá con ganancia.



QUES acabando en lo que iba, digo, que no ha menester aquí consentimiento desta alma; ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabidor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños y dobleces; cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, ve-

nís á entender que todo es mentira: no hay ya quien viva en tanto tráfago, en especial si hay algún poco de interese. Bienaventurada alma, que la tray el Señor á entender verdades. ¡Oh, qué estado este para los reyes! ¡Cómo les valdría mucho más procurarlo, que no gran señorío! ¡Qué retitud habría en el reino! ¡Qué de males se escusarían y habrían escusado! Aquí no se teme perder vida ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien este para quien está más obligado á mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los reyes á quien sigan! Por un punto de aumento en la Fe, y de haber dado luz en algo á los herejes, perderían mil reinos, y con razón: otro ganar es un reino, que no se acaba, que con solo una gota que gusta un alma desta agua dél, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡Oh, Señor! Si me diérades estado para decir á voces esto, no me creyeran (como hacen á muchos que lo saben decir de otra suerte que yo), mas al menos satisficierame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida, por dar á entender una sola verdad destas; no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí; con ser la que soy, me dan grandes ímpetus por decir esto á los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome á vos, Señor mío, á pidiros remedio para todo; y bien sabéis Vos que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese, y las daría á los reyes, porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. ¡Oh Dios mío! Dálde á entender á lo que están obligados; pues los quisistés Vos señalar en la tierra de manera, que aun he oído decir hay señales en el cielo cuando lleváis alguno. Que, cierto, cuando pienso esto me hace devoción, que que-

ráis vos, Rey mío, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida, pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes Vos, en su muerte.

Mucho me atrevo: rómpalo vuesa merced si mal le parece; y crea se lo diría mejor en presencia, si pudiese, ú pensase me han de creer, porque los encomiendo á Dios mucho y querría me aprovechase (1). Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio aventurar á ganar mucho, porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos y la ceguedad que traemos.

2. Llegada un alma aquí, no es solo deseos lo que tiene por Dios: su Majestad la da fuerzas para ponerles por obra. No se le pone cosa delante en que piense le sirve, á que no se abalance, y no hace nada, porque, como digo, ve claro que no es todo nada, sino contentar á Dios. El trabajo es que no hay que se ofrezca á las que son de tan poco provecho como yo. Sed vos, Bien mío, servido, venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo; ordenad vos, Señor, como fuéredes servido, como esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras y han hecho cosas heróicas por amor de Vos; yo no soy para más de hablar, y ansí no queréis vos, Dios mío, ponerme en obras; todo se va en palabras y deseos cuanto he de servir; y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltára en todos. Fortaleced Vos mi

(1) Pasando la Santa por Madrid á la fundación de Toledo en 1569, puso por escrito algunos avisos que recibió del cielo para el Rey, y respondían á pensamientos los más secretos del Monarca. Se los entregó por conducto de la Princesa Doña Juana. Entre otras cosas, le decía: "Señor, acuérdesse que Saul también recibió la unción sagrada, y, sin embargo, fué desechado." Sorprendido Felipe II con este aviso, preguntó: "¿No podré yo ver á esa mujer?" Pero Santa Teresa había ya salido de Madrid. El Sr. Lafuente dice que nunca se vieron; lo que sí consta con certeza, por las informaciones de Ávila, es que hubo entre los dos una correspondencia íntima y amistosa.

alma y disponedla primero, Bien de todos los bienes y Jesús mío; y ordenad luego modos como haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada: cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacias las manos, pues conforme á las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida; aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme á la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; más llegada á Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré adonde estaba, que era el infierno.

3. ¡Oh, qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa desta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe como huir, vese en cadena y presa; entonces siente más verdaderamente el cativerio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía San Pablo de suplicar á Dios le librase della (2); da voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he dicho: mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena, y lo que más la fatiga es no hallar muchos que se quejen con ella y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidos á nada ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin El, templaría el miedo de la muerte, con el deseo de gozar de la vida verdadera!

(2) "Infelix ego homo! quis me liberabit de corpore mortis hujus?". (Ad Rom., VII, 24.)

Considero algunas veces cuando una como yo, por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad y tan incierto el descanso verdadero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los Santos? ¿Qué debía de pasar San Pablo y la Madalena, y otros semejantes, en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debía ser un continuo martirio. Páreceme que quien me da algun alivio, y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo destos deseos: digo, deseos con obras. Digo con obras, porque hay algunas personas que á su parecer están desasidas, y ansí lo publican (y había ello de ser, pues su estado lo pide y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfección), mas conoce bien esta alma desde muy lejos los que lo son de palabras, ú los que ya estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos y el mucho los otros: y es cosa, que quien tiene experiencia lo ve muy claramente.

4. Pues dicho ya estos efetos que hacen los arrojamientos, que son de espíritu de Dios (verdad es que hay más ú menos): digo menos, porque á los principios, aunque hace estos efetos, no están experimentados con obras, y no se puede ansí entender que los tiene; y también va creciendo la perfección y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algún tiempo; y mientras más crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros. Verdad es que de manera puede obrar el Señor en el alma en un rabto destos, que quede poco que trabajar á el alma en adquirir perfección, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor la da aquí; que no hay diligencia nues-

tra que á esto llegue, á mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayudándose muchos años, por los términos que escriben los que han escrito de oración, principios y medios, no llegarán á la perfección y desasimiento mucho con hartos trabajos; mas no en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aqui, y determinadamente saca el alma de la tierra y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos que había en la mía, que no lo puedo más encarecer, porque era cási ninguno. El por qué lo hace su Majestad, es porque quiere, y, como quiere hácerlo; y aunque no haya en ella disposición, la dispone para recibir el bien que su Majestad le da. Ansí que no todas veces los da porque se lo han merecido en granjear bien el huerto (aunque es muy cierto á quien esto hace bien y procura desasirse, no dejar de regalarle), sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra que es más ruín, como tengo dicho, y dispónela para todo bien; de manera, que parece no es ya parte en cierta manera, para no tornar á vivir en las ofensas de Dios que solía.

5. Tiene el pensamiento tan habituado á entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños. Ríese entre sí algunas veces cuando ve á personas graves de oración y relixión hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discreción y autoridad de su estado para más aprovechar: sabe ella muy bien que aprovecharían más en un día que pospusiesen aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años. Ansí vive vida trabajosa y siempre con cruz, mas va en gran crecimiento: cuando parece á los que las tratan están muy en la cumbre, desde á poco están muy mas mijoradas, porque siempre

las va favoreciendo más. Dios es alma suya; es el que la tiene ya á cargo, y así le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando para que no la ofenda, y favoreciendo y despertando para que le sirva.

En llegando mi alma á que Dios la hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dió el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía más estar en las ocasiones y con gente que me solía distraer, que si no estuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar; todo me era medios para conocer más á Dios, y amarle, y ver lo que le debía y pesarme de la que había sido.

6. Bien entendía yo no venía aquello de mí, ni lo había ganado con mi diligencia, que aun no había habido tiempo para ello: su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor á hacer esta merced destes arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano para no tornar atrás; ni me parece, como es así, hago nada cási de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra: y por esto me parece, que á alma que el Señor hace estas mercedes, que yendo con humildad y temor, siempre entendiendo el mesmo Señor lo hace, y nosotros cási no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente: aunque sea más distraida y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada; antes, como he dicho, le ayudará, y serle há modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar á otras; aunque esta fortaleza no viene de sí: de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasi, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprove-

cha para humillar y fortalecer el alma, y que tenga en menos las cosas desta vida, y conozca mas claro las grandezas del premio, que el Señor tiene aparejado á los que le sirven. Plega á su Majestad sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuerquen y animen los que esto leyeren, á dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio y la ganancia que tienen los que le sirven: ¿qué será en la otra?

CAPITULO XXII

En que trata cuán siguro camino es para los contemplativos, no levantar el espíritu á cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación de la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo: es muy provechoso este capítulo.

Sumario: 1. Expone y reprueba una opinión que circulaba en su tiempo (1).—2. Ella se dejó llevar de esa opinión y se lamenta de ello.—3. Explica la primera razón en que se funda y manifiesta los bienes que recibió por medio de esta sacratísima Humanidad.—4. Aconseja á su confesor que no siga otro camino, y lo confirma con diferentes ejemplos de Santos.—5. Cuando Dios quiere elevar el espíritu de lo corpóreo, ya es otra cosa; el dejar entonces esa Humanidad, no nos perjudica.—6. La segunda razón es que no somos Angeles y las cosas espirituales nos han de entrar por los sentidos, como sucede meditando esa sacratísima Humanidad.—7. Vuelve á recomendar, para adelantar en este camino de la oración, la humildad y el abrazarse con la cruz. Si el Señor nos quiere subir, subamos, y sino, no lo entendemos nosotros. Símil de la mala voz.—8. Vuelve á aconsejar esto á su confesor.—9. Pregunta por qué el Señor no santifica á un alma desde el principio de recibir estas mercedes, y se contesta á sí misma, diciendo que es porque no nos disponeros como convendría para esto.—10. Explica esto mismo admirablemente con dos comparaciones.—11. Pinta la conducta tiernísima que Dios observa con las almas, provocándolas á que reciban sus dones, y repite los consejos dados á su confesor.



UNA cosa quiero decir, á mi parecer importante, que, si á vuesa merced le parece bien, servirá de aviso, que podría ser haberle menester; porque en algunos libros que están escritos de oración,

(1) Para que no resulte demasiado extenso el sumario de este capítulo importantísimo, nos ha parecido hacer antes un

tratan, que aunque el alma no puede por sí llegar á este estado, porque es toda obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad, después de muchos años que haya ido por la vida purgativa, y aprovechando por la iluminativa (no sé yo bien por qué dicen iluminativa; entiendo que de los que van aprovechando); y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se lleguen á contemplar en la Divinidad: porque dicen que, aunque sea la Humanidad de Cristo, á los que llegan ya tan adelante, que embaraza ú impide á la más perfecta contemplación. Trayn lo que dijo el Señor á los Apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo (2) (digo cuando subió á los cielos) para este propósito. Paréceme á mí que si tuvieran la fe como la tuvieron después que vino el Espi-

resumen de su contenido y facilitar así su inteligencia. Circulaban libros de oración y había también algunos letrados en tiempo de Santa Teresa que defendían era provechoso, cuando se llegaba á estos grados subidos de oración, el desprenderse de todo lo corpóreo, incluso de la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, y subir el espíritu á considerar la divinidad en sí misma y en sus atributos. Santa Teresa se dejó llevar, aunque por muy poco tiempo, de esta opinión, pero comprendió pronto que iba errada; se apartó de ella y la combatió y combata en este capítulo, y en otro de sus "Moradas". Apoyaban esa opinión en las palabras de Jesucristo á sus Apóstoles: "Conviene que yo me ausente de vosotros y recibáis al Espíritu Santo". La Santa contesta á esto diciendo, que lo dijo á los Apóstoles porque estaban poco firmes en la fe. No lo dijo á su Madre, que tenía más fe, ni cuadra tampoco á nosotros, cuya fe debe ser mayor que la que los Apóstoles tuvieron antes de la venida del Espíritu Santo. A nosotros, pues, saca la Santa en consecuencia, no nos conviene apartarnos de industria de la Humanidad, como no convino á su Santísima Madre, aunque sí á los Apóstoles, por la poca firmeza de su fe. Funda además esta doctrina en dos razones. La primera, es falta de humildad, no contentarnos con la meditación y vista de esta sacratísima Humanidad. El querer levantar el espíritu nosotros hasta que Dios le levante, lleva consigo una presunción y soberbia muy solapadas, y esta mota de poca humildad hace mucho daño para adelantar en la contemplación. La segunda razón es, porque no somos Angeles. A nosotros todas las cosas nos entran por los sentidos ("nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu"), y viendo imágenes de Jesús crucificado, y representándonos su sacratísima Humanidad en nuestro interior, se mueven los afectos naturalmente en el alma.

(2) "Expedit vobis, ut ego vadam". (Joan., XVI, 7.)

ritu Santo, de que era Dios y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto á la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece, que como esta obra todo es espíritu, que cualquier cosa corpórea la puede estorbar ú impedir; y que considerarse en cuadrada manera y que está Dios de todas partes, y verse engolfado en El, es lo que han de procurar. Esto bien me parece á mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que entre en cuenta este divino Cuerpo con nuestras miserias ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega á su Majestad que me sepa dar á entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vías lleva Dios las almas (como ha llevado la mía, quiero yo ahora decir, en lo demás no me entremeto), y en el peligro en que me ví, por querer conformarme con lo que leía. Bien creo, que quien llegara á tener unión y no pasare adelante (digo arrobamientos y visiones y otras mercedes, que hace Dios á las almas), que terná lo dicho por lo mijor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado á lo que ahora; porque, á mi parecer, es engaño, ya puede ser yo la engañada, más diré lo que me acaeció.

2. Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco á poco yo pensaba entender algo (y después entendí, que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender, porque no era nada lo que entendía, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba á entender, ni sabía lo que hacía), en comenzando á tener algo de oración sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea; aunque ir levantando el alma yo no osaba, que, como era siempre tan ruín, vía que era atrevimiento; mas parecíame sentir la presencia de Dios, como es ansí, y procuraba estarme re-

cogida con El; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho; y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar á la Humanidad, sino que en hecho de verdad me parecía me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma y Bien mío Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez desta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con inorancia.

Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya á la postre: digo á la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y así siempre tornaba á mi costumbre de holgarme con este Señor; en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato ú imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera. ¡Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíades de impedir para mayor bien? ¡De dónde vinieron á mí todos los bienes, sino de Vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto era inorancia; y así quisistes Vos, por vuestra bondad, remediarla con darme quien me sacase de este yerro, y después con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiese cuan grande era, y que lo dijese á muchas personas, que lo he dicho, y para que lo pusiese ahora aquí. Tengo para mí que la causa de no aprovechar más muchas almas, y llegar á muy gran libertad de espíritu, cuando llegan á tener oración de unión, es por esto.

3. Paréceme que hay dos razones en que puedo fundar mi razón, y quizá no diga nada, mas lo que dijere helo visto por experiencia, que se hallaba muy mal mi alma hasta que el Señor la dió luz; porque todos sus

gozos eran á sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía que después, para los trabajos y tentaciones: la una es, que va un poco de poca humildad tan solapada y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio y miserable, como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida, con cuantas penitencias y oraciones y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pie de la Cruz con San Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sino en el mío, que de todas maneras fué perdido en lo que había de ganar. Pues si todas veces la condición ú enfermedad, por ser penoso pensar en la Pasión, no se sufre, ¿quién nos quita estar con El después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, adonde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles? Porque cierto, no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos como pasó.

Héle aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando á los unos, animando á los otros, antes que subiese á los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros. ¡Y que haya sido en la mía apartarme yo de vos, Señor mío, por más serviros! Que ya cuando os ofendía no os conocía; ¡mas que, conociéndoos, pensase ganar más por este camino! ¡Oh qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si Vos no me tornáades á él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos á Vos cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se

puede sufrir: El ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto después, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos desta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita (3). Muy, muy muchas lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

4. Así que vuesa merced, Señor (4), no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. El le enseñará: mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado, quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí. Miremos al glorioso San Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos Santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino: San Francisco da muestras

(3) "Hic est filius meus dilectus, in quo mihi complacui". (Matth. III, 17.)

(4) Por primera vez llama Santa Teresa, Señor, al Padre á quien se dirige, que era Fray García de Toledo. Así le llama también en carta á D: Alvaro de Mendoza, que se encontraba en Olmedo, y escribiéndole desde Avila en 1567, le decía:

"El Señor Fray García está muy bueno, gloria á Dios. Siempre nos hace merced y cada día más siervo suyo. Tomó un oficio, que le mandó el Provincial, de Maestro de Novicios, que para su autoridad era cosa bien baja; aunque no se le dió, sino porque su espíritu y virtud aprovechase á la Orden, criando aquellas almas conforme á él. Tomólo con tanta humildad, que ha edificado mucho. Tiene harto trabajo."

La Santa usó esta palabra Señor por la nobleza y alta alcurnia de este venerable Padre, hermano del Duque de Alba, pareciéndole digno de este tratamiento, aun después de su profesión en la Orden de Santo Domingo. Este párrafo, como otros muchos, le añadió la Santa, cuando, por mandado del mismo Padre García, escribió segunda vez su "Vida", y por esto en el último capítulo, ó sea el XL, concluye así: "De esta manera vivo ahora, Señor y Padre mío."

dello en las llagas; San Antonio de Padua en el Niño; San Bernardo se deleitaba en la Humanidad; Santa Catalina de Sena, otros muchos, que vuesa merced sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe de ser, cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas á mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro, se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace á cada alma: en eso no me entremeto. Lo que querría dar á entender es, que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima Humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querría saberme declarar.

5. Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oración que quedan dichos hemos visto) claro está, que aunque no queramos, se quita esta presencia. Entonces vaya en hora buena; dichosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde; porque entonces se emplea el alma toda en amar á quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera tan bien gozar, sino fuera perdiéndose á sí, para como digo, más ganarse; más que nosotros de mañana, y con cuidado nos acostumbremos á no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima Humanidad, esto digo, que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no tray arrimo, por mucho que le parece anda llena de Dios. Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos, traerle humano; que este es el otro inconveniente que digo hay. El primero, ya comencé á decir, es un poco de falta de humildad, de quererse levantar el alma, hasta que el Señor la levante, y no contentarse con meditar cosa tan preciosa, y querer ser María, antes que haya trabajado con Marta. Cuando

el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay que temer; más comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplación, hace mucho daño.

6. Tornando al sigundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo (5): querernos hacer ángeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, ú ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo; porque le miramos Hombre, y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vernán que lo uno ni lo otro se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar á procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación, solo le dejaron en los trabajos: no le dejamos nosotros, que, para más subir, El nos dará mijor la mano, que nuestra diligencia, y se ausentará cuando viere que conviene y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

(5) La doctrina de Santa Teresa en todo este capítulo XXII sobre la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, no es otra cosa que la exposición de la teoría de Santo Tomás sobre esta misma materia, como puede verse en diferentes partes de sus Obras, en especial en la Secunda 2.^{ae}, Question 82, Artículo 3.^o ad 3, donde, entre otras cosas, dice así: "Ea quae pertinent ad humanitatem Christi maxime devotionem excitant." Lo que pertenece á la Humanidad de Jesucristo, "es lo que más excita la devoción"; y lo confirma con la autoridad de la Iglesia en el Prefacio: "ut dum visibilliter Deum cognoscimus, etc." Es además profundamente filosófica la expresión de Santa Teresa cuando dice: "No somos Angeles, sino tenemos cuerpo."

7. Mucho contenta á Dios ver un alma, que con humildad pone por tercero á su Hijo, y le ama tanto, que aun queriendo su Majestad subirle á muy gran contemplación (como tengo dicho) se conoce por indino, diciendo con San Pedro: *Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador* (6). Esto he probado; deste arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es, que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que, mientras más se abaja un alma en oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruín; y aún procuraba su Majestad darme á entender cosas para ayudarme á conocerme, que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo, para ayudarse en esta oración de unión, que aunque luego parece le aprovecha, que, como cosa no fundada, se tornará muy presto á caer; y he miedo que nunca llegará á la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo ni gusto en la oración (que los de la tierra ya están dejados), sino consolación en los trabajos, por amor de El que siempre vivió en ellos, y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud, y la pena que á algunas personas, que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devoción, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procure y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no pudieren tener aún un buen pensamiento (como otra vez he dicho) que no se maten: siervos sin provecho somos, ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos para traer la

(6) "Exi á me, quia homo peccator sum, Dómine". (Luc., V, 8.)

noría del agua que queda dicha, que aunque cerrados los ojos y no entendiendo lo que hacen, sacarán más que el hortolano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiere subir á ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no, servir en oficios bajos, y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse á sí, quien tiene ya dada toda su voluntad á Dios? A mi parecer muy menos se sufre aquí, que en el primer grado de la oración, y mucho más daña: son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz por mucho que se esfuerce á cantar no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha El menester antes dar voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté á los pies de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí; esté como quiera, imite á la Madalena, que de que esté fuerte, Dios la llevará al desierto.

8. Así que vuesa merced hasta que halle quien tenga más experiencia que yo, y lo sepa mejor, esté en esto. Si son personas que comienzan á gustar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha, y gustan más ayudándose. ¡Oh, cuando Dios quiere, como viene al descubierto sin estas ayuditas, que, aunque más hagamos, arrebatara el espíritu, como un gigante tomaría una paja, y no basta resistencia! ¡Qué manera para creer, que cuando El quiere, espera á que vuele el sapo por sí mismo! Y aun más dificultoso y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió

por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor en darnos tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor. Y aunque sea muy á los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre, y despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénoslo su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene, por el que El nos tuvo, y por su glorioso Hijo, á quien tan á su costa nos le mostró. Amén.

9. Una cosa querría preguntar á vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor á hacer mercedes á un alma tan subidas, como es ponerla en perfeta contemplación, que de razón había de quedar perfeta del todo luego (de razón, sí por cierto, porque quien tan gran merced recibe, no había más de querer consuelos de la tierra); pues por qué en arrobamiento, y en cuando está ya el alma mas habituada á recibir mercedes, parece que tray consigo los efetos tan más subidos, y mientras más, más desasida, pues en un punto que el Señor llega la puede dejar santificada?, ¿cómo después, andando el tiempo, la deja el mesmo Señor con perfección en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé; mas bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando al principio no dura más que cerrar y abrir los ojos, y cási no se siente sino en los efetos que deja, ú cuando va más á la larga esta merced. Y muchas veces paréceme á mí, si es el no se disponer del todo luego el alma, hasta que el Señor poco á poco la cría, y la hace determinar, y da fuerzas de varón, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Madalena, con brevedad;

hácelo en otras personas, conforme á lo que ellas hacen en dejar á su Majestad hacer; no acabamos de creer, que aun en esta vida da Dios ciento por uno.

10. También pensaba yo esta comparación, que puesto que sea todo uno lo que se da á los que más adelante van, que en el principio es como un manjar que comen dél muchas personas, y las que comen poquito, quédales solo buen sabor por un rato; las que más, ayuda á sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza; y tantas veces se puede comer y tan cumplido deste manjar de vida, que ya no coman cosa que les sepa bien, sino él; porque ve el provecho que le hace: y tiene ya tan hecho el gusto á esta suavidad, que querría más no vivir, que haber de comer otras cosas, que no sean sino para quitar el buen sabor que el buen manjar dejó. También una compañía santa no hace su conversación tanto provecho de un día, como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios; y en fin, todo está en lo que su Majestad quiere y á quien quiere dárselo; más mucho va en determinarse, quien ya comienza á recibir esta merced, en desasirse de todo y tenerla en lo que es razón.

11. También me parece que anda su Majestad á probar quien le quiere, si no uno, si no otro (7), descubriendo quien es con deleite tan soberano, por avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: "*Mirá, que esto es una gota del mar grandísimo de bienes*", por no dejar nada por hacer con los que ama; y como ve que le reciben, así da y se da. Quiere á quien le quiere; y ¡qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar

(7) "También me parece que anda su Majestad á probar quien le quiere". Con esta expresión bellísima parece aludir la Santa al texto del Apocalipsis, que dice: "*Ecce sto ad ostium et pulso...*" (Apoc., III, 20.)

á entender qué dáis á los que se fían de Vos, y qué pierden los que llegan á este estado, y se quedan consigo mesmos! No queráis Vos esto, Señor; pues más que esto hacéis Vos, que os venís á una posada tan ruín como la mía. Bendito seáis para siempre jamás. Torno á suplicar á vuesa merced, que estas cosas que he escrito de oración, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, ú se han quedado en el medio, no podrán así atinar; y hay algunas que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y paréceles que así podrán los otros aprovechar allí, y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo: y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan que como tienen lo uno, pueden hacer lo otro; y en lugar de aprovechar, desaprovecharán, como he dicho; así que en todo es menester experiéncia y discreción. El Señor nos la dé por su bondad.

CAPÍTULO XXIII

En que torna á tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó á tratar de más perfección, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar.

Sumario: 1. Disponiéndose mejor, la da Dios habitualmente oración de quietud y hasta de unión. Temores de si es todo ilusión. Intenta comunicar con Padres de la Compañía.— 2. Quiere antes comunicar con un clérigo muy espiritual de Avila. Cuánto pone el demonio para impedir la comunicación con personas espirituales.—3. Comunica con el clérigo por medio de un Caballero santo. Elogio que hace de estos dos sujetos. El clérigo no la entiende.—4. La visita con frecuencia el Caballero santo.—5. Este, en unión del clérigo, examinan su espíritu.—6. Trabajos de un alma que se ve así atribulada, y cuánto importa guardar secreto.—7. Resuelven que, al parecer de entrambos, era demonio, y la aconsejan comunique con Padres de la Compañía.—8. Comunica con un Padre de la Compañía. La asegura ser espíritu de Dios, que resista á los gustos que sentía en la oración, y la da otros consejos; todo lo cual la hizo gran provecho.



QUIERO ahora tornar adonde dejé de mi vida (1), que me he detenido, creo más de lo que me había de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mia,

(1) Véase el capítulo IX.

la que he vivido desde que comencé á declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, á lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando á quitar ocasiones y á darme más á la oración, comenzó el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba, á lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad á darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños, que les había hecho el demonio, comencé á temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que vía en mí por otra parte una grandísima seguridad que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y vía que quedaba de allí muy mijorada, y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba á temer y á pensar, si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la oración mental, y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía á mí mayor pérdida, como no lo entendía. Mas como su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada, de solo saber el modo que llevaban de vida y oración; más no me hallaba dina de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos y ser la que era, hacía-seme cosa recia.

2. En esto anduve algún tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné á tratar con una persona espiritual, para preguntarle qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender á Dios; porque la falta, como he dicho, que vía en mi fortaleza, me hacía estar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y ansí no había término para que yo á esto me determinase. Aguardaba á enmendarme primero, como cuando dejé la oración, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caída en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo vi iba tan adelante mi temor, porque crecía la oración, parecióme que en esto había algún gran bien ú grandísimo mal; porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir: tenerlo cuando yo quería era escusado. Pensé en mí que no tenía remedio si no procuraba tener limpia conciencia y apartarme de toda ocasión, aunque fuese de pecados veniales, porque, siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia; si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podía hacer, antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre á Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos días, vi que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección á solas, por algunas afeciones que tenía á cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

3. Dijéronme de un clérigo letrado que había en este lugar (2), que comenzaba el Señor á dar á entender á las gentes su bondad y buena vida, yo procuré por medio de un caballero santo, que hay en este lugar (3). (Es casado, mas de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido á muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser reta y santa, que da contento grande á los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece tray otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar á todos). Pues este bendito y santo hombre con su industria, me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad á mí espántame, que con haber, á lo que creo, poco menos de cuarenta años que tiene oración (no se si son dos ú tres menos), y lleva toda la vida de perfección, que á lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios, y de tanta caridad, que por ella no se pierde: en fin,

(2) El Maestro Daza, quien, en una memoria escrita de su puño y letra, aseguró tener parentesco con Santo Domingo de Guzmán, por la Bienaventurada Doña Juana de Aza ó Daza, Madre del glorioso Patriarca.

(3) Francisco de Salcedo, casado con Doña Mencia del Aguila. Después de la muerte de su esposa, se ordenó de Sacerdote, habiendo estudiado muchos años Teología con los Dominicos del Convento de Santo Tomás, de esta ciudad de Avila.

De este venerable Sacerdote y de lo acepto que era á Dios el Sacrificio de la Misa que celebraba, habla la Santa en su tercera relación, cuando escribe: "Una vez poco antes de esto, yendo á comulgar, estando la **Forma** en el relicario, que aún no se había dado, vi una manera de paloma, que meneaba las alas con ruido: turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la **Forma**. Esto era todo en San José de Avila. Dábame el Santísimo Sacramento el Padre Francisco Salcedo. Otro día, oyendo Misa, vi al Señor glorificado en la **Hostia**, díjome, que le era aceptable su sacrificio."

como mujer de quien Dios sabía había de ser tan grande siervo suyo, la escogió.

Estaban deudos suyos casados con parientes míos: y también con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mía, tenía mucha comunicación. Por esta vía procuré viniese á hablarme este clérigo, que digo, tan siervo de Dios, que era muy su amigo (4), con quien pensé confesarme y tener por maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, díle parte de mi alma y oración; que confesarme no quiso, dijo que era muy ocupado, y era ansí. Comenzó con determinación santa á llevarme como á fuerte (que de razón había de estar sigún la oración vió que tenía) para que en ninguna manera ofendiese á Dios. Yo, como ví su determinación tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, affijíme, y como ví que tomaba las cosas de mi alma como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo vía que había menester mucho más cuidado. En fin, entendí no eran por los medios que él me daba, por donde yo me había de remediar, porque eran para alma más perfeta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificación. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la affición que me daba de ver cómo yo no hacía, ni me parece podía, lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar allegar almas á Dios, cómo no fué servido entendiese la mía, ni se quisiese encargar della, y veo fué todo para mayor bien mío,

(4) El Maestro Daza.

porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.

4. Desta vez quedé concertada con este caballero santo (5), para que alguna vez me viniese á ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar con persona tan ruín como yo. Comenzóme á visitar y animarme, y decirme que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco á poco lo haría Dios; que en cosas bien livianas había él estado algunos años, que no las había podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces adonde estás, y á los que se llegan á quien la tiene! Decíame este santo (que á mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas, que á él le parecía que lo eran con su humildad, para mi remedio; y mirado conforme á su estado, no era falta ni imperfección, y conforme al mío, era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, y importan tanto para comenzar á aprovechar un alma y sacarla á volar, que aun no tiene plumas, como dicen, que no lo creerá nadie, sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuesa merced (6) ha de aprovechar muchas, lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar, y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me condenaba. Iba con discreción poco á poco dando maneras para vencer el demonio. Yo le comencé á tener tan grande amor, que no había para mí mayor descanso que el día que le vía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruín no me vía.

5. Como él fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aún serían pecados, aunque después que le

(5) Francisco Salcedo.

(6) El Dominico Padre Ibáñez.

traté más enmendada estaba), y como le dije las mercedes que Dios me hacía, para que me diese luz, díjome que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho; porque le parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendía de mi oración, y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir, há poco que me lo dió Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traía, fué grande mi aflicción y lágrimas; porque cierto yo deseaba contentar á Dios y no me podía persuadir á que fuese demonio, mas temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno que se llama *Subida del monte*, en lo que toca á unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada (que esto era lo que yo más decía, que no podía pensar nada cuando tenía aquella oración); señalé con unas rayas la parte que eran, y díle el libro, para que él y el otro clérigo (7) que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijesen lo que había de hacer, y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues á cabo de veinte años cási que había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener. Aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había probado cuál estaba mi alma sin oración: así que todo lo vía trabajoso, como el que está metido en un río, que á cualquiera parte que vaya

(7) El Maestro Daza.

dél, teme más peligro, y él se está cási ahogando. Es un trabajo muy grande este, y destos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender cómo se ha de probar el espíritu.

6. Y es grande, cierto, el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir á mucho mal, diciéndoles muy claro, es demonio; sino mirarlo muy bien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos y otros por bien, me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas que estuvieran bien secretas; pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor, para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión, mas, como eran personas á quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame á mí habían de callar. Con todo, nunca osaba callar cosa á personas semejantes. Pues digo, que se avise con mucha discreción, animándolas, y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará, como ha hecho á mí; que si no grandísimo daño me hiciera, según era temerosa y medrosa: con el gran mal de corazón que tenía, espántome cómo no me hizo mucho mal.

7. Pues como di el libro, y hecha relación de mi vida y pecados, lo mijor que pude, por junto (que no confesión, por ser seglar, mas bien di á entender cuan ruin era) los dos siervos de Dios (8) miraron con gran

(8) Salcedo y Daza.

caridad y amor lo que me convenía. Venida la respuesta, que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado á muchas personas que me encomendasen á Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino á mí, y díjome, que á todo su parecer de entrambos era demonio: que lo que me convenía era tratar con un padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llámase, diciendo que tenía necesidad, vería; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general, y de mi condición, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no había quien me gobernase. A mí me dió temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me lo puso en las manos, que decía San Pablo: *Que era Dios muy fiel, que nunca á los que le amaban consentía ser del demonio engañados* (9). Esto me consoló muy mucho. Comencé á tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomé, que como vi después que lo escribí tantos males, y casi ningún bien, que me dió una afición y fatiga grandísima. También me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacía, que era peor; y así procuré con la

(9) "Fidelis autem Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis". (I Ad Cor., X, 13.)

sacristana y portera no lo dijese á nadie. Aprovechóme poco, que acertó á estar á la puerta, cuando me llamarón, quien lo dijo por todo el convento. Mas ¡qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores, á quien se quiere llegar á Dios!

8. Tratando con aquel siervo de Dios (10), que lo era harto, y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocida-mente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comen-zado á entender mortificación; y era ansí, que aun el nombre no me parece entendía; que en ninguna ma-nera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes; que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo), que ternía mucha culpa si no respondía á las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablar en él el Espíritu Santo para curar mi alma, sigún se imprimía en ella. Hízome gran confusión, llevóme por medios que pa-recía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es en-tender un alma! Díjome que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de ma-nera que no les diese lugar hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor que me ayudó, y á él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y ansí lo hice.

(10) Este siervo de Dios era el Jesuíta Padre Juan de Prádanos, que murió santamente en Valladolid.

hasta hoy. ¡Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente!, y casi siempre han sido destes benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mijoría comenzó á tener mi alma, como ahora diré.

CAPÍTULO XXIV

Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechando su alma después que comenzó á obedecer, y lo poco que le aprovechaba el resistir las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas.

Sumario: 1. Cuenta cómo fué practicando las instrucciones que la dió este confesor.—2. Da cuenta de su alma á San Francisco de Borja, que vino á Ávila; éste aprueba también su espíritu y queda muy consolada.—3. Se ausenta su confesor, y sentimiento que esto la causa. Por indicación de una parienta, se confiesa con otro Padre de la Compañía, y al poco tiempo, por consejo de una santa viuda, empieza á confesarse con el confesor de ésta. Consejos que éste la da. Primer arrobamiento y palabras que el Señor la dice.—4. Se cumplen las palabras del Señor, y cobra un grande ánimo para adelantar en la perfección.



QUEDÓ mi alma desta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa á que no me dispusiera; y ansí comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo: y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve ansí cásí dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Quanto á lo exterior víase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para

pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la misma casa (1): y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al habito y profesión que hacía, quedaba corta. Gané deste resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía, que para darme regalos en la oración, era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir: después ví lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y así era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor á hacer mercedes, y á señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese que no era más en mi mano. Comencé á tomar de nuevo amor á la sacratísima Humanidad; comenzóse á asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme á más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varon santo que me confesó (2), que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia, me la querría dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia para que me lo mandase de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera, que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me la quitaba. Hacía mucha oración porque el Señor me tu-

(1) Convento de la Encarnación.

(2) Padre Prádanos.

viése de su mano; pues trataba con sus siervos, no permitiese tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí.

2. En este tiempo vino á este lugar el Padre Francisco (3), que era duque de Gandía, y había algunos años, que dejándolo todo, había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho también vino á mí, para que le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante, en ser muy favorecido y regalado de Dios, que, como quien había mucho dejado por El, aun en esta vida le pagaba. Pues después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no le resistiese, sino que dejase llevarle á su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo; que hace mucho en esto la experiencia: dijo que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada, y el caballero también: holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

3. En este tiempo mudaron á mi confesor deste lugar á otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar á ser ruín, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa; no sabía qué hacer de mí. Procuróme llevar una parienta mía á su casa, y yo procuré ir luego á procurar otro confesor en los de la Compañía. Fué el Señor servido, que comencé á tener amistad con una señora viuda de mucha calidad, y ora-

(3) San Francisco de Borja.

ción, que trataba con ellos mucho (4). Hízome confesar á su confesor, y estuve en su casa muchos días: vivía cerca. Yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de solo entender la santidad de su trato, era grande el provecho, que mi alma sentía. Este padre (5) me comenzó á poner en más perfección. Decíame, que para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer: también con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía á Dios con ellas, era mucha afición, y parecía-me á mí era ingratitud dejarlas: y así le decía, que, pues no ofendía á Dios, que ¿por qué había de ser desagradecida? El me dijo que lo encomendase á Dios unos días, y que rezase el Hyno de *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mijor. Habiendo estado

(4) Doña Guiomar de Ulloa, con quien desde este momento entabló una grande amistad hasta la muerte.

(5) El Jesuíta P. Baltasar Alvarez (era riojano, como el Jesuíta P. Prádanos y el Dominico P. Fr. Pedro Ibáñez), natural de Cervera, en donde nació el año 1533, de padres nobles. Entrado en la Compañía en 1555, empezó su noviciado en Simancas y lo terminó en Avila, donde hizo los votos del bienio en 1557, ordenándose de sacerdote al año siguiente, y recién ordenado, tomó bajo su dirección espiritual á Santa Teresa, contando él solos veinticinco años de edad. Dirigió á la Santa Madre por espacio de seis años, con tanto celo y discreción, que la Santa asegura que fué el que más la aprovechó. "Tenía yo, dice, un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, á lo que parece: y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada á esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprehensión, que me deshacía más que cuanto el confesor hacía." ("Vida", capítulo XXVI.) (Estudió la Teología en el Convento de Dominicos de Santo Tomás, de Avila.)

A principios de 1566, enviáronle á Medina del Campo, donde ayudó poderosamente á la Santa en la fundación del segundo monasterio de Descalzas en 1567. Desempeñó sucesivamente los cargos de Maestro de novicios, Rector de varios colegios, Viceprovincial, Visitador de la Provincia de Aragón y Provincial de la de Toledo, muriendo santamente en el Colegio de Belmonte el 25 de Julio de 1580, á los cuarenta y cinco años de edad y veinticinco de Compañía. Al saber su muerte Santa Teresa, rompió en amargo llanto, asegurando que la Iglesia había experimentado aquel día una gran pérdida. (Padre Pons en las notas al Padre Ribera, página 135.)

un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase á contentarle en todo, comencé el Hyno, y estándole diciendo, vínome un arrobamiento tan súpito, que cási me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: "*Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles* (6). A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras; así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que á mi parecer causó la novedad) me quedó.

4. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular sino á personas que entiendo le tienen á Dios y le procuran servir, ni há sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos, ni amigos; si no entiendo esto ú es persona que trata de oración, ésme cruz penosa tratar con nadie: esto es así á todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel momento (que no me parece fué más) dejar otra á su sierva. Así que no fué menester mandármelo más, que como me vía el confesor tan asida en esto, no había osado determinadamente decir que lo hiciese. debía aguardar á que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me parecía no era inconveniente, lo dejaba; y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra. Así se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme á como

(6) Sucedió esto en 1558, viviendo la Santa en el Convento de la Encarnación.

me lo mandó. Hizo harto provecho á quien yo trataba, ver en mí esta determinación. Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dió la libertad, que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fué hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dió.

CAPÍTULO XXV

En que trata el modo y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oírse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho, para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien, y de harta doctrina.

Sumario: 1. Naturaleza de estas palabras; no se oyen con los oídos corporales, ni se puede dejar de oírlas.—2. Intenta declarar la diferencia para conocer si es espíritu bueno ó malo, ó aprensión. Las palabras que Dios la dijo siempre se cumplieron.—3. Enumera las señales de cuando es aprensión ó ilusión: Primera, esas palabras las va ordenando el entendimiento; segunda, podemos divertirnos y no oírlas; tercera, no hacen operación; sin son del Señor obran lo que significan, ni tampoco son palabras tan claras y sentenciosas.—4. Las palabras del Señor no se oyen en lo subido del arrobamiento, y añade otras diferencias.—5. Continúa señalando aún más diferencias.—6. Efectos malos que dejan esas hablas en el alma, si son del demonio.—7. Otro efecto pésimo; tentaciones contra la fe.—8. Cuánto conviene consultar con algún maestro ó confesor que sea letrado. Cuánto padeció en este caso ella y cómo ciertos siervos de Dios la dijeron era demonio.—9. Continúa describiendo la grandísima aflicción en que se vió, y palabras con que el Señor la consoló.—10. Su alma se vió otra después de esas palabras. Su ánimo y valor contra todos los demonios.—11. Se la quitan los miedos á los demonios, de quienes no se la daba más que de moscas. Mayor daño nos puede venir de un pecado venial que de todos los demonios, y cómo se aprovechan éstos de nuestras malas inclinaciones.—12. Tenía más miedo á los que lo tienen al demonio que al mismo demonio.



DARÉCEME será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios al alma, y lo que ella siente (1), para que vuesa merced lo entienda; porque desde esta vez que he dicho que el Señor

(1) Nadie como Santa Teresa conoció mejor por experiencia las señales para distinguir las hablas interiores que vienen

me hizo esta merced (2), es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos atapar los oídos, y advertir á otra cosa, de manera que, aunque se oya, no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que, aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía; y ahora lo pruebo algunas veces, más poco me aprovechaba.

2. Yo querría declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia parece será poco ú ninguno; más ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno ú cuando es malo, ú como puede también ser aprehensión del mesmo entendimiento, que podría acaecer, ú hablar del mesmo espíritu á sí mesmo: esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios, tengo muy probado en muchas cosas que se me decían dos y tres años antes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira; y otras cosas adonde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

de Dios. Por eso, cuantos después de ella han escrito sobre materia de sí tan recóndita y oscura, no han hecho sino repetir las atinadísimas reglas que la Mística Doctora nos da en el presente capítulo para el discernimiento del espíritu bueno ó malo.

(2) Véase el capítulo XIX, núm. 5.

3. Paréceme á mí, que podría una persona, estando encomendando una cosa á Dios con grande afeto y aprehensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará ú no, y es muy imposible: aunque á quien ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia: y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla. Que no es otra cosa sino ordenar uno la plática, ú escuchar lo que otro le dice, y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestras manos divertirnos, como callar cuando hablamos: en estotro no hay término. Y otra señal, más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor es palabras y obras; y aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprehensión, á la primera disponen un alma, y la habilita, y enternece y da luz, y regala y quieta; y si estaba con sequedad ú alboroto y desasosiego de alma, como con la mano se la quita, y aun mejor; que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso, y que sus palabras son obras. Paréceme que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos ú oyésemos, ni más ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; más si me hablan, no hago más de oír sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido. Estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice: y acaece ser á tiempos, que está el entendimiento y alma tan alborotada y distraída, que no acertaría á concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias que le dicen, que ella, aun estando muy recogida, no pudiera alcanzar, y á la primera palabra, como digo,

la mudan toda; en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido á la memoria, aun antes? ¿Cómo vernán entonces, que no obra cási, y la imaginación está como embobada?

4. Entiéndase que cuando se ven visiones ú se entienden estas palabras, á mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mesmo arrobamiento; que en este tiempo (como ya dejo declarado, creo en la sigunda agua) (3) del todo se pierden todas las potencias, y á mi parecer, allí no se puede ver, ni entender, ni oír. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera, que aunque no están perdidas, cási nada obran; están como absortas y no hábiles, para concertar razones. Hay tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañase, no serán muchas. Y digo, que si es alma ejercitada, y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efeto hace, ni el alma lo admite; porque estotro, mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear del entendimiento, cási como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos á una persona muy santa, ú letrada y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y aun es baja comparación, porque trayn algunas veces una magestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quien las dice, si son de reprehensión hacen temblar; y si son de amor, hacen deshacerse en amar; y son cosas, como he

(3) Lo declara en la cuarta agua ó grado. (Capítulos XXVIII y XXIX.)

dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces inorar no ser cosa fabricada de nosotros.

5. Ansí que en esto no hay que mé detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella mesma de advertencia no se quiere engañar. Acaecídome ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto después de pasado, que entonces es imposible), y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor que quede en la memoria, que no se puede olvidar; y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa y se olvida. Esto es como obra que, aunque se olvide algo y pase tiempo, no tan del todo que se pierda la memoria de que en fin se dijo; salvo si no ha mucho tiempo, ú son palabras de favor ú dotrina; mas de profecía no hay olvidarse, á mi parecer; al menos á mí, aunque tengo poca memoria. Y torno á decir que me parece si un alma no fuese tan desalmada que lo quiera fingir, que sería harto mal, y decir que lo entiende no siendo así; más dejar de ver claro que ella lo ordena y lo parla entre sí, paréceme no lleva camino, si ha entendido el espíritu de Dios; que si no toda su vida podrá estarse en ese engaño y parecerle que entiende, aunque yo no sé cómo. U esta alma lo quiere entender ú no; si se está deshaciendo de lo que entiende, y en ninguna manera querría entender nada por mil temores y otras muchas causas que hay, para tener deseos de estar quieta en su oración sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio al entendimiento que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas, que

parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mismo entendimiento y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es así, y quien tuviere experiencia, verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo á Dios porque lo he sabido así decir. Y acabo con que me parece, siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oración, nos podría parecer entendemos: mas en estotro no es así, sino que estaré muchos días, que, aunque quiera entender algo, es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Parece que quien quisiese engañar á los otros, diciendo que entiende de Dios, lo que es de sí, que poco le cuesta decir, que lo oye con los oídos corporales; y es así cierto con verdad que jamás, pensé había otra manera de oír ni entender, hasta que lo ví por mí; y así como he dicho, me cuesta harto trabajo.

6. Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos ú tres veces, y he sido luego avisada del Señor cómo era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma á manera de otras muchas veces que ha primitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de dónde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota, y affige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu á otro. El gusto y deleite que él dá, á mi parecer, es diferente en gran manera. Podría él engañar con estos gustos á quien no tuviere ú hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas y otros sentimientos pe-

queños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, más no para determinar estos efectos de buen espíritu ú malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso, porque cuanto á personas que no están más adelante en la oración, que hasta esto, fácilmente podrían ser engañados si tuviesen visiones ú revelaciones. Yo nunca tuve cosas destas posturas, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oración de unión, sino fué la primera vez que dije (4), que ha muchos años que ví á Cristo, que pluguiera á su Majestad entendiera yo era verdadera visión, como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran desgusto.

7. Tengo por muy cierto que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, á alma que de ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí, que por un punto della morirá mil muertes: y con este amor á la fe, que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Ilesia, preguntando á unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Ilesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto ú detenerse en decir: "Pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad, como lo que decía á los Santos", no digo que lo crea, sino que el demonio la comience á tentar por primero movimiento, que detenerse en ello ya se ve que es malísimo; mas aun primeros movimientos muchas veces en este caso, creo

(4) Alude á la visión que tuvo en el locutorio de la Encarnación, y que refiere en el capítulo VII, núm. 3.

no vernán si el alma está en esto tan fuerte, como lo hace el Señor á quien da estas cosas, que le parece desmenuzaría los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Ilesia muy pequeña; digo, que si no viere en sí esta fortaleza grande, y que ayude á ella la devoción ú visión, que no la tenga por sigura. Porque, aunque no se sienta luego el daño, poco á poco podría hacerse grande, que á lo que yo veo y sé de experiéncia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme á la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese desto, mucha más firmeza sin comparación me parece ternía en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga; porque entonees no es menester andar á buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonees todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería. El caso es que cuando es demonio, parece que se asconden todos los bienes y huyen del alma, sigún queda desabrida y alborotada, y sin ningún efeto bueno; porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Paréceme que quien tiene experiéncia del buen espíritu, lo entenderá.

8. Con todo, puede hacer muchos embustes el demonio, y ansí no hay cosa en esto tan cierta, que no lo sea más temer y ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no le callar nada, y con esto ningún daño puede venir, aunque á mí hartos me han venido por estos temores demasiados, que tienen algunas personas.

En especial me acaeció una vez que se habían juntado muchos, á quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese, que, aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba hablaba á otros, unos con

otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor, y temían no fuese engañada: yo también traía grandísimo temor cuando no estaba en la oración, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba. Creo eran cinco ú seis (5), todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan amenudo, y que procurase distraerme, de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo, como vi que tantos lo afirmaban y yo no lo podía creer, díome grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida, sin comparación que yo, y letrados, que, ¿por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruín vida, y que conforme á esto debían decir verdad. Fuíme de la Iglesia con esta afición, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona quien tratar, porque todos eran contra mí; unos me parecían burlaban de mí, cuando de ello trataba, como que se me antojaba; otros avisaban al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio; sólo el confesor (que, aunque conformaba con ellos, por probarme, según después supe) siempre me consolaba, y me decía que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo á Dios, no me podía

(5) Sabemos, porque la Santa así lo dice en el capítulo XXIII, núm. 7, que tanto el Maestro Daza como el Caballero Salcedo opinaban ser espíritu del demonio y no de Dios el que la guiaba en la oración: "que á todo su parecer de entrambos era demonio". Sabemos también, por lo que la Santa escribe en el núm. 4 del capítulo XXIX, que el Jesuíta Padre Fernando del Aguila: "comenzó á decir que claro era demonio"; pero no sabemos quienes fueron los otros dos de los cinco que aquí dice "se determinaban en que era demonio".

hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho á Dios; y él y todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas; y yo toda mi oración, y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque su Majestad me llevase por otro camino; y esto me duró no sé si dos años, que era contino pedirlo al Señor.

9. A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba era posible que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo escusar, me decía lo que era servido, y aunque me pesaba, lo había de oír. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sinó como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta aflicción me vi algunas y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo) estuve así cuatro ú cinco horas, que consuelo del cielo ni de la tierra, no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros. ¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero, y como poderoso cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh, quien diese voces por él para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan, vos, Señor, de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer á quien os ama. ¡Oh Señor mío, qué delicada y polida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh quién nunca se hubiera detenido en amar á nadie sino á Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor á quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras, y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo

entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío, más si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo á Vos. Levántense (6) contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis á quien en sólo Vos confía. Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entonces no había comenzado á tener ninguna visión) solas estas palabras bastaban para quitármela del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy, y no te desampararé, no temas.*

10. Paréceme á mí sigún estaba, que eran menester muchas horas para persuadirme á que me sosegase, y que no bastara nadie: héme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con siguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor y qué poderoso! No solo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh válame Dios, y cómo fortalece la fe y se aumenta el amor! Es ansí cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó á los vientos que se estuviesen quedos en la mar, cuando se levantó la tempestad, y ansí decía yo: ¡Quién es este que ansí le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran esbcuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía había de haber mucho sequedad? ¡Quién pone estos deseos? ¡Quién da este ánimo? Qué me acaeciò pensar, ¡de qué temo? ¡Qué es esto? Yo deseo servir á este Señor, no pretendo otra cosa sino con-

(6) Es, sin duda, este pasaje hasta la conclusión del capítulo, una de los más divinamente escritos por la Doctora Mística. Excede aquí su elocuencia á toda elocuencia humana. No es mujer la que aquí escribe, es Dios quien habla por Teresa de Jesús.

tentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que desto bien cierto estaba, á mí parecer, que lo podía afirmar). Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es Fe, siendo yo sierva deste Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer á mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una Cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me ví otra en breve tiempo, que no temiera tomarme con ellos á brazos, que me parecía fácilmente con aquella Cruz los venciera á todos; y así dije: *Ahora vení todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.* ;

11. Es sin duda que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los vía, como diré después, no los he habido más casi miedo, antes me parecía ellos me lo habían á mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me dá más de ellos, que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino á quien ven que se les rinde, ú cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tienten y atormenten. Pluguiese á su Majestad temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues es ello así. Qué espantados nos trayn estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra y haciendas y deleites; que entonces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborre-

cer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima; más si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la Cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras y la misma mentira. No hará pato con quien anda en verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda lindamente á que se quiebren los ojos; porque si á uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las deste mundo cosa de juego de niño, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal, y atrévese á luchar con él una y muchas veces.

12. Plega el Señor que no sea yo destos, sino que me favorezca su Magestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés; y una higa, para todos los demonios, que ellos me temerán á mí. No entiendo estos miedos, ¡demonio!, ¡¡demonio!!, donde podemos decir, ¡Dios!, ¡¡Dios!!, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo primite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo á los que tan grande le tienen al demonio que á él mesmo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayudado.

CAPÍTULO XXVI

Prosigue en la misma materia; va declarando y diciendo cosas que le han acaecido, que le hacían perder el temor y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba.

Sumario: 1. Cuánto importa que las almas no anden acobardadas, y cómo Dios se compadece de nuestras miserias.—2. Reprensiones y avisos que Dios la da.—3. Claridad que se ha de tener con el confesor y obediencia que se le debe.—4. Consejo errado de un confesor. El Señor la advierte que es mal consejo.—5. La repite el Señor que obedezca siempre al confesor. El confesor últimamente la mandaba hacer lo que el mismo Señor la había mandado. La promete un libro vivo.—6. Este libro era Jesucristo y su Pasión.



TENGO por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dió contra los demonios, porque andar un alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender á Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todo poderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede y á todos sujeta. No hay que temer, andando (como he dicho), en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto (como he dicho), querría yo todos los temores, para no ofender en un punto á quien en el mismo punto nos puede deshacer; que, contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos en la cabeza. Podráse decir que ansí es; mas que, ¿quién será esta alma tan reta, que del todo le

contente? y por eso teme. No la mía por cierto, que es muy miserable, y sin provecho, y llena de mil miserias; más no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas: más por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad; porque en las que llegan á este estado no anda el amor disimulado, como á los principios, sino con tan grandes ímpetus y deseo de ver á Dios, como después diré, ú queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es con Dios ú por Dios: no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara, que, como digo, no pasa en disimulación.

2. Acaeciómeme otras veces verme con grandes tribulaciones y mormuraciones sobre cierto negocio, que después diré, de casi todo el lugar á donde estoy, y de mi Orden, y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme, y decirme el Señor: “*¿De qué temes? ¿no sabes que soy Todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido*”. Y así se cumplió bien después; y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle, y me pusiera de nuevo á padecer. Es esto tantas veces, que no lo podría yo contar: muchas las que me hacía repreensiones, y hace cuando hago imperfecciones, que bastan á deshacer un alma. Al menos trayn consigo el enmendarse, porque su Majestad (como he dicho) da el consejo y el remedio. Otras traerme á la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe adonde se meter: otras avisarme de algunos peligros míos, y de otras personas, cosas por venir, tres ú cuatro años antes, muchas, y todas se han

cumplido: algunas podrá ser señalar. Ansí que hay tantas cosas para entender que es Dios, que no se puede inorar, á mi parecer.

3. Lo más siguro es (yo ansí lo hago, y sin esto no ternía sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras, y aquí no puede haber daño, sino muchos provechos) como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes, que el Señor me hace, con el confesor, y que sea letrado; y que le obedezca. Esto muchas veces. Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me affigia y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, á lo que me parece (1); y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada á esto, entendía luego que no lo hiciese, y una repreensión que me deshacía más, que cuanto el confesor hacía: algunas veces me fatigaba, cuestion por un cabo y repreensión por otro; y todo lo había menester, sigún tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez, que no era obedecer, sino estaba determinada á padecer; que pusiese los ojos en lo que El había padecido, y todo se me haría fácil.

4. Aconsejóme una vez un confesor, que á los principios me había confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase y no diese ya parte á nadie, porque mijor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor, y era tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces; en especial, si eran mercedes grandes, parecíame no

(1) Se refiere al venerable Padre Baltasar Alvarez, Jesuíta.

me habían de creer, y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto, que me parecía era desacato á las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces, que había sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto había gran siguridad, y haciendo lo contrario, podría ser engañarme alguna vez.

5. Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mesmo Señor á decir que le obedeciese; después su Majestad le volvía, para que me lo tornase á mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín, me dijo el Señor: "*No tengas pena, que Yo te daré libro vivo.*" Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aun no tenía visiones; después desde á bien pocos días lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en que pensar y recogerme en lo que vía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca, ú casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar!

6. ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abrace, y las ame, y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da á los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá, en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar?

Porque con el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plega al Señor haya sabido declararme en esto que he dicho; bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá, y verá he atinado á decir algo; quien no, no me espanto le parezca desatino todo; basta decirlo yo para quedar disculpado, ni yo culparé á quien lo dijere. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad. Amén.

CAPÍTULO XXVII

En que trata otro modo, con que enseña el Señor al alma, y sin hablarla, la da á entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión, y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo (1).

Sumario: 1. Como el estado en que se hallaba su alma era tan sospechoso á los que la trataban, pide á Dios la lleve por otro camino ó declare la verdad.—2. Se la aparece Jesucristo en visión intelectual y sin ver forma ninguna.—3. Responde á las preguntas que la hace el confesor y no halla comparaciones con que dar á entender esta visión tan subida.—4. Se distingue esta visión de la presencia de Dios en la oración de quietud y de unión. En estas se siente á Dios por sus efectos, hay influencias de la divinidad, pero no visión. Se vale de una comparación.—5. A esta visión intelectual corresponden hablas intelectuales, que sin forma de palabras entiende el alma, lo que Dios quiere que entienda.—6. En las hablas correspondientes á otras visiones algo hace el alma, al menos atender á lo que le hablan; en éstas, sin escuchar lo tiene todo entendido.—7. Con comparaciones de lo que pasa en el cielo y entre dos amigos, explica estas cosas tan subidas.—8. Alaba elocuentísimamente la benignidad y bondad de Dios en hacer tan soberanas mercedes.—9. Se lamenta muy sentidamente del camino errado que llevamos. La da contra el mundo y hasta contra el fraile clérigo ó monja.—10. Pone por dibujo del verdadero camino á San Pedro de Alcántara. y hace de él el elogio más acabado.—11. Se le aparece muchas veces este bendito Santo.—12. Termina pidiendo perdón á su confesor de esta especie de digresión.



QUES tornando al discurso de mi vida, yo estaba con esta afición de penas, y con grandes oraciones, como he dicho que se hacían, porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro,

(1) Para explicar la Santa las hablas interiores en los dos capítulos precedentes, ha interrumpido el discurso de su

pues este me decían era tan sospechoso. Verdad es que, aunque yo lo suplicaba á Dios, por mucho que quería desear otro camino, como vía tan mejorada mi alma (si no era alguna vez, cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decían y miedos que me ponían), no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía. Yo me vía otra en todo; no podía, sino poníame en las manos de Dios, que El sabía lo que me convenía, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo. Vía que por este camino le llevaba para el cielo, y que antes iba al infierno: que había de desear esto, ni creer que era demonio, no me podía forzar á mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo y desearlo, mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso. Tomaba santos devotos porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame á San Hilarión y á San Miguel Angel, con quien por esto tomé nuevamente devoción, y á otros muchos Santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. A cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía, y de otras personas para lo dicho, ú que el Señor me llevase por otro camino ú declarase la verdad (que eran muy continuas las hablas que he dicho me hacía el Señor), me acaeció esto.

2. Estando un día del glorioso San Pedro en oración, ví cabe mí, ú sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no ví nada, más parecióme estaba junto cabe mi Cristo, y vía ser El el que me hablaba, á mi parecer. Yo como estaba inorantísima de que podía haber semejante visión, dióme grande temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra

vida, que vuelve á reanudar en éste. Al copiar en este capítulo las visiones intelectuales, dice unas veces que no se ve nada, y otras que se ve. No hay contradicción; no se ve con visión corporal ni imaginaria, pero se ve con visión intelectual.

sola de asgurarme, quedaba como solía, quieta, y con regalo y sin ningún temor. Parecíame andar siempre á mi lado Jesucristo; y como no era visión imaginaria, no vía en que forma: más estar siempre á mi lado derecho, sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, ú no estuviese muy divertida, podía inorar que estaba cabe mí.

3. Luego fuí á mi confesor harto fatigada, á decírselo. Preguntóme que ¿en qué forma le vía? Yo le dije que no le vía. Díjome que ¿cómo sabía yo que era Cristo? Yo le dije que no sabía cómo, más que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le vía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme á entender; y cierto, para esta manera de visión, á mi parecer, no la hay que mucho cuadre: que así como es de las más subidas (sigún después me dijo un santo hombre y de gran espíritu, llamado Fray Pedro de Alcántara, de quien después haré más mención, y me han dicho otros letrados grandes, y que es adonde menos se puede entremeter el demonio de todas) así no hay términos para decirla acá, las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán á entender. Porque, si digo que con los ojos del cuerpo ni del alma no le veo, porque no es imaginaria visión, ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si le viese? Porque parecer que es como una persona que está á oscuras, que no ve á otra que está cabe ella, ú si es ciega, no va bien; alguna semejanza tiene más no mucha, porque siente con los sentidos, ú la oye hablar, ú menear, ú la toca. Acá no hay nada desto, ni se ve oscuridad; sino que se representa por una noticia al alma, más clara que

el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz que, sin ver luz alumbra el entendimiento, para que goce el alma tan gran bien. Tray consigo grandes bienes.

4. No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces (en especial los que tienen oración de unión y quietud) que parece en quiriendo comenzar á tener oración, hallamos con quién hablar, y parece entendemos nos oye por los efetos y sentimientos espirituales que sentimos de gran amor y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho á quien lo ha dado; porque es muy subida oración, mas no es visión, que entendiase que está allí Dios por los efetos que, como digo, hace al alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse á sentir: acá vese claro que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En estotra oración representáanse unas influencias de la Divinidad: aquí junto con éstas se ve nos acompaña, y quiere hacer mercedes también la Humanidad sacratísima (2). Pues preguntóme el confesor: ¿Quién dijo que era Jesucristo? El me lo dice muchas veces, respondí yo: más antes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era El, y antes desto me lo decía, y no le vía.

Si una persona que yo nunca hubiera visto, sino oído nuevas della, me viniese á hablar estando ciega, ú en gran escuridad, y me dijese quien era, creelo hía, más no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá si, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar: que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve, ni tanto; porque en esto algunas veces nos queda

(2) Estas dos mercedes se diferencian en que por la primera se siente la presencia de Dios por los efectos é influencias que causó en el alma; mas en la segunda, de que está hablando, además de esas influencias, hay verdadera visión.

sospecha si se nos antonjó: acá, aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Así es también en otra manera que Dios enseña á el alma, y la habla sin hablar, de la manera que queda dicha.

5. Es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar á entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras, sino á manera desta visión que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios que entienda el alma lo que El quiere, y grandes verdades y misterios; porque muchas veces lo que entiendo cuando el Señor me declara alguna visión que quiere su Majestad representarme, es así; y paréceme que es adonde el demonio se puede entremeter menos, por estas razones; si ellas no son buenas, yo me debo engañar. Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias, ni en los sentidos, á mi parecer, por donde el demonio puede sacar nada. Esto es alguna vez y con brevedad, que otras bien me parece á mí que no están suspendidas las potencias ni quitados los sentidos, sino muy en sí, que no es siempre esto en contemplación, ántes muy pocas veces; mas estas que son, digo, que no obramos nosotros nada, ni hacemos nada: todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiende bien que está; aunque aquí no se entiende el manjar que es, ni quien lo puso, acá sí; mas cómo se puso no lo sé, que ni se vió, ni se entiende, ni jamás se había movido á desearlo, ni había venido á mi noticia que esto podía ser.

6. En la habla que hemos dicho antes, hace Dios al

entendimiento que advierta, aunque le pese, á entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta; como á uno que oyese bien, y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto á voces, aunque no quisiese lo oiría. Y, en fin, algo hace, pues está atento á entender lo que le hablan: acá ninguna cosa, que aun este poco que es solo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido, no hay más que hacer de gozar; como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí (3), sin saber como ni donde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el A, Bé, Cé. Esta comparación posttrera me parece declara algo deste don celestial, porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese á disputar la verdad destas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced destas para trocar toda un alma, y hacerla no amar cosa sinó á quien vé, que, sin trabajo ninguno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir. Porque hace algunas mercedes, que consigo trayn la sospecha, por ser de tanta admiración, y hechas á quien tampoco las ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se podrán creer: y ansí yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho á mí, si no me mandaren otra cosa, sino son algunas visiones, que pueden para alguna cosa aprovechar, ú para que, á quien el Señor las diere no se espante, pareciéndole imposible, como hacía yo; ú para declararle el

(3) Llega á tanto la conformidad de la doctrina de la Santa con Santo Tomás, que los dos ponen el mismo ejemplo.

modo ú camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

7. Pues tornando á esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo: paréceme á mí, que así como allá sin hablar se entienden (lo que yo nunca supe, cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento) así es acá, que se entienden Dios y el alma, con solo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse á entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho, y tienen buen entendimiento, aun sin señas, parece que se entienden con solo mirarse. Esto debe ser aquí, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo á la Esposa en los Cantares (4), á lo que creo, helo oído que es aquí.

8. ¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya, Señor, desta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna fuera de Vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! ¡Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por experiencia, que es verdad esto que digo, y que es lo menos de lo que Vos hacéis con una alma que traéis á tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh almas!, que habéis comenzado á tener oración, y las que tenéis verdadera fe, ¿qué bienes podéis buscar aun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin) que sea como el menor destes? Mirá que es así cierto, que se da Dios á sí á los que todo lo

(4) "Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum". (Cant., IV, 9.) En el texto autografiado de la Santa hay dos líneas borradas, que pudieran ser acaso este ú otro versículo del Cantar de los Cantares.

dejan por El. No es acetador de personas, á todos ama, no tiene nadie excusa, por ruín que sea, pues así lo hace conmigo, trayéndome á tal estado. Mirá que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir, sólo va dicho lo que es menester para darse á entender esta manera de visión y merced, que hace Dios al alma; mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da á entender secretos y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos á ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y destes ¿que dá el Señor? sola una gota de agua del gran rio caudaloso que nos está aparejado.

9. Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada que nadie. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes y deleites y gloria para sin fin, todos á costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos á llevar la Cruz con el Cirineo? Qué, ¿con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que El nos ganó á costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remediar un desprecio como El sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado va el camino; nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó á mí esta libertad. A mí me las querría dar siempre, y oyóme tan tarde, y entendí á Dios, como se verá por lo escrito, que me es gran confusión hablar en esto, y así quiero callar; solo diré lo que algunas veces considero. Plega al Señor me traya á términos, que yo pueda gozar deste bien. ¿Qué gloria accidental será, y que contento de los bienaventurados que ya gozan desto, cuando vie-

ren que, aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible, ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme á sus fuerzas y estado, y el que más, más? ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por El, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron á la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! ¡Más si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios y discretos? Eso, eso debe ser, según se usa discreción; luego nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura y autoridad cada uno en su estado. Hasta el fraile y clérigo y monja nos parecerá que traer cosa vieja y remendada es novedad y dar escándalo á los flacos; y aun estar muy recogidos y tener oración, según está el mundo, y tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los santos, que pienso hace más daño á las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haría escándalo á nadie dar á entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que destos escándalos el Señor saca dellos grandes provechos; y si unos se escandalizan, otros se remuerden: siquiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

10. Y ¡qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hom-

bre deste tiempo era, estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies, que, aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande le dió su Majestad á este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben! Quiero decir algo della, que sé es toda verdad. Díjome á mí y á otra persona (5), de quien se guardaba poco (y á mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré), pareceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre, ú de rodillas, ú en pié. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese ni cosa en los pies, ni vestía sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y este tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes frios se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba el cuerpo, para que so-

(5) Probablemente sería ésta la venerable María Díaz, de quien hace Santa Teresa mención en sus "Cartas", y era dirigida por San Pedro Alcántara. Solía decir este bendito Santo que Avila tenía la dicha de encerrar dentro de sus muros tres Santas á la vez: Santa Teresa, María Díaz del Vivar y Catalina Dávila. Descansa el cuerpo de esta última, mujer noble y religiosa, en la iglesia del Convento de Dominicos de Santo Tomás.

segase con más abrigo. Comer á tercero día era muy ordinario. Y díjome, que ¿de qué me espantaba? Que muy posible era á quien se acostumbraba á ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos y ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo, que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile, sino era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así á las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba; esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver; más era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles (6). Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En estas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuesa merced que para qué me meto en esto, y con él lo he escrito. Y así lo dejo, con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi* (7), y hincado de rodillas, murió.

11. Después ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que *¡bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido!* y otras muchas

(6) Es una de las expresiones más gráficas entre las muchas con que se tropieza á cada paso en las "Obras" de esta insigne Doctora.

(7) Salmo CXXI, 1.

cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró, me apareció, y dijo cómo se iba á descansar. Yo no lo creí; díjelo á algunas personas, y desde á ocho días vino la nueva cómo era muerto, ú comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria; paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas (8). Sea bendito por siempre. Amén.

12. Más que hablar he hecho para despertar á vuesa merced á no estimar en nada cosa desta vida, como si no lo supiese, ú no estuviera ya determinado á dejarlo todo y puéstolo por obra. Veo tanta perdición en el mundo, que aunque no aproveche más decirlo yo de cansarme de escribirlo, me es descanso, que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuesa merced que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

(8) San Pedro de Alcántara, ilustre hijo del gran Patriarca San Francisco, fué gran maestro y protector de Santa Teresa. Murió el 18 de Octubre de 1562 en Arenas, villa que desde este tiempo se llamó de San Pedro, donde hasta hoy es venerado su santo cuerpo.

CAPITULO XXVIII

En que trata de las grandes mercedes que le hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez: declara qué es visión imaginaria: dice los grandes efectos y señales que deja cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo y mucho de notar.

Sumario: 1. Sin desaparecer la visión intelectual la mostró un día el Señor las manos por visión imaginaria. A pocos días su divino rostro.—2. Es necesario esfuerzo, porque es tanta la hermosura, que desatina.—3. Día de San Pablo vió por visión imaginaria toda la Humanidad. Nunca tuvo visión corporal, ó sea con los ojos del cuerpo; esta, de que está hablando, es con los ojos del alma, ó sea con la imaginación; la intelectual, de que habló en el capítulo pasado, es con el entendimiento, y es la más perfecta. Temía si había sido antojo.—4. El Señor la quita el temor.—5. Se vale de una comparación para hacer ver que era imposible se lo hubiera imaginado, y, por lo tanto, que era sobrenatural.—6. Quiere explicar el modo, pero antes confiesa tiene rudo entendimiento para hacerlo.—7. Se esfuerza por dar alguna explicación diciendo que es imagen no muerta sino viva.—8. ¡Cuánto se aprende en ella y se ve y se representa! Provecho que saca el alma. Aunque es menos perfecta que la intelectual es más conforme á nuestra naturaleza. Suelen acaecer á la vez las dos.—9. Quiere contrahacerlo el demonio, pero deja otros efectos; entre otros, apariencia de amor poco casto.—10. Menos puede ser fabricada por nuestra imaginación. Comparación del sueño de que se vale para explicar esto.—11. Se defiende de los que opinaban era cosa de antojo ó del demonio.—12. ¡Cuánto padecieron ella y el confesor!—13. Los siervos de Dios, con quienes ella trataba estas cosas, la hicieron padecer mucho por ser contradicción de buenos á una mujercilla ruin y flaca.



TORNANDO á nuestro propósito, pasé algunos días, pocos, con esta visión muy continua, y hacíame tanto provecho, que no salía de oración; y aún cuanto hacía, procuraba fuese de suerte, que no descontentase al que claramente vía estaba por tes-

tigo; y aunque á veces temía con lo mucho que me decían, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquiera novedad me le hace grande en los principios, de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde á pocos días ví también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco á poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después, que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme á mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruín sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor dispuniendo.

2. Parecerá á vuesa merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: sólo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que trayn consigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa, destina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y siguridad, y con tales efetos que presto se perdía el temor.

3. Un día de san Pablo, estando en Misa, se me representó todo esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí á vuesa merced cuando mucho me lo mandó (1). Y hacíaseme harto de mal, porque no

(1) Para la más fácil inteligencia de quanto Santa Teresa nos dice sobre las muchas y extraordinarias visiones que tuvo, conviene distinguir, como ella lo hace, tres especies. Hay visiones corporales que se ven con los ojos del cuerpo, como Moisés vió la zarza que ardía y no se quemaba, y Daniel la escritura en la pared. Estas son las más imperfectas y donde más puede mezclarse el demonio y engañar las almas. Santa Teresa nunca tuvo estas visiones corporales. La segunda es-

se puede decir, que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe ya lo dije, y así no hay para qué tornarlo á decir aquí: solo digo, que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro, aun acá, que se muestra su Majestad conforme á lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será adonde del todo se goza tal bien? Esta visión aunque es imaginaria, nunca la ví con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma (2). Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfeta la pasada que esta, y esta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Esta dicen que es la más baja, y adonde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y también después de pasada me acaecía (esto era luego, luego) pensar yo también en esto, que se me había antojado, y fatigabame de

pecie son las visiones imaginarias, que se llaman así por ser ciertas representaciones en la imaginación; como Isaías vió al Señor sentado en un trono. "Vidi Dóminum sedentem, etcétera, etc." De estas visiones imaginarias tuvo muchísimas Santa Teresa, como se ve en todo el discurso de su vida, son más perfectas que las corporales. Por último, hay visiones intelectuales en que, sin representación previa de la imaginación, con el entendimiento, se conocen sobrenaturalmente las verdades. Tal fué, dice Santo Tomás, la ciencia infusa de Salomón, y la que Dios infundió á los Apóstoles. Santa Teresa no sólo recibió de Dios estas visiones, sino que comprendió las ventajas que hacían á las imaginarias, y más aún á las corporales. Es inútil añadir que cuanto Santa Teresa escribió analizando esta tan elevada materia, no discrepa en lo más mínimo de las enseñanzas del Angélico Doctor en la 2.^a 2.^a quest. 173 y 174.

No está demás advertir que la palabra **imaginaria** no se toma en el sentido vulgar, como si esta visión fuera efecto de una imaginación trastornada y que carece de realidad. Es una verdadera representación que Dios infunde sobrenaturalmente en la **imaginación**, y de ahí el nombre de **imaginaria**.

(2) Por los ojos del alma entiende la imaginación ó potencia imaginativa. Téngase esto presente, porque con frecuencia usa de esas frases ó parecidas para indicar las visiones imaginarias.

haberlo dicho al confesor, pensando si le había engañado. Este era otro llanto, y iba á él, y decíasele. Preguntábame, ¿qué si me parecía á mí así ú si había querido engañar? Yo le decía la verdad, porque á mí parecer no mentía, ni tal había pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y así procuraba sosegarme, y yo sentía tanto en irle con estas cosas, que no sé como el demonio me ponía lo había de fingir, para atormentarme á mí mesma.

4. Mas el Señor se dió tanta priesa á hacerme esta merced y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque ecede á todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo á la vista, y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa á la vista, que no se querrían abrir los ojos después.

5. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, á una muy turbia y con gran nublado, y corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural, y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz... no la turba nada. En fin, es de suerte que, por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es: y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si

fuera menester abrirlos; más no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

6. Lo que yo ahora querría decir, es el modo como el Señor se muestra por estas visiones; no digo que declararé de qué manera puede ser poner esta luz tan fuerte en el sentido interior, y en el entendimiento imagen tan clara, que parece verdaderamente está allí, porque esto es de letrados: no ha querido el Señor darme á entender el cómo; y soy tan inorante y de tan rudo entendimiento, que, aunque mucho me lo han querido declarar, no he aún acabado de entender el cómo. Y esto es cierto, que, aunque á vuesa merced la parezca que tengo vivo entendimiento, que no lo tengo, porque en muchas cosas lo he experimentado, que no comprendo más de lo que le dan á comer, como dicen. Algunas veces se espantaba el que me confesaba de mis inorancias, y jamás me dió á entender, ni aun lo deseaba, cómo hizo Dios esto ú pudo ser esto, ni lo preguntaba, aunque, como he dicho, de muchos años acá trataba con buenos letrados. Si era una cosa pecado ú no, esto sí; en lo demás no era menester más para mí de pensar hízolo Dios todo, y vía que no había de qué me espantar, sino por qué le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.

7. Diré, pues, lo que he visto por experiencia; el cómo el Señor lo hace, vuesa merced lo dirá mijor, y declarará todo lo que fuere oscuro y yo no supiese decir. Bien me parecía en algunas cosas que era imagen lo que vía, mas por otras muchas no, sino que era el mismo Cristo, conforme á la claridad con que era servido mostrármeme. Unas veces era tan en confuso, que me

parecía imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfetos que sean, que hartos he visto buenos: es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni menos que la tiene una persona viva á su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin, se ve es cosa muerta: mas dejemos esto, que aquí viene bien y muy al pie de la letra. No digo que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia que de lo vivo á lo pintado, no más ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da á entender que es hombre, y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene á veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma; se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, quien pudiese dar á entender la majestad con que os mostráis! ¡Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que vos criárades! entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser vos Señor dello.

8. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios, en comparación del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajaste al limbo, y tuvieran de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran majestad, y veo que queréis dar á entender á el alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad, junto con la Divinidad. Aquí se representa bien, qué

será el día del juicio ver esta majestad de este Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad que deja en el alma de ver su miseria, que no la puede inorar. Aquí la confusión y verdadero arrepentimiento de los pecados, que, aun con verle que muestra amor, no sabe adonde se meter, y así se deshace toda. Digo que tiene tan grandísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere mostrar al alma mucha parte de su grandeza y majestad, que tengo por imposible, si muy sobrenatural no la quisiese el Señor ayudar, con quedar puesta en arrobamiento y éxtasi (que pierde el ver la visión de aquella divina presencia, con gozar) sería, como digo, imposible sufrirla ningún sujeto. Es verdad, que se olvida después. Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar, si no es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande que diré adelante; que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida; parécele comienza de nuevo amor vivo de Dios en muy alto grado, á mi parecer; que, aunque la visión pasada, que dije que representa á Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme á nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada y puesta en la imaginación tan divina presencia. Y casi vienen juntas (3) estas dos maneras de visión siempre; y aun es así que lo vienen, porque con los ojos del alma vese la ecelencia y hermosura y gloria de la santísima Humanidad; y por estotra manera que queda dicha, se nos da á entender cómo es Dios, y poderoso, y que todo lo puede, y todo lo manda, y todo lo gobierna, y todo lo hinche su amor.

(3) Esto mismo enseña Santo Tomás en las cuestiones disputadas "De veritate", quast. 12, artículo 12, c.

9. Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro, á mi parecer; porque en los efetos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme que tres ú cuatro veces me ha querido representar de esta suerte á el mesmo Señor, en representación falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria, que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión, que ha visto el alma, mas así la resiste de sí y se alborota, y se desabre y inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración. A los principios fué esto, como he dicho, tres ú cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que, aun quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá por los efetos, que quedan dichos en las hablas. Es cosa muy conocida, y sino se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará, si anda con humildad y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego cási se siente; porque aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo lanza de sí: y aun, á mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto, y muy en breve da á entender quién es.

10. Así que, adonde hay experiencia, á mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginación esto, es imposible de toda imposibilidad, ningún camino lleva, porque sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarnos dello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes cosas que en gran tiempo no pudieran concertarse con la imaginación, porque va muy más alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender: así que esto es imposible; y si pudiésemos algo en esto, aun se ve claro por estotro que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento (dejado que no haría las

grandes operaciones que esto hace, ni ninguna) porque sería como uno que quisiese hacer que dormía, y estése despierto, porque no le ha venido el sueño; él, como si tiene necesidad ú flaqueza en la cabeza lo desea, adórmécese él en sí, y hace sus diligencias, y á las veces parece hace algo; mas si no es sueño de veras, no le sustentará ni dará fuerza á la cabeza, antes á las veces queda más desvanecida. Ansí sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y desgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo, de salud, y queda co-nortado.

11. Esta razón, con otras, daba yo cuando me decían que era demonio, y que se me antojaba (que fué muchas veces) y ponía comparaciones como yo podía y el Señor me daba á entender; mas todo aprovechaba poco, porque como había personas muy santas en este lugar, y yo en su comparación una perdición, y no los llevaba Dios por este camino, luego era el temor en ellos; que mis pecados parece lo hacían, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venían á saber, sin decirlo yo sino á mi confesor, ú á quien él me mandaba. Yo les dije una vez que si los que me decían esto me dijeran que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto: mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me veía rica siendo pobre, que no podía creerlo, aunque yo quisiese; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían vían claro estar otra mi alma, y ansí lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no

disimulada, sino muy con claridad lo podían todos ver. Porque como antes era tan ruín, decía yo que no podía creer que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios, y poner virtudes y fortaleza; porque vía claro quedar con estas cosas, en una vez, otra.

12. Mi confesor, como digo (que era un Padre bien santo de la Compañía de Jesús) respondía esto mismo, según yo supe (4). Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mí hartos trabajos, porque, con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decía; traíanle ejemplos de otras personas: todo esto me fatigaba á mí. Temía que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí, no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme, sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por El; y así me decía que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa: yo así lo hacía. El me decía que haciendo yo esto,

(4) Este confesor era el Jesuíta Padre Baltasar Alvarez, quien acababa de ordenarse de Sacerdote, contando sólo la edad de veinticinco años. La poca edad y falta de experiencia, explican, dice el Jesuíta Antonio Astrain, la poca resolución y el temor que se manifiestan en la dirección espiritual de Santa Teresa. Padecía además, dice el venerable La Puente, en esa época de su vida, de encogimiento de espíritu, todo lo cual, unido á no poderse bullir sin permiso del Superior, que lo era entonces el Padre Dionisio Vázquez, cuya severidad y rigor eran á todos conocidas, según los Bolandistas, ha sido indudablemente la causa de que no llenara tan perfectamente como era de desear, el delicado puesto de confesor y director de un alma tan grande y prodigiosa como la de Santa Teresa de Jesús. ("Cfr. *Cévres completes des Carmelites*", de París. Tomo I, página 364; edición de 1907.)

aunque fuese demonio, no me haría daño, antes sacaría el Señor bien de el mal, que él quería hacer á mi alma; procuraba perficionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años, y más, que me confesó, con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas que primitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían á él; y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder á los que les parecía iba perdida, y no le creían; y por otra parte habíame de sosegar á mí y de curar el miedo que yo traía, puniéndomele mayor: me había por otra parte de asigurar; porque á cada visión, siendo cosa nueva primitía Dios me quedasen despues grandes temores: todo me procedía de ser tan pecadora yo, y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mesmo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mesmo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo.

13. Los siervos de Dios, que no se asiguraban, tratábanme mucho; yo como hablaba con descuido algunas cosas, que ellos tomaban por diferente intención. Yo quería mucho al uno dellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo: yo sentía infinito de que vía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento y que el Señor me diese luz; y así lo que yo decía como digo, sin mirar en ello, parecíales poca humildad: en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza y descuido, luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sábia; todo iba á mi

confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho: él á reñirme. Duró esto harto tiempo, afligida por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor todo lo pasaba. Digo esto, para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que á no me favorecer tanto el Señor, no sé qué fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me vía en términos que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradición de buenos á una mujercilla ruín y flaca, como yo, y temerosa, no parece nada ansí dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es este de los mayores. Plega el Señor que yo haya servido á su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban y argüían, bien cierto estoy, y que era todo para gran bien mío.

CAPÍTULO XXIX

Prosigue en lo comenzado y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la decía para asigurarla, y para que respondiese á los que la contradecían.

Sumario: 1. Insiste en hacer ver que esa visión imaginaria de la Santa Humanidad no puede ser fabricada por la misma imaginación, sino que es sobrenatural.—2. No se ve más ni menos que lo que Dios quiere, y esto sirve para la humildad.—3. En esa visión se la representaba el Señor en diversos pasos de su Pasión. La querían conjurar los siervos de Dios.—4. El Padre Jesuíta que la confesaba algunas veces por no poder el Padre Ministro, dijo, que claro era demonio. La manda que se santigue y dé higas, cuando la viniere esa visión. Angustia que la causa este mandato.—5. Repite la grandísima pena que sentía en dar higas y que el Señor la mandó obedecer.—6. Lo que la sucedió con la cruz del rosario, y cómo crecieron las mercedes.—7. Crece en ella el amor de Dios y la dan unos ímpetus grandes de este amor.—8. Describe lo que son estos ímpetus y cómo se distinguen de ciertas devociones, acaloramiento y lágrimas. Da reglas muy diversas sobre estas devociones.—9. Los ímpetus de que habla ahora, son diferentísimos, de más valor y causan una pena, pero sabrosa.—10. No comprendía cómo podían juntarse pena y gloria, ó sea que fuese pena y á la vez sabrosa. Con penitencias trataba de aplacar el grande amor que sentía.—11. Describe la merced soberana de la trasverberación de su corazón.—12. Expone la grande pena con que quedaba después de esta merced, si bien no era tan grande como la de que ha hablado en el capítulo XX.



MUCHO he salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay, para ver que no es imaginación: porque ¿cómo podríamos representar con estudio la Humanidad de Cristo, y ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se había de paecer á ella. Bien la puede representar delante de su

imaginación y estarla mirando algún espacio, y las figuras que tiene, y la blancura, y poco á poco irla más perfeccionando y encomendando á la memoria aquella imagen; esto ¿quién se lo quita? pues con el entendimiento la pudo fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay de esto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y como quiere, y lo que quiere; y no hay quitar ni poner, ni modo para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver: en quiriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced: habrá más de tres que tan contino me la quitó deste modo, con otra cosa más subida (como quizá diré después), y con ver que me estaba hablando y yo mirando aquella gran hermosura, y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en extremo entender el color de sus ojos, ú del tamaño que eran, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista.

2. Así, que aquí no hay que querer ni no querer: claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar á quien lo da. Esto es en todas las visiones, sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver menos, ni más hace ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro, no es esta obra nuestra, sino de su Majestad; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes y temerosos, viendo que

como el Señor nos quita el poder para ver lo que queremos, nos puede quitar estar mercedes y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo mientras en este destierro vivimos.

3. Cási siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la Hostia lo mesmo: si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la Cruz, y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas; y llevando la Cruz también algunas veces, para, como digo, necesidades mías y de otras personas; más siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas. De esto poco se me daba á mí, mas sentía cuando vía yo que temían los confesores de confesarme, ú cuando sabía les decían algo. Con todo, jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocara: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mesmo Señor me asiguraba muchas veces. Yo me vía crecer en amarle muy mucho: íbame á quejar á El de todos estos trabajos; siempre salía consolada de la oración y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque vía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba, él siempre me consolaba mucho cuando me vía fatigada.

4. Como las visiones fueron creciendo, uno de ellos, que antes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro), comenzó á decir, que claro era demonio (1). Mandábame, que ya que no

(1) El Jesuíta que la mandó dar higas, ó sea burlarse del Señor, fué el Padre Fernando Alvarez del Aguila, según afir-

había remedio de resistir, que siempre me santiguase cuando alguna visión viesse, y diese higas, y que tuviese por cierto era demonio, y con esto no vernía; y que no hubiese miedo, que Dios me guardaría y me lo quitaría. A mí me era esto grande pena; porque como yo no podía creer, sino que era Dios, era cosa terrible para mí; y tampoco podía, como he dicho, desear se me quitase, mas en fin hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho á Dios me librase de ser engañada, esto siempre lo hacía, y con hartas lágrimas, y á san Pedro y san Pablo, que me dijo el Señor (como fué la primera vez que me apareció en su día) (2) que ellos me guardarían no fuese engañada, y así muchas veces los vía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos Santos muy mis señores.

5. Dábame este dar higas grandísima pena, cuando vía esta visión del Señor; porque cuando yo le vía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio, y así era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre, las higas no tan contino, porque sentía mucho: acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos, y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer al que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que El tenía puestos en su Ilesia. Decíame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, más que El haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la

ma el Jesuíta Padre Bois. "Dar higas, según el Sr. La Fuente, era hacer una señal de desprecio con la mano, poniéndola cerrada y asomando el dedo pulgar entre el índice y el del medio." Hoy, después de los concienzudos estudios hechos por el ilustre académico Sr. Mir, parece más probable que este confesor fué el Jesuíta Padre Ripalda, y no su hermano de religión, el Padre Alvarez del Aguila.

(2) Véanse los capítulos XXVII, núm. 2, y XXVIII, número 3.

oración, me pareció se había enojado. Díjome, que les dijese, que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio, alguna diré después.

6. Una vez teniendo yo la Cruz en la mano, que la traía en un rosario (3), me la tomó con la suya; y cuando me la tornó á dar, era de cuatro piedras grandes, muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi á lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha, y imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenía las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que así la vería de aquí adelante, y así me acaecía, que no vía la madera de que era, sino estas piedras, más no lo vía nadie sino yo. En comenzando á mandarme hiciese estas pruebas y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes. En quiriéndome divertir, nunca salía de oración, aun durmiéndome parecía estaba en ella, porque aquí era crecer el amor, y las lástimas que yo decía al Señor, y el no lo podía sufrir ni era en mi mano (aunque yo quería y más lo procuraba) de dejar de pensar en El: con todo obedecía cuanto podía, más podía poco ú nonada en esto. Y el Señor nunca me lo quitó, más, aunque me decía lo hiciese, asigurábame por otro cabo, y enseñábame lo que les había de decir, y así lo hace ahora, y dábame tan bastantes razones, que á mí me hacía toda seguridad.

7. Desde á poco tiempo comenzó su Majestad como me lo tenía prometido, á señalar más que era El, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabía

(3) Todavía se conserva el rosario de la Santa en su capilla natal; pero la cruz maravillosa de que aquí habla, la tuvo en Alba Doña Juana de Ahumada, después de la muerte de su Santa hermana. Hoy, por desgracia, no se sabe dónde se halla. Sin embargo, se tiene por cierto que la cruz del rosario que actualmente se muestra en la capilla de la Santa á los fieles, fué usada por la Santa Madre.

quien me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Víame morir con deseo de ver á Dios, y no sabía adónde había de buscar esta vida, sino era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes de este amor, que, aunque no eran tan insufrideros, como los que ya otra vez he dicho (4), ni de tanto valor, yo no sabía que me hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡O artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Ascendíades os de mí, y apretábademe con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa que nunca el alma querría salir de ella.

8. Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender, que no es desasosiego del pecho; ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Esta es oración más baja, y hanse de evitar estos aceleramientos, con procurar con suavidad recogerlos dentro de sí, y acallar el alma; que es esto como unos niños que tienen un acelerado llorar, que parece van ahogarse, y, con darles á beber, cesa aquel demasiado sentimiento: así acá la razón ataje á encoger la rienda, porque podría ser ayudar el mismo natural. Vuelva la consideración con temer no es todo perfeto, sino que puede ser mucha parte sensual, y acalle este niño con un regalo de amor, que le haga mover á amar por vía suave, y no á puñadas, como dicen: que recojan este amor dentro, y no como olla que cuece demasiado, porque se pone la leña sin discreción, y se vierte toda, sino que moderen la causa que tomaron para ese fuego, y procuren amatar la llama con lágrimas suaves, y no penosas, que lo son las de estos sen-

(4) Véase el capítulo XX, números 6 al 13.

timientos, y hacen mucho daño. Yo las tuve algunas veces á los principios, y dejábanme perdida la cabeza y cansado el espíritu, de suerte, que otro día y más, no estaba para tornar á la oración. Así que es menester gran discreción á los principios, para que vaya todo con suavidad, y se muestre el espíritu á obrar interiormente; lo exterior se procure mucho evitar.

9. Estotros ímpetus son diferentísimos: no ponemos nosotros la leña, sino que parece que, hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro, para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazón á las veces, que no sabe el alma que há, ni qué quiere: bien entiende que quiere á Dios, y que la saeta parece traía yerba para aborrecerse á sí por amor de este Señor, y perdería de buena gana la vida por El. No se puede encarecer, ni decir el modo con que llaga Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de si, mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida, que más contento dé. Siempre querría el alma (como he dicho) estar muriendo deste mal.

10. Esta pena y gloria junta, me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh, qué es ver un alma herida! Que digo, que se entiende de manera, que se puede decir herida, por tan ecelente causa, y vé claro que no movió ella, por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella, que la hace toda arder. ¡Oh, cuantas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum* (5), que me parece lo veo al pie de la letra en mí! Cuando no da esto muy recio,

(5) Salmo XLII, 1.

parece se aplaca algo (al menos busca el alma algún remedio, porque no sabe que hacer) con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios; mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase: como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal; alguna cosa se aplaca, y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal y ninguno ve, sino la muertè, que con esta piensa gozar del todo á su Bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni pies ni brazos no puede menear; antes si está en pie se sienta como una cosa trasportada, que no puede ni aún resolgar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, más sónlo en el sentimiento.

11. Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: vía un ángel cabe mí hacía el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan: deben ser los que llaman Cherubines (6), que los nombres no me los dicen, mas bien veo

(6) El Papa Benedicto XIII, de la Orden de Santo Domingo, autorizó para celebrar la fiesta de la Transverberación del Corazón de la Santa Madre Teresa de Jesús el 27 de Agosto. En los últimos días de este mes y primeros de Septiembre, se celebra un solemne decenario en honor de la Santa Madre. Aun se conserva en el Convento de la Encarnación el pequeño oratorio que pudiera llamarse el Sancta Sanctorum, donde esto sucedió.

Santa Teresa escribió Cherubines; pero el Padre Báñez puso al margen: más parece de los que llaman Serafines, y así se ha venido imprimiendo.

que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabría decir. Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos; y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.

12. Los días que duraba esto andaba como embozada; no quisiera ver, ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes, no los podía resistir, sino que con harta pena mía se comenzaron á publicar. Después que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes (no me acuerdo en que capítulo), que es muy diferente en hartas cosas y de mayor aprecio: antes en comenzando esta pena, de que ahora hablo, parece arrebatada el Señor el alma y la pone en éxtasi, y así no hay lugar de tener pena, ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal responde á tan grandes beneficios.

CAPÍTULO XXX

Torna á contar el discurso de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba al santo varón Fray Pedro de Alcántara, de la Orden del glorioso san Francisco. Trata de grandes tentaciones y trabajos interiores que pasaba algunas veces.

Sumario: 1. Temor que tenía porque no entendía como podía estar junto tan excesiva pena espiritual con tan grandioso gusto espiritual.—2. El Señor remedió en gran parte sus trabajos por medio de San Pedro Alcántara.—3. Este le dió grandísima luz y consuelo.—4. Como el Señor la llevaba por camino de temor, no dió al Santo entero crédito, y así no cesó del todo el temor.—5. Grandes trabajos de cuerpo y espíritu que padeció á la vez.—6. Expone algunos de los trabajos interiores que padecía. Analiza los caracteres de la humildad falsa y verdadera.—7. Sigue refiriendo otras turbaciones interiores causadas por el demonio.—8. Cómo quedan la fe y lo mismo las demás virtudes cuando el alma se halla en ese estado de turbación.—9. Sigue pintando muy al vivo el espíritu de ira que pone el demonio.—10. Refiere cómo la consolaba el Señor y cuán aprovechada salía su alma de esas tentaciones.—11. Vuelve á pintar lo miserable que es un alma cuando se esconde la gracia.—12. Estas miserias nos vienen del pecado de Adán.—13. Describe los efectos que causa en las almas el amor de Dios y se vale de una comparación, la más propia y al natural.—14. Con penitencias y llevar almas á Dios se satisface ese amor; lo mucho que se padece, cuando nada de esto se puede hacer.—15. El por qué ha escrito tantas cosas y ha omitido muchas.



DUES viendo yo lo poco ú no nada que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, también temía de tenerlos, porque pena y contento no podía yo entender cómo podía estar junto; que ya pena corporal y contento espiritual, ya lo

sabía que era bien posible; mas tan ecesiva pena espiritual, y con tan grandísimo gusto, esto me desatinaba; aún no cesaba en procurar resistir, mas podía tan poco, que algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz y queríame defender de El, que, con ella, nos amparó á todos; vía que no me entendía nadie, que esto muy claro lo entendía yo, mas no lo osaba decir sino á mi confesor, porque esto fuera decir bien de verdad que no tenía humildad.

2. Fué el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer á este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención, y dije algo de su penitencia; que entre otras cosas, me certificaron que había traído veinte años cilicio de hoja de lata continuo. Es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho, de romance, porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera Regla del bienaventurado San Francisco con todo rigor, y lo demás que allá queda dicho. Pues como la viuda (1) sierva de Dios, que he dicho, y amiga mía, supo que estaba aquí tan gran varón, y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis afliciones, y me consolaba harto; porque era tanta su fe, que no podía sino creer que era espíritu de Dios el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento, y de mucho secreto, y á quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz, en lo que los letrados inoraban. Dábanme licencia mis confesores, que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos

(1) Doña Guiomar de Ulloa.

harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi Provincial, para que ocho días estuviese en su casa; y en ella, y en algunas Ilesias le hablé (2) muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le dí cuenta en suma de mi vida y manera de proceder de oración, con la mayor claridad que yo supe, que esto he tenido siempre, tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos, y las cosas más dudosas y de sospecha, yo les argüía con razones contra mí, así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma.

Cási á los principios ví que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester; porque entonces no me sabía entender como ahora, para saberlo decir, que después me lo ha dado Dios, que sepa entender y decir las mercedes que su Majestad me hace, y era menester que hubiese pasado por ello quien de ei todo me entendiese y declarase lo que era.

3. El me dió grandísima luz, porque al menos en las visiones, que no eran imaginarias, no podía yo entender, qué podía ser aquello, y parecíame que, en las que vía con los ojos del alma, tampoco entendía cómo podía ser; que, como he dicho, solo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía á mí había de hacer caso, y estas no tenía. Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase á Dios, y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que sino era la Fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer: y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y

(2) En la iglesia de Santo Tomé y capilla de Mosén Rubí.

siempre después tuvo mucha cuenta conmigo, y dabáme parte de sus cosas y negocios. Y como me vía con los deseos que él ya poseía por obra, que estos dábamelos el Señor muy determinados, y me vía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo; que, á quien el Señor llega á este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale, á topar con quien le parece le ha dado el Señor principios de esto; que entonces no debía yo de tener mucho más, á lo que me parece, y plega el Señor lo tenga ahora.

Húbome grandísima lástima: díjome que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que había padecido, que es contradición de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me entendiese, mas que él hablaría al que me confesaba (3), y á uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado, que ya he dicho; porque como quien me tenía mayor voluntad, me hacía toda la guerra, y es alma temerosa y santa, y como me había visto tampoco había tan ruín, no acababa de asigu-rarse. Y así lo hizo el santo varón, que los habló á entramos (4), les dió causas y razones para que se asigu-rasen y no me inquietasen más. El confesor poco había menester; el caballero tanto, que aun no del todo bastó, más fué parte para que no tanto me amedrentase.

4. Quedamos concertados que le escribiese lo que me sucediese más de ahí adelante, y de encomendarnos mucho á Dios; que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones de esta miserable, que era harta mi confusión. Dejóme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oración con siguridad, y de que no dudase que era Dios; y de lo que tuviese alguna duda,

(3) Padre Baltasar Alvarez y Francisco de Salcedo.

(4) Por entrambos.

y por más siguridad de todo, diese parte á el confesor, y con esto viviese sigura. Mas tampoco podía tener esa siguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decían que lo era: así que temor ni siguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así que, aunque me consoló y sosegó, no le di tanto crédito para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma, que ahora diré; con todo quedé, como digo, muy consolada.

5. No me hartaba de dar gracias á Dios, y al glorioso padre mío san Joséf, que me pareció le había él traído, porque era Comisario general de la Custodia de san Joséf, á quien yo mucho me encomendaba, y á nuestra Señora.

Acaecíame algunas veces (y aun ahora me acaece, aunque no tantas), estar con tan grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me podía valerme. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los de el alma, los pasaba con mucha alegría, más cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

6. Todas las mercedes que me había hecho el Señor, se me olvidaban; sólo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospecha, pareciéndome que yo no había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos. Parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado, me parecía eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa, que el demonio inventaba para

desasosegarme, y probar si puede traer el alma á desesperación: y tengo ya tanta experiencia, que es cosa del demonio, que, como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en eso tantas veces como solía. Véase claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la escuridad y afición que en ella pone, la sequedad y mala disposición para oración, ni para ningún bien. Parece que ahoga el alma y ata el cuerpo, para que de nada aproveche, porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruín, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad), no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la escurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conorta, de ver cuán gran merced la hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es. Duélele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad porque tanto la sufrió. En estotra humildad, que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre: represéntale la justicia, y, aunque tiene fé que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder) es de manera que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia le ayuda á mayor tormento, porque me parece estaba obligada á más.

7. Es una invención del demonio, de las más penosas y sutiles, y disimuladas, que yo he entendido de él, y así querría avisar á vuesa merced para que, si por aquí le tentare, tenga alguna luz, y lo conozca, si le dejare el entendimiento para conocerlo; que no piense que vá en letras y saber, que, aunque á mí todo me

falta, después de salida de ello, bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es, que quiere, y primite el Señor, y le da licencia, como se la dió para que tentase á Job, aunque á mí, como á ruín, no es con aquel rigor.

Hame acaecido, y me acuerdo ser un día antes de la víspera de Corpus Christi (fiesta de quien yo soy devota, aunque no tanto como es razón), esta vez duróme solo hasta el día; que otras dúrame ocho, y quince días, y aun tres semanas, y no sé si más: y en especial las Semanas Santas, que solía ser mi regalo de oración, me acaece que coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas á las veces, que otras me reiría yo de ellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí, sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disbarates que ella representa, que cási ni tienen tomo, ni atan, ni desatan, sólo ata para ahogar de manera el alma, que no cabe en sí: y es ansí, que me ha acaecido parecerme que andan los demonios como jugando á la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder. No se puede decir lo que en este caso se padece: ella anda á buscar reparo, y primite Dios no le halle; solo queda siempre la razón del libre albedrío, no clara. Digo yo, que debe ser cási atapados los ojos: como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que, aunque sea noche y ascuras, ya por el tino pasado sabe á donde puede tropezar, porque lo ha visto de día, y guárdase de aquel peligro: ansí es para no ofender á Dios, que parece se va por la costumbre. Dejemos á parte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.

8. La fe está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Ilesia, mas pronunciado por la boca, que parece por otro cabo la aprietan, y entorpe-

cen, para que casi como cosa que oyó de lejos le parece que conoce á Dios. El amor tiene tan tibio que, si oye hablar en El, escucha, como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Ilesia; mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse á rezar, no es sino más congoja ú estar en soledad; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué, es incomportable: á mi parecer es un poco del traslado de el infierno. Esto es así, según el Señor en una visión me dió á entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quien, ni por dónde la ponen fuego, ni cómo huir de él, ni con qué le matar; pues quererse remediar con leer, es como si no supiese. Una vez me acaeció ir á leer una vida de un santo, para ver si me embebería, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro ú cinco veces otros tantos renglones, y, con ser romance, menos entendía de ellos á la postre que al principio, y así lo dejé: esto me acaeció muchas veces, sino que ésta se me acuerda más en particular.

9. Tener pues conversación con nadie, es peor, porque un espíritu tan desgustado de ira pone el demonio que parece á todos me querría comer, sin poder hacer mas, y algo me parece se hace en irme á la mano, ú hace el Señor en tener de su mano á quien así está; para que no diga, ni haga contra sus projimos, cosa que los perjudique, y en que ofenda á Dios. Pues ir al confesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que, con ser tan santos como lo son los que en este tiempo he tratado, y trato, me decían palabras y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mismos se espantaban, y me decían que no era más en su mano; porque, aunque ponían muy por sí de no lo hacer otras veces, que se les hacía después lástima, y aún escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de

cuerpo y de alma, y se determinaban á consolarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen á Dios, mas las más desgustadas que se sufrían para confesor; debían pretender mortificarme, y aunque otras veces me holgaba y estaba para sufrirlo, entonces todo me era tormento. Pues dame también parecer que los engaño: iba á ellos, y avisabalos muy á las veras que se guardasen de mí, que podría ser los engañase. Bien vía yo que de advertencia no lo haría, ni les diría mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez, como entendió la tentación, que no tuviese pena, que aunque yo quisiese engañarle, seso tenía él para no dejarse engañar. Esto me dió mucho consuelo.

10. Algunas veces, y cási ordinario, al menos lo más contino, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas, en llegando al Sacramento, luego á la hora quedaba tan buena alma y cuerpo que yo me espanto: no me parece, sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras, con solo una palabra que me decía el Señor, con solo decir: *No estés fatigada: no hayas miedo*, como ya dejo otra vez dicho, quedaba del todo sana, ú con ver alguna visión, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame á El, cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que cási siempre eran después en gran abundancia las mercedes; no me parece sino que sale el alma del crisol, como el oro, más afinada y clarificada para ver en sí al Señor: y así se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer incomportables, y se desean tornar á padecer, si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por El, todo es para mayor ganancia: aunque como

se han de llevar no los llevo yo, sino harto imperfectamente. Otras veces me venían de otra suerte, y vienen, que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena, ni desearla hacer, sino un alma y cuerpo del todo inútil y pesado; mas no tengo con esto estotras tentaciones y desasosiegos, sino un desgusto, sin entender de qué, ni nada contenta á el alma.

11. Procuraba hacer buenas obras exteriores para ocuparme, medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se asconde la gracia: no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfacción. Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien, que vaya con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, más siento que le conozco. El entendimiento y imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña, que la voluntad buena me parece á mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un Credo. Algunas veces me río y conozco mi miseria, y estoyle mirando, y déjole á ver qué hace; y, gloria á Dios, nunca por maravilla va á cosa mala, sino indiferentes, si algo hay que hacer aquí, y allí y acullá. Conozco más entonces la grandísima merced que me hace el Señor, cuando tiene atado este loco en perfeta contemplación. Miro qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande al alma de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad, y ansí digo al Señor: ¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No primitáis, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto paso muchas veces; algunas bien

entiendo le hace harto al caso la poca salud corporal.

12. Acuérdome mucho del daño que nos hizo el primer pecado (que de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien) y deben ser los míos, que, si yo no hubiera tenido tantos, estuviera más entera en el bien. Pasé también otro gran trabajo, que como todos los libros que leía, que tratan de oración, me parecía los entendía todos, y que ya me había dado aquello el Señor, que no los había menester, y así no los leía, sino vidas de Santos, que, como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían á Dios, esto parece me aprovecha y anima. Parecíame muy poca humildad pensar yo había llegado á tener aquella oración; y como no podía acabar conmigo otra cosa, dábame mucha pena, hasta que letrados, y el bendito fray Pedro de Alcántara, me dijeron que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir á Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes, es como á muchos buenos, y que estoy hecha una imperfección, si no es en los deseos y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece á mí que le amo, mas las obras me desconsuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bobería de alma (digo yo que es) que ni bien ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen, ni con pena, ni con gloria, ni la da vida, ni muerte, ni placer ni pensar: no parece se siente nada. Páreceme á mí que anda el alma como un asnillo que paca (5), que se sustenta porque le dán de comer, y come cási sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad,

(5) Símil sumamente gráfico para expresar lo que intenta.

mas no se sienten movimientos ni efetos para que se entienda el alma.

13. Paréceme ahora á mí, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo; porque en estotras maneras son tan grandes los efetos, que casi luego ve el alma su mijoría, porque luego bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, é quien Dios los da. Es como unas fontecicas, que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo y comparación de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquel agua, sino que la echa de sí. Ansí, está el alma muy ordinario, que no sosiega, ni cabe en sí con el amor que tiene: ya la tiene á ella empapada en sí, querría bebiesen los otros, pues á ella no le hace falta, para que la ayudasen á alabar á Dios. ¡Oh qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor á la Samaritana! y ansí soy muy aficionada á aquel Evangelio; y es ansí cierto, que sin entender, como ahora, este bien, desde muy niña lo era (6), y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía debujada adonde estaba siempre, con este letrero, quando el Señor llegó al pozo: *Domine da mihi aquam* (7). Parece también como un fuego que es grande, y para que

(6) El cuadro de la Samaritana con el letrero: *Domine da mihi aquam* que tenían en su casa los afortunados y cristianos padres de Santa Teresa de Jesús, y al cual alude en este pasaje, se halla hoy en el interior del convento de la Encarnación, en un pasillo ó recibimiento próximo á la puerta reglar. La Santa hizo pintar el mismo cuadro en su nuevo convento de San José, de Avila.

En nuestros días han desaparecido, por desgracia, las pinturas y recuerdos piadosos, aun en las casas y habitaciones de algunos que se llaman y son católicos, y se han sustituido por otras vanas, y, en cierto modo, paganas. No esperen éstos tener hijos parecidos á Santa Teresa. La religión y la fe nos entran por los sentidos.

(7) (Joan., IV, 15.)

no se aplaque, es menester haya siempre que quemar: así son las almas que digo, aunque fuese muy á su costa, que querrian traer leña, para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que, aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría; y así me acaece algunas y muchas veces; unas me río, y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita á que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores á imágenes, en barrer ú en poner un oratorio, ú en unas cosas tan bajas, que me hacía confusión. Si hacía algo de penitencia, todo poco, y de manera que, á no tomar el Señor la voluntad, vía yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo á ánimas, que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por El. Es una pena bien grande; porque, como le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume y hace ceniza, y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso.

14. Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí, y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, ú le dió letras y talento, y libertad para predicar y confesar y llegar almas á Dios; que no sabe ni entiende el bien que tiene, si no ha pasado por gustar, qué es no poder hacer nada en servicio del Señor, y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo, y dénle gloria los ángeles. Amén.

15. No sé si hago bien de escribir tantas menudencias: como vuesa merced me tornó á enviar á mandar que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda; y no puede ser menos de dejarse mucho, porque sería gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco, como he dicho, y por ventura no sacar ningún provecho.

CAPÍTULO XXXI

Trata de algunas tentaciones exteriores y representaciones que la hacía el demonio, y tormentos que la daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas que van camino de perfección.

Sumario: 1. Después de las turbaciones interiores causadas por el demonio, pasa á contar las exteriores y públicas.—2. Prosigue la misma materia, y testifica la gran virtud del agua bendita.—3. Con sus oraciones alcanza salir del pecado á un sacerdote, y tormentos del demonio que la cuesta.—4. Aprovecha mucho no temerle. Cuenta otro caso curioso y algunas visiones que tuvo relativas también á los demonios. Tentaciones que padecía. Cuando hay persecuciones, el alma está en su reino, aunque el cuerpo padece. Tentación que padece al considerar, si las mercedes que el Señor la hacía se habían de saber en público.—5. Prosigue lo mismo y cómo la consoló el Señor. Quiso por esto salir de la Encarnación y no la dejó el confesor.—6. Otra tentación era querer que todos supiesen sus pecados. No era esto verdadera humildad sino pusilanimidad y temor á los trabajos que suelen padecer las almas regaladas de Dios.—7. Lo único bueno que hay en el mundo es no consentir faltas en los buenos que no las perfeccionen con las murmuraciones. Es muy exigente el mundo, y lástima las muchas almas que se acobardan por esto.—8. Anima á que no desmayen ni se fatiguen, sino que esperen y con oración conseguirán las virtudes que desean. Hemos de estar sospechosos de nuestras virtudes. Cuenta lo que á ella la pasó con su hermana. Vió que no estaba desasida de sus parientes.—9. Sucede esto mismo en el desasimiento que les parece á muchos tienen de la honra. Se lastima mucho de esto.—10. Prosigue la misma materia.—11. Cuenta algunas cosillas que la tenían atada á la honra, mal entendida, y cómo las venció con actos de humildad.—12. Se avergüenza de los actos de virtud que ha contado comparándolos con las grandísimas mercedes que Dios la hacía.



QUIERO decir (ya que he dicho algunas tentaciones y turbaciones interiores y secretas, que el demonio me causaba) otras que hacía cási públicas, en que no se podía inorar que era él. Estaba

una vez en un oratorio, y aparecióme hácia el lado izquierdo, de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente, que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría á ellas. Yo tuve gran temor, y santigüeme como pude, y desapareció, y tornó luego: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; tenía allí agua bendita, y echéla hacia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas, y no sabían que se hacer, ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer atos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta la fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos atos, para poderlo llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiéndose cómo era el demonio, porque ví cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendía ganar, perdía. Yo como le ví, réime, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo, que no se podían valer, ni sabían qué remedio poner á tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir, con cuerpo y cabeza y brazos, y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

2. De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan más para no tornar: de la Cruz tambien huyen, mas vuelven; debe ser grande la virtud del

agua bendita; para mí es particular, y muy conocida consolación, que siente mi alma cuando la tomo (1). Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla á entender, con un deleite interior que toda el alma me conorta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos como si uno estuviese con mucha calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que ansí la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije: si no se riesen pediría agua bendita. Trajéronmela, echáronmela á mí, y no aprovechaba; echéla hacia donde estaba, y en un punto se fué, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho ver que, aun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal, ¿qué hará cuando él lo posea por suyo? Díome de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez, poco ha, me acaeció lo mesmo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola: pedí agua bendita, y las que entraron después que ya se habían ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijieran mentira), olieron un olor muy malo, como de piedra azúfre. Yo no lo olí: duró de manera que se pudo advertir á ello.

Otra vez estaba en el coro, y díome un gran ímpetu de recogimiento, fuíme de allí, porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes adonde

(1) Gran recomendación del agua bendita.

yo estaba, y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí que habla gruesa (2); mas estaba tan en oración, que no entendí cosa, ni hube ningún miedo. Casi cada vez era cuando el Señor me hacía merced, de que por mi persuasión se aprovechase algún alma; y es cierto que me acaeció lo que ahora diré; y desto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa (3), que lo vió por escrito en una carta; sin decirle yo quien era la persona cuya era la carta, bien sabía él quien era.

3. Vino una persona á mí, que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo, ni le confesaba, ni se enmendaba, ¡y decía misa!! Y aunque confesaba otros, este decía: que ¿cómo él había de confesar cosa tan fea? y tenía gran deseo de salir dél, y no se podía valer á sí. A mí hizome gran lástima, y ver que se ofendía á Dios de tal manera, me dió mucha pena: prometíle de suplicar á Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mijores que yo, y escribí á cierta persona que él me dijo podía dar las cartas: y es ansí, que á la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado á Dios, que se lo había yo encomendado), hacer con esta alma esta misericordia; y yo, aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribíome que estaba ya con tanta mijoría, que había días que no caía en él, mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno, sigún lo que padecía: que le encomendase á Dios. Yo lo torné á encomendar á mis hermanas, por cuyas oraciones debía

(2) El original de la Santa dice **gruesa**; algunos leen **fuese**.

(3) El Padre Domingo Báñez ó el Padre García de Toledo, que confesaban en **San José** á la Santa en estos años de 1565 y 1566. ("**Œvres completes des Carmelites**", París; tomo I, capítulo XXXI.)

el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy á pechos: era persona que no podía nadie atinar en quien era. Yo supliqué á su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios á atormentarme á mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos; entonces eran estas dos cosas que he dicho. Fué el Señor servido, que le dejaron á él (así me lo escribieron) porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor y á mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes, le aprovechaba. Decía que cuando se vía muy apretado, leía mis cartas y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido, y cómo se había librado él: y aun yo me espanté, y lo sufiera otros muchos años, por ver aquel alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas, sino que como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo primitía.

En este tiempo también una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, ví ir mucha multitud dellos, como quien se va despeñando. Son tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les hé; con ver que no se pueden menear, si el Señor no los da licencia, que cansaría á vuesa merced y me cansaría si las dijese.

4. Lo dicho aproveche, de que el verdadero siervo de Dios se le dé poco de estos espantajos, que estos ponen para hacer temer: sepan que cada vez que se nos da poco de ellos, quedan con menos fuerza, y el alma muy más señora. Siempre queda algún gran provecho, que por no

alargar no lo digo: sólo diré esto que me acaeció una noche de las ánimas: estando en un oratorio, habiendo rezado un nocturno, y diciendo unas oraciones muy devotas, que están al fin de él, que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro para que no acabase la oración; yo me santigué, y fuése. Tornando á comenzar, tornóse (creo fueron tres veces las que la comencé), y hasta que eché agua bendita, no pude acabar; vi que salieron algunas ánimas de purgatorio en el instante, que debía faltarles poco, y pensé si pretendía estorbar esto. Pocas veces le he visto tomando forma, y muchas sin ninguna forma, como la visión, que sin forma, se ve claro está allí, como he dicho.

Quiero también decir esto, porque me espantó mucho. Estando un día de la Trinidad en cierto monesterio en el coro, y en arrobamiento, ví una gran contienda de demonios contra ángeles: yo no podía entender qué quería decir aquella visión; antes de quince días se entendió bien en cierta contienda, que acaeció entre gente de oración y muchas que no lo eran, y vino harto daño á la casa que era; fué contienda que duró mucho, y de harto desasosiego. Otras veces vía mucha multitud de ellos enredador de mí, y parecíame estar una gran claridad que me cercaba toda, y esta no les consentía llegar á mí: entendí que me guardaba Dios, para que no llegasen á mí de manera que me hiciesen ofenderle: en lo que he visto en mí algunas veces, entendía que era verdadera visión. El caso es, que ya tengo tan entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios), que casi ningún temor los tengo, porque no son nada sus fuerzas si no ven almas rendidas á ellos, y cobardes, que aquí muestran ellos su poder (4).

(4) Al margen hay una nota en el original, al parecer de letra del Padre Báñez, que dice así: "San Gregorio, en los "Morales", dice del demonio, que es hormiga y león; viene á este propósito".

Algunas veces, en las tentaciones que ya dije, me parecía que todas las vanidades y flaquezas de tiempos pasados tornában á despertar en mí, que tenía bien que encomendarme á Dios: luego era el tormento de parecerme, que, pues venían aquellos pensamientos, que debía ser todo demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque aun primer movimiento de mal pensamiento, me parecía á mí no había de tener, quien tantas mercedes recibía del Señor. Otras veces me atormentaba mucho (y aun ahora me atormenta) ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales, y de que decían mucho bien: en esto he pasado y paso mucho. Miro luego á la vida de Cristo y de los santos, y paréceme que voy al revés, que ellos no iban sino por desprecio y injurias: háceme andar temerosa, y como que no oso alzar la cabeza, ni querría parecer, lo que no hago. Cuando tengo persecuciones anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte ando afligida, que yo no sé como esto puede ser; mas pasa así, que entonces parece está el alma en su reino, y que lo tray todo debajo de los pies. Dábame algunas veces, y duróme hartos días, y parecía era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentación (un fraile dominico, gran letrado, me lo declaró bien), cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace, se habían de venir á saber en público; era tan ecesivo el tormento, que me inquietaba mucho el ánima. Vino á términos que, considerándolo, de mejor gana me parece me determinaba á que me enterraran viva que, por esto; y así, cuando me comenzaron estos grandes recogimientos ú arrobamientos á no poder resistirlos, aun en público, quedaba yo después tan corrida, que no quisiera parecer adonde nadie me viera.

5. Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor, que: "*¿Qué temía? Que en esto no podía sino haber*

dos cosas, ú que mormurasen de mí, ú alabarle á El (dando á entender, que los que lo creían le alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa) *y que entramas cosas eran ganancia para mí: que no me fatigase*". Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino á términos la tentación, que me quería ir de este lugar, y dotar en otro monesterio muy más encerrado, que en el que yo al presente estaba, que había oído decir muchos extremos de él (era también de mi orden, y muy lejos (5), que eso es lo que á mí me consolara, estar adonde no me conocieran) y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores, que después vine yo á entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba, y me enseñó el Señor esta verdad, que yo tan determinada, y cierta estuviera que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que ansí como no me pesaba de oír loar á otras personas, antes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaría mostrase en mí sus obras.

6. También dí en otro extremo, que fué suplicar á Dios, y hacía oración particular, que cuando alguna persona le pareciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuan sin mérito mío me hacía mercedes; que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo que no lo hiciese, mas hasta ahora poco ha, si vía yo que una persona pensaba de mi bien mucho, por rodeos, ú como podía, le daba á entender mis pecados, y con esto parece descansaba; también me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedía esto, no de humildad, á mi parecer, sino de una tentación venían

(5) Como la Santa dice: "muy lejos", algunos, entre ellos el Padre Federico de San Antonio, han sospechado, si aludía á un convento de Carmelitas de la Bretaña, célebre entonces por la santidad de vida que en él se profesaba. Más bien, creo, debía referirse á algún convento de España y no del extranjero.

muchas; parecíame que á todos los traía engañados, y aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algún bien en mí, no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí, sino que el Señor por algún fin lo primite; y así aun con los confesores, sino viera era necesario, no tratara ninguna cosa, que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos, y penas, y sobra de humildad, entiendo yo ahora era harta imperfección, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se le da mas que digan bien que mal, si ella entiende bien; bien entendido, como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá porqué lo descubre, y aparéjese á la persecución, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda, que la hace semejantes mercedes, porque hay mil ojos para un alma de estas, adonde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razón de temer, y este debía ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad; porque bien se puede aparejar un alma, que ansí primite Dios que ande en los ojos del mundo, á ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir á él, el mesmo mundo los matará.

7. No veo, cierto, otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que á poder de mormuraciones no las perficione. Digo que es menester más ánimo para, si uno no está perfeto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires; porque la perfección no se alcanza en breve (sino es á quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced); el mundo en viéndole comenzar le quiere perfeto, y de mil leguas le entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mesmo por vicio, y así lo juzga en el otro. No ha de haber comer,

ni dormir, ni, como dicen, resollar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar, que aun se están en el cuerpo; por perfecta que tengan el alma, viven aun en la tierra sujetos á sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies; y así, como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado á andar, y quiérenla que vuele; aun no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones esté tan entera, como ellos leen estaban los santos, después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa, y aun para lastimar mucho el corazón, porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse: y así creo hiciera la mía, si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte; y hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuesa merced que no ha habido en mí sino caer y levantar. Querría saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas, que quieren volar antes que Dios les dé alas.

8. Ya creo he dicho otra vez esta comparación, mas viene bien aquí: trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos y fervor, y determinación de ir adelante en la virtud, y algunas, cuanto al exterior, todo lo dejan por El, como ven en otras personas, que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes, que les dá el Señor, que no nos las podemos nosotros tomar; ven en todos los libros que están escritos de oración, y contemplación, poner cosas que hemos de hacer para subir á esta dinidad, que ellos no las pueden luego acabar consigo, desconsuélanse: como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, antes tener mayor contento que cuando dicen bien, una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos (que, si no tienen oración, no los querría tratar, antes le cansan) otras cosas desta manera muchas, que á mi pa-

recer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, ú contra nuestra natural inclinación. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, su Majestad hará, que lleguen á tenerlo por obra, con oración, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar, ni pensar que, si nos esforzamos, dejaremos de salir con vitoria. Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de vuesa merced, y no piense, aunque le parezca que sí, que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario; y siempre hemos de estar sospechosos, y no descuidarnos mientras vivimos, porque mucho se nos pega luego, si como digo, no está ya dada del todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame á mí pocos años ha, que no solo no estaba asida á mis deudos, sino me cansaban; y era cierto así, que su conversación no podía llevar. Ofrecióse cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mía, á quien yo quería muy mucho antes, y puesto que en la conversación, aunque ella es mejor que yo, no me hacía con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversación siempre en lo que yo la querría), y lo más que podía me estaba sola: ví que me daban pena sus penas, más harto que de prójimo, y algún cuidado. En fin, entendí de mí que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aun había menester huir la ocasión, para que esta virtud que el Señor me había comenzado á dar fuese en crecimiento, y así con su favor lo he procurado hacer siempre después acá.

9. En mucho se ha de tener una virtud cuando el Señor la comienza á dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla: así es en cosas de honra, y en

otras muchas; que, crea vuesa merced, que no todos, los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este atamamiento, que es una cadena que no hay lima que la quiebre, si no es Dios con oración, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espantan á las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene á quien tanto hace por Dios? Oh ¡que tiene un punto de honra! Y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio, que es obligado á tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor á esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que á todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sinó que él no medra, ni aun deja medrar á los que andan cabe él; porque la fruta que dá de buen ejemplo no es nada sana; poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto ú compás que se yerre, disuena toda la música; y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

10. Andas procurando juntarte con Dios por unión, ¿y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en

muchas cosas. Dirán algunos: no tengo en qué, ni se me ofrece; yo creo que quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor pierda tanto bien; su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos á la obra, quiero decir, las naderías y poquedades que yo hacía cuando comencé, ú algunas dellas; las pajitas que tengo dichas, pongo en el fuego, que no soy yo para más: todo lo recibe el Señor, sea bendito por siempre.

Entre mis faltas tenía esta, que sabía poco de rezado, y de lo que había de hacer en el coro, y cómo le regir, de puro descuidada y metida entre otras vanidades, y vía á otras novicias que me podían enseñar.

11. Acaecíame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabía poco: luego se pone delante el buen ejemplo, esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, aun sabiéndolo, tantito que estaba en duda, lo preguntaba á las niñas; ni perdí honra ni crédito, antes quiso el Señor (á mi parecer) darme después más memoria. Sabía mal cantar, sentía tanto sino tenía estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino por las muchas que me oían) que de puro honrosa me turbaba tanto, que decía muy menos de lo que sabía. Tomé después por mí, cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía. Sentía hartó á los principios, y después gustaba de ello: y es ansí que comencé á no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decía muy mejor; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto que yo tenía por honra, que cada uno la pone en lo que quiere. Con estas naderías, que no son nada (y hartó nada soy yo, pues esto me daba pena) de poco en poco se van haciendo con atos: y cosas poquitas como estas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda su Majestad para cosas mayores.

Y así en cosas de humildad me acaecía, que de ver que todas se aprovechaban, sino yo (porque nunca fuí para nada) de que se iban del coro, coger todos los mantos (6). Parecíame servía á aquellos ángeles que allí alababan á Dios, hasta que, no sé cómo, vinieron á entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no llegaba mi virtud á querer que entendiesen estas cosas; y no debía ser por humilde, sino porque no se riesen de mí, como era tan nonada.

12. ¡Oh Señor mío, qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas, que aún no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aún el agua debajo de estas arenas de vuestra gracia, para que las hiciese levantar. ¡Oh Criador mío, quién tuviera alguna cosa que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes, que he recibido de Vos! Es así, Señor mío, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidas tan grandísimas mercedes, y que no he vergüenza de contar estos servicios; ¡en fin, como míos!. Si tengo, Señor mío; mas el no tener otra cosa que contar de mi parte, me hace decir tan bajos principios, para que tenga esperanza, quien los hiciere grandes, que, pues estos parece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plega á su Majestad me dé gracia, para que no esté siempre en principios. Amén.

(6) O capas blancas que dejan en el coro al bajar al refectorio. Suelen recogerlas las más jóvenes ó novicias, y por esto la Santa lo consideraba como un acto de humildad y lo practicaba.

CAPÍTULO XXXII (1)

En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido.

Cuenta una cifra de lo que allí se le representó, para lo que fué. Comienza á tratar la manera y modo cómo se fundó el monesterio, adonde ahora está, de San Joséf.

Sumario: 1. Visión que tuvo del Infierno y descripción que hace de éste.—2. Sigue la descripción y provecho grande que la causó, animándola á padecer.—3. Otro efecto fué una gran pena de las almas que se condenan y celo por su salvación.—4. Otro; el propósito de no dejar de hacer nada por librarse de aquel lugar.—5. Otro fué el primer pensamiento de emprender la Reforma. Conferencia memorable.—6. El Señor la manda que emprenda dicha Reforma. Dificultad que encuentra en el confesor y persecuciones que la sobrevienen.—7. Se muda el Provincial de lo que había convenido y no admite el Monasterio que se quería fundar.—8. Acude la Viuda, y después Santa Teresa, á un gran letrado Dominicó, y éste aprueba la fundación, comprometiéndose á defenderla contra los que la combatteren.



DESPUES de mucho tiempo, que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes, que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que

(1) Hasta aquí llegaba, según mi opinión, el libro de la "Vida", cuando lo escribió la primera vez. El corte de la narración, y el modo con que termina el capítulo XXXI, y principia éste, parecen indicarlo así. Los restantes capítulos, hasta concluir, los escribió por mandato de su confesor, Fray García de Toledo." (La Fuente, edición del 1861, tomo I, página 97.)

quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados (2). Ello fué en brevísimo espacio; mas, aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada á manera de un callejón muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo, y oscuro y angosto; el suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio, y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él: á el cabo estaba una concavidad metida en una pared, á manera de una alacena, adonde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista, en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

2. Estotro me parece que aun principio de encarecerse como es, no lo puede haber, ni se puede entender; más sentí un fuego en el alma, que yo no pude entender cómo poder decir de la manera que es: los dolores corporales tan incomportables, que, con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (sigún dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aún algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflección tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque aun parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza.

(2) "La pudieron, dice el Jesuíta Padre Rivera, confesor que fué de la Santa, mostrar el lugar, no que entonces hubiera merecido, sino que viniera á merecer por el camino que llevaba, si el Señor no la sacara de él." (Libro I, capítulo VIII.)

El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No vía yo quien me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar (á lo que me parece), y digo, que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo como puede ser esto, que, con no haber luz, lo que á la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno; después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuanto á la vista muy más espantosos me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflección en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de donde me había librado su misericordia: porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensando en diferentes tormentos, aunque pocas, (que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de debajo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación deste fuego de allá.

Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha cási seis años, y es ansí, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy; y ansí no me acuerdo vez que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se

puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo á las tribulaciones, y contradicciones desta vida, como para esforzarme á padecerlas, y dar gracias al Señor, que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles (3).

3. Después acá, como digo, todo me parece fácil, en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leído muchas veces libros, adonde se da algo á entender de las penas del infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son: ¿adonde estaba? ¿cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir á tan mal lugar? Seáis bendito, Dios mío, por siempre, y ¡cómo se ha parecido que me queríades Vos mucho más á mí, que yo me quiero! ¡Qué de veces, Señor, me librástes de carcel tan tenebrosa, y como me tornaba yo á meter en ella contra vuestra voluntad!

De aquí también gané la grandísima pena que me dá las muchas almas que se condenan (de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto á mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona, que bien queremos, en especial, con un gran trabajo ú dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida á compasión, y si es grande nos aprieta á nosotros: pues

(3) "Pasa esta descripción del infierno, escribe el insigne Padre Mir, hecha por Santa Teresa, por una de las más vivas y terribles que se han hecho de aquel espantoso lugar." ("Vida de Santa Teresa", tomo I, página 326.) Tuvo lugar la visión á últimos de 1559 ó principios de 1560.

ver á un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena; pues acá con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aun nos mueve á tanta compasión; éstotro que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

4. Esto también me hace desear, que en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte: no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero, que aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir á Dios, y no hacía algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y, en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia, que me la daba el Señor, no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que, aunque era tan ruín, traía temor de Dios lo más continuo, y veo adonde me tenían ya los demonios aposentada: y es verdad que, según mis culpas, aun me parece merecía más castigo. Mas con todo, digo que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego, ni contento el alma, que anda cayendo á cada paso en pecado mortal, sino que, por amor de Dios, nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho á mí. Plega á su Majestad que no me deje de su mano para que yo torne á caer, que ya tengo visto á donde he de ir á parar; no lo primita el Señor, por quien su Majestad es. Amén.

5. Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas y secretos, que el Señor por quien es me

quiso mostrar, de la gloria que se dará á los buenos y pena á los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes, y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo (4). No sosegaba mi espíritu, más no desasosiego inquieto, sino sabroso; bien se vía que era de Dios, y que le había dado su Majestad al alma calor para *digerir* (5) otros manjares mas gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho á Religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese: y, aunque en la casa adonde estaba había muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, á causa de tener gran necesidad, salían las monjas muchas veces á partes adonde con toda honestidad y religión podíamos estar: y también no estaba fundada en su primer rigor la Regla, sino guardábase conforme á lo que en toda la Orden (que es con bula de relajación) (6), y también otros inconvenientes, que me parecían á mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas (á quien los perlados no podían decir de no) gustaban estuviere yo en su compañía, importunados mandábanmelo; y así, según se iba ordenando, pudiera poco estar en el monesterio, porque el demonio en parte debía ayudar para que no estuviere

(4) Los efectos saludables que causó en el alma de Santa Teresa esta visión fueron un ánimo esforzado para sufrir los trabajos de esta vida, sentimiento grande de tantas almas como se condenan, sobre todo de los cristianos, un sumo cuidado en evitar el pecado, no dejando de hacer nada para librarse de tan terrible lugar, y, por último, de aquí arrancó el primer pensamiento de emprender su Obra de Reforma. Ojala que al leer nosotros este capítulo saquemos los mismos frutos y no nos traguemos el pecado como quien no hace nada.

(5) La Santa dice *dijistir* ó *disistir* por *digerir*.

(6) Bula de relajación significa "bula de mitigación".

en casa, que todavía, como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacía gran provecho. Ofrecióse una vez estando con una persona (7), decirme á mí y á otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las Descalzas, que aun posible era poder hacer un monesterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencélo á tratar con aquella señora mi compañera viuda (8), que ya he dicho, que tenía el mismo deseo: ella comenzó á dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que de ello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy á mi gusto, y la celda en que estaba, hecha muy á mi propósito (9), todavía me detenía: con todo concertamos de encomendarlo mucho á Dios.

6. Habiendo un día comulgado mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monesterio, y que se serviría mucho de él; y que se llamase San Joséf, y que á la una puerta nos guardaría El, y Nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que, aunque las Relixiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos? Que dijese á mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba El, que no fuese contra ello, ni me lo estorbase.

(7) Esta persona era Doña María de Ocampo, sobrina de la Santa, que se hallaba de educanda en la Encarnación, y fué después fervorosa Descalza y priora muchos años en Valladolid.

(8) Doña Guiomar de Ulloa, amiga fidelísima de Santa Teresa.

(9) La celda que la Santa habitaba debía ser muy espaciosa, á juzgar por la Capilla levantada sobre ella. En medio de la Capilla, hay en el pavimento una lápida con la siguiente inscripción: "La tierra que pisas es santa. Palabras oídas en la edificación de esta Capilla, que dió principio el año 1628."

Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era El. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar, y como estaba tan contentísima en aquella casa; que, aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación, ni certidumbre que sería. Aquí parecía se me ponía premio, y como vía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría; mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó á hablar en ello, puniéndome delante tantas causas y razones, que yo vía ser claras y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo á mi confesor, y díle por escrito todo lo que pasaba (10). El no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas vía que no llevaba camino conforme á razón natural, por haber poquísima y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo había de hacer. Díjome que lo tratase con mi perlado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo: yo no trataba estas visiones con el perlado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monesterio, y el Provincial (11) vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y dióle todo el favor que fué menester, y díjole que él admitiría la casa: trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece, por muchas causas. Antes que lo comenzásemos á tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado á

(10) Por estos mandatos y ruegos no se atrevió el confesor Padre Alvarez á contradecirlo. Pero como su prudencia humana le detenía, porque no veía renta bastante, tenía por muy desacertada y descaminada la resolución.

(11) Padre Angel de Salazar, Provincial de Carmelitas.

saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disbaratè: á mí, que bien me estaba en mi monesterio; á la mi compañera tanta persecución, que la traían fatigada. Yo no sabía qué me hacer; en parte me parecía que tenían razón. Estando así muy fatigada encomendándome á Dios, comenzó su Majestad á consolarme y animarme: díjome que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese á mi compañera, y lo que más me espantaba yo, es, que luego quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir á todos; y es así, que de gente de oración, y todo en fin el lugar, no había cási persona que entonces no fuese contra nosotras y le pareciese grandísimo disbarate.

7. Fueron tantos los dichos y alboroto de mi mesmo monesterio, que al Provincial le pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer, y no la quiso admitir: dijo que la renta no era sigura, y que era poca, y que era mucha la contradición; y en todo parece tenía razón; y en fin, lo dejó y no lo quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena; en especial me la dió á mí de ver al Provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían asolver, si no lo dejaba; porque decían era obligada á quitar el escándalo.

8. Ella fué á un gran letrado, muy gran siervo de Dios, de la Orden de Santo Domingo, á decírselo, y darle cuenta de todo. Esto fué aun antes que el Provincial lo tuviese dejado, porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer; y así decían que sólo

era por nuestras cabezas. Dió esta señora relación de todo, y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo á este santo varón (12), con harto deseo nos ayudase; porque era el mayor letrado que entonces había en el lugar, y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas: no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no quería yo nos diese parecer, sino conforme á ellas. El nos dijo, que le diésemos de término ocho días para responder, y que ¿si estábamos determinadas á hacer lo que él dijese? Yo le dije que sí; mas aunque yo esto decía (y me parece lo hiciera), nunca jamás se me quitaba una siguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijeren se determinaba á dejarlo; yo (aunque como digo, me parecía imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura ú contra las leyes de la Ilesia, que somos obligados á hacer; porque, aunque á mí verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer, sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, paréceme luego me apartara de ello y buscara otro medio, más á mí no me daba el Señor sino éste. Decíame después este siervo de Dios, que lo había tomado á cargo con toda determinación de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo (porque ya había venido á su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino como á todos, y en sabiendo habíamos ido á él, le envió á avisar un caballero, que mirase lo que hacía, que no nos ayu-

(12) Este santo varón, á que se refiere, era el Padre Fray Pedro Ibáñez, Dominicó, de quien se darán algunos datos biográficos, relacionados con su excelsa y gloriosa penitenta, la Gran Teresa de Jesús. Véase el "Apéndice" al final de esta obra.

dase) y que, en comenzando á mirar lo que nos había de responder, y á pensar en el negocio y el intento que llevábamos y manera de concierto y religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse; y así nos respondió, nos diésemos priesa á concluirlo, y dijo la manera y traza que se había de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios (13), que quien lo contradijese fuese á él, que él respondería; y así siempre nos ayudó, como después diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solían ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban: entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mención, que (como lo es, y le parecía llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración) aunque los medios le parecían muy dificultosos y sin camino, rendía su parecer á que podía ser cosa de Dios, que el mismo Señor le debía mover; y así hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios, que dije que había hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas de esto á mí no se me daba nada, que me había dicho el Señor que entrase como pudiese, que después yo vería lo que su Majestad hacía, ¡y cuán bien que lo he visto!) y así, aunque vía ser poca la renta, tenía creído el Se-

(13) "No me admiro, escribe el venerable Palafox, no me admiro que el Padre Baltasar Alvarez tuviese por imposible empresa tan árdua, porque para eso había infinitas razones. Ni tampoco que le pareciese posible á un varón docto y espiritual, como el Padre Maestro Fray Pedro Ibáñez, porque pudo Dios darle luz de que sería posible."

ñor lo había por otros medios de ordenar y favorecer-
nos (14).

(14) La Santa Madre, en su profunda humildad, y temiendo siempre no fuera víctima de las ilusiones engañosas del demonio, que muchas veces se transfigura en ángel de luz, nunca omitió, como virgen prudentísima, los medios de asesorarse bien, antes de llevar á efecto la empresa árdua, para la que el Señor la había escogido. Corría por aquel tiempo de uno á otro hemisferio la fama de santidad y milagros de San Luis Beltrán, que entonces vivía en el convento de Valencia, y la Santa le escribió pidiéndole su parecer, á cuya carta el Santo Dominico contestó de esta manera: "Madre Teresa: Recibí vuestra carta, y porque el negocio sobre que me pedís parecer, es tan del servicio del Señor, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y esta ha sido la causa de tardar en responderos. Ahora digo, en nombre del mismo Señor, que os animéis para tan grande empresa, que El os ayudará y favorecerá; y de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años que vuestra religión no sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios, el cual os guarde, etc. En Valencia.—Fray Luis Beltrán. La cita la "Crónica Carmelitana", tomo I, libro I, capítulo XXXVI, número 3. (Véase al Sr. La Fuente, edición del 61, tomo I, página 100.)

CAPÍTULO XXXIII

Procede en la misma materia de la fundación del glorioso San Josef. Dice cómo le mandaron que no entendiése en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor.

Sumario: 1. No queriendo el Provincial admitir el Monasterio, el confesor la manda que no piense más en ello, y se confirma ser todo disbarate. Tranquilidad de su espíritu.— 2. Lo que más sintió de todo fué un billete que recibió del confesor en que la decía que ya veía era todo sueño. La consuela el Señor.— 3. Con estas tribulaciones crece en ella mucho el amor de Dios y recibe grandes mercedes sin decir á nadie estas ganancias. No pudiendo ella ocuparse ni hablar del Monasterio por la prohibición del confesor, la Santa Viuda y el Padre Dominicó escriben á Roma para negociar el Breve. La avisan no la denuncien á la Inquisición. Se ríe de esto. Cuenta por primera vez todas sus visiones al Padre Dominicó, y éste la asegura con Dios. Provecho que sacó este Padre de esa comunicación. Se ausenta este Padre y vuelve muy aprovechado, de modo que por experiencia la consolaba, y dirigía.— 4. Viene otro Rector de la Compañía y da libertad al confesor. Este antes estaba coartado por el Superior, que no aprobaba el espíritu de la Santa.— 5. Por consejo del confesor comunica con el nuevo Rector su espíritu. Este aprueba su espíritu. Elogio que hace de este Rector. No osan impedir la fundación.— 6. El confesor la autoriza para que vuelva á ocuparse de ello. Su hermana compra la casa que había de ser convento, como que era para sí. Trabajos que padece. Quejas amorosas al Señor.— 7. San José la socorre. El Señor la reprende.— 8. Santa Clara la anima.— 9. Merced extraordinaria que recibe el 15 de Agosto en la Iglesia de Santo Tomás. Entre otras muchísimas cosas, la dijo la Virgen que el Monasterio se haría y que estuviera tranquila sobre la obediencia y el Monasterio. Esta obediencia ó sujeción la había dicho el Señor se diese no al Provincial, sino al Obispo de Avila.



DUES estando los negocios en este estado, y tan al punto de acabarse, que otro día se habían de hacer las escrituras, fué cuando el padre Provincial nuestro mudó parecer: creo fué movido por

ordenación divina, según después ha parecido; porque, como las oraciones eran tantas, iba el Señor perfeccionando la obra y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó no entendiéndose más en ello: con que sabe el Señor los grandes trabajos y aflicciones que hasta traerlo á aquel estado me había costado. Como se dejó y quedó ansí, confirmóse más ser todo disbarate de mujeres, y á crecer la mormuración sobre mí, con haberlo mandado hasta entonces mi Provincial. Estaba muy malquista en todo mi monesterio (1), porque quería hacer monesterio más encerrado: decían que las afrentaba, que allí podía también servir á Dios, pues había otras mijores que yo, que no tenía amor á la casa, que mejor era procurar renta para ella, que para otra parte. Unas decían que me echasen en la cárcel (2), otras (bien pocas) tornaban algo por mí; yo bien vía que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento, aunque, como no había de decir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer, y ansí callaba. Otras hacíame Dios muy gran merced, que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad y contento lo dejé, como si no me hubiera costado nada; y esto no lo podía nadie creer (ni aun las mismas personas de oración que me trataban), sino que pensaban estaba muy penada y corrida; y aun mi mesmo confesor no lo acababa de creer. Yo, como me parecía que había hecho todo lo que había podido, parecíame no era más obligada para lo que me había mandado el Señor, y quedábame en la casa, que yo estaba muy contenta y á mi placer: aunque jamás podía

(1) La Encarnación.

(2) Aún se conserva en la Encarnación una celda estrecha y sin ventana, la que, según tradición, sirvió á la Santa de cárcel. Más de una vez hemos tenido la curiosidad y devoción de entrar en ella.

dejar de creer que había de hacerse, yo no vía ya medio, ni sabía como ni cuando, mas tenía lo muy cierto.

2. Lo que mucho me fatigó fué una vez que mi confesor (3), como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad (también debía el Señor querer que de aquella parte que mas me había de doler, no me dejase de venir trabajo; y así en esta multitud de persecuciones, que á mí me parecía había de venirme dél el consuelo) me escribió que ya vería que era todo sueño en lo que había sucedido, que me enmendase de allí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues vía el escándalo que había sucedido; y otras cosas, todas para dar pena. Esto me la dió mayor que todo junto; pareciéndome si había sido yo ocasión y tenido culpa en que se ofendiese; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la oración que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada y perdida. Apretóme esto en tanto extremo, que estaba toda turbada y con grandísima aflección; mas el Señor (que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado, hartas veces me consolaba y esforzaba, que no hay para que lo decir aquí) me dijo entonces que no me fatigase, que yo había mucho servido á Dios, y no ofendídale en aquel negocio: que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Quedé tan consolada y contenta, que me parecía todo nada la persecución que había sobre mí.

3. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por El; porque fué tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos: y las otras

(3) El Jesuita Padre Baltasar Alvarez: "Como él (Padre Baltasar Alvarez), por su dictamen propio nunca la había favorecido, viéndola ahora desfavorecida, la escribió el dicho billete." ("Crónica de la Reforma", libro I. capítulo XXXVII.)

personas pensaban que estaba muy corrida; y sí estuviera, si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios, que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba y no decía á nadie estas ganancias. El santo varón dominico (4) no dejaba de tener por tan cierto, como yo, que se había de hacer; y como yo no quería entender en ello, por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribían á Roma, y daban trazas. También comenzó aquí el demonio, de una persona en otra, á procurar se entendiase que había yo visto alguna revelación en este negocio, y iban á mí con mucho miedo á decirme, que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo, y fuesen á los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reir (porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la Fe, contra la menor cerimonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba, por ella ú por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pornía yo á morir mil muertes), y dije que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa, que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría á buscar; y que si era levantado, que el

(4) Padre Pedro Ibáñez. Como la Santa no podía hacer nada en este negocio, ni siquiera **hablar**, porque se lo había prohibido su confesor, el Padre Baltasar Alvarez, entonces el Dominico Padre Pedro Ibáñez, en unión con Doña Guiomar, escribieron á Roma, pidiendo el Breve para la creación del monasterio de San José, la cual, dicho Padre Ibáñez tenía por cierto; este Breve, negociado por el Padre Pedro Ibáñez, le expidió el Papa Pío IV el 7 de Febrero de 1562, cuando la Santa estaba en Toledo (*Œvres completes des Carmelites de Paris*", tomo I, 64), y es muy de notar que todo esto lo hacía este Padre, aun antes de que la Santa le manifestase las revelaciones y mercedes grandes que del Señor había recibido; conducta que no se explica, sino acudiendo, como dice muy bien el venerable Palafox, á luces extraordinarias que le comunicó el Señor y el don de consejo con que el Espiritu Santo le dirigía y daba acierto en negocio tan extraordinario. Véase el "**Apéndice**" al final de esta Obra.

Señor me libraría, y quedaría con ganancia. Y tratélo con este padre mío Dominico (que, como digo, era gran letrado, que podía bien asigurar con lo que él me dijese), y díjele entonces todas las visiones y modo de oración, y las grandes mercedes que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentía. El me asiguró mucho, y á mi parecer le hizo provecho; porque aunque él era muy bueno, de ahí adelante se dió más mucho á la oración, y se apartó en un monesterio de su Orden, donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto, adonde estuvo más de dos años; y sacóle de allí la obediencia (que él sintió harto), porque le hubieron menester, como era persona tal; yo en parte sentí mucho cuando se fué (aunque no se lo estorbé), por la grande falta que me hacía; más entendí su ganancia; porque estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor que me consolase y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí, y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino, que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo también podía decir lo mesmo; porque lo que antes me asiguraba y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales; y trájole Dios á tiempo que vió su Majestad había de ser menester para ayudar á su obra de este monesterio, que quería su Majestad se hiciese.

4. Pues estuve en este silencio, y no entendiendo ni hablando en este negocio, cinco ú seis meses, y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía qué era la causa, mas no se me podía quitar del pensamiento que se había de hacer. Al fin de este tiempo, habiéndose ido de aquí el Retor, que estaba en la Compañía de Jesús, trajo su

Majestad aquí otro muy espiritual (5), y de grande ánimo y entendimiento y buenas letras, á tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en extremo, de no se bullir sino conforme á la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Y ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que él me mandaba.

5. Estando un día con gran aflección de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba: después ví claro era la venida de este Retor que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en qué la tener, á causa de que el Retor que vino no iba á la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía que me consolase y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu del Señor, que á veces parecía con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma como resolgar. Fuéme á ver este Retor, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo, y es ansí, que entrando en el confesonario sentí en mí espíritu un no sé qué, que antes ni después

(5) Este nuevo Rector de la Compañía de Jesús fué el Padre Gaspar Salazar, grande y fiel amigo de Santa Teresa. Quiso, andando el tiempo, pasar á la Descalcez, lo cual dió ocasión á que Santa Teresa tuviese serios disgustos con el Provincial de la Compañía, que interpretó en mal sentido la conducta de la Virgen avileña en este caso. (Véase el "Epistolario" de la Santa.) Su antecesor fué el Padre Dionisio Vázquez, del cual escribe el Padre Rivera: "no estaba bien en este negocio", ó sea, en la obra de la Reforma. (Libro I, capítulo XIV.)

no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Porque fué un gozo espiritual, y un entender mi alma que aquel alma me había de entender y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablado, ú me hubieran dado grandes nuevas de él, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme; más ninguna palabra él á mí, ni yo á él nos habíamos hablado, ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia. Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho á mí y á mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso á paso. Y su modo es para desasirlas de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento, también como en otras muchas cosas. Como le comencé á tratar, luego entendí su estilo, y ví ser un alma pura y santa, y con don particular del Señor para conocer espíritus: consoléme mucho. Desde á poco que le trataba comenzó el Señor á tornarme á apretar que tornase á tratar el negocio del monesterio, y que dijese á mi confesor, y á este Retor, muchas razones y cosas para que no me lo estorbasen; y algunas los hacía temer, porque este padre Retor nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque con mucho estudio y cuidado miraba todos los efectos. En fin, de muchas cosas no se osaron atrever á estorbármelo.

6. Tornó mi confesor á darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese; yo bien vía el trabajo á que me ponía, por ser muy sola, y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y así procuré que una hermana mía, que vivía fuera de aquí, comprase la casa, y la labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dió por algunas vías para comprarla; que sería

largo de contar cómo el Señor lo fué proveyendo, porque yo traía gran cuenta en no hacer cosa contra la obediencia, más sabía que si lo decía á mis perlados era todo perdido, como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo y hacerlo labrar, pasé tantos trabajos, y algunos bien á solas, aunque mi compañera hacía lo que podía; más podía poco, y tan poco, que era casi nonada, mas de hacerse en su nombre y con su favor, y todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto cómo lo pude sufrir. Algunas veces afligida decía: Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles? que, aunque fuera mujer, ¡si tuviera libertad! mas atada por tantas partes, sin dineros ni de dónde los tener, ni para Breve, ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?

7. Una vez estando en una necesidad que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció San Joséf, mi verdadero padre y señor, y me dió á entender que no me faltarían, que los concertase, y así lo hice sin *ninguna blanca*, y el Señor, por manera que se espantaban los que lo oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monesterio, y quería comprar otra, ni había con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto á ella otra también harto pequeña para hacer la Iglesia; y acabando un día de comulgar díjome el Señor: "*Ya te he dicho que entres como pudieres*". Y á manera de exclamación también me dijo: "*¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener adonde me meter?*" Yo quedé muy espantada, y ví que tenía razón, y voy á la casita, y tracéla, y hallé, aunque bien pequeño, monesterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella de manera que

se pueda vivir, todo toseco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso á la salud, y así se ha de hacer siempre.

8. El día de Santa Clara, yendo á comulgar, se me apareció con mucha hermosura; díjome que me esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, y ha salido tan verdad, que un monesterio de monjas de su Orden (6), que está cerca de este, nos ayuda á sustentar; y lo que ha sido más, que poco á poco trajo este deseo mío á tanta perfección, que la pobreza que la bienaventurada Santa tenía en su casa se tiene en ésta y vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo que sea con toda firmeza y autoridad del Padre Santo, que no se puede hacer otra cosa, ni jamás haya renta. Y más hace el Señor (y debe por ventura ser por ruego de esta bendita Santa), que sin demanda ninguna nos provee su Majestad muy cumplidamente lo necesario. Sea bendito por todo. Amén.

9. Estando en estos mismos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monesterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruín vida: vínome un arroba-
miento tan grande, que cási me sacó de mí (7). Sentéme,

(6) El Monasterio de Religiosas Claras (vulgo Gordillas).

(7) Recibió esta soberana merced el año 1561 en la Iglesia de Dominicos de Santo Tomás, en la capilla del Santísimo Cristo. Según tradición habló á la Santa esta veneranda imagen en diversas ocasiones, para animarla á padecer con su ejemplo. En esta misma capilla se halla un confesonario con este letrado: "Aquí se confesaba Santa Teresa de Jesús". Los muchos pecados que en tiempos pasados había confesado en esta casa, eran los pecados de su primera juventud, que por su humildad tanto pondera.

Estos pecados eran la afición que tuvo á los libros de caballerías, las muchas horas del día y de la noche que gastaba en tan vano ejercicio, el mucho cuidado de manos y cabello y olores, y las pláticas que sustentaba con sus primos hermanos, oyendo sucesos de sus aficiones y niñerías no nada buenas; la conversación con aquella parienta de tan livianos tratos, que la ayudaba á todas las cosas de pasatiempos, junto con las criadas que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo. Con respecto á estas flaquezas é imperfecciones, que la Santa llama pecados, tienen sentido propísimo las palabras, "y que en

y aun paréceme que no pude ver alzar ni oír Misa, que después quedé con escrúpulo de esto. Parecióme estando así, que me vía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quien me la vestía: después ví á Nuestra Señora hácia el lado derecho, y á mi padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme á entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso San José, que creyese que lo que pretendía del monesterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor. Este oro y piedras es tán diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, á manera de decir. Era grandísima la hermosura que ví en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, ves-

tiempos pasados había confesado". Los treinta años que habían transcurrido desde 1530, en que la Santa anduvo en estos peligros, hasta 1561, en que tuvo lugar este suceso, esos eran los verdaderos tiempos pasados, en los cuales confesó los muchos pecados en aquella casa. Su confesor en aquel período de su vida, fué el célebre Dominico Padre Vicente Barrón, según lo consigna la Santa implícitamente en su relación al Jesuíta Padre Rodrigo, y lo afirma además el Sr. Carramolino en su Historia de Avila. Se equivoca, por lo tanto, el Jesuíta Padre Pons, cuando nos dice en las notas á la "Vida de la Santa" recientemente publicada, que "Santa Teresa conoció por vez primera al Padre Vicente Barrón, en 1544".

tida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: parecíame Nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (más á mi parecer que nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme de él) parecióme que los vía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada, y recogida en oración, y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme ni hablar no podía, sino cási fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efetos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios. Dejóme consoladísima y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los Angeles de la obediencia es, que á mí se me hacía de mal no darla á la Orden, y hábame dicho el Señor que no convenía dársela á ellos: dióme las causas para que en ninguna manera convenía lo hiciese, sino que enviase á Roma por cierta vía, que también me dijo; que El haría viniese recaudo por allí; y así fué, que se envió por donde el Señor me dijo (que nunca acabábamos de negociarlo) y vino muy bien. Y para las cosas que después han sucedido, convino mucho se diese la obediencia al Obispo, más entonces no le conocía yo, ni aún sabía que perlado sería, y quiso el Señor fuese tan bueno, y favoreciese tanto á esta casa, como ha sido menester para la gran contradicción que ha habido en ella (como después diré) y para ponerla en el estado en que está. Bendito sea El que así lo ha hecho todo. Amén.

CAPÍTULO XXXIV

Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase de este lugar: dice la causa, y cómo la mandó ir su perlado para consuelo de una señora muy principal que estaba muy afligida. Comienza á tratar lo que allá le sucedió y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio, para que su Majestad despertase á una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor y amparo después en El.
Es mucho de notar.

Sumario: 1. La manda el Provincial vaya á consolar á una señora. El Rector de la Compañía aprueba esta ida.—2. Va consolada por haber en ese lugar Casa de la Compañía. La señora recibe grande consuelo con su presencia y estancia en su palacio.—3. Aborrece el desear ser señora. Todos los de casa se mejoran en servir á Dios. Padece trabajos y no la faltan envidias.—4. Entrevista interesante que tuvo con un Religioso, persona muy principal.—5. Ansias que padecía por que los letrados y hombres de talento fuesen muy espirituales. Oración que hacía á Dios por este Religioso.—6. Aflicción por no saber si estaba en gracia. Entendió que lo estaba. La encarga el Señor diga al Religioso unas palabras. Por vergüenza se las dice por escrito. Provecho que le hacen. El conocer los espíritus es don que Dios da cuando quiere. No depende de los años. Cómo ha de gobernar las almas el que es letrado, pero no espiritual.—7. Cuánto provecho hizo este Padre á su alma y á otras. Empleza á contar lo que con él la ocurrió en un locutorio.—8. Interrumpe la narración, y dice cuánto ayuda la comunicación de los espíritus para animarse á padecer. Prosigue la narración de lo que en el locutorio la aconteció.—9. Visión sobre la mucha perfección de este Padre. Visiones sobre algunos Padres de la Orden de Santo Domingo, sobre el Rector Jesuíta.—10. Revelación de la muerte súbita de su hermana.—11. Se cumple la revelación, y á los ocho días de su muerte la ve subir á la gloria.



UES por mucho cuidado que yo traía, para que no se entendiese, no podía hacerse tan secreta toda esta obra, que no se entendiese mucho en algunas personas; unas lo creían y otras no.

Yo temía harto que, venido el Provincial, si algo le dijese de ello, me había de mandar no entender en ello, y luego era todo cesado.* Proveyólo el Señor desta manera, que se ofreció en un lugar grande, más de veinte leguas de este, que estaba una señora muy afligida, á causa de habérsele muerto su marido (1): estábalo en tanto extremo, que se temía su salud. Tuvo noticia de esta pecadorcilla, que lo ordenó el Señor ansí, que le dijese bien de mí, para otros bienes que de aquí sucedieron. Conocía esta señora mucho al Provincial, y como era persona principal, y supo que yo estaba en monesterio que salían, póneme el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano; sino luego procuró, por todas las vías que pudo, llevarme allá, enviando al Provincial, que estaba bien lejos. El me envió un mandamiento, con preceto de obediencia, que luego fuese con otra compañera: yo lo supe la noche de Navidad. Hízome algún alboroto, y mucha pena, ver que, por pensar que había en mí algun bien, me quería llevar, (que, como yo me vía tan ruín, no podía sufrir esto) encomendándome mucho á Dios estuve todos los Maitines, ú gran parte de ellos, en gran arrobamiento. Díjome el Señor, que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres; porque pocos me aconsejarían sin temeridad; que, aunque tuviese trabajos, se serviría mucho Dios, y que para este negocio del monesterio convenía ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el Provincial, y que no temiese de nada, que El me ayudaría allá. Yo quedé muy esforzada y consolada: díjelo al Rector; díjome que en ninguna manera dejase de ir, porque otros

(1) Era esta señora Doña Luisa de la Cerda, que vivía en Toledo, adonde se trasladó la Santa en Enero de 1562.

me decían que no se sufrái, que era invención del demonio, para que allá me viniese algún mal: que tornase á enviar al Provincial.

2. Yo obedecí al Retor, y, con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, y cómo se engañaban tanto; esto me hacía importunar más al Señor, para que no me dejase. Consolábame mucho, que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar adonde iba, y con estar sujeta á lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna siguridad. Fué el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mijoría comenzó luego á tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose á mucho, porque (como he dicho) la pena la tenía en gran aprieto; y debíalo de hacer el Señor por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas, que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que á mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo; yo se le tenía harto de ver su bondad, más cási todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí, me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar; ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad, y tanto me hacían despreciar todo lo que vía (y mientras más eran, más), que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy á mi honra pudiera yo servir las, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo. Ví que era mujer, y tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío; y cómo, mientras es mayor, tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la

compostura conforme á su estado, que no las deja vivir; comer sin tiempo ni concierto (porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones), han de comer muchas veces los manjares, más conforme á su estado que no á su gusto.

3. Es así, que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque esta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Yo la había lástima, y se la he, de ver cómo va muchas veces, no conforme á su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, sino, al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores á las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fué el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mejoraban en servir á su Majestad las personas de ella, aunque no estuve libre de trabajos y algunas envidias, que tenían algunas personas, del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interese; debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embetiese en el regalo que había por otra parte, y fué servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

4. Estando allí acertó á venir un religioso, persona muy principal, y con quien yo muchos años había tratado algunas veces (2): y estando en Misa en un mones-

(2) Aunque los historiadores antiguos se inclinaban á creer que el religioso de quien viene hablando la Santa en este capítulo era el Padre Vicente Barrón, hoy, después de bien examinado el punto, se tiene por cierto fué el Padre García de Toledo.

terio de su Orden (que estaba cerca adonde yo estaba) (3), dióme deseo de saber en qué disposición estaba aquel alma (que deseaba yo fuese muy siervo de Dios), y levantéme para irle á hablar; como yo estaba recogida ya en oración, parecióme después era perder tiempo, que, ¿quién me metía á mí en aquello?, y tornéme á sentar. Paréceme que fueron tres veces las que esto me acaeció, y en fin, pudo más el angel bueno que el malo, y fuéle á llamar, y vino á hablarme á un confisionario.

Comencéle á preguntar, y él á mí (porque había muchos años que no nos habíamos visto) de nuestras vidas; y yo le comencé á decir que había sido la mía de muchos trabajos de alma. Puso muy mucho en que le dijese qué eran los trabajos; yo le dije que no eran para saber, ni para que yo los dijese. El dijo, que pues los sabía el padre dominico que he dicho (4), que era muy su amigo, que luego se los diría, y que no se me diese nada.

5. El caso es, que ni fué en su mano dejarme de importunar, ni en la mía me parece dejárselo de decir, porque con toda la pesadumbre y vergüenza, que solía tener cuando trataba estas cosas con él y con el Retor, que he dicho, no tuve ninguna pena, antes me consolé mucho; díjeselo debajo de confesión. Parecióme más avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento; miré los grandes talentos y partes que tenía para aprovechar mucho, si del todo se diese á Dios; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona, que mucho me contente, que luego querría verla del todo dar á Dios, con unas ansias, que algunas veces no me puedo valer; y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan, es con muy gran ím-

(3) El Palacio de los Duques de Medinaceli en Toledo estaba próximo al Convento de Dominicos de San Pedro Mártir, en cuya Iglesia tuvo lugar este suceso misterioso.

(4) Padre Pedro Ibáñez.

petu, y así importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo, me acaeció así. Rogóme le encomendase mucho á Dios (y no había menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte, que no pudiera hacer otra cosa), y vóime adonde solía á solas tener oración, y comienzo á tratar con el Señor, estando muy recogida, con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato; que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que hay de ella á Dios; porque el amor que conoce que la tiene su Majestad, la olvida de sí, y le parece está en El, y como una cosa propia sin división, habla desatinos. Acuérdome que le dije esto, después de pedirle con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenía por buena, no me contentaba, que le quería muy bueno; y así le dije: *Señor, no me habéis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo* (5).

6. ¡Oh bondad y humanidad grande de Dios, cómo no mira las palabras, sino los deseos y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre que una como yo hable á su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás. Acuérdome que me dió en aquellas horas de oración aquella noche un affligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba en gracia ú no, no para que yo lo desease saber; más deseábame morir, por no me ver en vida adonde no estaba sigura si estaba muerta; porque no podía haber muerte más recia para mí, que pensar si tenía ofendido á Dios, y apretábame esta pena; suplicábale no lo primitiese, toda regalada y derretida en lágrimas. Entónces.

(5) Quizá no haya en todos los escritos de Santa Teresa unas palabras que tanto revelen su grandeza de alma y la íntima familiaridad con que trataba con Dios.

entendí que bien me podía consolar y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba á el alma, que no se compadecía hacerse á alma que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada que había de hacer el Señor lo que le suplicaba de esta persona. Díjome que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabía cómo las decir, que esto de dar recaudo á tercera persona, como he dicho, es lo que más siento siempre, en especial á quien no sabía cómo lo tomaría, ú si burlaría de mí: púsome en mucha congoja. En fin, fuí tan persuadida, que á mi parecer, prometí á Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que había, las escribí y se las dí (6). Bien pareció ser cosa de Dios en la operación que le hicieron; determinóse muy de veras de darse á oración, aunque no lo hizo desde luego. El Señor, como le quería para Sí, por mi medio le enviaba á decir unas verdades, que, sin entenderlo yo, iban tan á su propósito, que él se espantaba; y el Señor que debía de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo aunque miserable, era mucho lo que le suplicaba al Señor muy del todo le tornase á sí, y le hiciese aborrecer los contentos y cosas de la vida. Y ansí (sea alabado por siempre) lo hizo tan de hecho, que cada vez que me

(6) Tan grandes eran las ansias que Santa Teresa tenía, como ella misma afirma en el número 5 de este capítulo y en otras partes, porque los letrados y hombres de talento fuesen muy espirituales, que, como el venerable Padre Ibáñez afirma, una vez dijo á su Majestad: "Señor, ¿no hay personas, especialmente letrados, y varones, que si Vos les hablásedes, harían esto que Vos me mandáis mucho mejor que yo, que soy tan mala? Respondió su Majestad, como quien tenía dolor en su corazón: "Porque los letrados y varones no se quieren disponer para tratar conmigo, vengo yo, como necesitado, y desechado de ellos, á buscar mujercitas, con quien descansen y trate mis cosas". Palabras son del Señor." El venerable Padre Pedro Ibáñez, confesor de la Santa, en su excelente Tratado que se titula "Discernimiento de Espíritus", párrafo 29, inserto en el libro V, capítulo VII de la "Historia del Carmen Descalzo", escrita por el Padre Fray Jerónimo de San José. ¡Cáveant, Doctores! Et, qui regis Israel, intende, qui deducis velut ovem Jóseph... (Ps. 79.)

habla, me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso, en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si así va adelante (lo que espero en el Señor si hará, por ir muy fundado en conocerse) será uno de los muy señalados siervos suyos, y para gran provecho de muchas almas, porque en cosas de espíritu, en poco tiempo tiene mucha experiencia, que estos son dones que dá Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que á otros da en uno: su Majestad sabe la causa. Y es el engaño, que nos parece que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia; y así yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo, que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne á quien le tiene, más entiéndese en lo exterior y interior que va conforme á vía natural por obra del entendimiento, y en lo sobrenatural, que mire vaya conforme á la Sagrada Escritura. En lo demás no se mate, ni piense entender lo que no entiende, ni ahogue los espíritus, que ya, cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.

7. No se espante, ni le parezcan cosas imposibles: todo es posible al Señor, sino procure esforzar la fe, y humillarse, de que hace el Señor en esta ciencia á una vejecita más sabia por ventura que á él, aunque sea muy letrado, y con esta humildad aprovechará más á las almas y á sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. Porque, torno á decir, que si no tiene experiencia, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende, y

que no por eso es imposible, que ganará poco, y dará á ganar menos á quien trata; no haya miedo, si tiene humildad, primita el Señor que se engañe el uno ni el otro.

Pues á este padre, que digo, como en muchas cosas se la ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es bien letrado, y lo que no entiende por experiencia, infórmase de quien la tiene, y con esto ayúdale el Señor con darle mucha fe, y así ha aprovechado mucho á sí y á algunas almas, y la mía es una de ellas; que, como el Señor sabía en los trabajos que me había de ver, parece proveyó su Majestad, que, pues había de llevar consigo algunos que me gobernaban (7), quedasen otros que me han ayudado á hartos trabajos, y hecho gran bien. Hale mudado el Señor cási del todo, de manera que cási él no se conoce, á manera de decir, y dado fuerzas corporales para penitencia, que antes no tenía, sino enfermo, y animoso para todo lo que es bueno, y otras cosas, que se parece bien ser muy particular llamamiento del Señor. ¡Sea bendito por siempre!

Creo todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oración, porque no son postizas; porque ya en algunas cosas ha querido el Señor se haya experimentado, porque sale de ellas, como quien tiene ya conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones; espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien á algunos de su Orden por él, y á ella misma. Ya se comienza esto á entender: he visto grandes visiones, y díchome el Señor algunas cosas de él, y del Retor de la Compañía de Jesús (8), que tengo dicho, de grande admiración, y de otros dos religiosos de la Orden

(7) Alude á San Pedro de Alcántara, que murió en 1562, y al Dominico Padre Pedro Ibáñez, que murió el 2 de Febrero de 1565.

(8) El Padre Gaspar de Salazar.

de Santo Domingo, en especial de uno (9), que también ha dado ya á entender el Señor por obra en su aprovechamiento algunas cosas, que antes yo había entendido de él; mas de quien ahora hablo, han sido muchas. Una cosa quiero decir ahora aquí. Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el amor que mi alma y espíritu entendía, que ardía en el suyo, que me tenía á mí cási absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuán poco tiempo había subido un alma á tan grande estado. Hacíame gran confusión, porque le vía con tanta humildad escuchar lo que yo le decía en algunas cosas de oración; como yo tenía poca de tratar así con persona semejante, debíamelo sufrir el Señor por el gran deseo que yo tenía de verle muy adelante. Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego para desear servir al Señor de principio. ¡Oh Jesús mío, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mismo amor, tras estas almas se había de andar si pudiese.

8. Gran cosa es á un enfermo hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan á padecer, y aún á merecer; ecelentes espaldas se hacen, y á gente determinada á arriscar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en qué perderlas; son como los soldados, que, por ganar el despojo, y hacerse con él ricos, desean que haya guerra; tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí. Es este su oficio, el trabajar. ¡Oh, gran cosa es adonde el Señor da esta luz, de entender lo mucho que se gana en padecer por El! No se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello se está, señal es que lo tiene en algo;

(9) Los Padres Pedro Ibáñez y Domingo Báñez, en especial el Padre Ibáñez.

pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y ya va imperfeto todo y perdido. Bien viene aquí, que es perdido quien tras perdido anda, ¿y qué más perdición, qué más ceguedad, qué más desventura, que tener en mucho lo que no es nada? Pues tornando á lo que decía, estando yo en grandísimo gozo mirando aquel alma, que me parece quería el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo la merced que me había hecho en que fuese por medio mío, hallándome indigna de ella, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más á mi cuenta las tomaba, que si fuera á mí, y alababa mucho al Señor, de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos, y había oído mi oración, que era despertase el Señor personas semejantes. Estando ya mi alma, que no podía sufrir en sí tanto gozo, salió de sí, y perdióse para más ganar: perdió las consideraciones, y de oír aquella lengua divina, en que parece hablaba el Espíritu Santo, dióme un gran arrobamiento, que me hizo cási perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Vi á Cristo con grandísima majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y así me lo dijo, y quiso que viese claro, que á semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en El.

9. Otra vez estando lejos deste lugar, le vi con mucha gloria levantar á los ángeles. Entendí iba su alma muy adelante, por esta visión: y así fué, que le habían levantado un gran testimonio bien contra su honra, persona á quien él había hecho mucho bien, y remediado la suya y el alma, y habíalo pasado con mucho contento, y hecho otras obras muy á servicio de Dios, y pasado otras persecuciones. No me parece conviene ahora declarar más cosas: si después le pareciese á vuesa mer-

ced, pues las sabe, se podrán poner para gloria del Señor. De todas las que le he dicho de profecías desta casa, y otras que diré della, y otras cosas, todas se han cumplido; algunas tres años antes que se supiesen, otras más y otras menos, me las decía el Señor; y siempre las decía al confesor, y á esta mi amiga viuda, con quien tenía licencia de hablar, como he dicho; y ella he sabido que las decía á otras personas, y estas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto más siendo tan graves) tratase yo sino toda verdad.

10. Habiéndose muerto un cuñado mío súpitamente, y estando yo con mucha pena, por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oración, que había así de morir mi hermana (10), que fuese allá, y procurase se dispusiese para ello. Díjelo á mi confesor, y como no me dejaba ir, entendílo otras veces: ya como esto vió, díjome que fuese allá, que no se perdía nada. Ella estaba en una aldea, y como fuí sin decirla nada, le fuí dando la luz que pude en todas las cosas; hice sé confesase muy á menudo, y en todo trajese cuenta con su alma: ella era muy buena, y hizolo así. Desde á cuatro ú cinco años que tenía esta costumbre, y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fué el bien que, como lo acostumbraba, no había sino poco más de ocho días que estaba confesada; á mí me dió gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio.

11. Serían aun no me parece ocho días, cuando acabando de comulgar me apareció el Señor, y quiso la viese cómo la llevaba á la gloria. En todos estos años, desde

(10) Era esta señora Doña María de Cepeda, hermana mayor de Santa Teresa, y mujer de D. Martín de Guzmán y Barrientos, que murió, como la Santa dice, súbitamente en Castellanos de la Cañada, donde residían.

que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado á entender, ni á mi compañera (11), que, así como murió, vino á mí muy espantada de ver cómo se había cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas, para que no se pierdan.

(11) Doña Guiomar de Ulloa.

CAPÍTULO XXXV

Prosigue en la misma materia de la fundación de esta casa de nuestro glorioso padre San Josef. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese á guardarse en ella la santa pobreza; y la causa por qué se vino de con ella aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron.

Sumario: 1. Entrevista con una Beata mujer de grande santidad. La inclina á hacer la fundación de San José en Avila, con estrecha pobreza y sin renta.—2. Sus perplejidades sobre este punto, y consultas que hace. Graciosa contestación que da al Religioso Dominicó, que era uno de los que había consultado.—3. Entrevista con San Pedro de Alcántara, quien la anima mucho á que la fundación sea sin renta.—4. Palabras que la dice el Señor animándola á esto mismo.—5. Cesa el precepto del Provincial de que se esté en Toledo, y pueda volverse á Avila. Teme el oficio de Prelada por la gran responsabilidad.—6. La manda el Señor que salga de Toledo y se vaya á Avila, que buena cruz se la apareja.—7. Aunque con sentimiento, viene en ello la Señora. A la Santa la cuesta también el dejar á Toledo por varias causas.—8. Sentía pena en venir á Avila, y á la vez contento. Explica eso con una comparación. Alabanza que hace del futuro Monasterio de San José y de sus religiosas.—9. Cuan seguro va y por camino real, el que ama á Dios de verdad. Lo contrario sucede al que ansía los honores y contentos del mundo.



DUES estando con esta señora, que he dicho, adonde estuve más de medio año, ordenó el Señor, que tuviese noticia de mí una beata de nuestra Orden (1), de más de setenta leguas de aquí deste lugar, y acertó á venir por acá, y rodeó algunas por hablarme. Habíala el Señor movido, el mesmo año y mes que á mí, para hacer otro monesterio de esta Or-

(1) La Beata de quien nos habla la Santa era la venerable Ana de Jesús, natural de Granada. Había estado casada, y habiendo enviudado, fundó en Alcalá de Henares, el 1563, un convento de Carmelitas Descalzas, llamado de la Imagen, y allí mismo murió en olor de santidad en 1580.

den; y como le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fué á Roma á traer despacho para ello, á pie y descalza. Es mujer de mucha penitencia y oración, y hacía el Señor muchas mercedes, y aparecióle Nuestra Señora, y mandóla lo hiciese: hacíame tantas ventajas en servir al Señor, que yo había vergüenza de estar delante de ella. Mostróme los despachos que traía de Roma, y en quince días que estuvo conmigo, dimos orden en cómo habíamos de hacer estos monesterios. Y hasta que yo la hablé, no había venido á mi noticia que nuestra Regla, antes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; ni yo estaba en fundarle sin renta, que iba mi intento á que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba á los muchos cuidados que tray consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido, con no saber leer, lo que yo, con tanto haber andado á leer las Constituciones, inoraba. Y como me lo dijo, parecióme bien, aunque temí que no me lo habían de consentir, sino decir que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otras por mí, que, á ser yo sola, poco ni mucho me detuviera; antes me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro; porque grandes deseos de pobreza, ya me los había dado su Majestad.

2. Así que para mí no dudaba de ser lo mejor, porque días había que deseaba fuera posible á mi estado andar pidiendo por amor de Dios, y no tener casa ni otra cosa; mas temía que, si á las demás no daba el Señor estos deseos, vivirían descontentas; y también no fuese causa de alguna destrayción, porque vía algunos monesterios pobres no muy recogidos, y no miraba que el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la destrayción, porque esta no hace más ricas, ni falta Dios jamás á quien le sirve; en fin, tenía flaca la fe, lo

que no hacía esta sierva de Dios. Como yo en todo tomaba tantos pareceres, casi á nadie hallaba de este parecer, ni confesor, ni los letrados que trataba; traíanme tantas razones, que no sabía qué hacer; porque, como ya yo sabía era Regla, y vía ser más perfección, no podía persuadirme á tener renta. Y ya que algunas veces me tenían convencida, en tornando á la oración, y mirando á Cristo en la Cruz tan pobre y desnudo, no podía poner á paciencia ser rica: suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera, que yo me viese pobre como El. Hallaba tantos inconvenientes para tener renta, y vía ser tanta causa de inquietud y aun destrayción, que no hacía sino disputar con los letrados. Escribió al religioso Dominicó (2) que nos ayudaba, envióme escritos dos pliegos de contradición y teología, para que no lo hiciese, y así me lo decía, que lo había estudiado mucho. Yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento, y el voto que tenía hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharme de teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced (3). Si hallaba alguna persona que me ayudase, ale-

(2) El Padre Pedro Ibáñez, quien se encontraba entonces en el Convento de Trianos (León), como lo indica la Santa en el capítulo XXX, núm. 3.

(3) Aunque Santa Teresa, siguiendo su espíritu y los grandes deseos que Dios la daba de pobreza, hubiera querido establecer sobre ella su Reforma, es lo cierto, que condescendiendo con la humana flaqueza, cuando por primera vez propuso su intento de fundar el convento de San José á su confesor, el Jesuíta Padre Alvarez, y después al Dominicó Padre Ibáñez, propuso su proyecto bajo la base de que tuviera renta. Así se explica la contestación del Jesuíta Padre Alvarez: "que no llevaba camino conforme á razón natural, por haber poquisima y casi ninguna probabilidad de renta en su compañera" (Doña Guiomar); y en el capítulo XXXII al referir la consulta con el Dominicó Padre Pedro Ibáñez: "dió, dice esta señora (Doña Guiomar), relación de todo y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo". Por todo lo cual, y más aún, por las palabras del Padre Ibáñez, cuando dijo "que aunque la hacienda era poca, que algo se habla de confiar de Dios, que quien lo contradijese que fuese á él, que él respondería"; se ve claramente que el primer intento de Santa Teresa, era fundar con renta.

Tan corriente es esto, que empieza el primer capítulo del

grábame mucho. Aquella señora con quien estaba, para esto me ayudaba mucho; algunos luego al principio decíanme que les parecía bien, después, como más lo miraban, hallaban tantos inconvenientes, que tornaban á poner mucho en que no lo hiciese. Decíales yo, que si ellos tan presto mudaban parecer, que yo á el primero me quería llegar.

3. En este tiempo, por ruegos míos, porque esta señora no había visto á el santo fray Pedro de Alcántara; fué el Señor servido viniese á su casa, y como el que era bien amador de la pobreza, y tantos años la había

“Camino de Perfección” por estas palabras: “Al principio que se comenzó este Monasterio á fundar, por las causas que en el libro que digo tengo escrito, están dichas, con algunas grandezas del Señor, en que dió á entender se, había mucho de servir en esta casa, no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada. En fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo.” Cuando ahora Santa Teresa comunicó en Toledo con esta Beata, terciaria del Carmen, mudó de parecer, y se decidió á fundar su primer Convento, no con renta, sino con pobreza. El Padre Padro Ibáñez,, á quien la Santa consultó, se opuso á este nuevo parecer, y le escribió dos pliegos de contradicción y Teología, al cual respondió Santa Teresa con tanta gracia diciendo “que para no seguir los consejos de Cristo, que no quería aprovecharse de Teología, ni con sus letras le hiciese en este caso mercez”. Poco después, también cambió de parecer dicho venerable Padre Ibáñez, ó más bien como la Santa escribe en el número 4: “También volvió el Señor el corazón del Presentado (*), digo el Religioso Dominicó”, y entonces con este parecer, y sobre todo el de San Pedro de Alcántara, gran maestro de la pobreza, llevó la Santa adelante su plan, é hizo su primera fundación de San José de Avila, como se dirá en el siguiente capítulo bajo la más estrecha pobreza.

“Pasado algunos años, escribe el Padre Ribera (**), mudó Santa Teresa de parecer, no por su voluntad, sino porque personas muy letradas y espirituales hicieron grande instancia en que le mudase, y particularmente el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, diciéndola que, pues al Santo Concilio Tridentino había parecido cosa conveniente tener renta los monasterios, y especialmente era más menester esto en monasterios de monjas, no quisiese ella saber más que el Concilio, á quien alumbra el Espíritu Santo. También se entiende (aunque de esto no estoy del todo cierto) que la mandó Nuestro Señor se llegase al parecer de estos sus siervos, y ella lo hizo así, como quien en todo obedecía á Dios y á sus ministros, y no se casaba con su propio juicio. No hubo en esto contradicción ninguna en las revelaciones que tuvo, antes fué gran providencia de Dios mandar primero lo uno y después lo otro.”

(*) El título de Presentado en la Orden de Santo Domingo, equivale al de Licenciado en Teología en otra Orden.

(**) Libro II, capítulo III.

tenido, sabía bien la riqueza que en ella estaba, y ansí me ayudó mucho, y mandó que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer y favor, como quien mejor le podía dar, por tenerlo sabido por larga experiencia, yo determiné no andar buscando otros.

4. Estando un día mucho encomendándolo á Dios, me dijo el Señor, que en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que El me ayudaría. Fué con tan grandes efectos en un gran arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez me dijo, que en la renta estaba la confusión, y otras cosas en loor de la pobreza: y asegurándome que á quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir: y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. También volvió el Señor el corazón del Presentado, digo del religioso Dominicó, de quien he dicho me escribió no lo hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres, no me parecía sino que poseía toda la riqueza del mundo, en determinándome á vivir de por amor de Dios.

5. En este tiempo mi Provincial (4) me alzó el mandamiento y obediencia, que me había puesto para estar allí, y dejó en mi voluntad que, si me quisiese ir, que pudiese, y si estar, también, por cierto tiempo; y en este había de haber elección en mi monesterio, y avisáronme que muchas querían darme aquel cuidado de perlada; que para mí solo pensarlo era tan gran tormento, que á cualquier martirio me determinaba á pasar por Dios con facilidad, á este en ningún arte me podía persuadir; porque, dejado el trabajo grande, por ser

(4) Fray Angel de Salazar.

muy muchas, y otras causas, de que yo nunca fuí amiga, ni de ningún oficio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro para la conciencia, y así alabé á Dios de no me hallar allá. Escribí á mis amigas para que no me diesen voto.

6. Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor, que en ninguna manera deje de ir, que, pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche, que vaya con ánimo, que El me ayudará, y que me fuese luego. Yo me fatigué mucho, y no hacía sino llorar, porque pensé que era la cruz ser perlada, y, como digo, no podía persuadirme á que estaba bien á mi alma en ninguna manera, ni yo hallaba términos para ello. Contélo á mi confesor: mandóme que luego procurase ir, que claro estaba era más perfección, y que, porque hacía gran calor, bastaba hallarme allá á su elección, que me estuviese unos días, porque no me hiciese mal el camino. Mas el Señor, que tenía ordenado otra cosa, húbose de hacer; porque era tan grande el desasosiego que traía en mí, y el no poder tener oración, y parecerme faltaba de lo que el Señor me había mandado, y que, como estaba allí á mi placer y con regalo, no quería irme á ofrecer al trabajo, que todo era palabras con Dios; que ¿por qué pudiendo estar adonde era más perfección, había de dejarlo? que ¿si me muriese, muriese! y con esto un apretamiento de alma, un quitarme el Señor todo el gusto en la oración. En fin, yo estaba tal, que ya me era tormento tan grande, que supliqué á aquella señora tuviese por bien dejarme venir, porque ya mi confesor, como me vió así, me dijo que me fuese, que también le movía Dios como á mí. Ella sentía tanto que la dejase, que era otro tormento, que le había costado mucho acabarlo con el Provincial, por muchas maneras de importunaciones.

7. Tuve por grandísima cosa querer venir en ello, según lo que sentía; sino, como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podía hacer gran servicio, y otras hartas cosas, y dîle esperanza que era posible tornarla á ver; y ansí, con harta pena, lo tuvo por bien. Ya yo no la tenía de venirme, porque, entendiendo yo era más perfección una cosa y servicio de Dios, con el contento que me da de contentarle, pasé la pena de dejar á aquella señora, que tanto la vía sentir, y otras personas á quien debía mucho, en especial á mi confesor, que era de la Compañía de Jesús, y hallábame muy bien con él; más mientras más vía que perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderlo. No podía entender cómo era esto, porque vía claro estos dos contrarios, holgarme y consolarme, y alegrarme de lo que me pesaba en el alma; porque yo estaba consolada y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas de oración; vía que venía á meterme en un fuego, que ya el Señor me lo había dicho, que venía á pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto, como después ví), y con todo venía ya alegre, y estaba desecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y ansí enviaba su Majestad el esfuerzo, y le ponía en mi flaqueza.

8. No podía, como digo, entender cómo podía ser esto; pensé esta comparación: si poseyendo yo una joya, ú cosa que me da gran contento, ofréceseme saber que la quiere una persona, que yo quiero más que á mí, y deseo más contentarla que mi mesmo descanso, dame gran contento quedarme sin él, que me daba lo que poseía, por contentar á aquella persona; y como este contento de contentarla ecède á mi mesmo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya, ú lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera que, aun-

que quería tenerla, de ver que dejaba personas, que tanto sentían apartarse de mí, con ser yo de mi condición tan agradecida, que bastara en otro tiempo á fatigarme mucho, y ahora, aunque quisiera tener pena, no podía. Importó tanto el no me tardar un día más para lo que tocaba al negocio de esta bendita casa, que yo no sé cómo pudiera concluirse, si entonces me detuviera. ¡Oh grandeza de Dios! muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su Majestad ayudarme, para que se efetuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita, como una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite; y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traído á él, en cuya compañía yo vivo con harta, harta confusión; porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura y pobreza y oración, y llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla indina de haber merecido venir á tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, adonde pudieran estar contentas conforme á sus leyes, y hales dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias a su Majestad: á otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad da fortaleza y conocimiento para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aún para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad y con poca salud, da fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza y penitencia que todas.

9. ¡Oh Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos

queréis, porque, sobre toda razón natural, hacéis las cosas tan posibles, que dais á entender bien, que no es menester más de amaros de veras, y dejarlo de veras todo por Vos, para que vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir, que *fingís trabajo en vuestra ley* (5), porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo *es estrecho el camino que lleva á Vos* (6). Camino real veo que es, que no senda: camino, que, quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer; porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruín senda, y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo adonde caer, y de la otra un despeñadero: no se han descuidado, cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va, por ancho camino y real, lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico, cuando le dáis vos, Señor, la mano; no basta una caída, y muchas, si os tiene amor, y no á las cosas del mundo para perderse: va por el valle de la humildad. No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección; el Señor por quien es, nos dé á entender cuán mala es la siguridad en tan manifiestos peligros, como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera siguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en El, y no hayan miedo se ponga este Sol de Justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos á El. No temen andar entre leones, que cada uno parece que quiere llevar un pedazo, que son las honras y deleites y contentos semejantes, que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil querría hartarme de llorar

(5) "Qui fing's laborem in praecepto?" (Ps., XCIII, 20.)

(6) "Quam angusta porta et arcta via est, quae ducit ad vitam!..." (Matth., VII, 14.)

y dar voces á todos para decir la gran ceguedad y maldad mía, por si aprovechase algo, para que ellos abriesen los ojos. Abraselos el que puede por su bondad, y no primita se me tornen á cegar á mí. Amén.

CAPÍTULO XXXVI

Prosigue la materia comenzada, y dice cómo se acabó de concluir, y se fundó este monesterio del glorioso San Josef, y las grandes contradiciones y persecuciones que, después de tomar hábito las religiosas, hubo, y los grandes trabajos y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con vitoria, y en gloria y alabanza suya.

Sumario: 1. La noche en que llegó á Avila, llegó el Breve de Roma autorizando la fundación. San Pedro de Alcántara con otro caballero acaban con el Obispo admita el Monasterio bajo su obediencia. El aprobarlo el santo viejo, San Pedro, lo hizo todo.—2. Cae enfermo su cuñado; sale á asistirle, y sin que lo entendieran, se ocupaba en terminar el Monasterio. Trabajos que pasa.—3. El 24 de Agosto se funda el Monasterio y toman el hábito. Gozo grande que tuvo en ese día.—4. Terrible batalla interior con el demonio.—5. No hay contento seguro en esta vida. La da Dios luz para ver que era el demonio.—6. Por qué permitió el Señor esta contienda. A la hora la Priora de la Encarnación la manda fuese allá. Da su descuento á la Prelada y quédase la causa para cuando venga el Provincial. Venido éste, se celebró el juicio é hizo su culpa. La reprende el Provincial—7. Manda el Provincial que delante de las monjas diese su descuento ó se excusase de lo que había hecho. La da con gran sosiego y no hallan por qué condenarla. Se juntan los de la ciudad para deshacer el Monasterio.—8. Otra junta, á la que acuden dos letrados de cada Orden religiosa. Sólo defiende el Monasterio un Presentado de la Orden de Santo Domingo. Gran alboroto en Avila. La consuela el Señor.—9. Se entabla pleito sobre el Monasterio.—10. Va á la Corte, á defender la fundación, un sacerdote siervo de Dios. Otra junta en Avila, y defiende de parte del Obispo la fundación otro sacerdote.—11. Consiente la ciudad el Monasterio, con tal que tenga rentas.—12. El Señor y San Pedro de Alcántara la dicen que no entre por esta avenencia.—13. Se levanta otra persecución peor, que era

ponerlo en manos de letrados. La ayuda el Señor. Trae el Señor de Trianos, donde se hallaba de Prior, al Dominico Padre Ibáñez, y con su maña alcanza del Provincial venga de la Encarnación al nuevo Convento de San José. Visión que tuvo al entrar en el Monasterio.—14. Otra visión después de Completas. Cambia la ciudad, y favorece al Monasterio. Elogio de las primeras monjas.—15. Ruega al confesor rompa si quiere todo lo que le ha escrito, menos las maravillas que ha contado de esta fundación. Anima á las religiosas á vivir santamente.



DARTIDA ya de aquella ciudad (1), venía muy contenta por el camino, determinándome á pasar todo lo que el Señor fuese servido, muy con toda voluntad. La noche mesma que llegué á esta tierra, llegó nuestro despacho para el monesterio, y Breve de Roma (2), que yo me espanté, y se espantaron los que sabían la priesa que me había dado el Señor á la venida, cuando supieron la gran necesidad que había de ello, y á la coyuntura que el Señor me traía; porque hallé aquí al Obispo, y al santo fray Pedro de Alcántara, y á otro caballero muy siervo de Dios (3), en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona adonde los siervos de Dios hallaban espaldas y cabida. Entramos (4) á dos acabaron con el Obispo admitiese el monesterio; que no fué poco, por ser pobre, sino que era tan amigo de personas que vía así determinadas á servir al Señor, que luego se aficionó á favorecerle; y el aprobarlo este santo viejo, y poner mucho con unos y con otros en que nos ayudasen, fué el que lo hizo todo. Si no viniera á esta coyuntura,

(1) De Toledo para Avila. Este viaje le hizo la Santa á principios de Julio de 1562.

(2) Este Breve fué negociado por el Dominico Fray Pedro Ibáñez.

(3) Francisco Salcedo.

(4) Por entrambos.

como ya he dicho, no puedo entender como pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre (que no creo fueron ocho días, y esos muy enfermo), y desde á muy poco le llevó el Señor consigo (5). Parece que le había guardado su Majestad hasta acabar este negocio, que había muchos días, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

2. Todo se hizo debajo de gran secreto, porque á no ser así, no sé si pudiera hacer nada, según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después. Ordenó el Señor que estuviese malo un cuñado mío (6), y su mujer no aquí, y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasión no se entendió nada, aunque en algunas personas no dejaba sospecharse algo, mas aún no lo creían. Fué cosa para espantar, y que no estuvo más malo de lo que fué menester para el negocio, y en siendo menester tuviese salud, para que yo me desocupase y él dejase desembarazada la casa, se la dió luego el Señor, que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos y con otros que se admitiese, y con el enfermo, y con oficiales, para que se acabase la casa á mucha priesa, para que tuviese forma de monesterio, que faltaba mucho de acabarse: y la mi compañera (7) no estaba aquí (que nos pareció era mejor estar ausente para más disimular), y yo vía que iba el todo en la brevedad por muchas causas; y la una era, porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era esta la cruz; aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz que yo había entendido del Señor había de pasar.

(5) Murió el 18 de Octubre de aquel año en Arenas.

(6) Juan de Ovalle, marido de su hermana doña Juana, que vivían en Alba de Tormes, pero él se hallaba en Avila.

(7) Doña Guiomar se hallaba en Toro, de donde era natural.

3. Pues todo concertado, fué el Señor servido, que día de San Bartolomé, tomaron hábito algunas (8), y se puso el Santísimo Sacramento: con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monesterio del gloriosísimo Padre nuestro San José, año de mil y quinientos y sesenta y dos. Estuve yo á darles el hábito, y otras dos monjas (9) de nuestra casa mesma, que acertaron á estar fuera. Como en esta, que se hizo el monesterio, era la que estaba mi cuñado (que como he dicho, la había él comprado por disimular mejor el negocio), con licencia estaba yo en ella, y no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia; y como vían ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que, aunque iba con secreto y guardándome no lo supiesen mis perlados, me decían lo podía hacer, porque muy poca imperfección que me dijera era, mil monesterios me parece dejara, cuanti más uno. Esto es cierto, porque aunque lo deseaba, por apartarme más de todo, y llevar mi profesión y llamamiento con más perfección y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera, como lo hice la otra vez, con todo sosiego y paz. Pues fué para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento, y que se remediaron cuatro huérfanas pobres (10) (porque no se tomaban con dote) y grandes siervas de Dios; que esto se pretendió

(8) Las cuatro primeras novicias fueron Antonia del Espíritu Santo, María de la Cruz, Ursula de los Santos y María de San José. Eran las cuatro naturales de Avila.

(9) Dos primas hermanas de la Santa, que eran Doña Inés y Doña Ana de Tapia, naturales de esta ciudad y grandes siervas de Dios, que pasaron después á la Descalcez y fueron piedras angulares de ella.

(10) Dió los hábitos y puso el Santísimo Sacramento el Maestro Daza, á quien comisionó el señor Obispo D. Alvaro de Mendoza, gran protector de Teresa de Jesús. Todos los años el día de San Bartolomé asiste y va el Cabildo Catedral en procesión á la iglesia de San José, donde celebra una Misa solemne con sermón alusivo á este gran acontecimiento, honrando de este modo la memoria de la inclita Virgen avilesa.

al principio, que entrasen personas que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento, que llevábamos de mucha perfección y oración, efetur, y hecha una obra, que tenía entendido era para el servicio del Señor, y honra del hábito de su gloriosa Madre, que estas eran mis ánsias. Y también me dió gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra Iglesia más, en este lugar, de mi Padre glorioso San Joséf, que no la había. No porque á mí me pareciese había hecho en ello nada, que nunca me lo parecía ni parece, siempre entiendo lo que hacía el Señor; y lo que era de mi parte iba con tantas imperfecciones, que antes veo había que me culpar, que no que me agradecer; mas érame gran regalo ver que hubiese su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruín, para tan grande obra; así que estuve con tan gran contento, que estaba como fuera de mí con gran oración.

4. Acabado todo, sería como desde á tres ú cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante, si había sido mal hecho lo que había hecho; si iba contra obediencia en haberlo procurado, sin que me lo mandase el Provincial (que bien me parecía á mí le había de ser algún desgusto, á causa de sujetarle al Ordinario, por no se lo haber primero dicho; aunque como él no le había querido admitir, y yo no la mudaba, también me parecía no se le daría nada por otra parte) y si habían de tener contento las que aquí estaban con tanta estrechura, si les había de faltar de comer, si había sido disbarate, que quién me metía en esto, pues yo tenía monesterio. Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres y oraciones (que había más de dos años que cási no cesaban) todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido; sólo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes

y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obrase, ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio, que cómo me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande y deleitosa, y adonde tan contenta siempre había estado, y tantas amigas, que quizá las de acá no serían á mi gusto; que me había obligado á mucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarme la paz y quietud, y que así no podría tener oración, estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas de esta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa; y con esto una aflección y escuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me ví así, fuíme á ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme á El no podía: paréceme estaba con una congoja, como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque aún confesor no tenía señalado.

5. ¡Oh, váleme Dios, y qué vida esta tan miserable! No hay contento siguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito, que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la mesma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía que hacer de mí. ¡Oh si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería con expiriencia, en lo poco que se ha de tener contento ni descontento de ella! Es cierto que me parece que fué uno de los recios ratos que he pasado en mi vida; parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó á ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer á su pobre sierva; porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer; y así fué en esta, que me dió un poco de luz, para ver que era

demonio, y para que pudiese entender la verdad y que todo era quererme espantar con mentiras; y así comencé á acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por El, y pensé que si había de cumplirlos, que no había de andar á procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que ese era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir á Dios, me serviría de purgatorio; que ¿de qué temía?, que pues deseaba trabajos, que buenos eran estos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia; que ¿por qué me había de faltar ánimo para servir á quien tanto debía? Con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento, de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme á esta casa, y, en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo estó, en un instante huyó el demonio, y me dejó sosegada y contenta, y lo quedé y lo he estado siempre, y todo lo que en esta casa se guarda de encerramiento, penitencia y lo demás, se me hace en extremo suave y poco. El contento es tan grandísimo, que pienso yo algunas veces, ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera más sabroso! No sé si es esto parte para tener mucha más salud que nunca, ú querer el Señor, por ser menester y razón que haga lo que todas, darme este consuelo, que pueda hacerlo, aunque con trabajo; más del poder se espantan todas las personas que saben mis enfermedades. Bendito sea El que todo lo dá y en cuyo poder se puede.

6. Quedé bien cansada de tal contienda, y riéndome del demonio, que ví claro ser él; creo lo primitió el Señor (porque yo nunca supe qué cosa era descontento de ser monja, ni un momento, en veintiocho años y más que ha que lo soy) para que entendiese la merced grande, que en esto me había hecho, y del tormento que me había

librado; y también para que si alguna viese lo estaba, no me espantase, y me apiadase de ella, y la supiese consolar. Pues pasado esto, quiriendo después de comer descansar un poco (porque en toda la noche no había cási sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los días bien cansada), como se había sabido en mi monesterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto, por las causas que ya he dicho, que parecía llevaban algún color. Luego la perlada (11) me envió á mandar, que á la hora me fuese allá. Yo en viendo su mandamiento, dejo mis monjas harto penadas, y voyme luego. Bien ví que se me habían de ofrecer hartos trabajos, más como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oración, suplicando al Señor me favoreciese, y á mi Padre San Joséf que me trajese á su casa, y ofrecíle lo que había de pasar, y muy contenta se ofreciese algo en que yo padeciese por El, y le pudiese servir, me fuí, con tener creído luego me habían de echar en la cárcel (12), mas, á mi parecer, me diera mucho contento, por no hablar á nadie, y descansar un poco en soledad, de lo que yo estaba bien necesitada, porque me traía molida tanto andar con gente. Como llegué, y dí mi disuento á la perlada, aplacóse algo, y todas enviaron al Provincial (13), y quedóse la causa para delante de él; y venido, fuí á juicio con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra su Majestad, ni la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con

(11) La Priora de la Encarnación, que era Doña María de Luna.

(12) Según tradición del Convento de la Encarnación, la Santa estuvo realmente algunas horas de la tarde del día 24 de Agosto en la cárcel del monasterio, que es una celda sin ventana, como ya se ha dicho.

(13) Fray Angel de Salazar, hombre prudentísimo y que favoreció mucho andando el tiempo á la Descalcez, á pesar de ser Calzado.

todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfección. Acordéme del juicio de Cristo, y ví cuán no nada era aquel. Hice mi culpa, como muy culpada, y así lo parecía á quien no sabía todas las causas. Después de haberme hecho una gran repreensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito, y lo que muchos decían al Provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello, antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo.

7. En algunas cosas bien vía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada, y otras semejantes; más en otras claro entendía que decían verdad, en que era yo más ruín que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aquella casa, ¿cómo pensaba guardarla en otra con más rigor? que escandalizaba al pueblo y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningún alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin, me mandó delante de las monjas diese descuento, y húbelo de hacer: como ya tenía quietud en mí, y me ayudaba el Señor, dí mi descuento de manera que no halló el Provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar; y después á solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho, y prometióme, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese á él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande, como ahora diré. Desde á dos ú tres días, juntáronse algunos de los regidores y corregidor, y del cabildo, y todos juntos dijeron, que en ninguna manera se había de consentir, que venía conocido daño á la republica, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante.

8. Hicieron juntar todas las Ordenes (14), para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban; en fin, concluyeron que luego se deshiciese. *Sólo un Presentado* (15) de la Orden de Santo Domingo (aunque era contrario, no del monesterio, sino de que fuese pobre), dijo, que no era cosa que así se había de deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que este era caso del Obispo, ú cosas desta arte, que hizo mucho provecho; porque según la furia, fué dicha no lo poner luego por obra. Era, en fin, que había de ser, que era el Señor servido dello, y podían todos poco contra su voluntad; daban sus razones y llevaban buen celo, y así, sin ofender ellos á Dios, hacíanme padecer, y á todas las personas que lo favorecían, que eran algunas, y pasaron mucha persecución. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme y ir al Provincial y á mi monesterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, más que

(14) Hablando el Jesuíta Padre Ribera de esta junta magna, se expresa así: "La ciudad estaba tan alterada, como si hubiera venido un muy gran mal, en que luego convenía se pudiese remedio. Y fuera de lo mucho que se decía en todas partes, y la soltura con que de esto se hablaba, júntanse de aquí á tres días el Corregidor y Regidores y algunos del Cabildo, y el día siguiente júntanse en el Consistorio los más principales de las Ordenes, y con ellos el regimiento de letrados y común del pueblo, como si ya la ciudad estuviera para perderse, y tratóse del negocio con mucho calor y porfía, y con grandes encarecimientos de los daños que de aquel monasterio se seguían. La conclusión de todo esto y la resolución de estas consultas, fué que venía mucho daño á la ciudad de aquel monasterio, y que no se había de consentir, sino que luego se quitase el Santísimo Sacramento y se deshiciese. Eran las veras con que todos tomaban esto tan grandes, que hicieran lo que habían dicho, si no saliera el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, de la Orden de Santo Domingo, Catedrático que es ahora de Prima de Teología en Salamanca." Es digno de leerse el discurso elocuentísimo que en esta ocasión pronunció el célebre Domingo Padre Domingo Báñez, deshaciendo con valentía uno por uno los argumentos del señor Corregidor. (Libro II, capítulo IV.)

(15) "Esto fué el año 1562, en fin de Agosto; yo me hallé presente, y di este parecer. Fray Domingo Báñez (Rubricado), y cuando esto firmo el año 1575, 2 de Mayo, tiene ya esta Madre fundados nueve Monesterios con gran religión." Es nota marginal, de letra del Padre Báñez, en el autógrafo de la Santa, que se guarda en la Biblioteca del Escorial, al folio CLXIX. Véase el "Apéndice" de esta Obra.

si no lo dijeran, sino temor si se había de deshacer; esto me daba gran pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decían de mí, antes parece me holgaba; y si tuviera alguna fe, ninguna alteración tuviera, sino que faltar algo en una virtud, basta adormecerlas todas; y así estuve muy penada los dos días que hubo estas juntas que digo en el pueblo, y, estando bien fatigada, me dijo el Señor: “¿No sabes que soy poderoso? ¿De qué temes?” y me aseguró que no se desharía: con esto quedé muy consolada. Enviaron al Consejo Real con su información, vino provisión para que se diese relación de cómo se había hecho.

9. Hele aquí comenzado un gran pleito, porque de la ciudad fueron á la Corte, y hubieron de ir de parte del monesterio, y no había dineros, ni yo sabía qué hacer; proveyólo el Señor, que nunca mi padre Provincial me mandó dejase de entender en ello; porque es tan amigo de toda virtud, que, aunque no ayudaba, no quería ser contra ello: no me dió licencia, hasta ver en lo que paraba, para venir acá. Estas siervas de Dios estaban solas, y hacían más con sus oraciones, que con cuanto yo andaba negociando, aunque fué menester harta diligencia. Algunas veces parecía que todo faltaba; en especial un día antes que viniese el Provincial, que me mandó la Priora no tratase en nada, y era dejarse todo. Yo me fuí á Dios, y díjele: “Señor, esta casa no es mía, por Vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad.” Quedaba tan descansada y tan sin pena, como si tuviera á todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por siguro el negocio.

10. Un muy siervo de Dios sacerdote (16), que sien-

(16) Gonzalo de Aranda.

pre me había ayudado, amigo de toda perfección, fué á la Corte á entender en el negocio, y trabajaba mucho; y el caballero santo, de quien he hecho mención, hacía en este caso muy mucho, y de todas maneras lo favorecía. Pasó hartos trabajos y persecución, y siempre en todo le tenía por padre, y aun ahora le tengo; y en los que nos ayudaban ponía el Señor tanto fervor, que cada uno lo tomaba por cosa tan propia suya, como si en ello les fuera la vida y la honra, y no les iba más de ser cosa en que á ellos les parecía se servía el Señor. Pareció claro ayudar su Majestad al maestro que he dicho, clérigo (que también era de los que mucho me ayudaban) á quien el Obispo puso de su parte en una junta grande que se hizo, y él estaba solo contra todos, y en fin los aplacó con decirles ciertos medios, que fué harto para que se entretuviesen, mas ninguno bastaba para que luego no tornasen á poner la vida (como dicen) en deshacerle. Este siervo de Dios, que digo, fué quien dió los hábitos y puso el Santísimo Sacramento, y se vió en harta persecución (17). Duró esta batería cási medio año, que decir los grandes trabajos que se pasaron por menudo, sería largo.

11. Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y cómo les parecía á todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres y la Priora, que no han de ser más (digo á los que lo contradecían), y de vida tan estrecha; que ya que fuera daño ú yerro, era para sí mismas; mas daño á el lugar, no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecían. Ya vinieron á decir que, como tuviese renta, pasarían por ello, y que fuese adelante. Yo estaba ya tan cansada de ver el trabajo de todos los que me ayudaban, más que del mío, que me parecía no

(17) Gaspar Daza.

sería malo, hasta que se sosegasen, tener renta, y dejarla después. Y otras veces, como ruín y imperfeta, me parecía que por ventura lo quería el Señor, pues sin ella no podíamos salir con ello, y venía ya en este concierto.

12. Estando la noche antes, que se había de tratar, en oración (y ya se había comenzado el concierto), díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos á tener renta que no nos dejarían después que lo dejásemos, y otras algunas cosas. La misma noche me apareció el santo fray Pedro de Alcántara, que era ya muerto; y antes que muriese me escribió, como supo la gran contradicción y persecución que teníamos, se holgaba fuese la fundación con contradicción tan grande, que era señal se había el Señor servir muy mucho en este monesterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta. Y aun dos ú tres veces me persuadió en la carta, y que, como esto hiciese, ello vernía á hacerse todo como yo quería. Ya yo le había visto otras dos veces, después que murió, y la gran gloria que tenía, y así no me hizo temor, antes me holgué mucho; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdome que me dijo la primera vez que le vi, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba, qué ¡dichosa penitencia había sido la que había hecho que tanto premio había alcanzado! Porque ya creo tengo dicho algo de esto (18), no digo aquí más de cómo esta vez me mostró rigor, y sólo me dijo que en ninguna manera tomase renta, y que, ¡por qué no quería tomar su consejo? y desapareció luego. Yo quedé espantada, y luego otro día dije al caballero

(18) Véase el capítulo XXVII, núm. 16 y 17.

(que era á quien en todo acudía, como el que más en ello hacía) lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. El estaba en esto mucho más fuerte que yo, y holgóse mucho; después me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto.

13. Después se tornó á levantar otra persona, y sierva de Dios harto, y con buen celo; ya que estaba en buenos términos decía se pusiese en manos de letrados. Aquí tuve hartos desasosiegos, porque algunos de los que me ayudaban, venían en esto, y fué esta maraña que hizo el demonio, de la más mala digestión de todas. En todo me ayudó el Señor, que así dicho en suma no se puede bien dar á entender lo que se pasó en dos años que se estuvo comenzada esta casa, hasta que se acabó; este medio postrero, y lo primero, fué lo más trabajoso. Pues aplacada ya algo la ciudad, dióse tan buena maña el Padre Presentado Dominicó (19), que nos ayudaba, aunque no estaba presente; más hábiale traído el Señor á un tiempo que nos hizo harto bien, y pareció haberle su Majestad para sólo este fin traído, que me dijo él después que no había tenido para qué venir, sino que acaso lo había sabido. Estuvo lo que fué menester: tornado á ir, procuró por algunas vías que nos diese licencia nuestro Padre Provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo (que parecía éasi imposible darla tan en breve) para hacer el oficio y enseñar á las que estaban: fué grandísimo consuelo para mí el día que venimos. Estando haciendo oración en la Iglesia (20)

(19) El Padre Pedro Ibáñez.

(20) Es tradición que al venir la Santa definitivamente, en Diciembre de 1562, ó á mitad de Cuaresma del año siguiente, como opinan otros, de la Encarnación á su Convento de San José, visitó la Virgen de la Soterraña, en San Vicente, se descalzó y llegó descalza al Convento de San José. En esta parroquia se celebraba todos los años una fiesta conmemorativa de esta despedida, según afirmó el Sr. Carramolino al Padre

antes que entrase en el monesterio, estando cási en arro-
bamiento, ví á Cristo que con grande amor me pareció
me recibía y ponía una corona, y agradeciéndome lo
que había hecho por su Madre.

14. Otra vez estando todas en el coro (21) en ora-
ción, después de Completas, ví á Nuestra Señora con
grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él
parecía ampararnos á todas: entendí cuán alto grado
de gloria daría el Señor á las de esta casa. Comenzado
á hacer el oficio, era mucha la devoción que el pueblo
comenzó á tener con este casa; tomáronse más monjas,
y comenzó el Señor á mover á los que más nos habían
perseguido, para que mucho nos favoreciesen y hiciesen
limosna, y así aprobaban lo que tanto habían reprobado,
y poco á poco se dejaron del pleito, y decían que ya
entendían ser obra de Dios, pues con tanta contradición
su Majestad había querido fuese adelante; y no hay al
presente nadie que le parezca fuera acertado dejarse de
hacer, y así tienen tanta cuenta con proveernos de li-
mosnas, que, sin haber demanda, ni pedir á nadie, los
despierta el Señor para que nos la envíen, y pasamos
sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor será
así siempre; que, como son pocas, si hacen lo que de-
ben, como su Majestad ahora les da gracia para hacerlo,
sigura estoy que no les faltará, ni habrán menester ser
cansosas, ni importunar á nadie, que el Señor se terná
cuidado como hasta aquí, que es para mí grandísimo
consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas.
Su trato es entender cómo irán adelante en el servicio
de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver á

Gregorio de Santa Salomé, pero desde la exclaustación en
1836, se viene omitiendo este recuerdo piadoso. Sería de desear
se reanudase y renovase esa fiesta, y es de esperar que así se
haga.

(21) Del Convento de las Madres, ó San José.

nadie, que no sea para ayudarlas á encender más en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y así no viene nadie á esta casa, sino quien trata desto, porque ni las contenta, ni los contenta; no es lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden, ni las entiende, sino quien habla el mesmo. Guardamos la Regla de Nuestra Señora del Carmen, y cumplida ésta sin relajación, sino como la ordenó Fray Hugo, Cardenal de Santa Sabina, que fué dada á MCCXLVIII años, en el año V del Pontificado del Papa Inocencio IV (22). Me parece serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora aunque tiene algún rigor (porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se ve en la mesma primera Regla), en muchas aun se les hace poco á las hermanas, y guardan otras cosas, que, para cumplir esta con más perfección, nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como su Majestad me lo ha dicho. La otra casa, que la beata que dije procuraba hacer, también la favoreció el Señor, y está hecha en Alcalá, y no le faltó harta contradición, ni dejó de pasar trabajos grandes. Sé que se guarda en ella toda religión, conforme á esta primera Regla nuestra. Plega al Señor sea todo para gloria y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos. Amén.

15. Creo se enfadará vuesa merced de la larga relación, que he dado de este monesterio, y vá muy corta para los muchos trabajos y maravillas, que el Señor en esto ha obrado, que hay de ello muchos testigos que

(22) El Papa comisionó á dos Dominicos, Hugo de San Caro, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, y Guillermo, Obispo de Antera, para que modificasen algunos puntos de la antigua Regla del Carmen. La Regla así modificada es como se observa en la Descalcez y á la que alude la Santa.

lo podrán jurar, y ansí pido yo á vuesa merced (23) por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca á este monesterio vuesa merced lo guarde, y muerta yo lo dé á las hermanas que aquí estuvieren, que animará mucho para servir á Dios las que vinieren, y á procurar no caya lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en hacerla, por medio de cosa tan ruín y baja como yo. Y, pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer para que se hiciese, paréceme á mí que hará mucho mal, y será muy castigada de Dios, la que comenzare á relajar la perfección que aquí el Señor ha comenzado y favorecido, para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él, las que á solas quisieren gozar de su esposo Cristo. Que esto es siempre lo que han de pretender, y solas con El solo, y no ser más de trece; porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por experiencia, que para llevar el espíritu que se lleva, y vivir de limosna y sin demanda, no se sufre más. Y siempre crean más á quien, con trabajos muchos y oración de muchas personas, procuró lo que sería mejor; y en el gran contento y alegría y poco trabajo, que en estos años, que ha que estamos en esta casa, vemos tener todas, y con mucha más salud que solían, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero, eche la culpa á su falta de espíritu, y no, á lo que aquí se guarda, pues personas delicadas y no sanas (porque le tienen) con tanta suavidad lo pueden llevar; y váyanse á otro monesterio, adonde se salvarán conforme á su espíritu.

(23) Al Dominico Padre García de Toledo, su confesor, por cuyo mandato escribió estos últimos capítulos, ó sea desde el XXXII hasta el XL.

CAPÍTULO XXXVII

Trata de los efectos que le quedaban cuando el Señor le había hecho alguna merced: junto con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos.

Sumario: 1. Continúa refiriendo mercedes que recibió de Dios. Es grande la diferencia entre ellas, como lo es la que hay en los gozos de los bienaventurados. Está dispuesta á sufrir hasta el fin del mundo todos los trabajos, con tal de subir un poquito más de gloria.—2. Ganancias con que quedaba su alma de estas mercedes. De ver la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo la quedó grandísima ganancia. Cuán diferentemente se puede tratar al Rey del cielo, que á los de la tierra.—3. Prosigue esto mismo. La Majestad de Dios se muestra sin necesidad de acompañamiento ni de grandeza.—4. Cómo Dios la dejaba algunas veces en su miseria, y lo que gozaba en esto.—5. Amorsas quejas á Dios, y cómo el Señor se las sufría. La emprende contra las novedades, puntos y maneras de crianza que hay en el mundo.—6. Prosigue fustigando irónicamente esas etiquetas mundanas.

E mal se me hace decir más de las mercedes que me ha hecho el Señor de las dichas, y aun son demasiadas para que se crea haberlas hecho á persona tan ruín; más por obedecer al Señor, que me lo ha mandado, y á vuestas mercedes (1), diré algunas cosas para gloria suya. Plega á su Majestad sea para aprovechar á algún alma, ver que á una cosa tan miserable ha querido el Señor así favorecer,

(1) Padres Dominicos Ibáñez, García de Toledo y Báñez.

¿qué hará á quien le hubiere de verdad servido?, y se animen todos á contentar á su Majestad, pues aun en esta vida dá tales prendas. Lo primero, háse de entender, que en estas mercedes que hace Dios al alma, hay más y menos gloria, porque en algunas visiones excede tanto la gloria y gusto y consuelo al que da en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar, aun en esta vida; porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto y regalo que da Dios en una visión ú en un arrobamiento, que parece no es posible poder haber más acá qué desear, y ansí el alma no lo desea ni pediría más contento. Aunque después que el Señor me ha dado á entender la diferencia que hay en el cielo, de lo que gozan unos á lo que gozan otros, cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido, y ansí no querría yo la hubiese en servir ya á su Majestad y emplear toda mi vida y fuerzas y salud en esto, y no querría por mi culpa perder un tantito de más gozar. Y digo ansí, que si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él, y después subir un poquito más en gloria, ú sin ninguno irme á un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito de gozar más, de entender las grandezas de Dios; pues veo que quien más lo entiende, más le ama y le alaba. No digo que no me contentaría y ternía por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar; pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haría en esto el Señor, y plega á su Majestad vaya yo allá, y no mire á mis grandes pecados. Lo que digo es, que aunque fuese á muy gran costa mía, si pudiese y el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí, que con tantas culpas lo tenía perdido todo!

2. Háse de notar también, que en cada merced que el Señor me hacía, de visión ú revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia, y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver á Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba solo una vez, cuanti más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo y fué éste. Tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era esta: que como comenzaba á entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria á pensar en él, aunque no era con intención de ofender á Dios, más holgábame de verle y de pensar en él y en las cosas buenas que le vía; era cosa tan dañosa que me traía el alma harto perdida. Después que ví la gran hermosura del Señor, no vía á nadie que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase, que, con poner un poco los ojos de la consideración en la Imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las ecelencias y gracias, que en este Señor vía; ni hay saber, ni manera de regalo que yo estime en nada, en comparación del que es oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanti más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no primite se me quite esta memoria, podermela nadie ocupar, de suerte, que con un poquito de tornarme á acordar deste Señor, no quede libre. Acaeciome con algún confesor, que siempre quiero mucho á los que gobiernon mi alma: como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre donde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con siguridad, mostrábales gracia; ellos, como temerosos y siervos de Dios, temíanse no me asiese en

alguna manera, y me atase á quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia; esto era después que yo estaba tan sujeta á obedecerlos, que antes no los cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuan engañados estaban; aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba á nadie, como lo tenía en mí, mas asegurábalos, y tratándome más, conocían lo que debía al Señor, que estas sospechas que traían de mí, siempre eran á los principios. Comenzóme mucho mayor amor, y confianza deste Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Vía que, aunque era Dios, que era Hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta á muchas caídas por el primer pecado que El había venido á reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas; ha de haber hora de hablar, y señaladas personas que les hablen; si es algún pobrecito, que tiene algún negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo. ¡Oh, que si es con el Rey! Aquí no hay tocar gente pobre, y no caballerosa, sino preguntar quien son los más privados, y á buen siguro, que no sean personas que tengan el mundo debajo de los pies, porque estos hablan verdades, que no temen ni deben; no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos.

3. ¡Oh Rey de gloria y Señor de todos los reyes, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para Vos! Con mirar vuestra persona, se ve luego que sois solo El que merecéis que os llamen Señor. Sigún la Majestad mostráis, no es menester gente de acompañamiento, ni

de guarda, para que conozcan que sois Rey; porque acá un rey solo, mal se conocerá por sí; aunque él más quiere ser conocido por rey, no le creeran, que no tiene más que los otros; es menester que se vea por qué lo creer. Y ansí es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le ternían en nada; porque no sale de si el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad. ¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¿Quién supiera ahora representar la Majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois gran Emperador en Vos mesmo, que espanta mirar esta Majestad; más, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad, y el amor que mostráis á una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra Majestad, con quedar mayor para no ofenderos, más no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada, en comparación de no perderos á Vos. Hela aquí los provechos desta visión, sin otros grandes que deja en el alma, si es de Dios; entiéndese por los efetos, cuando el alma tiene luz, porque, como muchas veces he dicho, quiere el Señor que esté en tinieblas, y que no vea esta luz, y ansí no es mucho tema la que se ve tan ruín como yo.

4. No ha más que ahora, que me ha acaecido estar ocho días, que no parece había en mí, ni podía tener conocimiento de lo que debo á Dios, ni acuerdo de las mercedes, sino tan embobada el alma, y puesta no sé en qué, ni cómo, no en malos pensamientos, mas para los buenos estaba tan inhábil, que me reía de mí, y gustaba de ver la bajeza de un alma, cuando no anda Dios siempre obrando en ella. Bien ve que no está sin El en este estado, que no es como los grandes trabajos que he dicho tengo algunas veces; mas aunque pone leña, y hace eso poco que puede de su parte, no hay arder el fuego

de amor de Dios. Harta misericordia suya es que se ve el humo, para entender que no está del todo muerto, torna el Señor á encender, que entonces un alma, aunque se quiebre la cabeza en soplar y en concertar los leños, parece que todo lo ahoga más. Creo es lo mejor rendirse del todo á que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho, meritorias; porque por ventura la quita el Señor la oración, para que entienda en ellas, y conozca por experiencia lo poco que puede por sí.

5. Es cierto que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido á quejarme de su Majestad, y le he dicho: ¡Cómo, Dios mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer, y dormir, y negociar, y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo. ¡Y que, tan poquitos ratos como me quedan para gozar de Vos, os me escondáis! ¡Cómo se compadece este en vuestra misericordia? ¡Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo yo, Señor, que si fuera posible poderme asconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso, y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriérades; mas estáisos Vos conmigo, y véisme siempre; no se sufre esto, Señor mío, suplícoos miréis que se hace agravio á quien tanto os ama. Esto y otras cosas me ha acaecido decir, entendiendo primero cómo era piadoso el lugar que tenía en el infierno para lo que merecía; más algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento, sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor: ¡alabado sea tan buen Rey! ¡Llegáramos á los de la tierra con estos atrevimientos? Aun ya al rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razón se tema, y á los señores que representan ser cabe-

zas; más está ya el mundo de manera, que habían de ser más largas las vidas, para deprender los puntos y novedades y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo della en servir á Dios: yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es, que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí (2), porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intención, si hay, como digo, descuido, y aun plega á Dios lo crean.

6. Torno á decir, que cierto yo no sabía como vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada. Ve que la mandan que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en El para librarse de muchos peligros. Por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos del mundo, so pena de no dejar de dar ocasión á que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer satisfacciones, porque no podía, aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña. Y ¿es verdad, que en las religiones (que de razón habíamos en estos casos estar disculpados) hay disculpa? No, que dicen que los monesterios han de ser corte de crianza, y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado, si dijo algún santo que había de ser corte para enseñar á los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés; porque traer este cuidado, quien es razón lo traya continuo en contentar á Dios y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar á los que viven en él, en estas cosas que tan-

(2) En San José de Avila.

tas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudieran aún deprender de una vez, pasara, mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra, adonde se lea como se ha de hacer, á manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y, á quien no se solía poner *manífico*, hase de poner *ilustre* (3). Yo no sé en qué ha de parar, porque aún no he yo cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir. Pues los que ahora nacen, y vivieren muchos, ¿qué han de hacer? Por cierto yo he lástima á gente espiritual, que está obligada á estar en el mundo por algunos santos fines, que es terrible la cruz, que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos y hacerse inorantes, y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarían. Mas ¡en qué boberías me he metido! por tratar en las grandezas de Dios, he venido á hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir dél; allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega á Dios que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos. Amén.

(3) Se ve que en tiempo de Santa Teresa el tratamiento de Magnífico era inferior al de Muy Ilustre Señor. Fué tal el abuso que se introdujo con respecto al particular, que el Rey Felipe II se vió precisado á dar una pragmática para regular el tratamiento que á cada uno debía darse, según la categoría de su estado. Santa Teresa escribía estas líneas antes del 28 de Marzo de 1565, pues nació el 1515, y dice que no tenía, cuando esto escribía, cincuenta años.

CAPÍTULO XXXVIII

En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones y revelaciones, que su Majestad tuvo por bien viese: dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma.

Sumario: 1. Toma un rosario, se queda arrobada y ve en el cielo á su padre y á su madre.—2. Secretos grandes que Dios la mostraba. No se pueden dar á entender.—3. Palabras que la dijo el Señor.—4. Los arrobamientos y otras mercedes la dejaron un gran desprecio del mundo y la quitaron el temor á la muerte.—5. La sirvieron también para conocer nuestra verdadera tierra, y que acá somos peregrinos.—6. Merced grande que recibe la víspera de la fiesta del Espíritu Santo, ó día de Pentecostés.—7. Se la muestra el Espíritu Santo en forma de paloma.—8. Ve la misma paloma sobre la cabeza de un Padre de la Orden de Santo Domingo.—9. Ve otra grande merced, otorgada á un Presentado de esa misma Orden. Santidad de este Padre Presentado. Mercedes otorgadas al Rector de la Compañía.—10. Vió grandes cosas de toda la Compañía.—11. El Señor la trae á la memoria cosas de su vida, que la hacían confusión y pena.—12. En un admirable arrobamiento ve á Jesucristo en el seno del Padre.—13. Se repite por tres veces esa visión, y efectos que la causaba. Se acordaba al llegar á comulgar. Providencia amorosa del Señor en ocultar su Majestad en el Santísimo Sacramento.—14. Prosigue ponderando esa providencia y lo que sucedió á un labrador.—15. Visión horrible que tuvo sobre un sacerdote que se hallaba en pecado mortal.—16. Otra visión no menos terrible.—17. En los números 17, 18, 19, 20, 21 y 22 refiere varias visiones de difuntos.—23. Con ser muchísimas las almas que vió subir al cielo, sólo tres de las que vió no entraron antes en el Purgatorio.



ESTANDO una noche mala, que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento: aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio: cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vínome un

arrobamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá ví, fué á mi padre y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como se podía decir un *Ave María*, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilusión, puesto que no me lo parecía, no sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto; y no por humilde á mi parecer, sino porque me parecía había de burlar de mí, y decir: que... ¡qué san Pablo para ver cosas del cielo ú san Jerónimo! Y por haber tenido estos Santos gloriosos cosas destas, me hacía más temor á mí, y no hacía sino llorar mucho, porque no me parecía llevaba ningún camino. En fin, aunque más sentí, fuí al confesor, porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenía de ser engañada. El, como me vió tan fatigada, me consoló mucho, y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

2. Andando más el tiempo me ha acaecido, y acaece esto algunas veces: íbame el Señor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay ningún remedio, ni es posible, y así no vía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma, para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar á entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible; porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos, á la que allá se presenta, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy desgustada. En fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que

sea, á pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba á entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más.

3. Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome: "*Mira, hija, que pierden los que son contra Mí, no dejes de decirselo*". ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho á los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les dá luz! A algunas personas, que Vos la habéis dado, aprovechadose han de saber vuestras grandezas, mas venlas, Señor mío, mostradas á cosa tan ruín y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que á lo menos yo conocida mijoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí, y no tornar á vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá; parecíame basura, y veo yo cuan bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

4. Cuando estaba con aquella señora que he dicho (1), me acaeció una vez, estando yo mala del corazón (porque, como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es), como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegráran; yo estaba riéndome entre mí, y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuan imposible me sería, aunque yo conmigo mesma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el

(1) Se refiere á la estancia, por espacio de medio año, en casa de Doña Luisa de la Cerda, en 1562.

Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá sino quien le posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro: todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera que quedan tan imprimidas, que se ve claro, no lo pudieramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedóme también poco miedo á la muerte, á quien yo siempre temía mucho; ahora pareceme facilísima cosa para quien sirve á Dios, porque en un momento se ve el alma libre desta cárcel, y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu, y mostrarle cosas tan ecelentes en estos arrobamientos, pareceme á mí conforma mucho á quando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer de ellos; y los que de veras amaren á Dios y hubieren dado de mano á las cosas desta vida, más suavemente deben de morir.

5. También me parece me aprovechó mucho, para conocer nuestra verdadera tierra, y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que háy allá, y saber adonde hemos de vivir; porque si uno ha de ir á vivir de asiento á una tierra, ésle gran ayuda para pasar el trabajo del camino, haber visto que es tierra adonde ha de estar muy á su descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando, y acaeceme algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y parecérme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo

me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo; lo que ya he visto con los del alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, este es el morir. En fin, es grandísima merced, que el Señor hace á quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y también á llevar una pesada cruz, porque todo no le satisface, todo le da en rostro; y, si el Señor no primitiese á veces se olvidase, aunque se torna á acordar, no sé como se podría vivir. Bendito sea y alabado por siempre jamás. Plega á su Majestad por la sangre que su Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes, y que comience en alguna manera á gozar dellos, no me acaezca lo que á Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo primita por quien El es, que no tengo poco temor algunas veces, aunque por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que, pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano, para que me pierda. Esto suplico yo á vuesa merced siempre le suplique.

Pues no son tan grandes las mercedes dichas, á mi parecer, como esta que ahora diré, por muchas causas, y grandes bienes, que della me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque, mirada cada cosa por sí, es tan grande, que no hay que comparar.

6. Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de Misa: fuíme á una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé á leer en un *Cartujano* esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo, leídos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, á lo que yo podía entender. Estándole alabando,

y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello (que lo vía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande la que el Señor me había hecho), y así comencé á considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores á Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la vía trocada. Estando en esta consideración dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión; parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan ecesivo, que no me podía valer, y, á mi parecer, diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arrimeme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda (2).

7. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma, pareceme que oía el ruido, que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un *Ave María*. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que, según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasogar, y espantar, y como comenzó á gozarla, quitóse el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria deste arrobamiento; quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mi tan gran favor y merced. No oía ni vía, á manera de decir, con

(2) Esta visión tuvo lugar en la ermita de Nazaret, que es una de las más devotas que se encuentra en la huerta del Convento de San José de Avila. Debíó esto suceder el año 1563.

gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre. Amén.

8. Otra vez ví la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo (3) (salvo que me pareció los rayos y los resplandores de las mismas alas, que se extendían mucho más) dióseme á entender había de traer almas á Dios.

9. Otra vez ví estar á Nuestra Señora puniendo una capa muy blanca al Presentado desta mesma Orden (4), de quien he tratado algunas veces. Díjome que, por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que así fué, porque desde á pocos años murió, y su muerte, y lo que vivió, fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que á cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile que había estado á su muerte, que antes que expirase, le dijo cómo estaba con él Santo Tomás (5). Murió con gran gozo y deseo de salir deste destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos. Escribíome poco antes que muriese, que ¿qué medio tenía? porque, como acababa de decir Misa se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderlo

(3) Se cree era el P. Domingo Báñez.

(4) Este fué el Padre Pedro Ibáñez. Santa Teresa tuvo revelación de su muerte y de las circunstancias que en ella ocurrieron. Comunicó esta revelación al Padre García de Toledo, que era su confesor, y vió después este Padre ser en un todo conforme la revelación con lo que había sucedido.

(5) Este Padre, Pedro Ibáñez, murió siendo Prior en Trianos. Véase el "Apéndice" al final de esta Obra.

excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido en toda su vida. Del Rector de la Compañía de Jesús (6), que algunas veces he hecho dél mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes, que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido, y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, ví á Cristo en la Cruz cuando alzaban la Hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y puniéndole delante lo que había padecido por el, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

(6) Este Rector de la Compañía fué el venerable Padre Salazar, uno de los hombres más espirituales que tuvo la Compañía en sus principios. Profesó en dicho instituto por el año de 1552. Desempeñó más tarde el cargo de Rector en San Gil de Avila, y contrajo entonces muy estrecha amistad con nuestra Santa, que duró toda la vida. Intentó más tarde pasar á la Descalcez, con cuyo motivo se cruzaron cartas y contestaciones muy agrias entre el Padre Juan Suárez, Provincial entonces de la Compañía, en Castilla, y la Seráfica Virgen Santa Teresa. Era ésta tan amiga de claridad y llaneza, que se perdía por ella: "una claridad y llaneza, escribe (*), por las que soy perdida", y como creyó faltaba ésta en las cartas del Provincial Jesuíta, sufrió mucho, y así escribiendo al Padre Gonzalo, Rector de la Compañía en Avila, le decía (**): "Jesús.—Sea con V. R. el Espíritu Santo. Yo he tornado á leer la carta del Padre Provincial, más de dos veces, y siempre hallo en ella tan poca llaneza para conmigo, y tan certificado lo que no me ha pasado por pensamiento, que no se espante su Paternidad que me diese pena". En otra carta al Padre Gracián se queja de esta misma falta en el Provincial Jesuíta, y así le dice con cierta ironía (***) : "Mire vuestra Paternidad qué sencillez." Y por fin le decía al Padre Gracián: "Ahí envió á vuestra Paternidad una carta que me escribió el Provincial de la Compañía sobre el negocio de Carrillo (Padre Salazar), que me disgustó harto, tanto que quisiera responderle peor de lo que le respondí, porque sé que le había dicho que yo no había sido en esta mudanza, como es verdad, que cuando lo supe me dió harta pena, como á vuestra Paternidad escribí, y con gran deseo de que no fuese adelante. Le escribí una carta cuan encarecidamente pude, como en esa que respondo al Provincial, se lo juro; que están de suerte que me pareció, sino era con tanto encarecimiento, no lo creerían, é importa mucho lo crean por eso de las revelaciones que dice, no piensen que por esa vía le he persuadido, pues es tan gran mentira." Desistió por fin de su empeño el Padre Salazar al ver el sesgo que tomaba el negocio, y murió santamente en la Compañía en 1593, á los sesenta y cuatro años de su edad.

(*) La Fuente, edición 1881, carta 90.

(**) La Fuente, edición 1881, carta 184.

(***) La Fuente, edición 1881, carta 185.

10. De los de la Orden deste Padre, que es la Compañía de Jesús (7), toda la Orden junta he visto grandes cosas: vílos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y, como digo, otras cosas he visto dellos

(7) **De la Orden de este Padre que es la Compañía:** así se encuentra escrito en el original; sin embargo, en la primera edición de las "Obras" de la Santa, que se hizo en Salamanca en 1589, y que tengo á la vista, se omitió lo referente á la Compañía, y se dice así: "De los de cierta Orden." Las ediciones siguientes se hicieron conforme á la primera hasta 1627, en que se restableció el texto original, y desde entonces han continuado todas conformándose con él.

Se pregunta: ¿Por qué en la primera edición se omitió la palabra **Compañía**; por qué se alteró, ó mejor dicho, se adulteró, el texto? El Sr. La Fuente, bastante ligero algunas veces en sus juicios, aunque no afirma que lo adulteraron los Dominicos, refiere el hecho de tal modo, que parece sospechar él y pueden sospechar los que lean su relato, que fueron los Dominicos. Según él, la primera edición se hizo, no por el original que estaba en la Inquisición, sino por una copia que había sacado para la Duquesa de Alba el Dominico Padre Medina, y como los Dominicos eran todos desafectos á los Jesuitas... Como por otra parte escribe el mismo autor un poco antes: "Los Carmelitas Descalzos declinaron la responsabilidad y con razón... de Fray Luis de León no se sabe que fuera enemigo de los Jesuitas", la sospecha recae sobre los Dominicos, ó sea, sobre el Padre Medina.

Este Padre que en un principio estuvo prevenido por lo que oía contra Santa Teresa, fué, después que la trató, su mayor amigo y defensor, é iba desde Salamanca á Alba todas las semanas á confesarla. Es cierto también que él hizo una traslación ó copia de la "**Vida de la Santa**" para la Duquesa de Alba. Pero se equivoca el Sr. La Fuente cuando asegura que la primera edición de la "**Vida**", llevada á cabo por Fray Luis de León, se hizo por esta copia del Dominico Padre Medina. La primera edición la hizo Fray Luis de León por el original que se hallaba en la Inquisición, y se sacó de allí para este objeto. "Lo firman así formalmente, escriben los célebres Carmelitas Descalzas que están hoy traduciendo y editando en Francia las "**Obras**" de su Santa Madre, el Padre Gracián, la venerable Ana de Jesús, el mismo Fray Luis de León y el Padre Domingo Báñez. Es verdad, continúan, que el Sr. La Fuente no conocía, cuando publicó los escritos de Santa Teresa, la declaración de la venerable Ana de Jesús, pero debieron bastarle los testimonios del Padre Gracián y de Fray Luis de León para consignar que la primera edición se hizo **por el original**. Por eso, concluyen, aunque es digno de elogio por lo que trabajó en favor de Santa Teresa, pero es preciso confesar que se hallan errores de consideración en sus introducciones y en las notas á las Obras de la Santa Madre."

No es extraño, por lo tanto, que el Jesuita Padre Pons, en su reciente **Obra sobre Santa Teresa**, se exprese de esta manera, sobre el punto que nos ocupa: "Creemos que no puede ya dudarse racionalmente de que el Maestro Fray Luis de León, y no otro fué quien hizo aquel cambio suprimiendo las palabras "**Compañía de Jesús**". Qué motivos tuvo el célebre Agustino para suprimir esas palabras, como suprimió en la "**Morada**" quinta el nombre de San Ignacio, no es fácil averiguarlo, pero hemos de suponer lo hizo de buena fe, mientras no haya prueba en contrario. Quizá influyera el no estar aún canonizado San Ignacio.

de mucha admiración, y así tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado dellos á entender.

11. Estando una noche en oración, comenzó el Señor á decirme algunas palabras, y trayéndome á la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena, porque, aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra de estas, que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria; porque tray consigo esculpida una verdad, que no la podemos negar. Representóme las voluntades con tanta vanidad, que había tenido, y díjome que tuviese en mucho querer que se pusiese en El voluntad que tan mal se había gastado, como la mía, y admitirla El. Otras veces me dijo, que me acordase cuando parece tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba El haciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad á entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaecíame reprenderme el confesor, y quererme consolar en la oración, y hallar allí la repreensión verdadera.

12. Pues tornando á lo que decía, como comenzó el Señor á traerme á la memoria mi ruín vida, á vueltas de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada, á mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced; porque es muy ordinario, cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho á mí mesma, para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo son, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde á un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció

estaba del todo fuera del cuerpo; al menos no se entiende que se vive en él. Ví á la Humanidad sacratísima con más ecesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre, y esto no sabré yo decir como es, porque, sin ver, me pareció me ví presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada, y de tal manera, que me parece pasaron algunos días, que no podía tornar en mí; y siempre me parecía traía presente á aquella Majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpido en la imaginación, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algún tiempo, y es harto consuelo y aún aprovechamiento.

13. Esta misma visión he visto otras tres veces; es á mi parecer la más subida visión que el Señor me ha hecho merced que vea, y tray consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza cási del todo á esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria á Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien cómo era todo vanidad, y cuán vanos son los señoríos de acá; y es un enseñamiento grande, para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande, de ver cómo osó, ni puede nadie osar, ofender una Majestad tan grandísima. Algunas veces habré dicho estos efetos de visiones y otras cosas; mas yo he dicho que hay más y menos aprovechamiento; desta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba á comulgar, y me acordaba de aquella Majestad grandísima, que había visto, y miraba que, era El que estaba en el Santísimo Sacramento (y mu-

chas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia), los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubriérades vuestra grandeza, ¿quién osára llegar tantas veces á juntar cosa tan sucia y miserable, con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor: alaben os los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.

14. Podríanos acaecer lo que á un labrador, y esto se cierto que pasó así: hallóse un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él le dió una tristeza, que poco á poco se vino á morir, de puro afligido y cuidadoso de no saber qué hacer dél. Si no le hallara junto, sino que poco á poco se le fueran dando, y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre, y no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas poco á poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una Majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la Hostia, es así; que después acá á mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me dá el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme á El, si El que me ha hecho tan grandes mercedes y hace, no me le diese; ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir á voces tan grandes maravillas. ¿Pues qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar á este Señor de tan gran Majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mesmo Señor, á aquel Cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad? Que duele más y

aflige el alma (por no le haber servido) el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura, con una ternura y afabilidad, que temor pone la Majestad que ve en El. ¿Más qué podría yo sentir dos veces que ví esto que dije? Cierto, Señor mío y gloria mía, que estoy por decir, que en alguna manera, en estas grandes aficciones, que siente mi alma, he hecho algo en vuestro servicio. ¡Ay, que no sé qué me digo, que, cási sin hablar yo escribo ya esto!, porque me hallo turbada y algo fuera de mí, como he tornado á traer á mi memoria estas cosas. Bien dijera, si viniera de mí este sentimiento, que había hecho algo por vos, Señor mío; mas pues no puede haber buen pensamiento si Vos no lo dais, no hay que me agradecer; yo soy la deudora, Señor, y Vos el ofendido.

15. Llegando una vez á comulgar, ví dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví á mi Señor con la Majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la Forma que me iba á dar, que se vía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos, que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejárades ir. Díome tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome, que si fuera visión de Dios, que no primitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mesmo Señor que rogase por él (8), y que lo había primitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración; y cómo no deja Dios de estar allí por malo

(8) Se sabe que la Santa Madre hizo la oración que se le mandaba, y que el sacerdote se convirtió.

que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien, cuan más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, y cuan recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indinamente, y cuan señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que deb'a á Dios: sea bendito por siempre jamás.

16. Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte adonde se murió cierta persona, que había vivido harto mal, según supe, y muchos años: mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía á mí que se había de condenar (9). Estando amortajando el cuerpo, ví muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que á mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro: como le ví llevar á enterrar con la honra y cerimonias que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, cómo no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga.

Estaba yo medio boba de lo que había visto: en todo el Oficio no ví más demonio, después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multiud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo ví, cosa tan espantosa, vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para ha-

(9) A un hombre rico amortajado, dice el Padre Ríbera, vió como le tomaban muchos demonios y le maltrataban, y con garfios de hierro le traían de unos á otros.

erlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo á Dios, y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio, para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad: verdad es, que aunque no fuese ilusión, siempre que se me acuerda me hace temor.

17. Ya que he comenzado á decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas, que el Señor ha sido servido en este caso, que vea de algunas almas. Diré pocas para abreviar, y por no ser necesario, digo, para ningún aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro Provincial, que había sido (y cuando murió lo era de otra provincia) á quien yo había tratado, y debido algunas buenas obras: era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años perlado (cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas) y con mucha fatiga me fuí á un oratorio; díle todo el bien que había hecho en mi vida (que sería bien poco) y ansí lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir de purgatorio. .

18. Estando pidiendo esto al Señor, lo mejor que yo podía, parecióme salía del profundo de la tierra á mi lado derecho, y víle subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, más víle de edad de treinta años, y aun menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión, más en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque había fatigadas personas hartas por él, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podía dudar en que era buena visión; digo, que no era ilusión. Había

no más de quince días que era muerto, con todo no des-cuidé de procurar le encomendasen á Dios y hacerlo yo, salvo que no podía con aquella voluntad, que si no hubiera visto esto; porque, cuando así el Señor me lo muestra, y después las quiero encomendar á su Majestad, paréceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Después supe (porque murió bien lejos de aquí) la muerte que el Señor le dió, que fué de tan gran edificación, que á todos dejó espantados del conocimiento y lágrimas y humildad con que murió.

19. Habíase muerto una monja en casa había poco más de día y medio, harto sierva de Dios, y estando diciendo una lición de difuntos una monja (que se decía por ella en el coro), yo estaba en pie para ayudarla á decir el verso. A la mitad de la lición la ví que me pareció salía el alma de la parte que la pasada, y que se iba al cielo (10). Esta no fué visión imaginaria, como la pasada, sino como otras que he dicho, mas no se duda más que las que se ven.

20. Otra monja se murió en mi misma casa, de hasta deciocho ú veinte años: siempre había sido enferma, y muy sierva de Dios, amiga del coro, y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en el purgatorio; porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que le sobraran méritos. Estando en las Horas, antes que la enterrasen (habría cuatro horas que era muerta) entendí salir del mismo lugar y irse al cielo.

21. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas veces, y tengo, de alma y cuerpo, estaba de suerte que aun un buen pensamiento, á mi parecer, no podía admi-

(10) Estas dos visiones tuvieron lugar en la Encarnación, pues no murieron monjas en San José los primeros años de su fundación. Una de estas religiosas debió ser Doña Leonor de Cepeda, sobrina de la Santa, según dice el Padre Ribera.

tir; habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía (11), y estando como podía encomendándole á Dios, y oyendo Misa de otro padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento, y víle subir al cielo con mucha gloria y al Señor con él: por particular favor entendí era ir su Majestad con él.

22. Otro fraile de nuestra Orden (12), harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en Misa me dió un recogimiento, y ví cómo era muerto, y subir al cielo sin entrar en purgatorio. Murió á aquella hora que yo le ví, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que, por haber sido fraile que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las Bulas de la Orden para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto; parece-me debe ser porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfección, que es ser fraile.

23. No quiero decir más destas cosas, porque como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea; mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio, sino es la deste padre y el santo fray Pedro de Alcántara y el padre Dominico que queda dicho (13). De algunos ha sido el Señor servido, que vea los grados que tiene de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen: es grande la diferencia que hay de unos á otros.

(11) Sucedió esto en el Colegio de San Gil, de esta ciudad.

(12) Diego Matías se llamaba este dichoso y venerable religioso, profeso y conventual del Carmen Calzado, de esta ciudad.

(13) Fuera del testimonio de la Iglesia, en la beatificación y canonización de los Santos, no puede darse otro mayor en favor de la santidad de este bendito Padre Dominico, el Padre Pedro Ibáñez, confesor de la Santa, que el testimonio que la misma da por estas palabras con todo el peso de su autoridad. (Véase el "Apéndice" al final de esta Obra.)

CAPÍTULO XXXIX

Prosigue en la misma materia dedecir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor; trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese: dice algunas cosas señaladas en que le ha hecho su Majestad este favor.

Sumario: 1. Con su oración sana á una persona que padecía de la vista.—2. Alcanza la salud á otra.—3. Impide con su oración que una persona haga una cosa contra Dios.—4. Consigue que otra se torne de veras á Dios.—5. Se cansaría si quisiera decir las muchas gracias que el Señor en esto la hacía. Diferencia en el pedir, según que las cosas convienen ó no.—6. Muchas cosas de las que escribe se las decía el Señor.—7. No se debe tasar el aprovechamiento por los años de oración. Alaba las religiosas del nuevo Convento y las exhorta á que no decaigan de su primitivo fervor.—8. Para avergonzarnos hemos de contar los años de oración. No querer que otros vayan á nuestro paso, ni temamos se hayan de despeñar, cuando el Señor les hace tantas mercedes.—9. Más vale oración de poco tiempo que nos hace obrar, que no la de muchos años sin determinarnos nunca á nada.—10. Pensando en la fundación de San José halló en su modo de portarse muchísimas imperfecciones.—11. Vuelve á repetir lo peligroso que es ir tasando los años de oración y creer que, por ser muchos, merecemos los regalos espirituales. Es falta de humildad.—12. Visión que tuvo en que se la representó una grande persecución, que después la vino.—13. Expone lo perseguida y apretada que se vió algunas veces.—14. Estando muy inquieta interiormente, el Señor la consoló y la dijo palabras muy regaladas.—15. Ansias que tenía de comulgar, y cómo se las premió el Señor en una ocasión con la visión extraordinaria de un trono sostenido por animales y entendió estar allí la Divinidad.—16. Dudando si esas mercedes eran de Dios, la reprendió el

Señor con rigor.—17. Se la da á entender algo del misterio de la Trinidad.—18. En un arrobamiento, vió la gloria de la Santísima Virgen. Otra visión sobre los hermanos Jesuitas cuando comulgaban.



ESTANDO yo una vez importunando al Señor mucho porque diese vista á una persona que yo tenía obligación, que la había del todo cási perdido, yo tenía gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Aparecióme como otras veces, y comencóme á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, parecíame que á vuelta del clavo sacaba la carne; víase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho, y díjome, que quien aquello había pasado por mí, que no dudase sino que mejor haría lo que le pidiese, que El me prometía que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese, que ya sabía El que yo no pediría sino conforme á su gloria, y que así haría esto que ahora pedía (1). Que aun cuando no le servía, mirase yo, que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir: que cuán mejor lo haría ahora que sabía le amaba, que no dudase desto. No creo pasaron ocho días, que el Señor no tornó la vista á aquella persona. Esto supo mi confesor luego: ya puede ser no fuese por mi oración, más yo, como había visto esta visión, quedóme una certidumbre, que, por merced hecha á mí, dí á su Majestad las gracias.

2. Otra vez estaba una persona muy enferma de

(1) “¿Qué me pedirás tú hija mía (estas fueron las palabras del Señor), que yo no te conceda?” Palabras que no deben olvidar los devotos de la Santa para acudir con confianza á ella en sus tribulaciones y apuros.

una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí (2). Era cosa insoportable lo que había dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle á ver mi confesor, que era el Retor que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome que en todo caso le fuese á ver, que era persona que yo lo podía hacer, por ser mi deudo. Yo fuí, y movióme á tener dél tanta piedad, que comencé muy importunamente á pedir su salud al Señor: en esto ví claro, á todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luego, á otro día, estaba del todo bueno de aquel dolor.

3. Estaba una vez con grandísima pena, porque sabía que una persona á quien yo tenía mucha obligación, quería hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinada á ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio hacer para que lo dejase, y aún parecía que no le había. Supliqué á Dios muy de corazón que le pusiese, más hasta verlo no podía aliviarse mi pena. Fuíme, estando así, á una ermita bien apartada (que las hay en este monesterio) y estando en una, adonde está Cristo á la Coluna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía; más no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego y gozo y deleite interior, que yo me espanté, que sólo oír una voz (que esto oílo con los oídos corporales) y sin entender palabra, hiciese tanta operación en el alma. En esto ví que se había de hacer lo que pedía, y así fué, que se me quitó del todo la pena, en cosa que aun no era (como

(2) La enfermedad que padecía esta persona á quien la Santa sanó con su poderosa intercesión, era mal de orina.

si lo hubiera hecho) como fué después. Díjelo á mis confesores, que tenía entonces dos, harto letrados y siervos de Dios (3).

4. Sabía que una persona, que se había determinado á servir muy de veras á Dios, y tenido algunos días oración, y en ella le hacía su Majestad muchas mercedes, y que por ciertas ocasiones que había tenido, la había dejado, y aun no se apartaba dellas, y eran bien peligrosas. A mí me dió grandísima pena, por ser persona á quien quería mucho y debía; creo fué más de un mes, que no hacía sino suplicar á Dios tornase esta alma á Sí. Estando un día en oración, ví un demonio cabe mí, que hizo unos papeles que tenía en la mano pedazos con mucho enojo, y á mí me dió gran consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía; y así fué (que después lo supe), que había hecho una confesión con gran contrición, y tornóse tan de veras á Dios, que espero en su Majestad ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo. Amén.

5. En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas á más perfección, es muchas veces; y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme, y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas, que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos. Luego, luego, dábame mucho escrúpulo, porque yo no podía dejar de creer, que el Señor lo hacía por mi oración (dejemos ser lo principal por sola su bondad) más son ya tantas las cosas, y tan vistas de otras personas, que no

(3) "Eran estos los Dominicos Padres Fray Domingo Báñez y Fray García de Toledo." ("Œuvres completes des MM. Carmelites".)

me da pena creerlo, y alabo á su Majestad, y háceme confusión, porque veo soy más deudora, y háceme, á mi parecer crecer el deseo de servirle, y avivase el amor. Y lo que más me espanta es, que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero, suplicárselo, sino con tan poca fuerza y espíritu y cuidado, que, aunque más quiero forzarme, es imposible, como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirlo muchas veces, y con gran importunidad, aunque yo no traya este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia destas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar; porque aunque lo uno pido (que no dejo de esforzarme á suplicarlo al Señor, aunque no sienta en mí aquel hervor que en otras, aunque mucho me toquen) es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiere hablar no puede, y si habla es de suerte que vé que no le entienden, ú como quien habla elaro y despierto, á quien ve que de buena gana le está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oración vocal; y lo otro en contemplación tan subida, que se representa el Señor de manera que, se entiende que nos entiende, y que se huelga su Majestad de que se lo pidamos, y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da, y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por Vos? ¡Y qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto! Por eso no había de querer vivir (aunque hay otras causas) porque no vivo conforme á lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué de flojedad en serviros! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí: El que puede lo remedie.

6. Estando en casa de aquella señora que he di-

cho (4), adonde había menester estar con cuidado, y considerar siempre la vanidad que consigo trayn todas las cosas de la vida; porque estaba muy estimada y era muy loada, y ofrecíanse hartas cosas á que me pudiera bien apegar, si mirara á mí, mas miraba El que tiene verdadera vista, á no me dejar de su mano.

Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos que se pasan en tratar personas, á quien Dios ha llegado á conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, adonde tanto se encubre. Como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, ú me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner ú quitar una sola sílaba que sea; ansí, cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, ú porque algunas cosas también lo serán. No llamo mío lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dado á entender en revelación.

7. Más, ¡ay Dios mío, y como aun en las espirituales queremos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, también como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los años que tenemos algún ejercicio de oración, y aun parece queremos poner tasa á quien sin ninguna da sus dones cuando quiere, y puede dar en medio año más á uno, que á otro en muchos! Y es cosa esta, que la tengo tan vista, por muchas personas, que yo me espanto cómo nos podemos detener en

(4) Doña Luisa de la Cerda. Ya se ha dicho que en 1562 estuvo la Santa en Toledo, en casa de esta señora, por espacio de medio año.

esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiere el Señor dado humildad verdadera, que este juzga por los efectos y determinaciones y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte; porque, como digo, dalo el Señor á quien quiere, y aun á quien mejor se dispone. Porque veo yo venir ahora á esta casa unas doncellas que son de poca edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algún regalo), no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordarse del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por El que saben que las ama. Déjanlo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante que pueden tener descontento en tanto encerramiento y estrechura; todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo aquí la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años como ha que comencé á tener oración, y me comenzó á hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses, y aun con algunas en tres días, con hacerlas muchas menos que á mí, aunque bien las paga su Majestad; á buen siguro que no están descontentas por lo que por El han hecho (5).

(5) Las almas de quienes la Santa hace tan grande elogio en este número, eran algunas de sus primitivas hijas de San José. No sería temerario afirmar que la Santa se refiere aquí á Isabel de Santo Domingo, de edad de veintidós años; María Bautista, de veinte, y María de San Jerónimo, de dieciocho. Estas dos últimas eran parientas muy cercanas de Santa Teresa.

Acerca del grande olvido que tenían de la comida y demás necesidades de la vida estas primitivas hijas de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, es muy digno de saberse, no tanto por curiosidad cuanto para nuestra edificación, lo que sobre este particular testifica la venerable Sor Isabel Bautista en el pro-

8. Para esto quería yo se nos acordase de los muchos años (á los que tenemos de profesión, y las personas que los tienen de oración) y no para fatigar á los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás, para que anden á nuestro paso, y á los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y, si los viéremos con humildad, darles la rienda, que el Señor, que les hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fíanse ellos mismos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe) y no los fiaremos nosotros, sino que queremos medirlos por nuestra medida, conforme á nuestros bajos ánimos? No así, sino que, si no alcanzamos sus grandes efectos y determinaciones, porque sin experiencia se puede mal entender, humillémonos, y no los

ceso de Canonización de la Santa, que se hizo en esta ciudad el año de 1604, el cual proceso tengo á la vista, debido á la gran bondad del Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Beltrán, dignísimo Obispo de esta diócesis.

Dice así Sor Isabel Bautista en su declaración:

“A la novena pregunta dijo... que también tiene por milagro y merced que por intercesión de la Madre Teresa de Jesús la que hacía Nuestro Señor en vida de la dicha Santa Madre Teresa de Jesús á esta su casa é hijas, porque se acuerda y tiene entera noticia como persona que lo vió y experimentó y por quien pasó, que al principio de la fundación de esta casa, cuando esta declarante vino á ella, debía de haber en número 12 ó 13 religiosas mozas y de poca edad, criadas en casa de sus padres en el regalo que cada uno podía conforme á su calidad darlas, y de algunas sabe que le tenían en el siglo y que pasaban tanta necesidad y pobreza siendo religiosas de esta casa, que además de la estrechura del aposento, que era tan grande, y tan juntas las camas, que habían de pasar una á otra para acostarse, y tan sujetas á los aires y nieves de esta ciudad, que con el brazo se podía alcanzar el techo, que por partes estaba roto, y ponían unos lienzos para reparos de las inclemencias del cielo, se juntaba con esto el pasarse algunos días de verano y muchos con sólo una ensalada de cohombro y un poco de queso, y que cuando esto había, se tenía por sumo beneficio de la mano de Dios; y sabe que hubo religiosa y la conoció que por el dicho tiempo se pasaba con las hojas tiernas de una parra, y esto con tanta alegría y contentamiento y paz de todas que se echaba de ver y conocía ser obra de la mano de Dios, y por tal la tenían todas, atribuyéndolo todo á la vida y santidad de la Madre Teresa de Jesús, la cual con su apacibilidad, mansedumbre, alegría, sufrimiento y espíritu que en ella había, parecía la daba y pegaba á todas para poder llevar y sufrir con la alegría que llevaban y sufrían la pobreza que tiene declarada.”

condenemos, que, con parecer que miramos su provecho, nos le quitamos á nosotros, y perdemos esta ocasión que el Señor pone para humillarnos, y para que entendamos lo que nos falta, y cuán más desasidas, y llegadas á Dios deben estar estas almas que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega á ellas.

9. No entiendo otra cosa, ni la querría entender, sino que oración de poco tiempo, que hace efetos muy grandes (que luego se entienden, que es imposible que los haya para dejarlo todo, sólo por contentar á Dios, sin gran fuerza de amor) yo la querría más que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más al postrero que al primero, á hacer cosa que sea nada por Dios; salvo, sí, unas cositas menudas como sal, que no tienen peso ni tomo, que parece un pájaro se las llevara en el pico, no tenemos por gran efeto y mortificación; que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas: yo soy ésta, y olvidaré las mercedes á cada paso. No digo yo que no las terná su Majestad en mucho, si-gún es bueno, más querría yo no hacer caso dellas, ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor mío, y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las nonadas. ¡Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes! Si con haberlas yo envidia y desearlo se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros; más no valgo nada, Señor mío, ponedme Vos el valor, pues tanto me amáis.

10. Acaecióme un día destos, que, con traer un Breve de Roma para no poder tener renta este monesterio, se acabó del todo, que pareceme ha costado algún trabajo, estando consolada de verlo así concluído, y

pensando los que había tenido, y alabando al Señor, que en algo se había querido servir de mí, comencé á pensar las cosas que había pasado; y es así, que en cada una de las que parecía eran algo, que yo había hecho, hallaba tantas faltas é imperfecciones, y á veces poco ánimo, y muchas poca fe; porque hasta ahora, que todo lo veo cumplido, cuanto el Señor me dijo desta casa se había de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer, ni tampoco lo podía dudar: no sé cómo era esto. Es que muchas veces por una parte me parecía imposible, por otra no lo podía dudar, digo creer, que no se había de hacer. En fin hallé, lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su parte, y lo malo yo, y así dejé de pensar en ello, y no querría se me acordase, por no tropezar con tantas faltas mías. Bendito sea El que de todas saca bien, cuando es servido. Amén.

11. Pues digo, que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oración, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca, que, por muchos años que haya tenido oración, merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto que no subirá á la cumbre dél. ¿No es harto que haya merecido que le tenga Dios de su mano, para no le hacer las ofensas, que antes que tuviese oración le hacía, sino que le ponga pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad; ya puede ser lo sea; mas yo por atrevimiento lo tengo, pues yo con tener poca humildad, no me parece jamás he osado. Ya puede ser que, como nunca he servido, no he pedido; por ventura si lo hubiera hecho, quisiera más que todos, me lo pagara el Señor. No digo yo que no va creciendo un alma, y que no se lo dará Dios, si la oración ha sido humilde, mas que

se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer, en comparación de una gota de Sangre de las que el Señor por nosotros derramó: y si con servir más quedamos más deudores, ¿qué es esto que pedimos, pues si pagamos un maravedí de la deuda, nos torna á dar mil ducados? Que por amor de Dios dejemos estos juicios que son suyos. Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá, pues ¿qué será en lo que sólo Dios sabe, y lo mostró bien su Majestad cuando pagó tanto á los postreros, como á los primeros?

12. Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos días, porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé á decir, que era esta visión. Víme estando en oración, en un gran campo á solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada, todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, y otras estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese á peligro de muerte. Y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y ví á Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera, que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y poco después me ví casi en aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma: dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro que cuando no se cata se ve enredada, al

menos procuran todas estas cosas enredar más, amigos, parientes, y lo que más me espanta, personas muy buenas. De todo me ví después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía como me defender, ni qué hacer.

13. ¡Oh váleme Dios, si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve (aun después de lo que atrás queda dicho), cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecución, me parece, de las que he pasado. Digo, que me ví á veces de todas partes tan apretada, que solo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar á Dios: acordábame bien de lo que había visto en esta visión. Hízome harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor (como me lo mostró) una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida á nada, más de contentar al Señor; que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en deseáros servir. Seáis bendito por siempre.

14. Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla y contienda, yéndoseme el pensamiento á cosas que no eran perfetas (aun no me parece estaba con el desasimiento que suelo), como me ví así tan ruín, tenía miédo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones; estaba, en fin, con una escuridad grande de alma. Estando con esta pena, coménczome á hablar el Señor, y díjome que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era si El se apartaba de mí, y que no había siguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme á entender cuán bien empleada es esta guerra y contienda por tal premio, y parecióme tenía lástima el Señor de los que vivimos

en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: "*Ya eres mía y yo soy tuyo.*" Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y á mi parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, á mí de mí, sino de Vos? Son para mí estas palabras y regalos tan grandísima confusión, cuando me acuerdo la que soy, que, como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas á mi confesor, más ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes, que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa, estoy cási olvidada de mis obras, si no un representásemme que soy ruín, sin discurso de entendimiento, que también me parece á veces sobrenatural.

15. Viénenme algunas veces unas ánsias de comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaeciómeme una mañana, que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa (8). Estando yo fuera della, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas á los pechos, me parece entrara por ellas, cuanti más agua. Como llegué á la Ilesia, diómeme un arrobamiento grande: parecióme ví abrir los cielos; no una entrada como otras veces he visto. Representósemme el trono que dije á vuesa merced he visto otras veces, y otro encima dél, adonde por una noticia que no sé decir, aunque no lo ví, entendí estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales; á mí parece he oído una figura destes animales, pensé si eran los evan-

(8) Esto debió suceder en el tiempo que la Santa vivió en la Encarnación, de donde, como ya se ha dicho, podían salir fuera las monjas.

gelistas (7), más cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no ví, sino muy gran multitud de ángeles; parecieronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines ú cherubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho; y la gloria que entonces en mí sentí, no se puede escribir, ni aún decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendía estar allí todo junto lo que se puede desear, y no ví nada; dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo no nada que era todo en comparación de aquello; es ansí, que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuanti más aficionarse á ella; porque todo me parecía un hormiguero. Comulgué, y estuve en la Misa, que no sé cómo pude estar: parecióme había sido muy breve espacio; espantéme cuando dió el relox, y ví que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame después cómo en llegando á este fuego (que parece viene de arriba, de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera y procure y me deshaga por ello, si no es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella dél), parece que consume el hombre viejo de faltas y tibieza y miseria, y á manera de como hace el ave fénix (según he leído) y de la mesma ceniza, después que se quema, sale otra: ansí queda hecha otra el alma después con diferentes deseos y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo á su Majestad fuese ansí, y que de nuevo co-

(7) (Apocalip., IV, 6, 7, 8.)

menzase á servirle, me dijo: "*Buena comparación has hecho; mira no te se olvide para procurar mejorarte siempre*".

16. Estando una vez con la misma duda, que poco ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor: "*¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo seréis duros de corazón!* (8) *Que una cosa examinase bien en mí: si del todo estaba dada por suya ú no; que si estaba y lo era, que creyese no me dejaría perder.*" Yo me fatigué mucho de aquella exclamación; con gran ternura y regalo me tornó á decir que no me fatigase, que ya sabía que por mí no faltaría de ponerme á todo lo que fuese su servicio; que se haría todo lo que yo quería (y así se hizo lo que entonces le suplicaba), que mirase el amor, que se iba en mí aumentando cada día para amarle, que en esto vería no ser demonio; que no pensase que consentía Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento y quietud, que tienes. Díome á entender que habiéndome dicho tantas personas y tales, que era Dios, que haría mal en no creerlo.

17. Estando rezando el salmo de *Quicumque vult* (9), se me dió á entender la manera cómo era un solo Dios y tres Personas, tan claro, que yo me espanté y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso ú se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y ésme mucho contento.

18. Un día de Asunción de la Reina de los Angeles, y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y el alegría y solemnidad con que fué recibi-

(8) (Salmo IV, 3.)

(9) Símbolo de San Atanasio.

da, y el lugar adonde está. Decir cómo fué esto, yo no sabría. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efetos, y aprovechóme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme grande deseo de servir á esta Señora, pues tanto mereció. Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús (10), y estando comulgando los hermanos de aquella casa, ví un palio muy rico sobre sus cabezas; esto ví dos veces: cuando otras personas comulgaban no lo vía.

(10) San Gil, de esta ciudad.

CAPÍTULO XL

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que éste ha sido, según ha dicho, su principal intento, después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida, que escribió: sea para gloria del Señor. Amén.

Sumario: 1. En un arrobamiento se la manifiesta Dios como suprema Verdad, y palabras que la dice.—2. La quedó de esta merced un grande acatamiento á Dios, y entendió qué cosa es andar en verdad.—3. Entendió grandísimas verdades de esa misma Verdad, y que de esa Verdad dependen todas las verdades. 4. Otra visión en que se la representó su alma como un espejo, y en el centro se le representó á Cristo. Ese espejo cómo se halla en los que están en pecado mortal, y cómo en los herejes.—5. La aprovechó esta visión para recogerse y buscar á Dios dentro de sí. Cómo quedan el entendimiento (la imaginación) y memoria algunas veces después de estas visiones.—6. Es necesaria la dirección de Maestro, en especial á mujeres, á quienes más que á los hombres, hace Dios estas mercedes.—7. Se la representó en otra ocasión cómo se ven todas las cosas en Dios. Compara la Divinidad á un muy claro diamante muy mayor que todo el mundo. Provechos grandes de esa visión, entre otros cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal.—8. Visión sobre una Orden religiosa.—9. En los números 9 y 10 refiere otras dos visiones que tuvo sobre otra Orden.—11. Lo que el Señor la dijo sobre aceptar una persona un obispado. 12. La hace Dios otras muchas mercedes que no hay para qué las decir.—13. La consuela el Señor en sus fatigas.—14. No es sentimiento tener amor á las personas con quienes trataba su alma. Ejemplo del enfermo.—15. Comienza á llorar mucho por verse atada á las necesidades del cuerpo. La

consuela el Señor, y que lo haga todo por su amor.—16. Explica difusamente y con singular candidez en los números 16 y 17 la disposición en que se hallaba su alma al terminar la escritura de su “Vida”.



STANDO una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indina de tal bien, comencé á pensar en cómo merecía mi-
 jor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me ví. Comenzóse con esta consideración á inflamar más mi alma, y vínome un arrebatamiento de espíritu, de suerte que yo no lo sé decir. Parecióme estar metido y lleno de aquella Majestad, que he entendido otras veces. En esta Majestad se me dió á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no ví nada. Dijéronme, sin ver quién, más bien entendí ser la misma verdad: *“No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde della.”* A mí me pareció, que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *“¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mí; con claridad verás esta que ahora no entiendes, en lo que aprovecha á tu alma.”* Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como

lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la escuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé como esto fué, porque no ví nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Parece que ninguna cosa se me pornía delante, que no pasase por esto.

2. Quedóme una verdad desta divina Verdad, que se me representó (sin saber cómo, ni qué), esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento á Dios, porque da noticia de su Majestad y poder, de una manera que no se puede decir; sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo, y así comencé á tener pena de vivir en él. Dejóme con gran ternura, y regalo y humildad. Parece que, sin entender cómo, me dió el Señor aquí mucho, no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No ví nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más á Dios, y así entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la mesma Verdad. Esto que entendí es darme el Señor á entender que es la mesma Verdad.

3. Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decían: entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Parece que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera á entender la vanidad deste mundo. Esta Verdad, que digo se me dió á enten-

der, es en sí misma Verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen desta Verdad, como todos los demás amores deste Amor, y todas las demás grandezas desta Grandeza; aunque esto va dicho escuro, para la claridad con que á mí el Señor quiso se me diese á entender. ¡Y cómo se parece el poder desta Majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia, y tales cosas imprimidas en el alma! ¡Oh grandeza y Majestad mía! ¡Qué hacéis, Señor mío, todo poderoso? ¡Mirad á quien hacéis tan soberanas mercedes! ¡No os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras y piélagos de vanidades, y todo por mi culpa; que con haberme Vos dado natural de aborrecer el mentir, yo mesma me hice tratar en muchas cosas mentira? ¡Cómo se sufre, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced, á quien tan mal os lo ha merecido?

4. Estando una vez en las Horas con todas, de presto, se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro della se me representó Cristo nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le vía claro, como en un espejo, y también este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta visión de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme á entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que escurecido. Es muy diferente el cómo se

ve á decirse, porque se puede mal dar á entender (1). Mas hame hecho mucho provecho, y gran lástima de las veces que con mis culpas escurecí mi alma para no ver este Señor.

5. Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse á considerar al Señor en lo muy interior de su alma, que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa, que fuera de sí (como otras veces he dicho), y en algunos libros de oración está escrito adónde se ha de buscar á Dios; en especial lo dice el glorioso San Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos, ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor: y no es menester ir al cielo, ni más lejos que á nosotros mismos; porque es cansar el espíritu y distraer el alma, y no con tanto fruto. Una cosa quiero avisar aquí, por si alguno la tuviere, que acaece en gran arrobamiento; que pasado aquel rato que el alma está en unión, que del todo tiene absortas las potencias (y esto dura poco, como he dicho), quedarse el alma recogida, y aun en lo exterior no poder tornar en sí, más quedan las dos potencias, memoria y entendimiento, cási con frenesí muy desatinadas. Esto digo que acaece alguna vez, en especial á los principios. Pienso si procede de que no puede sufrir nuestra flaqueza natural tanta fuerza de espíritu, y enflaquece la imaginación. Sé que les acaece á algunas personas. Ternía por bueno que se forzasen á dejar por entonces la oración y la cobrasen en otro tiempo, aquel que pierden, que no sea junto, porque podrá venir á mucho mal. Y desto hay experiencia, y de cuán acertado es mirar lo que puede nuestra salud.

(1) Bellísimo símil con que la Santa explica muy gráficamente el estado de las almas que se hallan en gracia, en pecado mortal, y el de las que han caído en herejía.

6. En todo es menester experiencia y maestro, porque, llegada el alma á estos términos, muchas cosas se ofrecen, que es menester con quien tratarlo; y si buscado no le hallare, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado á mí, siendo la que soy; porque creo hay pocos que hayan llegado á la experiencia de tantas cosas, y si no la hay, es por demás dar remedio sin inquietar y afligir. Mas esto también tomará el Señor en cuenta, y por esto es mejor tratarlo, como ya he dicho otras veces; (y aun todo lo que ahora digo, sino que no se me acuerda bien, y veo importa mucho, en especial si son mujeres), con su confesor, y que sea tal. Y hay muchas más que hombres, á quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al Santo fray Pedro de Alcántara, y también lo he visto yo, que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba dello ecelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres.

7. Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fué una representación con toda claridad) cómo se ven en Dios todas las cosas, cómo las tienen todas en Sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiempo, y si lo viesen los que le ofenden, que no ternían corazón ni atrevimiento para hacerlo. Parecióme, ya digo, sin poder afirmarme, en que ví nada; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, ú yo no me sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe

haber, sino que, como son en arrobamiento, las potencias no lo saben después formar como allí el Señor se lo representa y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ú espejo, á manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver que cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, com eran mis pecados. Y es ansí, que cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar; y ansí quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece adonde me meter. ¡Oh, quién pudiese dar á entender esto á los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes á su Majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante de El! Ví cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuan gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y qué tan fuera de quien El es son cosas semejantes; y ansí se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto, nos sufre. Hame hecho considerar, si una cosa como esta ansí deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válame Dios, qué ceguedad es esta, que yo he traído! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuesa merced, sino cómo vivo, viendo estas cosas y mirándome á mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido.

8. Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios: comencé á suplicar á su Majestad por la Ilesia. Dióseme á entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos posteriores, y con la fortaleza que los della han de sustentar la Fe.

9. Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un Santo, cuya Orden ha estado algo caída: tenía en las manos un libro grande, abríóle, y díjome que leyese unas letras, que eran grandes y muy legibles, y decían así: "*En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.*" (2).

10. Otra vez estando en Maitines en el coro, se me representaron, y pusieron delante seis ú siete, me parece

(2) El Jesuita Padre Ribera, historiador contemporáneo y confesor que fué de la Santa, en su "Vida", escrita por el mismo (Libro IV, capítulo V), dice así: "De religiones vió grandes cosas. Estando (la Santa) rezando cerca del Santísimo Sacramento, se le apareció un santo de la Orden de Santo Domingo, con un libro grande en las manos, y abríóle, y díjola que leyese unas letras, que estaban en él grandes y muy legibles, que decían: "*En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires*". Según el Padre Ribera, pues, Santa Teresa, al referir esta visión, hace alusión á la Orden de Santo Domingo.

Téngase también presente la celestial conversación de la Santa con este glorioso Patriarca en la cueva de Segovia, y las mutuas promesas que en aquel lugar venerando se hicieron los dos Santos.

No sabemos lo que podrá suceder en los siglos venideros, pero ateniéndonos á los muchos mártires, que habrá en la Orden á que se refiere, ¿qué otra Orden puede presentar el número crecidísimo de mártires, que ha tenido la Orden de Santo Domingo en los tres siglos transcurridos? Sólo una de sus Provincias, entre las 55 que constituyen la Orden Dominicana, á saber, la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, ofrece cinco causas de Beatificación, ya absueltas, con 149 mártires en los reinos del Japón, China y Tonkín. Y si de las causas, ya absueltas, pasamos á las ya introducidas, nos encontramos en los mismos reinos con más de 1.500 mártires, la mayoría de la Orden de Santo Domingo, cuyas causas están próximas á terminarse. ¿Quién no ve en todo esto el más exacto cumplimiento de las palabras de Teresa de Jesús? Y no se pierda de vista, que sólo citamos los mártires de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, en los tres últimos siglos hasta la fecha. ¿Qué fuera si se contaran los que la Orden entera ha tenido en ese mismo período? Para terminar, advertimos que á esta opinión se adhieren también los Bolandos, y, sobre todo, lo consigna así en las notas marginales á la "Vida de la Santa", María de San José.

serían desta mesma Orden, con espadas en la mano. Pienso que se dá en esto á entender han de defender la Fe; porque otra vez estando en oración se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo, adonde se combatían muchos, y estos desta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso Santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradecídomela oración que hago por su Orden, y prometido de encomendarme al Señor. No señalo las Ordenes, si el Señor es servido se sepa, las declarará, porque no se agravien otras, mas cada Orden había de procurar, ú cada uno de ella por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su Orden, que en tan gran necesidad, como ahora tiene la Iglesia, le sirviesen: ¡dichosas vidas que en esto se acabaren!

11. Rogóme una persona una vez, que suplicase á Dios le diese á entender si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: *“Cuando entendiése con toda verdad y claridad, que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces le podrá tomar”*; dando á entender, que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo quien hubiere de tener perlacias, ú al menos de procurarlas.

12. Estas mercedes y otras muchas ha hecho el Señor y hace muy continuo á esta pecadora, que me parece no hay para qué las decir, pues por lo dicho se puede entender mi alma, y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

13. Díjome una vez consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor), que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser; que unas veces tenía her-

vor, y otras estaría sin el; unas con desasosiegos, y otras con quietud y tentaciones, más que esperase en El y no temiese.

14. Estaba un día pensando si era asimiento darme contento estar con las personas que trató mi alma y tenerlas amor, y á los que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos, me dijo: "Que si á un enfermo que estaba en peligro de muerte le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer y no le amar. Que ¿qué hubiera hecho si no fuera por estas personas? Que la conversación de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas y santas, y que no los dejase de tratar, que antes sería provecho que daño." Consolóme mucho esto, porque algunas veces, pareciéndome asimiento, quería del todo no tratarlos. Siempre en todas las cosas me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me había de haber con los flacos, y con algunas personas. Jamás se descuida de mí; algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco y ruin como el mío, más de lo que yo querría.

15. Estaba una vez en oración, y vino la hora de ir á dormir, y yo estaba con hartos dolores, y había de tener el vómito ordinario. Como me ví tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé á llorar mucho y á afligirme: esto no es sola una vez, sino, como digo, muchas, que me parece me daba un enojo contra mí mesma, que en forma por entonces me aborrezco; más lo continuo es entender de mí que no me tengo aborrecida, ni faltó á lo que veo me es necesario. Y plega al Señor que no tome muchas más de lo que es menester, que sí debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor y regaló

mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor de El, y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y así me parece que nunca me ví en pena, después que estoy determinada á servir con todas mis fuerzas á este Señor y consolador mío, que, aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir, sino para esto, y lo que más de voluntad pido á Dios. Dígole algunas veces con toda ella: "Señor, ú morir, ú padecer; no os pido otra cosa para mí." Dame consuelo oír el reloj, porque me parece me allego un poquito más para ver á Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

16. Otras veces estoy de manera, que ni siento vivir, ni me parece he gana de morir, sino con una tibieza y escuridad en todo, como he dicho, que tengo muchas veces, de grandes trabajos. Y con haber querido el Señor se sepan en público estas mercedes que su Majestad me hace (como me lo dijo algunos años ha que lo habían de ser, que me fatigué yo harto, y hasta ahora no he pasado poco, como vuesa merced sabe, porque cada uno lo toma como le parece) consuelo me ha sido no ser por mi culpa, porque en no lo decir, sino á mis confesores, ú á personas que sabía de ellos lo sabían, he tenido gran aviso y extremo; y no por humildad, sino porque, como he dicho, aun á los mismos confesores me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria á Dios, aunque mucho me murmuran, y con buen celo, y otros temen tratar conmigo y aun confesarme, y otros me dicen hartas cosas, como entiendo que por este medio ha querido el Señor remediar muchas almas (porque lo he visto claro, y me acuerdo de lo mucho que por una sola pasara el Señor) muy poco se me da de todo. No sé si es parte para esto, haberme su Majestad metido en este rinconcito tan encerrado, y

adonde ya, como cosa muerta, pensé no hubiera más memoria de mí; más no ha sido tanto como yo quisiera, que forzado he de hablar á algunas personas; mas como no estoy adonde me vean, parece ya fué el Señor servido echarme á un puerto, que espero en su Majestad será siguro. Por estar ya fuera del mundo y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa; en más ternía se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir, que, después que estoy aquí, ha sido el Señor servido que todos mis deseos paren en esto. Y háme dado una manera de sueño en vida, que cási siempre me parece estoy soñando lo que veo; ni contento, ni pena, que sea mucha, no la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, pasa con tanta brevedad que yo me maravillo, y deja el sentimiento como una cosa que soñó; y esto es entera verdad, que aunque después yo quiera holgarme de aquel contento ú pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería á una persona discreta tener pena ú gloria de un sueño que soñó; porque ya mi alma la despertó el Señor de aquello, que, por no estar yo mortificada, ni muerta á las cosas del mundo, me había hecho sentimiento, y no quiere su Majestad que se torne á cegar.

17. Desta manera vivo ahora, Señor (3) y Padre mío: suplique vuesa merced á Dios, ú me lleve consigo, ú me dé cómo le sirva. Plega á su Majestad esto, que aquí va escrito, haga á vuesa merced algún provecho, que por el poco lugar, ha sido con trabajo; mas dichoso sería el trabajo si he acertado á decir algo que sola una vez se alabe por ello el Señor, que con esto me daría por

(3) Se dirige, sin duda alguna, al Padre García de Toledo, y por eso le llama Señor, como lo hizo en el capítulo XXII, número 4. Así lo indican también las Carmelitas. ("Œuvres complètes".)

pagada, aunque vuesa merced luego lo queme. No querría fuese sin que lo viesen las tres personas que vuesa merced sabe, pues son y han sido confesores míos, porque, si va mal, es bien pierdan la buena opinión que tienen de mí; y si va bien, son buenos y letrados: sé que verán de dónde viene, y alabarán á quien lo ha dicho por mí. Su Majestad tenga siempre á vuesa merced de su mano, y le haga tan gran santo, que con su espíritu y luz alumbre á esta miserable, poco humilde y mucho atrevida, que se ha osado determinar á escribir en cosas tan subidas. Plega al Señor no haya en ello errado, tiniendo intención y deseo de acertar y de obedecer, y que por mí se alabase en algo el Señor (que es lo que ha muchos años que le suplico) y como me faltan para esto las obras, heme atrevido á concertar esta mi desbaratada vida, aunque no gastando en ello más cuidado, ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino puniendo lo que ha pasado por mí, con toda la llaneza y verdad que yo he podido. Plega al Señor, pues es poderoso, y si quiere puede, quiera que en todo acierte yo á hacer su voluntad, y no primita se pierda esta alma, que con tantos sacrificios y maneras, y tantas veces, ha sacado su Majestad del infierno, y traído á Sí. Amén.

CARTA QUE LA SANTA ESCRIBIÓ AL PADRE GARCÍA
DE TOLEDO, REMITIÉNDOLE LA VIDA (1)



GL Espíritu Santo sea siempre con vuesa merced. Amén. No sería malo encarecer á vuesa merced este servicio por obligarle á tener mucho cuidado de encomendarme á nuestro Señor, que según lo que he pasado en verme escrita y traer á la memoria tantas

(1) Aunque algunos han creído que la siguiente carta de Santa Teresa fué dirigida al Dominico Padre Pedro Ibáñez, y otros á Francisco de Salcedo ó al Maestro Daza, está fuera de duda que la Santa la escribió al Dominico Padre García de Toledo, encargándole remitiese el manuscrito de su "Vida" al Beato Juan de Avila. Así lo afirma el Sr. Yepes (Libro I, capítulo XXI), y, sobre todo, nos consta por documentos fidedignos, que se hallan en el Archivo de este Colegio de Santo Tomás de Avila. Dicen así los antiguos documentos: "Santa Teresa, al remitir su manuscrito al Padre García para que lo leyese y lo hiciera llegar al Padre Maestro Juan de Avila, le dirigió una carta, que aquí insertamos como prueba de las relaciones espirituales de las dos grandes almas." A continuación se halla la presente carta, y luego continúa diciendo: "Además de la confianza particular que Santa Teresa muestra en esta carta al Padre García, nos hace ver también que reconocía en él una muy extraordinaria virtud. Y al indicar tan expresamente que encomendaría á Dios su alma todo el tiempo de su vida, nos da la seguridad de que este venerable Padre sintió los efectos de su poderosa intercesión."

Nació el Padre García de Toledo en la villa de Oropesa, provincia de Toledo, de la familia de los Condes del mismo título. En 1535, siendo aún muy joven, partió para las Indias en compañía de D. Antonio de Mendoza, que acababa de ser nombrado Virrey de Nueva España. Pasado algún tiempo en la corte del Virrey y convencido de los peligros y de la vanidad del mundo, se decidió á vestir el hábito de Santo Domingo en el Convento de Méjico. Vuelto á la madre patria, se retiró al Convento de Talavera. Aunque no se sabe en qué fecha empezaron sus relaciones con Santa Teresa, consta que éstas eran ya en 1562 antiguas é íntimas, y se fueron acentuando más hasta 1569, fecha en que desempeñando el cargo de maestro de novicios, volvió á emprender el camino de las Indias en compa-

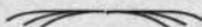
miserias mías, bien podría; aunque con verdad puedo decir, que he sentido más en escribir las mercedes, que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo á su Majestad. Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, á condición que vuesa merced haga lo que me prometió, en romper lo que mal le pareciese. No había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuesa merced envía por él: puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar á ver lo que escribía: suplico á vuesa merced lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar al Padre Maestro Avila, porque podría ser conocer alguien la letra. Yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé á escribir; porque, como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mí. En todo haga vuesa merced como le pareciere, y vea está obligado á quien así le fía su alma. La de vuesa merced encomendaré yo toda mi vida á nuestro Señor; por eso dése priesa á servir á su Majestad para hacerme á mí merced, pues verá vuesa merced, por lo

fía de su primo hermano D. Francisco de Toledo, que acababa de ser nombrado Virrey del Perú, y del cual fué consejero íntimo. En 1567 fué nombrado Provincial del Perú, en cuyo puesto trabajó mucho, no sólo en beneficio de la Orden, sino también de la república. En 1581 volvió á España con grande gozo de la Santa, que con este motivo escribió á la Priora de Sevilla encargándola que mirasen al Padre García como fundador de la Reforma, y que le hablasen con velo descuberto, aunque ésto sólo debía hacerse con el referido Padre. Pocos años después terminó santamente sus días en el Convento de Talavera. A él principalmente se debe la segunda redacción del "Libro de la Vida"; en muchos de cuyos capítulos se hace memoria de él con elogio. ("Cnf. Œuvres completes des MM. Carmelites".)

Por un documento auténtico que se conserva en el Archivo de este Colegio, se sabe que volvió la primera vez á España á los treinta y dos años de edad, ó sea en 1545; que en 1555 era Subprior de este Colegio de Santo Tomás de Avila; que fué fundador del Convento de Madre de Dios en Alcalá, y que murió santamente en Talavera en 1590, á los setenta y cinco años de su edad.

que aquí va, cuán bien se emplea en darse todo, como vuesa merced lo ha comenzado, á quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos adonde más claramente vuesa merced y yo veamos las grandes que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amén.

Acabóse este libro en Junio, año de MDLXII.



Esta fecha se entiende de la primera vez que le escribió la MADRE TERESA DE JESUS, sin distinción de capítulos. Después hizo este traslado, y añadió muchas cosas que acontecieron después de esta fecha, como es la fundación del monesterio de San Joseph de Avila, como en la hoja 169 parece.

LR. FR. DOMINGO BAÑES



APÉNDICE

Uno de los timbres de gloria que más enaltecen al Colegio de Dominicos de Santo Tomás, de Avila, es, sin duda, el haber contado entre sus miembros á hombres que, penetrados del espíritu de Dios, conocieron por una especie de intuición la inmensa transcendencia que tendría en el porvenir de la sociedad y de la Iglesia, la obra colosal de la Reforma, que por los años 1561 y 1562, emprendió la Virgen Avileña, Santa Teresa de Jesús. Por algo ha dicho la Iglesia en el Oficio de la Seráfica Virgen: "*Diva Teresia tantum opus (Reformationis) perfecit subsidio Praedicatorum adjuncta, quibus plurimis doctrina et sanctitate praeclaris usa est a confessionibus, consiliis, spiritualique regimine.*" "Santa Teresa llevó á cabo la obra tan grande de la Reforma, ayudada de los Hermanos Predicadores, muchos de los cuales, célebres todos por su doctrina y santidad, fueron sus confesores, consejeros y directores." Esto mismo, con otras palabras, afirma el Papa Pfo X en su Carta á la Orden Carmelitana con motivo del tercer centenario de la beatificación de la Santa, como ya queda consignado en la nota de la página 168 de esta obra.

En la fundación de San José, de Avila, que, con toda justicia, se llama y es la cuna de la Reforma Carmelitana, desde luego se pusieron resueltamente al lado de Santa Teresa de Jesús dos grandes hombres, dos hijos de Santo Domingo de Guzmán, Religiosos que habitaban por entonces en los venerandos claustros de aquel histórico y monumental Colegio. Sus nombres se hallan escritos, para no borrarse jamás, en las Crónicas de la Orden Dominicana y del Carmen, é irán unidos siempre de una manera singular al glorioso nombre de Teresa. Son estos dos santos personajes los venerables Padres Fray Pedro Ibáñez y Fray Domingo Báñez. En adiciones distintas pondremos brevemente (que otra cosa no con-

siente la índole de esta obra) algunos datos biográficos de estos dos varones insignes en ciencia y santidad, para demostrar su providencial y decisiva intervención, lo mismo dirigiendo el soberano espíritu de la Virgen Avileña, que protegiendo sus fecundas empresas, y de un modo singular, la de la fundación del primer monasterio de San José, base y cuna de la Reforma, que, inspirada por Dios, llevó á cabo la gran Teresa de Jesús.

EL SANTO VARON P. FR. PEDRO IBAÑEZ

Nació Fray Pedro Ibañez Díaz en Calahorra, célebre ciudad riojana de la provincia de Logroño, é hizo su profesión religiosa el año 1540 en el Convento Dominicano de San Esteban, de Salamanca, en manos del Prior Fray Domingo Soto, Catedrático de Vísperas en aquel tiempo, y después confesor del Emperador Carlos V. Lector de Teología en el Real Colegio-Universidad de Santo Tomás, de Avila, fué el Padre Ibañez más tarde Regente y Rector del Colegio Mayor de San Gregorio, de Valladolid. Hombre docto, escribió, entre otras cosas, un excelente Tratado para justificar el espíritu de Santa Teresa de Jesús, que tituló **Discernimiento de espíritus**.

Hablando el ilustrísimo Sr. Yepes, en la Vida de la Santa, capítulo preliminar, sobre los testimonios de hombres célebres, en favor de Santa Teresa, dice así: "Particularmente el Padre Fray Pedro Ibañez (que después fué Regente y Rector del Colegio de San Gregorio, de Valladolid), la confesó en sus principios seis años, é hizo un particular tratado, dividido en once capítulos, juntando muchas reglas y documentos cogidos de la Santa Escritura y de los Santos, para saber discernir espíritus: y hallándolas todas cumplidas en el de la Santa, se certificó ser de Dios. Holgárame yo poder referir aquí todo lo que este Padre tan docto escribe."

A buena fortuna, y posteriormente á la edición de la **Vida de Santa Teresa de Jesús**, del Sr. Rovina, en 1909, se ha logrado encontrar en la Biblioteca del Instituto de San Isi-

dro, quizás el **único ejemplar** del tomo primero (único también que se imprimió en Madrid el año 1637) de la **Historia del Carmen Descalzo**, dedicada por el Padre Jerónimo de San José al Rey católico Don Felipe IV, cuyo tomo, ignoramos por qué razones, fué prohibido por el Definitorio de su propia Religión del Carmen, en tal forma, que, ni siquiera después de editado dicho tomo, fué dado á la publicidad. En el libro V, capítulo VII, de este tomo, el famoso escritor dice lo siguiente: "Y porque será de gusto y provecho el ver lo que varón tan eminente (Fray Pedro Ibáñez) enseña en materia tan grave, y de la manera que siente y habla del espíritu y cosas extraordinarias de nuestra Madre Santa Teresa, para más calificación de su admirable santidad, me ha parecido trasladar aquí este tratado, **copiándolo fielmente de su original**, que se guarda en los archivos de nuestra Orden." Gracias, pues, al precioso hallazgo del tomo de la obra del Padre Jerónimo de San José, podemos gozar hoy día de la profunda y celestial doctrina de este "santo varón y el mayor letrado, que entonces había en el lugar (en Avila) y pocos más en su Orden", en expresión de Santa Teresa. Holgárame yo (repetiremos con el ilustrísimo Yepes) poder referir aquí todo lo que este Padre tan docto escribe, y en nuestra imposibilidad de transcribir el Tratado del bendito Padre Ibáñez, remitimos al lector curioso á la obra premiada **Santa Teresa de Jesús, su vida, su espíritu y sus fundaciones**, en la que el académico Sr. Mir copia casi íntegro este Tratado del Padre Ibáñez, y de él afirma categóricamente que es "de un valor inestimable". "Es, continúa, el testimonio más claro y auténtico acerca de la bondad del espíritu de Santa Teresa, el que en justicia debía figurar al frente del proceso de su beatificación, como escrito, que fué en vida de la Santa, y por quien estaba en las circunstancias más favorables para calar y conocer en sus profundas intimidades la rectitud de aquel espíritu soberano." "Entre tantos documentos—termina—y noticias nuevas como vamos sacando á luz (acerca de Santa Teresa), este es, sin duda, el más importante." Tomo I, capítulo XXXIV, página 779.)

Teresa, sobrina de la Santa Fundadora, y religiosa que era en San José, de Avila, el año 1610, con motivo de la canonización de su Santa tía, en su declaración jurídica afirma, que presentó también el Padre Fray Pedro Ibáñez,

ante una junta de personas, las más respetables de esta ciudad, una suma de treinta y tres razones con que aprobaba, apoyado en la Sagrada Escritura, y doctrina de Santo Tomás de Aquino, que el espíritu de Santa Teresa era espíritu de Dios.

Ante las dificultades que á la Santa se le ofrecieron para llevar adelante lo que el Señor le mandaba, el venerable Palafox escribe: "No me admiro que el Padre Baltasar Alvarez (Jesuita) tuviese por imposible empresa tan ardua, porque para eso había infinitas razones. Ni tampoco que le pareciese posible á un varón docto y espiritual como el Padre Maestro Fray Pedro Ibáñez, porque pudo Dios darle luz de que sería posible."

"Si aprovechó mucho (terminaremos con la Crónica de San Esteban, de Salamanca, de donde están entresacados muchos de estos datos biográficos del Padre Fray Pedro Ibáñez) en los estudios, aprovechó mucho más en la virtud: fué muy dado á la oración y penitencia. Sentado en una silla del coro, la oración y la vida se le acabaron á un tiempo, sin que los achaques y accidentes detuviesen la corriente de sus santos y fervorosos ejercicios. Murió siendo Prior en el Convento de Santa María la Real, de Trianos (el 2 de Febrero) el año 1565, tres después de la fundación del Monasterio de San José, habiendo vivido sólo veinticinco años en la Religión, circunstancia que realza, sin duda, su mérito. No entró en el Purgatorio, según el testimonio y revelación de Santa Teresa, que así lo consigna en el capítulo XXXVIII. "Murió—dice Santa Teresa—con gran gozo y deseo de salir de este destierro... Díóle Dios al fin el premio de lo mucho que le había servido toda su vida."

EL P. MAESTRO FR. DOMINGO BAÑEZ

Principia esta edición de la *Vida de Santa Teresa de Jesús* con la censura oficial de aquel *Dominico insigne*, que tratándose del espíritu y obras de la Santa, con razón pudo usurpar las palabras del poeta latino: *Cujus pars ego magna fui*, justos también que termine con una reseña, siquiera sea sucinta,

con un bosquejo biográfico del que, en su tiempo, llegó á ser el oráculo, y, por decirlo así, el alma de la celeberrima Universidad de Salamanca. Nos referimos al Padre Maestro Fr. Domingo Báñez.

Si la influencia del Padre Pedro Ibáñez en la dirección de Santa Teresa y en la fundación del primer Monasterio de la Reforma Carmelitana, como acabamos de ver en la adición que á ésta precede, fué tan grande, no fué menos eficaz la intervencióndel Padre Báñez, que por aquella época también vivía en el Convento-Universidad de Santo Tomás, de Avila. No es nuestro propósito exponer aquí todo lo que este varón eminente hizo en favor de la Santa de nuestros amores y de su Reforma; tan sólo queremos hacer constar dos cosas: primera, que el Padre Domingo Báñez fué el hombre que Dios, en su amorosa Providencia, destinó para sostén, apoyo y mentor de la ínclita Teresa de Jesús, y segunda, que, después del Padre Gracián, y pudiera añadirse de San Juan de la Cruz, Padres de la Descalcez, el Padre Domingo Báñez fué el director de su alma más querido, y de quien la Santa Reformadora vivía encantada y santamente enamorada. "No hay que espantarse—dice—de cosa que se haga por amor de Dios, que tanto puede el de Fray Domingo, que lo que le parece bien, me parece bien, y lo que quiere, quiero; y no sé en qué va á parar este encantamiento." (*)

(*) Comentando el venerable Palafox las palabras citadas de Santa Teresa, dice así: "Fué este gran Maestro é insigne varón (el Padre Báñez), Catedrático de Prima de Teología de Salamanca; y sus escritos dicen la profundidad de sus letras, y su opinión, y la Carta de la Santa, la de su espíritu y santidad.

Este grave Religioso fué el primero que defendió en Avila, en oposicióndelos Religiosos y seglares de aquella ciudad, la primera Casa de Descalzas, que es el Convento de San Joséph; que fundó la Santa; y con una docta plática, que trae la "Crónica", contuvo él sólo la resolucióndeechar por el suelo el Convento, por no haberse hecho con el consentimiento de toda la ciudad.

Aquí se conoce que esta Santa Reforma se debe en gran parte, sino en todo, en sus santos principios, á la ilustre Religión de Santo Domingo, que con aquel espíritu soberano, que la comunica Dios, conoció desde luego, cuán crecido fruto se esperaba á la Iglesia, de que este árbol creciese y se lograra, y no lo cortase por el tronco impróvidamente la segur de la contradicción.

Este mismo Padre, siendo su confesor, ordenó á la Santa que escribiese el Tratado admirable del "Camino de Perfección", y á él debemos aquella enseñanza del Cielo, en la cual, no sólo se lee, sino que se ve, y se recibe y aprende la perfección del Tratado, sólo con leer el Tratado de la Perfección.

Santa Teresa fué tan devota de esta Religión doctísima (la

Nació el Padre Domingo Báñez en Medina del Campo el 29 de Febrero de 1528, de padres originarios de Mondragón, provincia de Guipúzcoa.

Hizo la profesión solemne en la Orden de Santo Domingo á los diez y nueve años de su edad. La precocidad de su agudo ingenio, su fuerza de voluntad, la amabilidad de su carácter, su espíritu de devoción, de retiro y de penitencia hicieron desde luego concebir bien fundadas esperanzas de que con el tiempo llegaría á ser una lumbrera de la ciencia y un modelo de virtud y de perfección. No tardaron en verse realizadas estas esperanzas, y los Colegios de España á porfía se disputaban el honor de llevarle á ocupar sus cátedras.

Empezó su carrera de profesor enseñando Filosofía en el insigne Colegio de San Esteban, de Salamanca, siendo al poco tiempo ascendido al cargo de Regente de Estudios y condecorado con el título de Presentado.

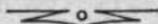
De Salamanca fué trasladado á leer Teología en Avila, donde sin conocer á la Santa, se constituyó en decidido defensor de su Reforma, salvándola de inminente ruina. A pesar de no tener entonces el Padre Báñez más de treinta y cuatro años, la fama de que venía precedido le granjeaban el respeto y la admiración de todos. Durante los seis años que permaneció en Avila, desempeñó con admirable celo y prudencia el delicado cargo de confesor de Santa Teresa y sus religiosas. En estos años fué cuando revisó el *Libro de la Vida* y ordenó á la Santa escribir el *Camino de Perfección*. En 1575 tomó á su cargo la defensa de la primera de estas obras, denunciada á la Inquisición, por mandato de la cual, y á título de Consultor de la misma, presentó un informe oficial. Santa Teresa

de Santo Domingo), que decía con harta gracia, hablando de sí: "YO SOY LA DOMINICA IN PASSIONE", para decir que era Dominica, é Hija de esta Orden, de todo su corazón, y con pasión grandísima: equivoco muy propio de su agudeza y gracia.

Y no me admiro; porque, ¿quién no ha de amar, y ser, no sólo la *Dominica in Passione*, sino todas las Dominicas del año, venerando á una Religión, que es muralla firmísima y Maestra universal de la Fe; fiscal constante en defensa de las Católicas verdades contra los Herejes, luz de la Teología Escolástica y Dogmática, fuente de toda buena ciencia Moral, que, desnuda, santa, y desasida de todo humano interés, comunica repetidos rayos de enseñanza y doctrina á las almas? Yo confieso, que, abstrayendo que Santo Domingo, aquel Apóstol de España, fué Prebendado de la Santa Iglesia de Osma, que estoy indignamente sirviendo, sólo por lo que le parecen sus Hijos al Santo, deben ser amados, imitados y reverenciados." "Carta" 44, edición de 1881 del Sr. La Fuente.

tenía depositada en este Dominico una confianza sin límites. Ella misma testifica que, con preferencia á todos los demás, solía tratar con él todos los negocios de su alma. Por su parte, el Padre Báñez declara en el proceso de canonización, que él solía sujetar á la Santa á duras pruebas, y que algunas veces se mostraba con ella muy severo; aunque al pensar en las insignes mercedes y gracias que Dios hacía á esa alma privilegiada, se sentía dominado de tal respeto y admiración, que temblaba al oirla en confesión.

El Padre Báñez ejerció el profesorado en otros muchos lugares, especialmente en las Universidades de Alcalá, Valladolid y Salamanca. La Santa tuvo ocasión de encontrarse muchas veces con él en sus excursiones para fundar conventos, y se aprovechó de sus luces y consejos. El Visitador Apostólico, Padre Pedro Fernández, delegó en el Padre Báñez sus facultades sobre las Religiosas Carmelitas, de modo que durante algún tiempo Santa Teresa estuvo sujeta al Padre Báñez como á su superior. Cuando en 1581 obtuvo el Padre Báñez la cátedra de Teología en la Universidad de Salamanca, fué grande la alegría que por ello experimentó Santa Teresa, manifestando haber ella pedido al Señor esta gracia. Siempre mantuvo la Santa frecuente é íntima correspondencia con el Padre Báñez, de la cual sólo quedan cuatro cartas: tres de Santa Teresa y una del Padre Báñez. Al morir la Santa predicó el Padre Báñez en los funerales que celebraron las Carmelitas de Salamanca, manifestando que las grandes cosas que se contaban de Santa Catalina de Sena no superaban á las que él sabía de la Madre Teresa de Jesús. Continuó el Padre Báñez siendo siempre el padre Protector de las Carmelitas Descalzas, defendiendo sus intereses con la mayor abnegación. En 1591 hizo declaración jurídica en el proceso para la canonización. Murió el Padre Báñez en el Convento de Medina del Campo, en 1604, á la edad de setenta y cuatro años. (*Œuvres complètes de Sainte Therese de Jesus par les Carmelites du premier Monastere de Paris 1907.*) (Tomo II, página 76.)



INDICE DE COSAS NOTABLES

El número primero indica el Capítulo, y el segundo el número en que éste se divide.

A

ADVERTENCIA. Deseaba un concierto entre cinco personas para advertirse las faltas. **Capítulo 16**, número 5.—**AGRADECIMIENTO.** Importa conocer las mercedes que Dios hace para agradecerlas, **10-4**.—Más ayuda á servir á Dios, el conocer son suyas las mercedes, que el temer sean del demonio, **15-9**.—**AGUA.** Se vale de ella para explicar cuatro grados de oración, **11-34**.—El vaso de agua cuando la da el sol, aparece con muchas motas; así el alma con muchas imperfecciones, cuando es iluminada por el Sol de Justicia, **20-20**.—El amor es como el agua que levanta las arenas en las fuente-cillas: se acordaba muchas veces del agua viva de la Samaritana, **30-13**.—**AGUA BENDITA.** Tiene gran virtud para espantar los demonios, **31-1** y **2**.—**AGUSTIN (San).** Fué muy devota suya; convirtiósese de veras con sus "Confesiones", **9-6** y **7**.—Dice el Santo, que halló á Dios dentro de sí, mejor que en otras partes, **40-5**.—**ALABANZAS.** El alma puesta en manos de Dios no hace caso ni de ellas, ni de los vituperios, **31-6**. Daba por bien empleado el trabajo de escribir, porque fuera Dios alabado una sola vez, **40-17**.—**ALEGRIA.** Conviene andar con ella en santa libertad, sin temor nimio de perder la devoción, **13-1**.—**ALONSO SANCHEZ, DON (Padre de la Santa).** Varón de mucha virtud, gran verdad y caridad, **1-1**.—Por demasiado amor expuso á su hija á morir sin confesión, **5-4**.—Persuadióle á que tuviese meditación, **7-6**.—Asistióle en la última enfermedad y murió como un Angel, **7-8**.—**ALMA.** No puede lo que quiere por las miserias del cuerpo, **11-2**.—La consideraba como un huerto, y que el Señor venía á coger flores, **14-6**.—No debe repartir los dones hasta estar fuerte, **17-1**.—Diferencia entre el alma y el espíritu, **18-1**.—La que tenga oración con perseverancia, la tiene perdida el traidor, **19-2**.—Padece una pena espiritual muy grande, **20-8**.—La debía padecer David cuando dijo: "Vigilavi", **20-16**.—Lo poco que puede cuando se esconde la gracia, **33-3** y siguientes.—Anda como un asnillo, **30-12**.—Después de los arrobamientos, anda como vendida en tierra ajena, **21-3**.—Está en su reino cuando padece, **30-4**.—Lo que hace desmayar á muchas, **31-8**.

Al verla tan embobada se reía de su miseria, 37-4.—Describe la disposición en que se hallaba cuando terminó de escribir la "Vida", 40-16 y 17.—Se la representó como un espejo, en cuyo centro estaba Cristo. Cuando está en pecado, el espejo negro. Los herejes como quebrado el espejo, 40-4 y 5.—ALVARO DE MENDOZA (Don). Fué Obispo de Avila y admitió el Monasterio de San José, 36-1.—AMIGOS. Para caer tenía muchos, que la ayudaban; para levantarse estaba sola, 7-13.—Se puede tratar con Cristo como con amigo, aunque es Señor, porque su Señorío no es como los de este mundo, que se fundan en autoridades postizas, 37-2.—AMISTAD. Entre hombre y mujer, aunque sea con intención honesta, es peligrosa, 5-2.—Engañosa con los hombres, sólo con Dios es verdadera, 21-1.—AMOR DE DIOS. El que le tiene se alegra con el retrato del amado, 9-5.—Son siervos del amor los que se dan á la oración, 11-1.—Somos muy tardos en darnos á Dios, y por eso no llegamos pronto al amor perfecto, 11-1.—No está en tener lágrimas y gustos espirituales, sino en obrar con fortaleza, 11-8.—Encendido amor en que ardía su corazón, 29-7 y siguientes.—Saeta de amor de Dios, 29-9.—Nunca cesa de bullir, 30-13.—Gran consuelo poder hacer penitencias para satisfacer el amor, 30-3.—Se tiene gusto en dar por el amado la joya, cuya posesión nos era gustosa, 35-8.—Al que ama á Dios se le hacen ligeras las cosas pesadas, y dulces las amargas, 35-9.—El que ama á Dios va seguro, apenas ha empezado y su Majestad le da la mano, 35-9.—El amor de Dios consume al hombre viejo, y renace como el ave-Fenix, 39-15.—Amar á Dios es entender, que todo es mentira lo que no le es agradable, 40-1.—No es asimiento tenerle á los siervos de Dios, 40-14.—ANIMO. Le tenía más que de mujer, 8-5.—No hay que temer la vanagloria. Sino conocemos que Dios nos favorece, no le tendremos para grandes cosas, 10-4.—Es menester tenerle grande para darse á la oración, 11-2.—Es el Señor amigo de almas animosas, é importa mucho esperar que con su ayuda seremos santos, 13-1, 2 y 3.—Se necesita grande para recibir mercedes de Dios, 17-1.—Es necesario grandísimo para los arrobamientos, 20-3.—Con una cruz desafiaba á los demonios, 35-10.—Reputaba esto como gran merced de Dios, 36-1.—Es menester para ver los cuerpos glorificados, 28-2.—Es menester mayor para recibir mercedes que para pasar trabajos, 39-14.—ANGELES. Con un dardo la hirió uno el corazón, 29-11.—Vió una gran batalla entre Angeles y demonios, 31-4.—Vió multitud de Angeles en Santo Tomás de Avila, 33-9.—Vió una multitud asistiendo al Trono de la Divinidad, 39-15.—Se vió rodeada de ellos estando en oración, 40-8.—ANSIAS. Las tenía grandes de comulgar, 39-15.—Las tenía de que los letrados se dieran del todo á Dios, 34-5.—ANTONIO DE PADUA (San). Muy amante de la Humanidad de Cristo, 22-4.—APROVECHAMIENTO. En un instante pone Dios, si quiere, en mucha perfección, 21-4.—No tasarle por los años de oración, 39-7 y 8.—El que espera regalos no llegará á la

cumbre de la perfección, 39-11.—ARREPENTIMIENTO. Le sentía ella grande, 1-3.—ARROBAMIENTO. Se distingue de la unión, 20-1.—Coge Dios al alma como el sol á los vapores, 20.—Efectos admirables que causan, 20 y 21.—Otros efectos, 38-4 y 5.—El primero que ella tuvo, 24-3.—Sentía fuesen en público, 29-12.—AVISOS. A su confesor. A Doña Gulomar, 32-6. A un Padre Dominicó, 34-6.—ALVAREZ (Padre Baltasar). Confesor suyo Jesuíta, La puso en mucha perfección, 24-3.—La consolaba y fortalecía, 28-12.

B

BEATRIZ (Doña) (Madre de la Santa). Mujer de mucha virtud y honestidad. Murió de treinta y tres años, 1-1.—**BE-NEFICIOS**. Se deshacía su alma comparando estos con sus pecados, 38-11.

C

CAIDAS. Suelen servir para levantarse el alma á mayor virtud, 19-2.—**CAMINO**. El que no deja el de la oración llegará al cielo, 19-6.—Le lleva errado el que va por honras y placeres, 27-9.—**CARTAS**. Se libró un Sacerdote de tentaciones leyendo las de la Santa, 31-3.—Poner cátedra para los títulos nobiliarios, 37-6.—Carta remitiendo su "Vida", 40.—**CASTIDAD**. Aborrecía, naturalmente, las cosas deshonestas, 2-3.—**CASTIGO**. Lo es recibir mercedes por pecados, 7-11.—**CATALINA DE SENA** (Santa). Muy enamorada de la Humanidad de Jesucristo, 22-4.—**CEREMONIAS**. Padecería mil muertes antes que ir contra la menor de la Iglesia, 33-3.—**CARIDAD**. Crece con la comunicación, 7-13.—Miremos las virtudes de los otros, y cubramos las faltas, 13-8.—**CIELO**. Mirarle, recoge el alma, 38-5.—**CRISTO**. Se le representaba interiormente, 4-3.—Fué su maestro, 12-4.—Se enciende el amor, 12-1.—Paso de la Coluna, 13-10 y 14.—No es estorbo para la contemplación, 22. Su hermosura, 28-8.—Provecho que sacó, 37-2.—Conversaba con El sin necesidad de tercero. No es así con los Reyes de la tierra, 37-23.—**CLAVO**. Le sacaba el Señor de sus manos, 39-1.—**CLARA** (Santa). Se le apareció é inspiró espíritu de pobreza. Socorro temporal, 33-8.—**COBARDIA**. La reprende y dice lleva paso de gallina, 13-4.—**CODICIA**. Nunca confesó culpa de esto, 20-18.—Exclamación del Señor sobre la codicia, 33-7.—**COMPANIAS**. Daño de las malas, 2-1.—Provecho de las buenas, 2-2 y 4.—Celestial, 38-5.—**COMUNION**. Se ponía á los pies del Señor, 9-2.—Luces que recibía para escribir, 16-1 y 4.

Se la quitaron, 25-8.—Veneración, 28-7.—Sana alma y cuerpo, 30-10.—Se la espeluzaban los cabellos, 38-13.—CONVERSIONES. Daño de los pasatiempos, 2-3.—La resfriaron, 7-1.—Daño de esos pasatiempos en los Monasterios, 7-3.—Las espirituales muy provechosas, 7-12.—Por ellas no fué al infierno, 7-13.—Dejando las inútiles la regala el Señor, 9-7.—Palabras del Señor y provecho que la vino, 24-3.—Con amigos de Dios, 23-2.—CONVERSIONES. Tormentos si convertía alguna alma, 31-2.—La de un Sacerdote, 5-2.—Otro Sacerdote, 38-15.—CONFESION. 5-4.—General, 23-7.—CONFESORES. En veinte años no halló quien la entendiése, 4-2.—Daño de los no letrados, 5-2.—Dictamen errado, 8-6.—Pocos buenos, 13-5.—Quiere que sean letrados, 13-12 y 13.—Trabajos con los no letrados, 20-15.—Miedo á los que le tienen al demonio, 25-12.—Mal consejo de uno, 28-12.—La mandan que se santigüe y dé higas, 29-4.—CONFIANZA. La aprovechó mucho ponerla en Dios, 9-2.—Si la tenemos, venceremos, 31-8.—CONFORMIDAD. La tuvo en sus enfermedades, 5 y 6.—CONSEJOS. Se los daba el Señor con frecuencia, 40-14.—CONSUELOS. Se los daba el Señor en sus trabajos, 40-15.—CONTEMPLACION. Los de mala imaginación, si perseveran, llegan más pronto á ella, 4-3.—CONTRICION. Era grande y no se atrevía ir á la oración, 6-2.—CORAZON. Le tenemos muy apretado para darnos á Dios, 13-4.—CONTENTO. Siempre le tuvo de ser monja, 36-6.—CORRESPONDENCIA. Es malo tenerla á las criaturas si se sigue ofensa de Dios, 5-2.—CRIADOS. Para todo lo malo halló aparejo en ellos, 2-3.—Hay poco que fiar de ellos, 2-3.—CRIATURAS. La vista de ellas la recogían y llevaba en espíritu al Criador, 9-4.—CRUZ. La hay para todos, 11-3 y 9.—Importa mucho abrazarla, 15-7.—No buscar consuelos, 22-6.—Desafiaba con ella á los demonios, 25-10.—La Virgen la puso una de gran valor en Santo Tomás, 33-9.—CUERPO. Impide al alma, 11-9.—Sentimiento de tener que asistirle, 21-3. Sentimiento de ella, 40-14.—Cuerpos gloriosos, 28-2.—CULTO. A San José, 6-3.—A las imágenes del Señor. Tener oratorio y cosas de devoción, 7-1.—CURIOSIDAD. No la tenía la Santa en las mercedes que el Señor la hacía, 28-6.

D

DAZA. Devoto de la Santa. Dió los primeros hábitos. Defendió el Monasterio, 36-3 y 10.—DELEITES. Los del mundo son ceguedad, y con ellos se compra trabajo, 20-20.—DEMONIO. Impide la comunicación espiritual, 7-12.—Impide la oración, 8-4 y 5, y 11-2.—Humildad falsa, 13-3.—Se aprovecha de los defectos de las personas virtuosas, 11-7.—Otros ardides suyos, 19-2, 5 y 7.—Efectos de sus hablas y otros puntos, 25-6, 7, 10, 11 y 12.—Juega con el alma á la pelota, 30-7.—Rabia que

tenía á la Santa, 31-1.—Hace temer de musarañas, 35-9.—**DESASIMIENTO.** El que deja los arrobamientos verdaderos, 20-16 y siguientes.—Nadie desmaye, 31-8.—**DESEOS.** Por grandes que se sientan de servir á Dios, no hay que ponerse en ocasiones, 15-7.—**DEVOCIONES.** Aborrece las supersticiones, 6-3. Devociones á bobas, 13-12.—Cosas dificultosas, 28-6.—**DICTAMEN.** Fué errado el de un confesor, 8-6.—**DINEROS.** Desprecio de ellos, 20-18 y 19.—**DIOS.** ¡Cuánto favorece á los que quieren servirle!, 4-1 y 4.—Buen amigo, 8-3.—No se niega á nadie, 11-2.—Anda probando quien le quiera, 22-11.—Nunca falta, 25-9.—No ejecuta como las gentes, 26-1.—Alábenle los que pueden predicar, 30-15.—Diferente de los Reyes de la tierra, 31-2 y 5.—Sólo El es estable, 39-13.—**DIAMANTE.** Se le representó la Divinidad como un diamante mayor que todo el mundo. Un solo pecado merece el infierno, 40-7.—**DISCRECIÓN.** Es falsa la del mundo, 26-9.—**DOCTRINA.** Desafía á los que impugnen su doctrina, 18-4.—La que Dios la enseñó, 19-7.—**DOMINGO BAÑEZ** (Dominico). Gran letrado. Defendió con energía el Monasterio de San José, 36-8.—**DOMINICOS.** La desengañó uno muy letrado, 5-2.—Confesor de su padre y provecho que la hizo, 7-8 y 9.—Otro la declaró una tentación. 31-4.—Otro la sacó de una ignorancia, 18-8.—El Padre Ibáñez la mandó escribir la “**Vida**” hasta el capítulo 32. Lo restante el Padre García de Toledo (**Prólogo de la Santa**). Pide á Dios por un Dominico, diciendo. “Señor, este es bueno para nuestro amigo”, 34-4 y siguientes (**Vide VISIONES**).—**DONES.** Los da el Señor á quien quiere, y cuando quiere, 34-6.—**DUDAS.** La reprende el Señor por ellas, 39-19.

E

EDUCACION. Encarga á los padres se la den buena á sus hijos, 1 y 2.—**EMPRESAS.** Cuando no inquietan, 33-1.—**ENCARNACION** (Convento de la). Allí vivió más de treinta años. Había en él religiosas santas. Casa grande, 32-5.—**ENFERMEDADES.** Las tuvo grandes, 5-1 y 3.—Paroxismo, 6-1.—Otros achaques, 7-7.—El demonio se aprovecha de ellas, 13-6.—Se la quitaban con las mercedes, 18-5.—Sana á dos personas enfermas, 39-1 y 2.—Se juntaban alguna vez con penas del espíritu, 30-5.—Dolores que padeció, 32-2.—**ENTENDIMIENTO.** No podía en cosas del cielo, 9-4.—No entendía lo que leía, 12-4. Estorba á la voluntad, 15-4 y 5.—Su bullicio, 20-14.—Dice que el suyo era rudo, 28-6.—Furioso como león, 30-11 y siguientes.—**ESCANDALO.** La da contra el fraile, clérigo y contra la monja, 27-9.—**ESCARMIENTO.** Pide á las monjas que escarmienten en ella, 7-5.—**ESCRITOS.** El escribir la estorbaba hilar, 10-5.—Su fin fué, engolosinar las almas á la oración, 18-4 y 19-2.—**ESCRITURA SAGRADA,** 33-3.—**ESPERANZA,** Cuánto

conviene tenerla de alcanzar la perfección, 33-1.—**ESPIRITU**. No conviene tenerlo atado siempre, 33-4 y 5.—**ESPIRITU SANTO**. Víspera de esta fiesta, 38-6 y 7.—**ESTIMACION**. Hufa de ella, 31-4.—Quiso irse á otro Monasterio, 31-5.—**ETERNIDAD**. Provecho de pensar en ella, 1-2.—**EVANGELIO**. Fué muy devota del de la Samaritana, 30-13.—**EUCARISTIA**. Vió á Cristo en ella, 38-13.—Sabiduría del Señor en este Sacramento, 38-14.—**EJEMPLO**. Cuánto aprovecha el de los buenos padres, 1-1.—Con pretexto del buen ejemplo se falta á la humildad, 31-10.—**EXPERIENCIA**. Cuán necesaria en los confesores y directores de almas, 34-6 y 7.

F

FE. Estaba muy fuerte en ella, 19-5.—Verdades de la fe, 25-7.—**FENIX** (Ave). Toma de ella una comparación, que aprueba el Señor, 39-15.—**FINEZAS**. Del Señor con ella, y su correspondencia, 39-14.—**FRANCISCO DE ASIS** (San). Fué gran devoto de la Humanidad de Jesucristo, 22-4.—**FRANCISCO DE BORJA** (San). Aprueba su espíritu, y que no resista á las mercedes, 24-2.—**FRANCISCO SALCEDO**. Virtudes de este caballero santo, 23-3, 4 y 5.—Interés que toma por la Santa, 24-2.—La ayuda en la fundación, 31-8, y 36-10.—Estuvo firme en que se fundara sin renta, 36-12.—**FRENESI**. Queda con él el entendimiento (imaginación) muchas veces después de los arrobamientos, 40-5.

G

GALAS. Las usó la Santa, 2-1.—**GANANCIAS**. Las que la quedaban después de las visiones, 31-2.—**GASPAR DE SALAZAR** (Jesuíta). Varón de gran virtud, 33-5.—Se ocupa de él en 34-7 y en 38-9.—**GLORIA**. Sus deseos quitan el miedo á la muerte, 21-3.—Cómo se entienden los bienaventurados, 27-7.—**GRACIA**. Por un poquito más quería padecer todos los trabajos, 31-1.—Tuvo revelación de estar en ella, 34-6.—**GUOMAR** (Doña). Lo que ayudó á la Santa, 32-5, 6, 7 y 8.—**GUSTOS**. Sólo una vez los pidió á Dios, 9-8.—No se busquen en la oración, 11-8.—Su valor, 14-3 y 18-5.

H

HABLAS. Primera, 19-5.—Otra, 24-3.—Sobre esta materia, véanse los capítulos 25 y 26.—**HECHIZOS**. Caso de un sacer-

dote, 5-2.—**HEREJES.** Se ciegan voluntariamente, 7-2.—**Visión** sobre su perdición, 40-4.—**HERMANOS.** Los que tuvo, su virtud, 1-1.—Persuade á uno sea religioso, 4-1.—**HERMOSURA.** Es grande la de la Humanidad de Jesucristo, y cosas del cielo, 28-2, 3, 4 y 5.—**HONRA.** Amanté de ella, 2-2 y todo el 3. Daños que causa la mundana, y cada uno la pone en lo que quiere, 31-9, 10 y 11.—**HUMILDAD.** Falsa, 7-1 y 6.—Es falta de ella subir el espíritu, 12.—Otra vez la falsa, 13-3.—Aprovecha más que las letras, 15-5 y 6.—Otra vez la falsa, 19-6.—Es cimiento de la oración, 22-7.—Otra vez la falsa, 30-6 y 7.

I

IGLESIA. Aprecio de lo ordenado por ella, 31-2.—Mil muertes por la menor ceremonia, 33-3.—**IMAGENES.** Su devoción, 7-1.—Provecho que sacó. Todo el capítulo 9.—La de Cristo y su hermosura, 37-2.—**IMAGINACION.** La de la Santa, 9-4 y 5, y 12-2.—La cansaba mucho, 17-5 y 6.—**IMPERFECCIONES.** Por no ver en sí tantas, querría estar sin sentido, 39-5 y 10.—**INFIERNO.** Su descripción y provechos de esta visión, 32-1, 2, 3, 4 y 5.—**INTERCESION.** La de San Pedro de Alcántara, 27-11.—La de la Santa, 39-1.

J

JESUITAS. Los tenía en gran veneración, 23-1, 4, 7 y 8.—Su santidad, 24-13.—Visión sobre la Compañía, 38-4 y 21.—Otras visiones, 39-17.—**JOSE (San).** Le tomó por Abogado, sus alabanzas, su poder, 6-3.—Apariciones, 26-6, 33-7 y 33-9.—**JUVENTUD.** Precaución necesaria en esa edad, 2-1.—**JUDAS.** Principio de la tentación que tuvo, 19-6.—**JUICIO.** Compareció en él delante del Provincial, 36-6.

L

LAGRIMAS. Se enoja por que no se enmendaba, 6-2.—La aprovecharon, 9-8 y 10-3.—Perjudican alguna vez, 29-8.—**LETRAS Y LETRADOS.** Sin ellas, medio y grandes letrados, 5-2.—Su necesidad, 14-4.—No sirven en algunas ocasiones, 15-5 y 6.—Sobre esta misma materia, 19-6, 20-15, 25-8 y 9, 27-3, 30-12, 31-4.—Grandes ansias por que sean espirituales. No se quieren disponer para tratar con Dios. Es desechado de ellos,

34-nota 6, y **34**-5, 6 y 7.—**LIBERTAD**. Su pérdida muy sensible, **9**-7.—Tentaciones que se la impedían, **31**-4 y siguientes.—**LIBROS**. Provecho de los buenos, **1**-1 y 2.—Daño de los malos, **2**-1.—Tercer Abecedario, **4**-2 y 4.—Cuándo no aprovechan, **30**-8. **LOCURA**. La hay santa, y Ella la deseaba, **16**-4.—**LUISA DE LA CERDA** (Doña). Cómo conoció á la Santa. Consuelo que recibió. Amor que se tuvieron, **34**-1 y 2.

M

MADRES. Pequeño defecto de la suya, lo que la perjudicó, **2**-1.—**MAESTRO**. Necesidad, **7**-12.—Que sea esforzado, **13**-2 y 11.—Que sepa más de un camino, **22**-11.—Cuerdo, **23**-3 y 4.—No sea fácil en asegurar que es demonio, **23**-6.—Nada se le calle, **25**-8 y **26**-3.—Yerros, **34**-6 y 7.—**MARIA MAGDALENA** (Santa). La tuvo grande devoción, **9**-2.—**MARIA** (de Jesús). Trata con la Santa en Toledo, **35**-1.—Fundó en Alcalá, **36**-14.—**MARIA SANTISIMA**. La recibe por hija, **1**-3.—Es asilo para alcanzar misericordia, **19**-3.—**MAJESTAD**. Es muy grande la de Cristo, **28**-8 y **38**-13.—**MERCEDES**. Especies, **17**-4.—Espantan las que Dios hace. Pedía pudiese tasa en ellas, **18**-2.—Se despojaba de ellas porque las tuvieran los Reyes, **21**-1.—Cuan to más las resistía, mayores las recibía, **24**-1.—Se la olvidaba algunas veces, **30**-6.—Sentía se publicasen, **31**-4 y 5.—**MEMORIA**. Inquieta y la inquietaba en la oración, **17**-5.—**MIGUEL** (San). Fué devota de este Arcángel, **26**-1.—**MISERIA HUMANA**. No en todas somos culpables, **11**-9.—Se compadece el Señor, **39**-14.—**MONASTERIO**. Peligros en los que no son cerrados. Consejos á los padres. Borrada la labor de los Patriarcas, **7**-2.—**MUERTE**. Quiénes la temen, **21**-3.—Quiénes la desean, **29**-11 y **30**-11.—Ella la deseaba ó padecer, **40**-15.—**MUJERES**. Se la caían las alas por serlo para escribir, **10**-5.—Es peligroso en ellas levantar el espíritu, **12**-5.—Más que los hombres, son muchas las que reciben mercedes extraordinarias. Necesidad de Maestro, **40**-6.—**MUNDO**. No es compatible con Dios, **7**-9 y **8**-1.—Va ganando honra, **27**-7.—Es fiscal de los hijos de Dios, **31**-6 y 7.

N

NATURAL. Es más inclinado al mal que al bien, **2**-1 y **2**.—Dios se lo dió á la Santa virtuoso, **1**-1 y **2**-2.

O

OBEDIENCIA. Todo lo puede, 18-4.—Escribió por obediencia, "Prólogo", 10-5.—La manda el Señor obedezca al confesor, 26-3 y 9.—Habiéndola, no hay que temer al demonio, 28.—Fué heroica en dar las higas, 29-4 y 5.—**OBISPADO.** Cuándo se puede tomar, 40-11.—**OBRAS.** Estaba descontenta de las suyas, 30-12.—Enumera algunas que hacía, 30-13.—**OBSERVANCIA.** Cómo la deseó ella, 32-5.—Anima á sus hijas á ella, 36-15.—**OCASION.** Puestos en ella se sigue el peligro, 2-3. A los muy perfectos no la dañan, 21-5.—**ORACION MENTAL** y sus grados. La da Dios oración de quietud y unión. Se representaba á Jesucristo en su interior y esta era su manera de oración. Aprovecha la lección cuando no se puede discurrir, 4-3.—Pasó dieciocho años con sequedad, sino después de comulgar, 4-4.—Tormento en la oración por haber ofendido á Dios. Temor envuelto en amor por medio de la oración, 6-2.—Oración es particular amistad con Dios, 7-1.—Engaño del demonio en que dejase la oración, 7-5.—Persuade á su padre tenga oración y le da libros para ello, 7-6.—Deja la oración, 7-6.—No se necesitan para ella fuerzas corporales. Cree su padre la ha dejado por enferma. Enseña á otras personas á tener meditación, 7-7.—Falta á Dios por no estar arrimada á la columna de la oración. Animo que tiene para tratar con Dios y con el mundo. La dura esta batalla dieciocho años, 8-1. Gran bien que hace Dios á quien dispone para tener oración, y por caídas que tenga, el Señor la saca á puerto de salvación, 8-2.—Quién la ha comenzado, no la deje, á poco ganar irá entendiendo el camino del cielo. La oración es tratar amistad con Dios, estando á solas con El, 8-3.—Buenos y malos acudan á la oración, 8-4.—Necesita de todo su ánimo, más que de poder, para perseverar en la oración, 8-5.—Almas á quienes Dios llama á la oración han de evitar las ocasiones, 8-6.—Al paso de la oración del Huerto tuvo mucha devoción; simplicidades que tenía, 9-9.—Si no hay discurso en la oración, el alma está ó muy perdida ó muy ganada, 9-4.—Ver campos, agua, la elevaba á Dios. Cosas subidas no podía imaginar, 9-4.—Los gozos en la oración son como los de los Bienaventurados, que cada uno está contento, 10-3.—Ternura en la oración y de qué nace, 10-2.—En veintisiete años de oración, la dió Dios más experiencia que á otros en treinta y siete y cuarenta y siete, 10-6.—**Cuatro grados de oración,** representados por los cuatro modos de regar un huerto. Su confesor llegó á los cuatro grados, 11-4.—El primer grado es la meditación ordinaria, 11-5.—No se deje por sequedades y distracciones, 11-5, 6 y 7.—Cuánto importa abrazarse con la cruz, y no buscar consuelos, 11-7, 8 y 9.—Es muy provechoso aficio-

narse á la Humanidad de Jesucristo. Las letras ayudan á la oración, 12-20.—Qué es subir el espíritu, y que no se procure, 12-3 y 5.—Avisos en este primer grado. Evitar ocasiones, tener ánimo. Es indiscreto discurrir mucho, 12-1.—No todos aprovechan más en la Pasión, 13-10.—Segundo grado de oración, ó sea de quietud. Es ya sobrenatural. Crecen mucho las virtudes, 14-1, 2 y 3.—Puede alguna vez el demonio transfigurarse en ángel de luz, 14-5.—Dura el tiempo que Dios quiere. Muchos los que llegan, pocos los que pasan adelante, porque dejan la oración. Es señal de que Dios escoge á esta alma para grandes cosas. Aquí no hay que amontonar razones, ni aplicar Escrituras, ni argüir ni trastornar la retórica, sino humildad viéndose indigno de tal merced. Las letras aprovechan antes y después; en el acto pueden perjudicar, No buscar consuelos, 15.—Tercer grado de oración. El hortelano, que es el Señor, es el que casi lo hace todo. Es un sueño de las potencias. No es todo unión de las potencias, pero es más que la pasada. Están casi del todo unidas, mas no tan engolfadas que no obran, 16-1.—Causa celestial locura, dice mil desatinos santos, hace coplas muy sentidas, 16-2 y 3.—Es diferente de la oración de quietud, en la cual no querría bullir gozando del ocio de María; en ésta es Marta y María, vida activa y contemplativa, 17-3.—Crecen mucho las virtudes. Está madura la fruta, pero no para repartir, 17-1 y 2.—Distingue tres especies de unión, y ninguna es entera y perfecta, Cómo quedan las potencias. No hacer caso de la imaginación, más que de un loco, 17-4, 5 y 6.—Cuarto grado de oración. Es unión de todas las potencias con Dios. Se goza sin entender lo que se goza. De dos cosas divinas se hace una, 18-1 y 2.—Siente desmayo en lo exterior; falta el huelgo, se cierran los ojos, etc. En lo interior se deshace el alma. No vive ella, sino Dios en ella. Es no entender entendiendo. Certidumbre de que está junto con Dios, 18-6 y 8.—El tiempo que dura la unión es muy breve, ni aún media hora. La voluntad mantiene la tela y está unida largo rato. Las otras potencias con intervalos, 18-7.—Efectos: comienza á repartir la fruta (aprovechar á los prójimos), 19-1 y 2.—Se lastima de no haber correspondido á las mercedes, 19-2, 3, 4, 5 y 6.

P

PACIENCIA. La tuvo grande, 5-3 y 6.—**PADRES.** Cuidado que han de tener de sus hijos, 2-1 y 5-4.—**PALABRAS.** Efecto que en ella hicieron, 7.—**PARIENTES.** Daño que la causaron, 2-1.—**Cruz,** 24-4.—**Desasimiento,** 31-8.—**PASION.** La oración del Huerto, 9-3.—Sirve su meditación para todos, 13-10 y 14.—**PATROCINIO.** El de San Pedro de Alcántara y el suyo, 27-11 y 39-1.—El de San José, 6-3.—**PECADO.** Su aborrecimiento, 6-2.—Que se publicasen los suyos, 10-5.—**Defectos,** 17-5.—No

dejar por ellos la oración, 19-6.—**PEDRO DE ALCANTARA** (San). Instrucciones sobre las visiones, 27-3.—Resumen de su vida, 27-10 y 11.—Fué el todo para la primera fundación, 36-1 y 12.—**PEDRO Y PABLO** (Santos). Visión que tuvo, 27-2. Promesa, 29-4.—**PEÑA ESPIRITUAL**, 20-5 y el 13.—Otras especies, 30-6 y siguientes.—**PERFECTOS**. El que lo es nunca va solo al cielo, 11-2.—Tribulaciones, 20-16.—**PERSECUCIONES**. Tuvo muchas, 19-4, 25-8 y siguientes, 28-11, 12 y 13.—**PERSEVERANCIA**. Es difícil, 6-4.—Muchas almas desfallecen, 31-7.—**POBREZA**. Deseos de ella, 35-1 y 4.—**POLITICA MUNDANA**, 37-2, 5 y 6.—**POTENCIAS**. Como quedan algunas veces, 30-6 y siguientes.—**PREDICADORES**. Por qué hacen poco fruto, 18-5.—**PRELACIAS**. Las temía, 35-5 y 6.—Peligro de la salvación, 38-17.—**PREMIO**. Aun en esta vida lo da Dios, 11-6.—**PRESENCIA DE DIOS**. A deshora la venía. La llama Mística Teología, 10-1.—Siente claramente que habla Dios, 14-3 y 4.—Halla el alma con quien hablar, 27-4.—Tenía á Dios por testigo, 28-1.—Letrado Dominicó, 18-8.—**PRETENSION**. La de los pobres para con los grandes, 37-2.—**PROFECIA**. Se cumplieron todas las de la Santa, 25-3 y 26-2.

Q

QUICUMQUE. Símbolo de San Atanasio. Se la da á entender el misterio de la Santísima Trinidad, 39-16.—**QUERUBIN**. Vió muchos asistiendo á la Divinidad, 39-15.

R

RECREACION. Es necesaria algunas veces, 13-1.—**REFORMA**. Primer pensamiento y conferencia memorable, 32-5. Se lo manda el Señor, y que el nuevo convento se llame de San José. Indecisión, ó mejor, oposición del confesor Padre Alvarez. Aprobación del Provincial y de Fray Pedro de Alcántara. Alboroto de la ciudad. Se vuelve atrás el Provincial. Apoya la fundación el Dominicó Padre Ibáñez, 32-6, 7 y 8.—Se aumenta el alboroto. Quieren meterla en la cárcel del convento, 33-1.—Aficción grande con el billete del Jesuíta Padre Alvarez. Esta le manda no hable más de ello. Mercedes grandes que recibe del Señor. El Padre Ibáñez con la señora Viuda piden á Roma facultad para la fundación. La amenazan con la Inquisición, y acude de nuevo al Padre Ibáñez, comunicándole sus revelaciones, que éste aprueba. Provecho que el Padre Ibáñez sacó de esa comunicación, 33-23.—Nuevo Rector de San Gil, que anima al Padre Alvarez. Comunica con el Rec-

tor, que aprueba su espíritu. Elogio que hace de este Padre, 33-45.—El Padre Alvarez la autoriza para que se ocupe del nuevo monasterio. Trabajos que pasa. Se la aparece San José. Palabra del Señor. Santa Clara. Arrocamiento grande en la Iglesia de Dominicos de Santo Tomás el día 15 de Agosto de 1561, 33-6, 7, 8 y 9.—Hacen junta de todas las Ordenes. Defensa del Padre Báñez, 36-8.—Por mandato del Provincial va á Toledo á consolar á Doña Luisa de la Cerda. Ve que aunque es señora, es mujer sujeta á pasiones. Aborrece el desear ser señora, 34-1, 2 y 3.—Relación interesantísima de una entrevista con el Dominico Padre García de Toledo. Ganancia que éste sacó de dicha entrevista. Grandes ansias por que los letrados y hombres de talento sean espirituales. No se quieren disponer para tratar con Dios. Es desechado de ellos, 34-nota 6.—Oyéndole se quedó arrobada en un locutorio. Visión que tiene sobre su aprovechamiento. Otras visiones que tiene sobre el Rector de San Gil y dos Padres de la Orden de Santo Domingo, 34-4, 5, 6, 7, 8 y 9.—Profecía sobre la muerte repentina de su hermana María y su cumplimiento, 34-10 y 11.—Entrevista que tiene en Toledo con la Beata Ana de Jesús. Se decide á fundar sin renta. Parecer contrario de los letrados y del Padre Ibáñez. Responde á éste graciosamente. San Pedro de Alcántara quiere que se funde en pobreza. Se lo manda también el Señor y vuelve el corazón del Presentado Padre Ibáñez, 35-1, 2, 3 y 4.—La autorizan para volver á Avila. La señora viene en ello, aunque con sentimiento. Lo siente también ella y explica como á la vez puede haber contento con sentimiento, 35-5, 6, 7 y 8.—La noche que llega á Avila, llega el Ereve de Roma. Intervención eficaz de San Pedro de Alcántara en la fundación. Trabajos de la Santa, 36-1 y 2.—Fúndase el 24 de Agosto. Terrible batalla interior del demonio. Sale con victoria de ello, 36-3, 4, 5 y 6.—La manda la Prelada vaya á la Encarnación. Descuento que da delante del Provincial y de las monjas, 36-6 y 7.—Intenta la ciudad deshacer el Monasterio. Junta magna con ese fin. Sólo el Dominico Padre Báñez la defiende. Se entabla pleito, 36-7, 8 y 9.—Otra junta en que la defiende el Maestro Daza, 36-10.—Consiente el Ayuntamiento el Monasterio con tal que tenga renta. Mandato del Señor en contra, y la dice lo mismo San Pedro de Alcántara, que se la apareció, 36-11 y 12. Otra maraña del demonio. Se aplaca la ciudad. El Presentado Padre Ibáñez consigue del Provincial venga la Santa al nuevo convento. Visión antes de entrar en él. Otra después de Completas, 36-13 y 14.—Cesa la persecución. Elogio de las religiosas. Regla que guardan, 36-14.—Suplica al Padre García de Toledo no rompa lo que ha escrito sobre esta fundación. Exhorta á las monjas no decaigan del fervor empezado, 36-14 y 15.—RELIGION. Dulces trabajos, 4-1.—Daño que hacen los puntos de honra, 21-5 y 31-9.—Palabras del Señor en favor de las religiones, 32-6.—Puntos de honra de los mundanos, 37-6.—Viciosos, 40-8, 9 y 10.—REPRENSION. La reprendió en varias

ocasiones, 7-3 y 33-7.—En la oración, 38-11.—Dudas, 39-16.—REVELACIONES. Nunca sin el parecer del confesor, 32-8.—Fortaleza que la daban, 28-11.—REYES. Obligados más que todos. Ha oído haber señales en el cielo cuando mueren, 21-1.—Diferencia con el Rey del Cielo, 31-2 y 3.—ROSARIO. Le tenía mucha devoción, 1-2.—Cruz del Rosario, 29-6.—Se arrojó rezándole y ve en el cielo á sus Padres, 38-1.—RUEGOS. Eficacia de los suyos, 39-1, 2, y 5.—Diferencia en el pedir, 32-5.

S

SABIOS. Quién lo es verdadero, 27-9.—**SACERDOTES.** Convierte al de Becedas, 5-2.—Y á otros dos, 31-3 y 38-15.—Más obligados á ser santos, 38-15.—**SACRAMENTOS.** Su virtud, 19-3.—**SAETA.** La de amor hiere el alma. Símil de la cierva. Cómo hirió el suyo, 29-9 y 10-11.—**SALUD.** Yerro en desealarla, 6-6.—**SAMARITANA.** Desde niña la tuvo devoción, 30-13.—**SECRETOS.** Se queja de que no le guardasen algunas personas, 23-6.—Dios la reveló muchos, 38-2.—**SEÑORIO.** Es grande el que algunas almas tienen, 20-17 y siguientes.—El del mundo es engaño. La mayor mentira, 34-2 y 3.—**SEQUEDADES.** No se deje la oración, 11-6 y 8 y 14-6. Las que ella padecía, 30-6 y siguientes.—Palabras que dijo al Señor, 37-5.—**SERMONES.** Su afición. Todos los oía de buena gana, 8-6.—Arrobamientos, 20-3.

T

TEMORES. Los que ella tenía, 23.—Parecer de cinco letrados, 25-8.—A quién se ha de temer, 26-1.—Después de las visiones, 28-3 y 30-4.—Otros temores, 39-14 y 16.—**TENTACIONES.** La mayor que tuvo, 7-1 y 6.—Los principiantes en la oración, 13-7 y 8.—Algunas que ella tuvo, 19-3 y 5, 30-6, 7, 8 y 9, y 31-4 y 6. La que tuvo el 24 de Agosto, 36-4 y siguientes.—**TRABAJOS.** El mayor que padeció, 30-3 y 28-11, 12 y 13.—Otros que padeció en su alma, 30-6 y siguientes.—Su conformidad, 32-2 y 3.—Deseos que tenía de ellos, 40-15.—**TRANSVERBERACION.** La suya, 29-11 y 12.—**TRATO ESPIRITUAL.** Cuán provechoso es, 23-2.—Con el Rey del cielo y los de la tierra, 37-2, 3, 5 y 6.—**TRIBULACIONES.** Algunas que padeció, 30-6 y siguientes.—**TRINIDAD (Santísima).** Conocimiento que tuvo, 27-6 y 39-16.

U

UNION. En el tercer grado de oración, 17-3.—Distingue tres especies, 17-4.—Unión perfecta. Definición de esta unión, 18-12.

V

VERDAD. Su inclinación á esta virtud, 7-1 y 6.—Conocimiento de la suma Verdad, 40-1, 2 y 3.—**VERGÜENZA.** De qué la tenía, 31-12.—**VIDA.** Pinta lo penosa que fué la suya, 8-1, 5 y 6.—No hay en ella cosa estable, 36-5.—No hay seguridad, 39-14.—**VIRTUD.** Es murmurada, 7-2 y 13.—Esfuerzo que es necesario, 13-1, 2 y 3.—Camino de la virtud y del vicio, 35-9.

VISIONES. En el locutorio, 7-3.—La del infierno, 32-1 y siguientes.—**VISIONES IMAGINARIAS.** Su naturaleza, señales para conocerlas, 28.—No se puede ver más que lo que Dios quiere. Ve á Jesucristo por espacio de dos años y medio. La quieren conjurar. La mandan dar higas. La Cruz del rosario, 29-1, 2, 3, 4 y 6.—En la Iglesia de Santo Tomás (Dominicos), 33-9.—Dos visiones terribles, 38-15 y 16.—La tuvo sobre la gloria de la Santísima Virgen y hermanos de la Compañía, 39-18.—**VISIONES INTELECTUALES.** Su naturaleza, 27.—Otras visiones, 40-1 y 7.—**VISIONES PROFETICAS.** Sobre Ordenes erligiosas y fruto que han de hacer en los últimos tiempos, 40-8, 9 y 10.—**VISIONES DE DIFUNTOS,** 34-10 y 11, y otras muchas en el 39-17, 18, 19, 20, 21 y 22.—**VOCACION.** La suya al estado religioso, 3.—Consejos con ese motivo, 4-1.—**VOLUNTAD.** Es la principal potencia en la oración de quietud, 15-4 y 5.—**VOZ.** Oye una con los oídos corporales, 39-3.—El que la tiene mala, 22-7.

Z

ZELO. El que tenía aún siendo imperfecta, 1-7 y 8-1.—Lo que es necesario para hacer fruto, 13-7.—Disposición en que la Santa estaba para librar un alma del infierno, 32-3.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria.....	7
Censura oficial sobre el <i>Libro de la Vida de Santa Teresa</i> , dada por el M. R. P. Maestro Fray Domingo Báñes, al Santo Tribunal de la Inquisición.....	9
Carta-prólogo.....	15
Introducción.....	23
<i>Vida de Santa Teresa de Jesús</i> , y algunas de las mercedes que Dios la hizo.....	53
CAPÍTULO I.—En que trata cómo comenzó el Señor á des- pertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.....	55
CAP. II.—Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.	59
CAP. III.—En que trata cómo fué parte la buena com- pañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del en- gaño que había traído.....	65
CAP. IV.—Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse á sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermeda- des que su Majestad la comenzó á dar.....	69
CAP. V.—Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar..	77
CAP. VI.—Trata de lo mucho que debió al Señor, en darle conformidad, con tan grandes trabajos; y cómo tomó por mediahero y abogado al glorioso San José y lo mucho que le aprovechó.....	85
CAP. VII.—Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, y cuán perdida vida comenzó á tener; dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monesterios de monjas.....	93
CAP. VIII.—Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oración para no perder el alma, y cuán ecelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade á que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen á dejar, es gran bien usar al- gún tiempo de tan gran bien.....	111
CAP. IX.—Trata por qué términos comenzó el Señor á despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle.....	121

	Págs.
CAP. X.—Comienza á declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide á quien esto envía, que de aquí en adelante sea secreto lo que escribiere; pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que la hace el Señor.	127
CAP. XI.—Dice en qué está la falta de no amar á Dios con perfección en breve tiempo; comienza á declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración; va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan y para los que no tienen gustos en la oración.	135
CAP. XII.—Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu á cosas sobrenaturales y extraordinarias.	146
CAP. XIII.—Prosigue en este primer estado, y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso.	152
CAP. XIV.—Comienza á declarar el segundo grado de oración, que es ya dar el Señor al alma á sentir gustos más particulares. Decláralo para dar á entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar.	165
CAP. XV.—Prosigue en la misma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan á tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan.	173
CAP. XVI.—Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí.	183
CAP. XVII.—Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oración, acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginación y memoria.	189
CAP. XVIII.—En que trata del cuarto grado de oración; comienza á declarar «por ecelente manera» la grandinidad en que el Señor pone al alma que está en este estado: es para animar mucho á los que tratan oración, para que se esfuerzen á llegar á tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. «Léase con adver-	

	Págs.
tencia, porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar.....	195
CAP. XIX.—Prosigue en la misma materia, comienza á declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuade mucho á que no tornen atrás, aunque después de esta merced tornen á caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vernán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos y pecadores.....	204
CAP. XX.—En que trata de la diferencia que hay de unión á arrobamiento: declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma que el Señor por su bondad llega á Él; dice los efectos que hace.....	214
CAP. XXI.—Prosigue y acaba este postrer grado de oración; dice lo que siente el alma, que está en él, de tornar á vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños dél: tiene buena doctrina.....	230
CAP. XXII.—En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos, no levantar el espíritu á cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo: es muy provechoso este capítulo.....	238
CAP. XXIII.—En que torna á tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó á tratar de más perfección, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar.....	251
CAP. XXIV.—Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechando su alma después que comenzó á obedecer, y lo poco que le aprovechaba resistir á las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas.....	262
CAP. XXV.—En que trata el modo y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oirse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho, para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien, y de harta doctrina.....	268
CAP. XXVI.—Prosigue en la misma materia; va declarando y diciendo cosas que le han acaecido, que le hacían perder el temor y afirmar que era buen espíritu el que le hablaba.....	281
CAP. XXVII.—En que trata otro modo, con que enseña el Señor al alma, y sin hablarla, la da á entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión, y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo.	286

	Págs.
◊CAP. XXVIII.—En que trata de las grandes mercedes que le hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez: declara qué es visión imaginaria: dice los grandes efectos y señales que deja cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo y mucho de notar.	298
◊CAP. XXIX.—Prosigue en lo comenzado y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la decía para asegurarla, y para que respondiese á los que la contradecían.	310
◊CAP. XXX.—Torna á contar el discurso de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba al santo varón Fray Pedro de Alcántara, de la Orden del glorioso san Francisco. Trata de grandes tentaciones y trabajos interiores que pasaba algunas veces.	319
◊CAP. XXXI.—Trata de algunas tentaciones exteriores y representaciones que le hacía el demonio, y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas que van camino de perfección.	332
◊CAP. XXXII.—En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó, por lo que fué. Comienza á tratar la manera y modo cómo se fundó el monesterio, adonde ahora está, de San Joséf.	346
◊CAP. XXXIII.—Procede en la mesma materia de la fundación del glorioso San Joséf. Dice cómo le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor.	358
◊CAP. XXXIV.—Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase deste lugar: dice la causa y cómo la mandó ir su perlado para consuelo de una señora muy principal que estaba muy afligida. Comienza á tratar lo que allí le sucedió, y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio, para que su Majestad despertase á una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor y amparo después en El. Es mucho de notar,	369
◊CAP. XXXV.—Prosigue en la mesma materia de la fundación desta casa de nuestro glorioso Padre San Joséf. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese á guardarse en ella la santa pobreza; y la causa por qué se vino de con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron.	382
◊CAP. XXXVI.—Prosigue en la materia comenzada y dice cómo se acabó de concluir y se fundó este monesterio del glorioso San Joséf, y las grandes contradiccio-	

nes y persecuciones que después de tomar hábito las religiosas hubo, y los grandes trabajos y tentaciones que ella pasó; y cómo de todo la sacó el Señor con vitoria y en gloria y alabanza suya.....	392
CAP. XXXVII.—Trata de los efectos que le quedaban cuando el Señor le había hecho alguna merced: junto con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos.....	409
CAP. XXXVIII.—En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo como otras grandes visiones y revelaciones que su Majestad tuvo por bien viese: dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma.....	417
CAP. XXXIX.—Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor; trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese; dice algunas cosas señaladas en que le ha hecho su Majestad este favor.....	434
CAP. XL.—Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que este ha sido, según ha dicho, su principal intento después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió; sea para gloria del Señor. Amén....	450
Apéndice.....	467
Índice de cosas notables.....	475
Fé de erratas.....	495
Colofón.....	496

SOLI DEO HONOR ET GLORIA



FE DE ERRATAS

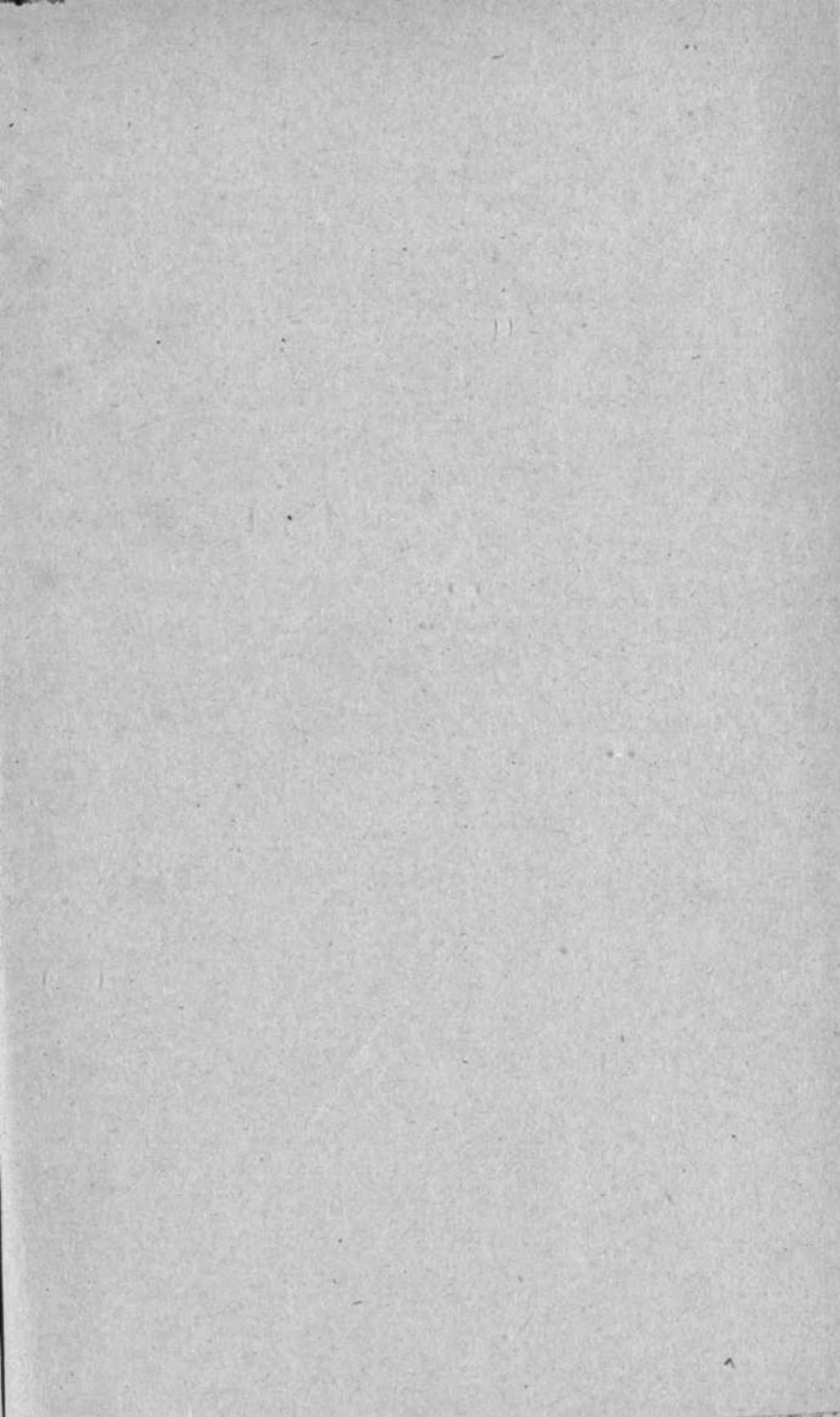
Página.	Línea.	D I C E	DEBE DECIR
XIX	8	patriæ	patriæ desiderium
68	14	como á tomar	como tomar
74	9	humildad	humanidad
79	22	agraviándome	agravándome
84	19	y por otra y por otra	y por otra
112	32	perseverará	persevera
116	11	pienso	piense
182	6	en fiel	el fiel
238	20	entendemos	intentamos
269	24	del mismo	el mismo
371	1	sufraí	sufría
395	16	muy poca	pór muy poca

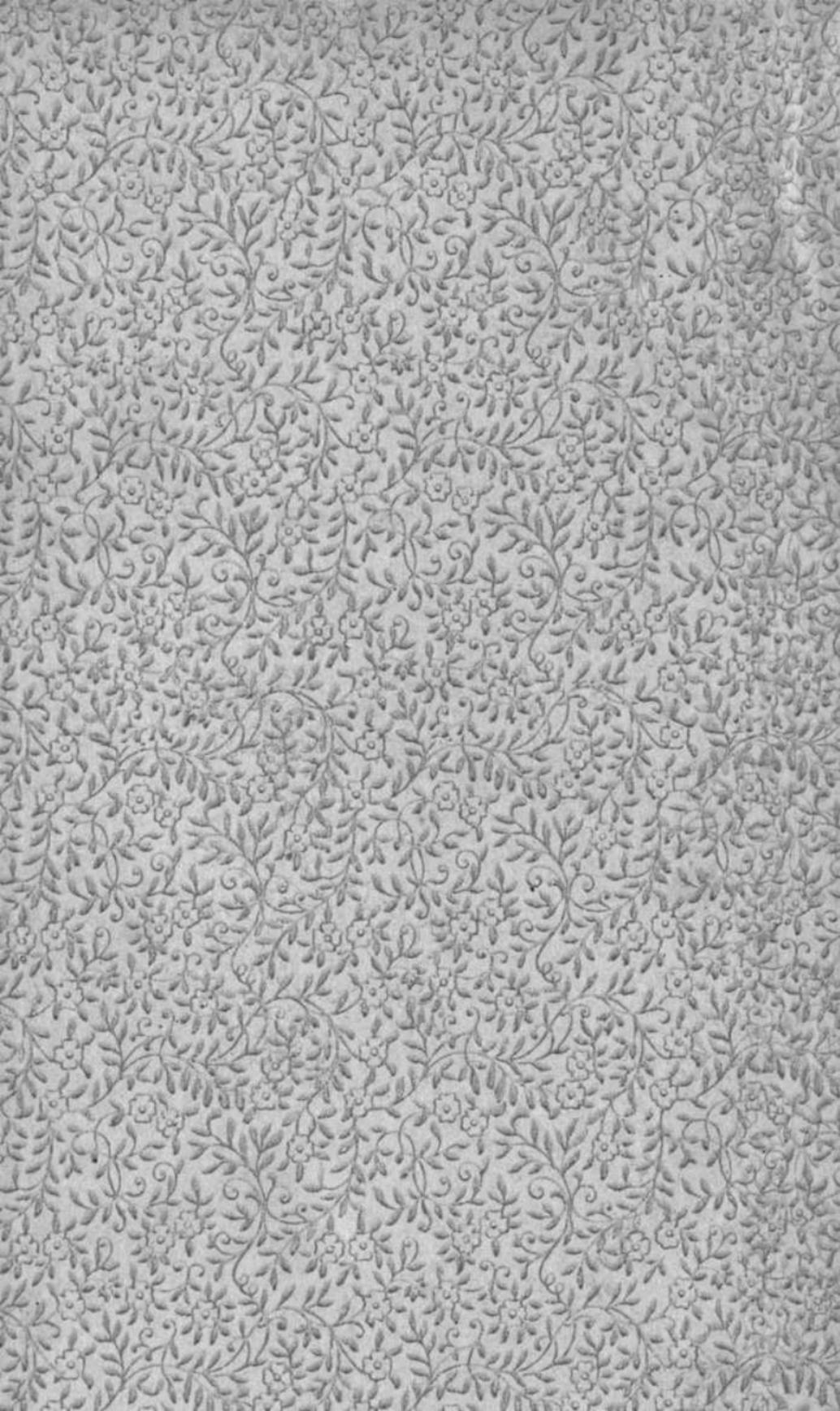
Advertencia. La nota (3) de la página 81 pertenece á la página 86, línea 15, después de la palabra *años*.



J. M. J. D. T.

LA PRESENTE EDICIÓN
DE LA "VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS"
SE PRINCIPIÓ EN MADRID
EN LA TIPOGRAFÍA CATÓLICA DE "EL CORREO ESPAÑOL"
Á CARGO DE D. G. ANDUEZA EL XXV DE MARZO
FESTIVIDAD DE LA ENCARNACIÓN DE N. S. J.
Y SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL V DE MAYO
FESTIVIDAD DEL GRAN PONTÍFICE
DOMINICO SAN PIO V
SINGULAR PROTECTOR Y HONRADOR
DE SANTA TERESA Y SU REFORMA
EL AÑO DEL SEÑOR
MCMXIV





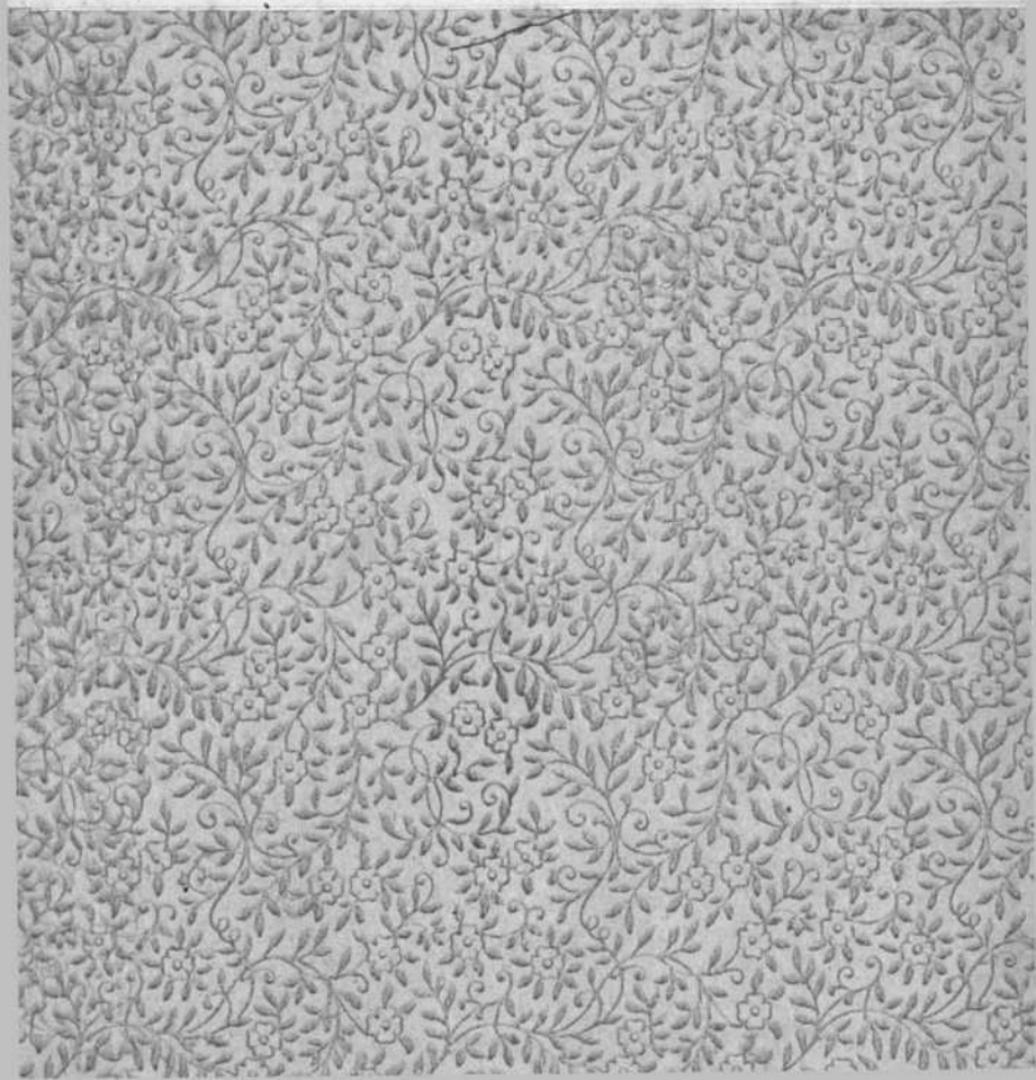
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN II

Obras de Santa Teresa de Jesús

Número.....	205	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	1	Precio de adquisición. »
Tabla.....	5	Valoración actual.....	»



WIDIA DE SANITA TERKISA



205.